

EL ALMA
DEL
CÓNDOR

UN HOLOCAUSTO OLVIDADO



Dr. Carlos J. Sánchez; M.D., B.S., FAAP

EL ALMA DEL CÓNDOR

Un holocausto olvidado

Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacionales y Panamericanas de Derechos del Autor.
Impreso originalmente en inglés en los Estados Unidos por Carlos J. Sánchez M. D., Inc. Chula Vista, California.

Sánchez Sánchez-Primera edición en inglés, 1966
THE SOUL OF THE CONDOR
A Forgotten Holocaust

Registrado @ 2000 por Carlos J. Sánchez; M. D., Inc.
ISBN 0-9652499-0-5 (Estados Unidos)
Biblioteca del Congreso Americano, n.º del Catálogo: 96-092287 Librería del Congreso Norteamericano.
Catalogado en la fecha de publicación.

Sánchez Sánchez-Primera edición en español, 2000
Segunda edición en español, 2013
ISBN 978-612-00-1145-4 (Perú)
Registro n.º 2013-02583
Traducida del inglés al idioma español
por Los Ángeles Peruvian Times.

Impresión:
Editorial San Marcos, de Aníbal Jesús Paredes
Galván, av. Las Lomas 1600, Urb. Mangomarca,
S. J. L. RUC 10090984344

Carátula por Anja Hovland.
Nota sobre la artista

Originaria de Noruega, Anja Hovland es una artista conocida internacionalmente. Actualmente vive y trabaja en Bonita, California; donde continúa exhibiendo sus obras. Ella tiene su estudio propio y acepta trabajos en comisión.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico, mecánico u otros incluyendo y no limitado a fotocopias, grabaciones, o cualquier acumulación de información y sistema de recuperación sin el previo permiso del autor.

Impreso en Perú / Printed in Peru

A los incas del gran pasado, a los indígenas en esclavitud durante la conquista europea y la colonización, y a los nativos americanos y mestizos que en los días actuales están más encadenados, como ninguna otra raza lo ha estado.

Quieran las fuerzas de la historia romper estos opresivos eslabones y que las nuevas generaciones se fortalezcan, dignificando sus corazones y sus almas endurecidas por su pasado, y que se eleven a la gloria de los hombres justos —tan fácil— como el vuelo de los cóndores.

Dr. C. J. Sánchez; M.D.

Contenido

Prólogo por la Dra. María Rostworowski	09
Introducción	13
I LA SOLEDAD DE LA NADA. El alma del Cóndor recuerda su distante y olvidada niñez.	19
II CUMBRES ESCARPADAS, NUBES BORRASCOSAS. Primer viaje al origen de la selva del Perú.	40
III EL CURSO DE LOS RÍOS. Segundo viaje a la profunda selva, del origen de los ríos a su encuentro con el majestuoso Amazonas.	54
IV UN MUNDO QUEDÓ ATRÁS... Dejando la lejana selva para cruzar el gran Pongo de Manseriche. .	94
V OTRA CLASE DE SELVA... De las junglas a los altos Andes y sierras.	108
VI UN HOMBRE DEL MUNDO. Del Perú a los Estados Unidos. El sueño que había abrigado desde la niñez.	120
VII UNA ESCALERA DE PELDAÑOS SUELTOS... Los primeros años en los Estados Unidos y peripecias en premédicas.	135

VIII “¡OBSERVAR! ¡HACER! Y ¡ENSEÑAR!...”

Cursando estudios en la Escuela de Medicina de la Universidad de

Saint Louis, Missouri, USA.

..... 164

IX “EN LA PUERTA DEL HORNO SE QUEMA EL PAN...”

Internado de Medicina en Stockton, California
y reclutamiento militar en la era de Vietnam.

..... 195

X ¡TAN AMERICANO COMO UN GRINGO!

El servicio en la Marina de Guerra de los Estados Unidos.

..... 202 XI LOS NIÑOS PRIMERO

Residente de Medicina en San Diego, California.

Primera misión médica a Áncash-Perú: terremoto de 1970.

213

XII HACER DIFERENCIA EN EL MUNDO

Residencia de pediatría en el hospital de la Universidad de California, San Diego. ¡Consultorio privado en una comunidad pobre de San Diego! 233

XIII ¡CORTO DE DINERO! ¡CORTO DE TIEMPO!

Viajes médicos a lejanos hospitales de la amazonia del Perú; pensamientos

en los problemas sociales.

..... 257

XIV EL VIEJO MUNDO Y MIS HIJOS

Una Medicina diferente, un mundo distinto.

284

XV SIN TIEMPO PARA ENOJOS

Viajes médicos a la amazonia del Brasil, la “Clínica Esperança”

en Santarém.

..... 295

XVI	¡DONDE EL CÓNDOR VUELA LIBRE!	
	Misión médica a Andahuaylillas, Cuzco.	
Los	pequeños	ahijados gemelos.
.....		310
XVII	SUMERGIDO EN UN MUNDO DE POBREZA	Barco-hospital
	en el Amazonas peruano.	
	Asistencia en el terremoto de México, 1985.	
Visita	médica	a Rusia.
.....		321
Epílogo	REFLEXIONES DEL ALMA DEL CÓNDOR	
	Optimismo por un futuro mejor del país que me vio nacer.	.. 337
Apéndice	¿QUÉ LES PASÓ A LOS INCAS?	
.....		343

Prólogo

por:

Dra. María Rostworowski

Una lectura ágil y amena tiene el libro del Doctor Sánchez. En él relata su azarosa infancia en la más lejana selva peruana, cuando las comunicaciones eran más difíciles y escasas que ahora.

Su padre, un joven oficial del ejército es trasladado a distintos puestos selváticos, todos lejanos donde las

familias se traslada en camiones destartalados, canoas, barcos que queman leña para movilizarse. Se pasan semanas y meses en espera de un pequeño avión que los lleve a un precario destino.

El entonces pequeño niño de siete años, inconsciente del peligro de tales viajes chapotea en el barro, en la corriente furiosa de los ríos, y narra lo que ve, siente y huele. La selva, el calor, la lluvia, le producen sensaciones intensas. En su recorrido llegan a Madre de Dios, Quince Mil, en plena fiebre del oro, en Puerto Maldonado. Cóndor, nombre que el niño se da a sí mismo contempla la selva profunda, escucha las historias sobre ella y se siente maravillado, pero temeroso. Observa por primera vez una gigantesca serpiente llamada shushupe, parecida a una boa, capturada por un borracho selvático.

Desde pequeño la selva lo fascina, le atrae el verdor, los árboles inmensos, el olor a podredumbre de las hojas descompuestas, el croar de los sapos y las aves de brillantes colores. Pero el padre es transferido a otro destino, esta vez es Huaraz en plena Cordillera Blanca, al pie del Huascarán. Una experiencia nueva para un niño despierto y sensible. Nota la existencia de la discriminación racial que afecta a un escolar indígena venido a su clase.

Así, sigue su niñez cambiante, en esta oportunidad la familia se traslada a Puno; a orillas del Lago Titicaca. En sus narraciones del paisaje se nota su sensibilidad a la naturaleza, sus apreciaciones sobre el país vistas con amor pero sin ceguera, observa sus defectos y se duele de ello, sus reflexiones se unen a sus juegos infantiles, como bañarse en las aguas heladas de Yunguyo.

El joven cóndor, como él se denomina, logra una beca por tres años en el colegio militar Francisco Bolognesi de Arequipa. Ahí estudia, se aplica y termina con excelentes calificaciones, pero su vehemencia y deseo desde muy niño es estudiar en los Estados Unidos. Tan grande es su afán que se sobrepone a todas las dificultades y consigue ir a Utah para cumplir su "college" y premédica. Cóndor en el país del norte no busca dinero o situación social,

lo conseguirá por su propio empeño y coraje, pero sobre todo quiere un cambio de mentalidad, donde un joven, por sus méritos personales y trabajo pueda lograr hacerse un lugar diferente bajo el sol, en una sociedad que ofrece oportunidades a los que se esmeran.

Su lucha en los Estados Unidos será tremenda, titánica, nada le será fácil, la experiencia del joven cóndor muestra una vez más que la determinación y la voluntad de triunfar son la base para conseguir el éxito.

Al pasar los años, Cóndor deviene en médico pediatra reconocido y plenamente realizado. Su vehemente deseo de curar y ayudar a los

La SoLedad de La Nada 11

desvalidos y abandonados es el motor de su vida. No descansa, organiza viajes a la amazonia, su querida selva, con otros médicos y enfermeras, otras veces se va solo. Su mayor preocupación son los niños desnutridos y enfermos.

Estoy segura que este libro traducido al español gustará a todos como a mí me fascinó y leí de un tirón. Está bien escrito y es atrayente como una novela.

Introducción



A todos mis hermanos del norte, centro y sur de América —criollos, indios, mestizos, blancos y negros—, a mi tierra en que nací: Perú, y a mi querida patria adoptiva, los Estados Unidos de Norteamérica, les pido disculpas si de alguna manera he ofendido a alguien, grupo de personas o instituciones; incluyendo, entre otros, la Universidad de Brigham Young, la Escuela de Medicina de la Universidad de Saint Louis, y la Marina de los Estados Unidos; con los cuales he tenido el privilegio de estar en contacto en mi larga jornada.

Lo que escribo no representa un abuso de la libertad de expresión, sino —más bien— un deseo de expresar lo que he tenido reprimido a través de toda mi vida. Mi intención, es mostrar la manera cómo un joven mestizo de humilde condición —que ha superado adversidades— puede poner arrogantemente en el papel, los pensamientos que moldearon a un romántico del pasado, y con la sensibilidad de capturar las vicisitudes de la vida en otras personas.

He usado la analogía del cóndor, principalmente para dar a entender que —a veces— las cosas se ven más claras cuando son observadas desde arriba. Después de años de viaje y haber experimentado asimilarme a diferentes culturas de una manera permanente —y no necesariamente transitoria— espero que mis comentarios estén equilibrados y que mis conclusiones sean justas. Desafortunadamente, somos humanos y todos nuestros esfuerzos están impregnados de lo que fuimos desde el comienzo de nuestras vidas; de lo que nos ha ocurrido, y eventualmente de lo que aporta nuestra “constitución” espiritual. Sin duda, somos el producto de los eventos que moldean nuestra existencia: el pasado, el presente y el futuro. Una persona consciente de la historia, no puede evadir los poderosos movimientos de las fuerzas tectónicas del antiguo pasado, que por sí, crean un mundo nuevo.

Al exponer mi vida, intento describir mi propio ser interno, mis pensamientos más profundos y mi confusión, arriesgando de abrir mi alma, ya sea a la compasión o a la ira de mis lectores. No obstante, el mensaje que quiero expresar, es que somos una misma gente en un mismo planeta y debemos tratar de arreglar nuestro futuro de acuerdo a las lecciones del pasado histórico, tratando de enmendar los errores cometidos por una cultura o una nación en perjuicio de otras. ¡No es muy tarde! ¡Nunca lo será...!

¿Por qué subtítular a este libro “Un holocausto olvidado”?, frase que denota la aniquilación generalizada de un pueblo. Otros grupos perseguidos, exponiendo continuamente injusticias cometidas

contra ellos, han sido capaces de superar su historia de crueldades y de llegar a ser tan fuertes moralmente, como para nunca más, tener que testificar tan devastadores sucesos. Lamentablemente, los llamados “indios” de América, no han llegado a esta

Introducción 15

etapa de sofisticada exposición de su propio holocausto. Ellos se encuentran todavía en un estado de penumbra, tratando de estar unidos y de llegar a ser verdaderos hermanos, a fin de superar su yugo presente y pasado; para crear una nueva generación, capaz de enfrentar sus problemas actuales, y lista para luchar contra la injusticia —donde sea, cuando sea y por quien sea—. Porque “holocaustos” pasan en todas partes y tales prácticas deben ser denunciadas y corregidas de cualquier manera posible; principalmente ahora que la tecnología informativa está tan desarrollada.

¿Por qué se siente tristeza por los indígenas de los Andes, o en general, por los habitantes originarios del nuevo continente? ¿No es por su pobreza o su carencia de bienes materiales! sino que tiene que ver con el alma, y con el espíritu de estas razas subyugadas y dominadas. Es como si una gran guerra se hubiera perdido para siempre. Como si sus vencidos espíritus no pudieran recuperarse de haber sido conquistados y esclavizados, tanto tiempo atrás por los europeos. Yo mismo —siendo uno de ellos— siento esa lejana resignación. Como diré en este libro,

no importa cuán realizado, o superior me sienta; siempre tendré ese deseo inalcanzable de volver nuevamente a las profundidades de la desesperación, a los valles del sufrimiento, e incluso al deseo de descender por el tortuoso y rocoso camino del pasado; como para no olvidar la progresión de peligros que presentó la ruta hacia la cima.

Cuando uno va a regiones andinas y ve indígenas en sus vestimentas originales, mascando coca y bebiendo alcohol, observa una cultura que ha perdido parte de su alma. Sus rostros reflejan lo que les ha sucedido y hay un gran peso, al tratar de levantar sus espíritus. Se siente que nadie podrá levantar la carga de su pasado. Esos tristes sentimientos, están grabados en sus espíritus, así

como cuando cayó un meteoro en este mundo hace miles de años, creando un gran cráter cuya huella todavía existe. Naciones y razas de otros continentes han sufrido, han sido esclavizadas, y aun ahora, están soportando los azotes de la crueldad humana. Sin embargo, los modos de ver su existencia son más optimistas que aquellos de los originales habitantes americanos. África también fue subyugada por los europeos, pero los africanos están luchando por redimir sus tierras y su dignidad. En este proceso, ellos han tocado y siguen tocando sus tambores, ¡tan fuerte como el rugir de los leones! Han bailado y siguen haciéndolo, tan frenéticamente, como si estuvieran en un trance. Y es más, en ese continente

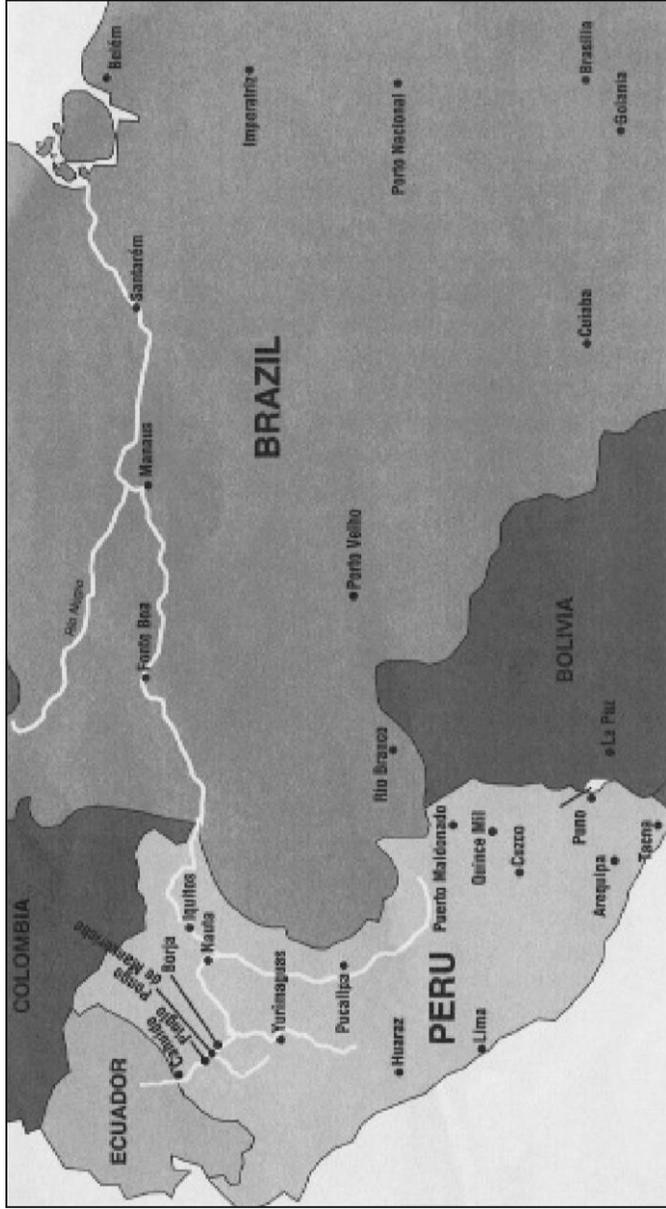
africano, las negras caras y los ojos brillantes de los niños moribundos en los lugares arrasados por las guerras raciales, demuestran —todavía— esa esperanza del último esfuerzo por la supervivencia de su dignidad.

Entonces, cuando uno viaja por el mundo, ve gentes que —de alguna manera— han superado su aberrante historia. Ellos han sobrellevado —y están borrando— su triste pasado, porque sus almas están bañadas por los rayos invisibles del optimismo.

Las cadenas de los daños psicológicos son las más duras de romper, las más difíciles para liberarse. A veces, cuando uno camina en las cumbres de los fríos Andes, donde cada pico, cada piedra, parece ser culpable y mudo testigo del horrible pasado; el alma se siente tan solitaria, como si percibiera los pasos suaves de los indios, seguidos por el arrogante y opresivo ruido de los cascos de los poderosos caballos “árabes” que alguna vez transportaron a los conquistadores y quienes lograron destrozar la esencia de este pueblo inca. En la lejana distancia, uno puede ver los gigantescos y eternos nevados, donde el horizonte desaparece, y el viajero mira

su ruta llena de montañas, tan inexpugnables y encumbradas, que ningún hombre podría alcanzarlas, y sólo un Cóndor podrá volar a ellas. Ese sentimiento de desolación es el enlace, entre la naturaleza dominante de la tierra andina y el alma persistente del nativo peruano. El “huaino”, música incaica, tocado

con la quena, interpreta los sentimientos de tristeza — que “tan sólo” rompen nuestro corazón y aplastan nuestro espíritu— tanto, que ni siquiera, el canto de un pajarillo, traería alegría al alma, en estas interminables cumbres de desesperanza.



LA SOLEDAD DE LA NADA



Al igual como el viejo inca cuando bajaba, meditando, de las altas y escondidas montañas de Machu Picchu, yo también

siento que a través de los años he vivido meditando subconscientemente. En mi juventud fui aprendiendo las diversas formas del mundo del saber y progresando en ellas. En mi edad mediana viví la existencia de un profesional y un hombre con obligaciones familiares y en mi madurez, ansío llegar a ser un hombre de conocimientos retrospectivos.

¡Qué experiencia tan grande es la vida! Quienquiera que uno sea, siempre sentirá una tristeza de espíritu, una sensación de déjà vu cuando choca con su pasado. Nosotros sólo somos un eslabón en la cadena de milenios conectados con el inimaginable origen de la existencia de nuestro Cosmos. Los científicos piensan en la continuidad biológica en términos de las cadenas cromosómicas. ¡Desgraciadamente conocidas sólo por la ciencia!, pero el ADN de nuestro pasado no ha sido descubierto por la mente de los

grandes genios, sino, más bien, es vivido y recordado por la modesta inteligencia del hombre común.

Con el destino que cada uno de nosotros seguimos, algunos afortunados han recibido el don de tener un recuerdo limitado del pasado; pero otros, sufren la desgracia de recordar todos los episodios de inhumanidad, ocurridos quizás, desde su origen. He subtulado este libro “Un holocausto olvidado” porque muy pocas personas exponen, escriben o documentan sobre las injusticias que han sufrido y continúan sufriendo los naturales o mestizos de este antiguo continente “recientemente” descubierto. Es posible que mucho antes que Colón apareciera en nuestras soleadas playas, los nativos de las Américas sufrieran sus propios problemas sociológicos. De estas experiencias, yo tengo un vago recuerdo espiritual, pero siento que ya existía como un profundo e intrínseco sentimiento de tristeza en el alma de mis ancestros.

Narraciones como la Crónica del Perú —Escrita por Pedro Cieza de León, alrededor de 1550, casi veintitrés años después que Francisco Pizarro descubriera el Imperio de los Incas— describen los abusos y atrocidades que fueron cometidos por los mismos habitantes originarios del lugar y no por la imposición de los invasores foráneos.

Aunque esa era su forma de vivir, tal era su idiosincrasia. Desafortunadamente, los conquistadores tomaron estos antecedentes como excusa para diezmarlos: a través de la esclavitud,

motivados por razones pecuniarias y bajo la hipocresía de argumentos morales y religiosos.

Tal vez, con los azotes del látigo de los conquistadores, nuestro ADN existencial se distorsionó e imprimió en nuestras almas, una melancolía espiritual que todos los peruanos llevamos dentro, como una propia marca de deformidad.

Siento como si estas páginas fueran un manuscrito de los espíritus de mis ancestros. Como si estuvieran acechándome y atormentándome para no olvidar el doloroso pasado, ahora que ya tengo la felicidad que un ser del mundo subdesarrollado puede alcanzar. Por medio de la narración de la historia de mi vida, trataré de expresar la tortura que es vivir con el conocimiento de las grandes injusticias pasadas y presentes, y que son el estigma que llevan los descendientes de los habitantes originales de este continente americano.

Han transcurrido quinientos años y aún existe una agonizante cultura indígena que no ha desaparecido. A diferencia de la Atlántida, que supuestamente se sumergió sin dejar un solo rastro. Pero nuestra antigua cultura todavía existe y esto hace que el mundo pueda ver su decadencia y olvidar su grandeza. Nosotros conjeturamos que el hombre de la Atlántida fue un ser de cultura superior. Pero, con los nativos del continente americano, asumimos lo contrario, incluso, lo que queda de nuestra civilización es considerado por algunos, de origen extraterrestre. Tal como sucede con las figuras y líneas gigantes del

desierto de Nasca, que tienen la apariencia de enormes pistas de aterrizaje e imágenes trazadas en el terreno, supuestamente por seres de otros mundos.

Siendo el tiempo una eternidad, tal vez los siglos transcurridos representen una parte infinitesimal de nuestra existencia humana. Quien sabe, en épocas futuras, los nativos americanos serán reconocidos como descendientes de una cultura que logró alcanzar los avances del progreso en su tiempo y espacio. Y tal vez, ellos podrán superarse en el futuro, a pesar de su cruel historia.

En las profundidades de mi memoria, recuerdo la brumosa niebla arremolinada alrededor de los altos picos de las montañas, con sus apacibles masas de nieve perpetua, que llevan las huellas de aquellos que las miraron desde el inicio de los tiempos, como cuando los antiguos incas caminaban por las inmensidades de los valles y ya sentían la soledad de la nada. Ese irresistible deseo en todas las criaturas de combatir el desdén de la naturaleza hacia el hombre. A veces siento haber caminado por la senda de aquel pasado tan lejano e infinito, sobrecogido por los sonidos de las cascadas de un río helado que se deslizaba sobre las mismas piedras, tal vez, tantas veces perturbadas por las pisadas de mis ancestros.

Años y hechos han transcurrido desde mi niñez. Ahora yazco moribundo, herido en un accidente y siendo transportado en una camilla hacia la sala de operaciones, donde muchas veces como médico, asistía a otros pacientes. Estoy en el lecho como

paciente, escucho lamentos de todos los que están a mi alrededor. Siento que mi alma se separa de mi cuerpo —libre al fin— pero aún flotando delicadamente sobre mis restos, como una madre adolorida. Reflexionando sobre quién soy o quién era, en este mundo etéreo, comienzo a recordar por primera vez, respirando el liviano y frío aire de los Andes, al niño que fui.

En la mirada de este recién nacido ya hay incertidumbre. Posiblemente tratando de superar un pasado dominado por quienes eran los más fuertes, quizás a veces magnánimos, pero generalmente crueles. Hay lágrimas en las mejillas de este niño mestizo, que ya siente la dureza de su alma y que está mirando las fuerzas abrumadoras de su destino.

Esos tiernos ojos miran las elevadas montañas y él siente la angustia de su existencia. Conforme crece, transita por los tortuosos senderos que circundan la ribera, lanzando piedras al río que casqueante cruza la ciudad. Y así va aprendiendo a trepar las altas cumbres de la vida.

Mientras mi inconsciente cuerpo percibe y escucha al ansioso doctor introducir el tubo endotraqueal, mi alma continúa recordando el pasado y la herencia de este niño.

Sus padres son la continuación de una raza mezclada, muchos años atrás. Uno mostrando más cicatrices de la herencia india y el otro poseyendo más sangre del Viejo Mundo. Un mestizo viene al mundo gritando, como si quisiera provocar una

avalancha de las montañas para sofocar su horroroso pasado. Esta criatura, tanto como otras, es tan sólo el producto de ese instinto de procreación. Él ya está destinado a sufrir la marca de su ambivalente historia. "Cóndor" será su nombre, y así se imaginará volando de las cumbres a los valles. Y con esa faz solemne de los cóndores trascenderá los mundos de muchas gentes y naciones, deslizándose con sus grandes alas, por horas, días y años. Todo el tiempo mirando hacia abajo y pensando ¿por qué yo puedo volar tan alto y tan lejos?, ¿qué sucedería si me pierdo en un mundo desconocido por mis ancestros? Sin embargo, él se remonta a lugares extraños y recorre las rutas de su propia raza, tropezando tímidamente con su pasado, quiere borrar las cicatrices de lo ocurrido y avizora un futuro mejor. Pero, no es un superhombre, tan sólo puede esperar y aprender las enseñanzas de la vida.

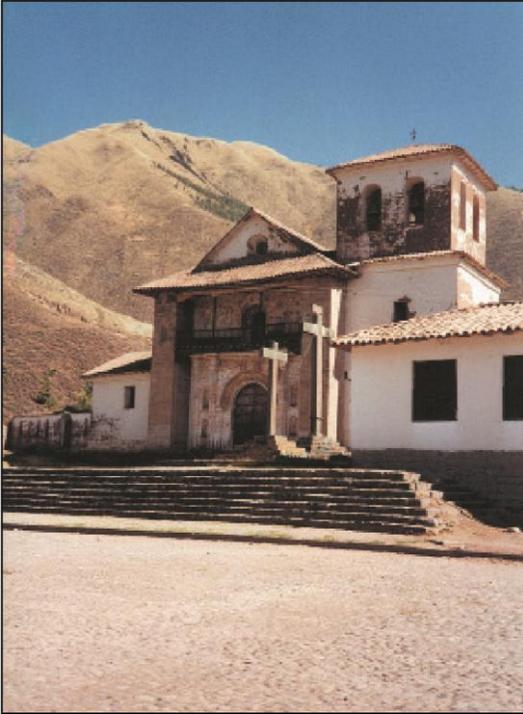
Pasarán los siglos y los hombres se volverán más compasivos y tolerantes. La humanidad puede estar segura de esto, porque así está codificado en nuestros cromosomas. Pero en este proceso, no somos pacientes en cuanto a los fenómenos de la naturaleza y a lo infinito del tiempo. ¡Qué visión tiene este Cóndor! pero ¿qué puede hacer? Ha aprendido y ha experimentado muy rápido en el azar de la vida. Ahora le es difícil volar al lugar de sus raíces; más aún, cuando los misterios de su linaje serán olvidados por sus propios descendientes. Mirando hacia abajo y hacia arriba, los ojos agudos de este cóndor

contemplan un gran futuro para la humanidad, pero, ¿cuándo? No precisamente en este milisegundo de su existencia.

La estéril sala de operaciones está fría; como una tumba llena de conmoción y ansiedad. Los médicos y enfermeras se apresuran con sus instrumentos y guantes apresuradamente. Hábilmente, el cirujano abre mi pecho y expone el corazón herido. Mi anestesiado cuello se adormece y los entrecortados ronquidos de la muerte se escuchan a través de las mangueras de oxígeno. Sus rostros, medio cubiertos por las máscaras de cirugía perciben un temor y pavor de lo inevitable. El alma del Cóndor aún flota suavemente, como si no supiera qué hacer, mientras sigue recordando el borroso pasado donde evoca al pequeño niño cuando subía las empinadas, estrechas y empedradas calles incaicas del Cuzco.

Él recuerda el olor de la "chuta", pan oscuro de afrecho, que por siglos ha impregnado el ambiente de las pequeñas aldeas indígenas. Recuerda a sus padres, pero él no sabe si esto es bueno o malo; porque en el rostro de su madre ve las tortuosas huellas de su pasado, con sus tristes contornos que reflejan silenciosamente el genocidio de los indios. El alma del Cóndor recuerda la pequeña ciudad de Andahuaylillas, con sus escalonadas y borrosas verdes montañas; sus cielos claros y arrebozados por un aire frío, apenas entibiado por un sol lejano. Él puede ver el pavoroso pasado en sus gentes, tal como los españoles los dejaron siglos atrás.

Han transcurrido horas y ahora hay quietud en la sala de operaciones. El movimiento cardíaco trazado en el monitor demuestra todavía actividad normal, como las cumbres de los Andes. No hay desiertos planos en el cardiograma. El órgano que mantiene su vida, sigue



Andahuaylillas tiene una plaza con una antigua iglesia de yeso blanco y globos hechos —quizás— con el polvo de los incas.

latiendo. El cirujano sutura el corazón herido y cierra rápidamente la cavidad torácica debido a la emergencia del caso. La inquieta y flotante alma del Cóndor, todavía recuerda que la pequeña ciudad de Andahuaylillas tenía una plaza, con una antigua

iglesia enyesada de adobe, hechos —quizás— con el polvo de los incas.

En la pequeña villa donde nació su madre, Cóndor, por primera vez llega a ser consciente de los indígenas, y para él, son tan iguales como otras personas; pero, por alguna razón, él no es aceptado. Uno de ellos le pregunta al pequeño Cóndor si su madre quisiera acostarse con él. ¿Cómo podría él saber que ésa era una pregunta cruel? Pero, sin embargo, decidió callar. ¿Qué edad tenía? Era muy tierno e inocente, pero ya venía aprendiendo de la maldad humana y sólo su alma puede recordar esa niñez lejana. En esa aldea disfruta del lugar de juegos de los niños indígenas que es el cementerio. Hay muchos nichos con inscripciones en las lápidas, unas son recientes y otras antiguas. Él se da cuenta de lo inevitable que es la muerte, pero sigue jugando al “escondite” con los otros niños.

Cóndor rememora a su abuelo y ligeramente encorvado, que era un tejedor de ponchos al antiguo y tradicional estilo incaico. La primera vez que recuerda haberlo visto fue en un soleado y caluroso día cuando estaba sentado en un banco de madera cerca al suelo, con una correa de cuero alrededor de su cintura, sujeto a un poncho a medio hacer, atado al otro extremo de un árbol de eucalipto grande y viejo. Los colores brillantes de los hilos eran rojo, púrpura y amarillo. Con rapidez y destreza, movía sus herramientas de hueso entre las hebras verticales de lana de llama, mientras cruzaba otro hilo

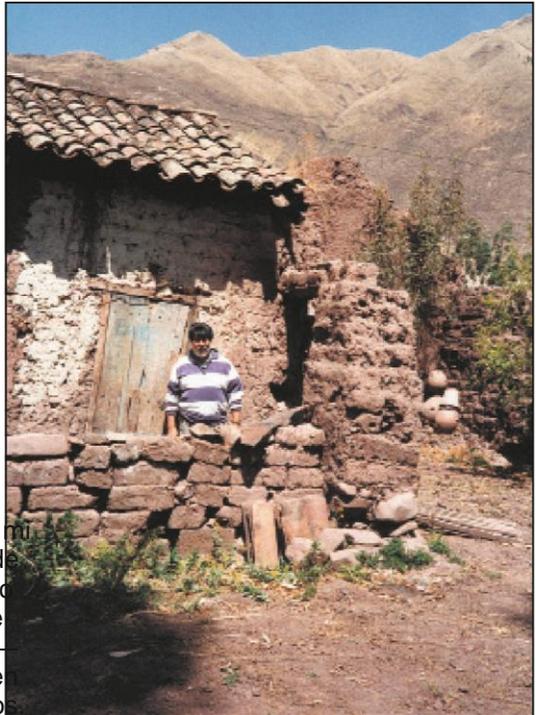
horizontalmente. Luego, con una espátula de hueso de un color blanco-amarillento, templaba las hebras de hilo como si fueran las cuerdas de un arpa. Se le veía anciano y experimentado en comparación con las otras gentes del lugar, olía a coca —la que es masticada por la mayoría de ellos— vagamente, casi como si quisiera ocultarlo.

El abuelo, que hablaba español y quechua, contaba anécdotas de su vida, recordando a las personas cuyas tumbas pisaban los niños cuando jugaban en el cementerio. Sabía la historia y hechos de los conquistadores y estaba consciente que tenía más sangre de estos españoles que otros mestizos. Usaba sombrero de fieltro, chaleco oscuro, pantalones hechos a la medida y zapatos negros de cuero, a diferencia de muchos otros, que vestían todavía ropas autóctonas similares a las incaicas como ponchos y sandalias. El abuelo se ponía poncho sólo cuando hacía frío en las noches o para esconder su botella de aguardiente.

A Cóndor le gustaba oír a su abuelo contar anécdotas en las noches heladas, en su pequeña casa de adobe sentado en el duro y polvoriento banco del mismo material, dentro del cuarto techado con vigas de madera de eucalipto, visiblemente apollilladas, que sostenían esa casa quién sabe por cuantos años.

Contaba el abuelo cómo eran tratados los indios por el caporal o el patrón. Mucho antes de que cantaran los gallos —como El caballero Carmelo del

escritor peruano, Abraham Valdelomar— ellos ya estaban despiertos y en pie. No recordaba si estaban encadenados, pero sí que eran azotados en esas



La casa de adobe, de mi abuelo, con vigas de madera de eucalipto —visiblemente apolilladas y podridas— que la sostuvieron quién sabe por cuántos años

tempranas y frías mañanas de este pueblo y cómo se podía escuchar el estampido de sus pies desnudos callosos mientras corrían por el campo, sin desayuno, con una bola de coca en un lado de la boca, como si fuera una goma de mascar, emanando un olor fétido, y enseñando la pureza de sus dientes blancos y marfileños. ¡Sí!, ellos trabajaban la dura tierra de las empinadas montañas. Sus compañeros eran el

resuello del viento frío y el débil calor del sol. Su ocasional descanso era contemplar las algodónadas nubes contra el cobalto del cielo azul y el infinito de las montañas. Empujaban la llacta incaica para el arado con sus pies desnudos, moviendo todo el tiempo grandes pedazos de tierra oscura donde las piedras fueron removidas por sus ancestros. Pero todavía encontraban rocas y las usaban para reforzar los escalonados andenes en los escarpados y poco accesibles costados de los cerros. Los cóndores, en su alto vuelo, han visto esta escena desde tiempos inmemorables en que ambos: el indígena y el trabajo, fueron creados.

Cóndor ve la monótona existencia del indígena, tal como la vio su abuelo. Él contempla cómo algunos están abajo y otros arriba, y cómo algunas gentes usan a otros para el beneficio de unos pocos.

¡Todos están callados! Las enfermeras se notan apresuradas. Los doctores—algodudosos—c olocanl asú ltimass uturase nf ormar ávida y sin delicadeza. Luego remueven la fría sábana azulde papel y su cuerpo queda descubierto; inerte como un Jesús muerto. Pero su alma está todavía alrededor, esperando ver qué va a pasar.

Así, en su estado semicomatoso, el alma del Cóndor regresa a ese niño de cinco años, que va por primera vez a la escuela con su tío, de mestizaje más moreno y mayor que él. No usa zapatos y sus pies son duros y fuertes como las garras de un cóndor. Él pisa las piedras punzantes sin sentir dolor. Cóndor,

que usa zapatos, le pregunta: ¿Por qué no sientes dolor cuando caminas sobre las piedras tan ásperas? Y él responde: “No mires el suelo y sigue caminando”. La indiferencia entonces ya es una marca de nosotros; es como si fuera nuestro destino, así como todos somos indiferentes a la muerte.

En el largo proceso quirúrgico, con su mente en el más allá, pero con sus sentidos no stem undo, algunos recuerdos al olfato de un lejano y casi olvidado desayuno tomado muy temprano por la mañana.

Mientras bebían una taza de chocolate de puro cacao, cocido en una olla de barro sobre el fogón de una cocina rústica, que emana una suave llama de estiércol vacuno; sienten el tenue calor del fuego natural y sus pupilas brillan con la primera luz de la mañana. Apenas se ha asomado el sol y se huele el dulce aroma del pan, como si el polvo de los antiguos incas hubiera impregnado la tierra donde creció el trigo. Es un desayuno simple, pero místico, que nos recuerda la renovación del espíritu y la continuación de la vida.

Su tío, como un jilguero —un pájaro de los Andes con pecho rojo, y que siempre está cantando— continuamente está hablando. Él le enseña a Cóndor las costumbres del lugar. Ambos están contentos de ir a la escuela. Juntan rápidamente algo de comer porque la mañana se siente más tibia a medida que el sol resplandece. No tienen relojes, casi nadie los tiene; pero cuentan las horas escuchando las

campanadas de la antigua catedral. Mote hervido de maíz y queso fresco son colocados en sus chullos de lana. Ellos pueden sentir el agua fría que escurre por sus sienes cuando estas prendas son puestas sobre sus cabezas. Juntos corren a la escuela y pasan por la puerta de su casa, que todavía tiene la portada de piedra incaica, tallada con dos cabezas de llama. La calle es de tierra con piedras puntiagudas y hay un pequeño canal en el medio del camino, que es el sistema de agua y desagüe de los antiguos incas. Se ven algunos indígenas y mestizos caminando con botellas de aguardiente y mascando coca; otros arrearan sus vacas y ovejas hacia los pastos de las montañas. Llegan a la plaza, donde hay un árbol grande y arrugado, con flores que caen suavemente al suelo cubriéndolo como una alfombra. Cóndor recoge una flor que parece un pico de loro; abre sus pétalos: la parte superior, de un rojo intenso, y la pequeña parte inferior, color amarillo. Luego de satisfacer su curiosidad la arroja. Ellos llegan tarde a la escuela y su tío es multado con diez centavos y como no los tiene, recibe con una palmeta de madera, dos golpes en las asentaderas.

Cóndor no es castigado, quizás porque es un mestizo más claro o un visitante bienvenido por los profesores. Los estudiantes tienen cabellos negros, ojos rasgados, rostros sonrientes y dientes blancos. Las clases empiezan en el pequeño cuarto de adobe con piso de tierra. Y en esta humilde escuela, los

pensamientos de Cóndor vuelan a través de la soledad de la nada.

A la hora del recreo, se quitan los chullos y los colocan en las palmas de sus manos, comen el mote con queso, que viene a ser su almuerzo. Las clases terminan cuando el sol ya no da sombra. Después, algunos niños indígenas tienen que ir a trabajar al campo, o peor, otros deben regresar a sus casas y encontrar a sus padres borrachos y el suelo cubierto de escupitajos de coca. Los olores de la chicha de maíz fermentado y la coca, putrefactan el aire y todos se encuentran en trance por sus efectos. Las mujeres indígenas se quejan y lloran de su destino. Sus almas están adormecidas y el inolvidable sufrimiento del pasado está impregnado en sus rostros.

Cóndor es recibido por esta gente, que se ve afligida y prematuramente envejecida. Lo aceptan como si él representara el futuro, y sienten que es diferente. A pesar de ser un niño, lo ven como si fuera mayor. Lo llaman "Niñucha" porque usa pantalones cortos, tirantes y zapatos, y sólo habla español. Él se siente feliz de estar con ellos y en su corazón hay una luz de optimismo, mientras que en el de los otros se alberga la oscuridad del pesimismo. Para anestesiar sus penas, ellos bailan, beben y finalmente pelean y golpean a sus mujeres e hijos. En sus largos viajes ha visto cómo beben los ingleses, pero esto es diferente, aquí no hay control. Nuestras gentes muestran sus penas abiertamente y el remordimiento del pasado se refleja en sus acciones. Él mira, piensa y siente que

hay otros mundos hacia donde escapar. Es por eso que se imagina tener alas grandes y que siempre será capaz de volar muy lejos y a lugares desconocidos por sus ancestros. Él ha estado en todas partes y ahora podrá escribir sus experiencias. Cuando relate lo que ha vivido, no esconderá sus sentimientos. Podrá ver de lejos y conocer las malas y buenas acciones de los hombres.

Terminada la cirugía, las enfermeras colocan su pesado cuerpo delicadamente en una camilla, cuidando en no remover los innumerables tubos plásticos que lo mantienen aún con vida. Su alma todavía sigue viajando por el pasado y, por primera vez, recuerda a sus padres.

Su padre viste el uniforme de un oficial del ejército. Él es mestizo, pero tiene menos sangre india. Su madre usa lápiz de labios y tiene más sangre inca y ahora es una “señorita” de su pueblo de Andahuaylillas. Cóndor no recuerda si hay cuervos en el Perú, pero don José, su padre es la personificación de esa ave arrogante y provocadora. Él nació en Arequipa, perdió a su madre muy pequeño y fue criado por sus tías. En su juventud escapó de su casa y se unió al ejército como recluta, con sólo tercer año de primaria. La madre de Cóndor, está feliz con su único hijo, pero no con su suerte. Ella nació en Andahuaylillas y también perdió a su madre siendo muy pequeña. Después fue criada por un padre “solterón” en diferentes casas, donde probablemente sufrió abusos y nunca fue enviada a la escuela. Su

deplorable situación y el hecho de no tener madre, hicieron que una pareja alemana sintiera compasión por ella y la adoptaran en el Cuzco. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, estos padres adoptivos tenían que regresar a su país de origen y pensaron en llevársela. No pudieron hacerlo, porque su padre se opuso a la idea. Tal vez, si hubiera ido a ese país, ella habría muerto, víctima de la guerra en una tierra extraña.

Inconsciente y sin saber lo que ha pasado, su mente vaga en el espacio y su alma regresa al pasado, donde siente reencarnarse en un ave.

El Cóndor vuela alto y ve las enormes montañas, testigos permanentes desde el principio de los tiempos. Mueve su pescuezo y su collar de blancas plumas se agita con el viento mientras se desliza por los azules cielos, veloz como un cometa. ¡Oh, cómo deseaba él ser ese majestuoso animal de los altos espacios!

La camilla donde él yace, es empujada por los fríos y vacíos pasillos del hospital; escuchando apenas el chirrido de las ruedas oxidadas por alguna sangre derramada. Siente que las puertas se abren y es introducido al mismo elevador que usaba para hacer sus rondas en el hospital, viendo cómo otros eran transportados en camillas. Su alma todavía lo sigue de cerca y ahora tiene un oscuro y vago recuerdo de una casa en los cerros con vista a la antigua ciudad del Cuzco.

Cóndor recuerda que en una medianoche fue despertado por el llanto de su madre. Ella había visto un bulto —una sobrenatural masa fantasmal— en la entrada del único cuarto que era su casa. Para ella, este fenómeno fue muy real. Su padre coge su linterna y va detrás del supuesto objeto en medio de la noche fría. Después de un rato, regresa agitado y confuso al no haber encontrado nada. El pequeño Cóndor observa el incidente desde su cama y se pregunta: ¿habrá cosas sobrenaturales en este mundo? Se esconde bajo las frazadas y temblando, mira hacia la puerta. ¿Aparecerá ese bulto, nuevamente? ¿Qué es lo que su madre vio? y ¿por qué?

Es sabido que mucho antes de que los españoles vinieran al Perú en 1532 —y sólo Dios sabe por cuánto tiempo— los incas y sus antepasados solían enterrar a su gente, especialmente a sus personajes nobles, curacas y sinchis en tristes y pomposas ceremonias. Ellos abrían grandes hoyos en la tierra virgen e introducían los cuerpos, con sus riquezas, comida y chicha en cantidad suficiente para que les alcanzara en su viaje al más allá, tal como lo hacían los egipcios. Pero, junto con sus pertenencias, ellos también enterraban vivas a sus más bellas esposas y algunos de sus sirvientes favoritos; quienes, aparentemente, no tenían objeción y se sentían muy contentos de acompañar a su señor al más allá. Estos grandes orificios eran cubiertos con tierra, formando un pequeño montículo donde sus deudos marcaban

el área con una piedra grande, ocultando al “bulto” y formando así una huaca que indicaba el lugar de la tumba, y luego, por días, semanas y meses, la gente retornaba al demarcado sitio para llorar a sus muertos. Fue así como los españoles pudieron saber dónde estaba enterrado el oro que se encontraba por todo el Perú. Los conquistadores sólo tuvieron que cavar para obtener lo que vinieron a buscar.

Mientras el ascensor sube lentamente, una fuerte sensación de ir contra la gravedad produce a su cuerpo agonizante una atracción hacia la tierra, como si ésta lo quisiera reclamar para siempre. Su alma, nuevamente, abandonándose a los instintos terrenales, recuerda cuando Cóndor iba al Colegio Salesianos del Cuzco.

Él ve a unos hombres altos, de tez sonrosada, vestidos con sotanas negras y blancas, collarines almidonados. Se ven dignificados y se encargan de la enseñanza a los niños de la clase media. Cóndor recuerda haber sido enviado a un rincón de la clase porque causó un problema. El colegio es grande y se encuentra cerca de la elevada fortaleza incaica de Sacsayhuaman, que domina la antigua ciudad imperial. Los claustros del colegio son viejas aulas de techos altos, silenciosos y fríos. Los padres, nuestros profesores —en su mayoría extranjeros— eran robustos y dominantes. Cóndor aprende a través de ellos, los usos y costumbres del Viejo Mundo.

Un día, durante el recreo en este colegio amurallado, Cóndor siente un repentino terror, como

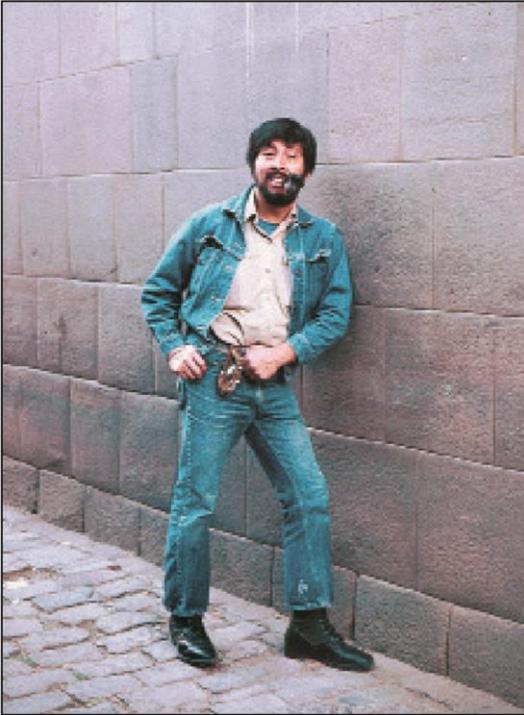
si sus padres lo estuvieran abandonando. Trepa las antiguas rejas de hierro oxidado y huye del colegio. Caminando rápido por las calles vacías bajo una fuerte lluvia, llega a su casa empapado y desesperado. Ve a su padre y a su madre preparando sus maletas y ellos le preguntan: ¿qué haces aquí? Cóndor les ruega: ¡No!, ¡no me dejen! Sus padres le permiten quedarse en casa. ¡No!, ¡no lo dejarán! y desde esa vez y por siempre, ellos estarán viajando por las regiones más alejadas, solitarias e inhóspitas del territorio peruano, siempre apresuradamente y con pocas pertenencias.

Mientras su malogrado cuerpo es atendido, las enfermeras lo llevan delicadamente a la unidad de cuidados intensivos, donde parece que él vuelve en sí; pero su mente todavía se encuentra en un distante pasado, cuando era un niño en la ciudad donde él nació. El alma del Cóndor recuerda muchas cosas que vio y que pasó en el Cuzco.

Se acuerda de la antigua iglesia de Santo Domingo, construida por los conquistadores sobre los cimientos y restos de las ruinas de uno de los principales adoratorios incaicos: el Korikancha; usado para venerar a su dios, el Sol. El templo fue profanado y destruido, después que los españoles subyugaron y humillaron a los vencidos habitantes. Él recuerda cuando jugaba fútbol con los padres dominicos en esos patios rodeados por arcos, pilares de piedra y pisos de losetas de color amarillo y azul. En las paredes colgaban enormes y antiguos óleos,

ahora polvorientos y descoloridos, los cuales presentaban en sus lienzos deteriorados a curas pomposos y a hombres barbudos vistiendo armaduras y en el fondo oscuro de estas pinturas apenas se podía ver indígenas con sus vestimentas originales. Los silenciosos oratorios con una misteriosa sensación de quietud y paz fueron construidos por los incas usando grandes piedras grises, labradas como con rayos láser. Ahora, estos grandes cuartos están vacíos y carentes de sus dorados ornamentos del brillante pasado. ¡Oh, esos pilares eran tan antiguos!, pero sólo recién, él se da cuenta de su historia, que en aquel entonces, no la sabía.

En un cuarto privado y lleno de instrumentos médicos, abre sus ojos viendo más oscuridad que luz. A través de sus córneas nubladas, ve a un cura sentado cerca de él, mirándolo pensativamente, tratando de



Caminando por las
viejas calles adoquinadas
—a cuyos lados, las
paredes incaicas están
aún en pie—.
Caminos sobre los
cuales sus ancestros
seguramente
transitaron por siglos
antes que él.

hacer lo que siempre ha hecho: dar los santos óleos. Pero el cura está confuso y no sabe si éste es el momento indicado para hacerlo. Cóndor escucha las voces muy distantes de sus familiares que están fuera del cuarto; reconoce sus íntimos ásidos olores, mientras, muy lejamente, oyes sus lamentos. Su alma, que todavía está con él, ansiosamente se mueve de un lado a otro mirando al cura, pero en reverencia, vuelve a su cuerpo moribundo, que sigue recordando su niñez cuando iba a la iglesia, mucho antes de que sus padres se despertaran.

Cada domingo y muy temprano se bañaba en su casa que era de un solo cuarto y piso de tierra. Hervía el agua en el fogón de adobe fuera de la habitación, usando restos de estiércol disecado como combustible. Llenaba la tina de aluminio temperándola con agua helada y caliente, para lavarse primero la parte superior del cuerpo. En el cuarto débilmente iluminado por el saliente sol, él mira las paredes de adobe adornadas con fotografías de Clark Gable y Shirley Temple, se ven tan distantes y diferentes, que siente como si fueran de otro mundo. Las fotos arrancadas de viejas revistas, están amarillentas, y a pesar de no ser en colores, son un deleite para la vista. Usando más jabón, ahora se lava la parte inferior, luego se viste con sus pantalones cortos y camisa blanca. Va a misa solo, caminando por las antiguas calles empedradas, entre paredes incas que aún están en pie, y en las que — seguramente— sus ancestros caminaron por ellas, muchos siglos antes. Entra a la antigua iglesia colonial, donde muchas mujeres de edad, arrodilladas, vestidas con ropas indígenas, rezan y lloran, lamentando su miseria; pidiendo milagros a unos santos blancos y mudos y a un Dios crucificado. A la izquierda de la enorme y antigua puerta doble con manijas de bronce se encuentra el Señor de los Temblores, a la derecha, está la Virgen María. Él ve todo esto con respeto y lástima, y en la resonante “caverna” de la catedral, siente que prefiere volar y ver

a los hombres arando la tierra en los tranquilos y remotos andenes.

Esta ciudad se vuelve un mundo de remembranzas; en todas partes hay una historia raramente contada. La gente de esta antigua metrópoli, vive en casas de cimientos construidos por los incas, camina por los tortuosos y angostos caminos que suben las lomas. Todo alrededor de la ciudad, está formado con los restos de lo que fue un gran imperio y donde se sienten las cadenas del pasado. Se huele la tierra húmeda de los ancestros, como un recuerdo existencial de lo que fueron y de lo que pasó con ellos.

En las calles se pueden ver a los indígenas, como si sus pasados turbulentos hubieran esculpido ideas perpetuas en sus pensamientos. En tanto que en Roma, los vestigios de mármol de esa gran cultura son el recuerdo de un pasado ilustre. Un indígena viene picchando coca, vestido con su chullo, poncho y ojotas. Él y yo somos iguales, pero extrañamente, somos diferentes por tan sólo un insignificante minuto del destino que, sin embargo, marca una gran diferencia entre nosotros. En el Cuzco, Cándor aprendió en su alma y para siempre que éste fue el lugar de la grandeza y la caída de su pasado. Este es el Jerusalén de sus ancestros, el Jerusalén de su pasado. Pero nadie lucha por este Jerusalén andino; todo sigue igual, nadie quiere recordar lo que pasó. Muchos prefieren olvidarlo, como si nosotros, los descendientes de los incas y sus viejas

construcciones no fuésemos recuerdos permanentes de lo que éramos. Nosotros preferiríamos enterrar el pasado y dejar transcurrir cientos de años para que las nuevas generaciones lo redescubran, y tal vez, de esa manera aprenderíamos a respetarlo, como sucede con el Jerusalén del Medio Oriente, cuya gente se aferra y rinde culto a los últimos vestigios de una antigua pared.

Así es el comienzo de su vuelo para este pequeño Cóndor, que aún no está seguro del día que podrá volar alto y muy lejos.

En este pueblo, él no ha visto mucho optimismo. Ha notado que las familias indígenas —debido a sus complejos raciales— no brindan abiertamente cariño a sus hijos, aunque sí tienen por ellos un instinto natural de protección.

Él ve descontento en sus rostros, hay desconfianza y desprecio tan arraigados de unos por los otros; que ha llegado a ser un rasgo distintivo de nuestra raza, tal como los alemanes que son conocidos por su disciplina, los ingleses por su pasado colonialista y los americanos por su gran tino financiero. ¡Sí! Cóndor ha volado muy lejos y conoce muchas naciones y lugares como el río Rhein de los viejos tiempos, con sus numerosos castillos y sus relatos gloriosos. El pueblo europeo está orgulloso de su pasado y recibe de su historia un sustento moral para seguir avanzando. Pero las injusticias del hombre son tan universales que cada nación y cada

cultura tienen algo que es necesario recordar y corregir en su pasado.

El pequeño Cóndor ha visto los daños al cuerpo físico e injusticias al espíritu humano, pero él sabe que el pasado fue peor y tiene la esperanza de que el futuro, tan distante en el infinito, será mejor, por la voluntad de los corazones de la gente.

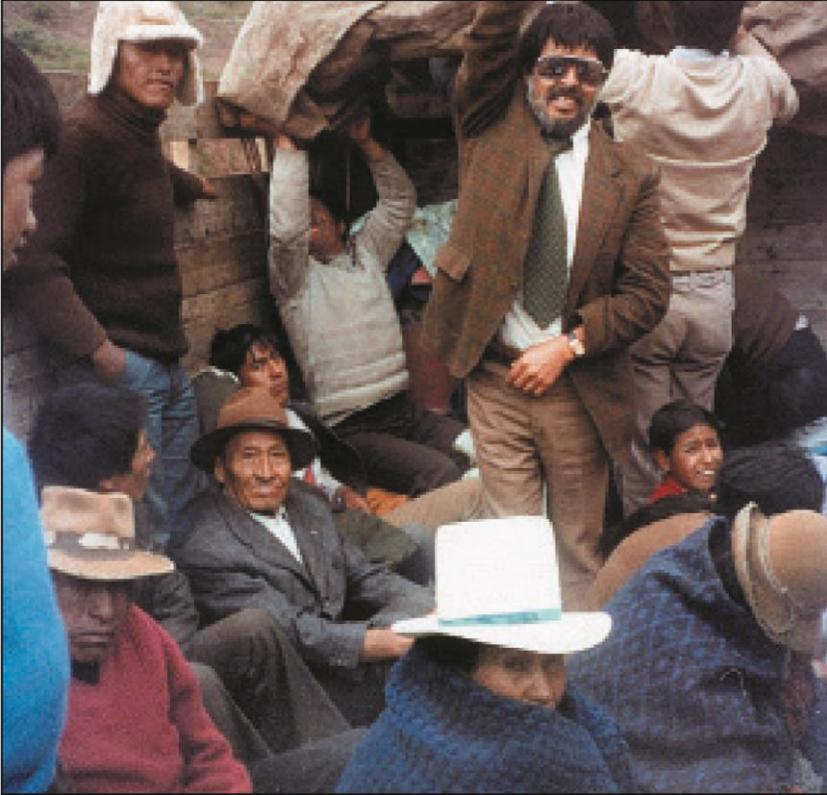
A medida que los efectos de la anestesia van pasando, sus sentidos corporales y de este mundo, comienzan lentamente a regresar a su ser. En un cuarto lleno de confusión y en medio de su agonía, su alma se reúne con él. Ahora, ambos, cuerpo y alma continuarán el viaje al pasado con la incierta esperanza de un mejor entendimiento de sí mismo, su gente y el mundo.

CUMBRES ESCARPADAS, NUBES BORRASCOSAS



Mi padre es un joven oficial del ejército, macho y afecto al licor. No ha aprendido a ser sociable y tampoco está tratando de serlo. Y por esto es enviado a lugares distantes, desconocidos e inhóspitos del Perú, porque ha mostrado una actitud desafiante. Este es el primer largo viaje que hará el pequeño Cóndor de siete años de edad. Ha escuchado que esa zona es peligrosa y que ningún camino llega a la ciudad de Puerto Maldonado, en el departamento de Madre de Dios; un lugar infernal que limita con las impenetrables selvas de Brasil y Bolivia. Tal vez a éste se le dio ese nombre para recordarle a la gente que esa área era tan triste como el dolor que sufrió la Virgen María con la muerte de su hijo Jesús. Este Cóndor, que va creciendo, se siente feliz de ir a la selva, ese mundo maravilloso, pero traicionero.

Tomamos un viejo camión, lleno de indígenas, animales y un gran hedor. El frío penetraba hasta los huesos. Los pasajeros simpatizaban conmigo y me protegían del viento helado cubriéndome



Tomamos un viejo camión, lleno de indígenas, animales y un fuerte hedor.

con sus ponchos. Viajamos, por varios días, a través de un camino que parecía hecho de lodo.

Parábamos muchas veces en esos fangosos y peligrosos caminos aún no terminados debido a fallas mecánicas, lluvias torrenciales y llantas desinfladas. Cóndor bajaba del carro y miraba un mundo extraño: las elevadas y distantes sierras de nevados coronadas por las nieblas de las selvas arremolinándose alrededor de su picos y el ambiente bullicioso de la música de innumerables insectos. La tierra de los incas no se reconocía allí. Había cierta felicidad espiritual, pero en

ese momento, la desconfianza no la causaban las gentes, sino la naturaleza, que es —a veces— cruel e impredecible.

Cóndor orinaba en el barro mientras contemplaba la vastedad del infinito en las alturas, estaba feliz y asombrado. Veía una nueva naturaleza, no perturbada. El yugo de los conquistadores no llegó a estas lejanías. Recuerdo que ésta era una tierra virgen, donde sólo habitaban animales y tribus selváticas, cuyos ancestros probablemente huyeron de sus conquistadores; tanto incas como españoles. Sólo ellos saben de los sufrimientos y tribulaciones que caracterizan la vida de la selva profunda.

Viajamos días y noches en el viejo camión, lleno de carga humana. Habíamos soportado tantas peripecias como para agregar un capítulo más a La vuelta al mundo en 80 días, pero nadie escribirá sobre nuestras experiencias. Este es el karma que sufren nuestros pueblos indígenas.

Finalmente, arribamos a “Quince Mil”, cuyo nombre se debe probablemente al brillante y polvoriento metal amarillo encontrado en los muchos y desconocidos ríos de esta selva. Esa ciudad era quizás muy parecida a los pueblos mineros existentes en California durante la época de la “fiebre del oro”, alrededor de 1840, y por seguro, algo peor.

Recuerdo que allí terminaba el camino enlodado. A partir de ese punto, Cóndor y su familia volarían por primera vez —en un pequeño aeroplano— hacia su destino, si el tormentoso clima amainaba en algún momento. En Quince Mil, Cóndor fue testigo de la miseria y muerte del cuerpo físico, pero no del espíritu.

Vio a hombres morir por mordeduras de serpientes y enfermedades tropicales, y observó a su madre ayudar a pobres, enfermos y desamparados. Ella supo de un hombre abandonado a morir en una precaria casa de palmas, después de haber sufrido una

mordedura de serpiente, porque no podía viajar al Cuzco para recibir tratamiento. El enfermo era conocido como el “Selvático”, u hombre de la selva. Veía a mi madre alimentar a este enfermo en la miseria de su choza. Su pierna derecha estaba hinchada, ampollada y olía a carne descompuesta. Mi madre le aplicaba Mercurocromo en la herida. Después de ayudarle, nosotros regresábamos al fangoso pueblo de una sola calle, donde se vendían abundantes equipos y suministros para aquellos que se dirigían a la selva profunda, en busca de oro, caucho, o tal vez, la muerte. El tiempo pasó sin que nos diéramos cuenta. Acostumbrábamos a ir al río Marcapata, un tributario de otro mayor, el Inambari; disfrutábamos —desde la orilla— de su furiosa corriente, y apenas nos atrevíamos a bañarnos en él, y yo sólo jugaba y caminaba chapoteando en un charco distante y seguro, mientras mi madre lavaba nuestras ropas en las orillas pedregosas.

Con las ropas lavadas y húmedas retornamos al pueblo, donde encontramos a algunas personas reunidas alrededor de un camión. Nos acercamos para ver lo que pasaba y vimos que el hombre que había sido mordido por la culebra en una pierna era embarcado hacia Cuzco. Sólo recuerdo haber visto el pie colgando de la camilla hecha de ramas y pequeños troncos de árbol. Tres días después, supimos que murió en el pantanoso camino y su cuerpo fue enterrado en el barro húmedo. Ahora, yo sólo puedo imaginar el cadáver, empapado por una

lluvia cruel y consumido por numerosos animales, devoradores de carroña e insectos.

Cóndor juega con unos chicos de la selva en el improvisado campo de fútbol, cuando al levantar la vista ve un avión que desciende rápidamente sobre el campo de juego. El pequeño aparato de lejos parecía un saltamontes, y a medida que descendía se veía grande. ¡Increíble!, el invento del futuro. El aeroplano, aterriza precariamente en ese pedazo de terreno.

Un hombre alto salió de la cabina, era blanco, un piloto de la selva, a lo mejor un gringo. Se le veía diferente de nosotros. Hablando rápido, dijo que partiría en quince minutos, antes de que el sol se viera cubierto por las oscuras nubes de la próxima tormenta, y pidió a una persona que buscara inmediatamente al subteniente Sánchez. Era el avión en que teníamos que viajar y que habíamos estado esperando por meses. Tomamos todas nuestras húmedas ropas que estaban secándose a la entrada del hotel y las pusimos en una pequeña maleta, junto a las pocas cosas que teníamos y corrimos hacia el polvoriento campo deportivo donde estaba la avioneta esperándonos. Era la primera vez que subía a un avión. El interior estaba hecho de materiales e instrumentos que nunca había visto. Era tan estrecha la cabina que apenas cabíamos en el minúsculo avión. Despegamos, pero un cóndor vuela suavemente y sin esfuerzo, y esto era una “vaca voladora”.

Las sensaciones de turbulencia eran tan vívidas, que mi madre estuvo llorando toda la travesía. Mi padre estaba atemorizado, pero en control el piloto se veía indiferente, permanecía silencioso, pero parecía preocupado. Sólo él sabía de lo peligroso que este viaje era o podía ser. Esas selvas, esos ríos, ese gran verdor infinito, le dieron a Cóndor su primera visión del mundo desde lo alto. Ahora él estaba admirado y nunca olvidaría todas estas experiencias.

Puerto Maldonado es una ciudad de la amazonia, con calles de tierra y veredas, en ese entonces, pavimentadas con los fondos de botellas de cerveza que sólo llegaban a la ciudad por vía aérea, pero a un precio elevado y como no podían ser devueltas, eran utilizadas para el ornato de la ciudad. El olor de la ciudad entera era de mango en descomposición y de otras frutas, para mí, desconocidas. Era tan dulce este olor que resultaba casi insoportable en un clima caliente y húmedo.

Cóndor contempla la selva profunda y no muy lejana. Escucha historias sobre ella y se siente maravillado, pero temeroso. Observa por primera vez una tremenda serpiente shushupe —parecida a una boa— capturada por un borracho selvático que la muestra al pueblo como una prueba de su machismo. Todos; hombres, mujeres y niños, veían a ese hombre —en la euforia de su borrachera, bajo el agobiante sol del mediodía— sosteniendo con sus manos desnudas la cabeza de ese bello, enorme y moribundo reptil.

La shushupe, con su oscuro lomo cubierto de brillantes escamas, era golpeada contra la calle polvorienta y colgaba como si fuera una sogá gigantesca. El hombre hablaba todo el tiempo y narraba a los espectadores en tono letárgico cómo había cazado al animal. Enfatizaba en lo mañosas que son esas serpientes y el riesgo de muerte que había corrido su vida. Los muchachos lo seguimos por varias cuadras como si se tratara del máximo evento del día, y en realidad, lo fue.

Después de vivir algún tiempo en la ciudad, aprendí a caminar solo por los estrechos senderos de la selva para visitar a los misioneros franciscanos, que tenían la única posta médica de la ciudad. Ellos curaban mis ojos supurados aplicándome argirol, una solución de nitrato de plata que en esos tiempos se usaba contra infecciones. La misión sacerdotal no estaba lejos de la ciudad y se encontraba oculta por la floresta, en las orillas del río Madre de Dios. Veía las costumbres de los misioneros extranjeros de barba roja y aprendía muchas cosas de ellos. Los misioneros eran personas bondadosas que habían llegado años atrás para civilizar y cristianizar a las tribus, tal vez altruistamente, pero, cambiando y destruyendo las costumbres de los aborígenes; como lo hicieron los antiguos misioneros siglos atrás cuando llegaron por primera vez a estas selvas vírgenes, sufriendo y muriendo por una cuestionable noble causa.

No pude estar largo rato en la misión, porque la oscuridad cae sobre la selva cuando aún brilla el sol. El zumbar de los insectos y los aullidos de los animales que están siendo devorados producen pánico. Caminaba rápidamente, imaginando que detrás de mí podía venir reptando la gran shushupe, porque había escuchado que ése era el modo de agarrar su presa. ¡Toqué mi trasero y noté que aún lo tenía! Entonces, corrí sin querer mirar hacia atrás o a los lados. Sólo veía el camino delante de mí —rojo, arenoso y libre de hojas— donde no había otra cosa que tierra y nada oculto debajo de ella. Tenía mi camisa en la mano, por si acaso hubiera necesidad de lanzársela a la serpiente, porque la gente decía que ésa era la forma de ganar distancia, mientras el animal huele la prenda que se le arroja.

¿Cómo podría describir la grandeza de esa selva? Se siente como un lugar de vacaciones, con arroyos musicales, bandadas de bellas aves y árboles altos, gruesos y hermosos. Uno camina solo, pero nunca sufre la soledad como sucede en los Andes al respirar el aire frío y liviano.

Esta ciudad, según Cóndor la recuerda, era como un paraíso. Tal vez él era muy pequeño para darse cuenta que la gente del lugar también sufría. Las enfermedades son numerosas y la muerte tan común como la caída de las hojas secas de los árboles. Pero como la selva es tan llena de vida, todo renace alrededor.

El río Madre de Dios es grande, color de lodo, rápido y lleno de remolinos, pocos se atreven a nadar y se puede ver el verdor de sus orillas por todas partes. Los blancos escalones que descendían hasta los barcos en el río, le daban a la ribera un aspecto parecido a un lujoso club de yates. La Marina del Perú mantenía un antiguo barco de vapor, semejante a los usados durante la Guerra Civil en los Estados Unidos.

Algunas veces, caminaba por los bosques lluviosos hasta el fuerte militar para ver a mi padre. Por primera vez veía soldados indígenas que tenían la cabeza rapada, algunos eran aborígenes. Hablaban entre sí toscamente y parecían ser hoscos unos con otros, pero al aparecer sus superiores se mostraban dóciles. Cóndor observa esta conducta frecuentemente en todas partes, debido al gran contraste social y racial en el país.

La tarea más importante de estos soldados era aprender a leer y a escribir. Su lenguaje diario estaba tan mezclado entre español, quechua y otros dialectos nativos, que a veces aprendían una palabra en español y la repetían en su idioma (El instructor decía: za-pa-to, y el recluta repetía: "chu-zo"). Por eso, eran pateados con las pesadas botas de sus superiores, hasta que dejaran de hacerlo. Al mediodía, mi padre me llevaba a almorzar en el fuerte. La sopa era hecha de culebra, tenía sabor a pollo y era gustosa. Ha pasado el tiempo y sólo puedo recordar vagamente aquellos días y actualizar

aquellos olores que mis sentidos olfatorios han logrado retener. Finalmente, llegó el día que debíamos dejar Puerto Maldonado. Eran las cuatro de la madrugada de una mañana tibia, húmeda y llena de los vibrantes sonidos producidos por múltiples insectos. Todo el pueblo fue al río, a ver el avión que llegaba para recoger pasajeros. El gran pájaro acuatizó en el río Madre de Dios. Era majestuoso, panzudo y poderoso. Un hidroplano, tipo Catalina, construido en San Diego, ciudad donde resido ahora.

En los años treinta, en San Diego se comenzó a fabricar aviones anfibios para uso civil, pero empezó la Segunda Guerra Mundial y San Diego emergió como el mayor productor de hidroaviones Catalina PBY tal como este avión que nos llevaba de la selva a Lima. ¡Quién hubiera imaginado que algún día, en mi calidad de Teniente en el Cuerpo Médico de la Marina de los Estados Unidos, mi unidad estaría al lado de esta enorme fábrica de aeroplanos!

Hice mi segundo vuelo. Y a estaba acostumbrándome a volar en esos tiempos, en que hacerlo por avión no era común. El avión anfíbio partió, con sus ensordecedoras y rugientes hélices propulsándolo contra la rápida corriente. Las ventanillas fueron cubiertas con agua turbia, pero conforme los vidrios se aclaraban, se podía ver el río que se empequeñecía y la ciudad se perdía como un lunar en medio de la selva inmensa y verde. Todos los tributarios del río simulaban ser serpientes que

parecían reptaban hacia un final que parecía inexistente.

Este viaje se mantiene en mi mente como un recuerdo oscuro y lejano; pero con el tiempo, viajaría en aviones más grandes a lugares distintos donde sería testigo también de muchas injusticias.

En el año 1995 llegué a ser miembro de la Sociedad PeruanoAmericana de Medicina en los Estados Unidos (PAMS), que realiza continuas misiones médicas en el Perú para ayudar en diferentes lugares, y ahora soy miembro activo de sus acciones humanitarias. Después de una misión que hicimos en Trujillo, regresé a Lima; ciudad fría y húmeda. Mi madre sufría ya de artritis y ese clima no le era favorable. La convencí para ir a la misma selva donde estuvimos cincuenta años atrás, pensando que ésta sería el mismo paraíso que ambos recordábamos. Debido a mi corta permanencia, fue difícil encontrar reservaciones aéreas para el viaje a la selva, y los únicos aviones disponibles pertenecían a una compañía pequeña. Llegamos al aeropuerto a las cuatro de la mañana para partir hacia Puerto Maldonado, vía Cuzco. Mientras nos dirigíamos hacia un moderno jet estacionado; la ruta cambió hacia un bimotor antiguo y diferente a los fabricados en los Estados Unidos. Y éste era nuestro avión.

Cuando nos acercamos, notamos que sus llantas estaban casi totalmente gastadas y tenía inscripciones en idioma ruso en su fuselaje. Era una nave que quedó de las pasadas relaciones políticas

peruanosoviéticas. Cuando estábamos embarcándonos, me dije: después de tantos viajes aéreos, tal vez ¡esta vez sí se cae! Luego de abordar la nave por la rampa trasera, se veía que su gastado interior tenía asientos de aluminio al descubierto. El avión sólo tenía dos o tres ventanillas redondas. Tuve suerte en conseguir un asiento al lado de una de ellas con vista parcial hacia el crujiente tren de aterrizaje, y total del panorama, que es lo que a mí más me interesaba. El avión esperó unos momentos para calentar sus ruidosos motores, y éstos me trajeron recuerdos de las hélices del viejo Catalina. Partimos atravesando la niebla de Lima, y conforme nos aproximábamos a las altas sierras, vi la bellísima salida de un sol dorado contra los aserrados picos incrustados con nieves perpetuas. Era tan imponente, que no asombra que los incas adoraran a esta brillante estrella. El escenario era tan embriagador, que me olvidé del avión viejo, ahora cómodo y acogedor. Vale la pena decir, que esto era mejor que volar en jet, puesto que su desplazamiento era tan lento que uno podía ver el paisaje, justo debajo de sus ruedas, y apreciar todas las majestuosas cumbres en la ruta hacia Cuzco.

En Cuzco recogimos a algunos pasajeros, esta vez más indígenas y nativos; vestían ropas convencionales y se veían más seguros de sí mismos. Como íbamos a permanecer en Cuzco por poco tiempo, salí del avión y me sorprendió encontrar a un viejo amigo y compañero de escuela, con quien

había asistido a la reunión de mi antiguo Colegio Militar, justamente la noche anterior, y para mi satisfacción, él era el piloto. Tenía buena presencia, como lo recordaba en la época de cadetes en Arequipa, y ahora se le veía un poco diferente, debido a un accidente de aviación que había tenido. ¡Bueno!, cuando se está en lugares lejanos, uno toma las cosas como vienen. Si es el momento de perder la vida, no hay nada que uno pueda hacer. Además, yo siempre he confiado en los pilotos peruanos porque ellos conocen muy bien sus peligrosas rutas.

Cruzamos los Andes, entramos a los linderos de la selva. Para mi desconcierto, no había selva a la vista. Todo estaba “nublado”, peor que en Los Angeles o la ciudad de México. ¿Dónde estaban los millones de árboles verdes y los ríos sin fin que eran más visibles ante un verde contraste? ¡En ninguna parte! Pensé que aparecerían. Puesto que el viaje era tan corto, no pude igualarlo con el largo recorrido por tierra que habíamos hecho cincuenta años atrás. Para mi asombro, después de sólo cuarenta y cinco minutos, la aeromoza nos pedía estar listos para el aterrizaje, pero yo aún seguía mirando por la ventana... ¿Se me había pasado la selva? ¿Me había quedado dormido? ¿Tal vez no habría usado adecuadamente mi máscara de oxígeno? ¡Pero no!, ¡éste era Puerto Maldonado! Ahora tenía un aeropuerto pavimentado. La ciudad que una vez fue verde y llena de árboles frutales, estaba ahora, como el aeropuerto, carente de belleza natural, pero llena

de gente. Afortunadamente había sólo pocos carros, pero se veían motocicletas adaptadas como taxis que despedían mucho humo. Mi pobre madre, había ido buscando el calor del sol y no lo encontró. El cielo "nublado" parecía lleno de humo y las calles estaban polvorientas. Una vez en Puerto Maldonado, permanecimos por tres días y fuimos a todos los lugares que solíamos frecuentar. Debe entenderse que Puerto Maldonado es una ciudad capital y si los turistas desean ver la selva virgen, deben ir a sus parques especiales y reservas naturales como los extensos arqued eT ambopata, Heath y Manu, que son buenos lugares para visitar y tener la sensación de estar en la selva virgen. Tienen plantas y animales que son estudiados, pero son accesibles desde departamentos elevados y está limitado a tres reservas.

Fui de inmediato a ver la Misión de los Frailes, pero el sendero de selva por el que caminé de niño, no existía. El fuerte del ejército estaba en la misma área, pero ya no tenía esos enormes árboles de castaños de entonces. Asombrosamente, lo que yo antes creía ver muy lejos, quedaba cerca de donde habíamos vivido, pero después que la selva fue destruida, las distancias parecían más cortas. La Misión también estaba ahí, pero más moderna. El padre franciscano que me curó los ojos había muerto y la gente aún lo recordaba. Sintiéndonos tristes, regresamos al hotel en esta fría ciudad, sin mosquitos, frutas ni árboles. ¿Cómo puede la gente alterar tanto la naturaleza? No podía creerlo. Aunque

el mundo se entera diariamente por los medios de comunicación —de la deforestación y la destrucción del ambiente natural de los animales—; ver todo esto con los ojos propios es una tremenda experiencia, no un asunto trivial. La tierra está cambiando y perdiendo su naturaleza. Es algo mucho más serio de lo que uno pueda escuchar e imaginarse.

Fuimos a la ribera del río y encontramos que también había cambiado. Las orillas estaban atestadas de madera aserrada y humeantes chimeneas que arrojaban al aire el producto de la quema de los enormes y añejos verdes árboles. En nuestros esfuerzos por encontrar selva virgen y alejarnos de la ciudad, hicimos un viaje diurno por canoa, remontando el ríoT ambopata que viene de Puno y desagua en el Madre de Dios.T omó cierto tiempo llegar al área del monte de árboles grandes y verdes, pero aún ahí, no había mosquitos.

Me pregunté: ¿Es esta la selva? ¿qué había pasado?T al vez el humo los diezmoó. En mis días juveniles, en esta misma área, uno estaba agitando constantemente las manos para matar los numerosos insectos. En el curso del día, sólo vi dos guacamayos, volando raudos a través del río, probablemente en busca de más árboles o monte. Esas aguas turbias sin caimanes y con pocos peces, no parecían ya amenazantes. El paisaje había cambiado drásticamente y esto me dejó pensativo.

Después de tres días, tomamos finalmente un“ mototaxi” hacia el aeropuerto y mi madre se detuvo

para comprar oro, que abundaba por aquellos días, y también preguntó por grasa de culebra para su artritis. Y o casi me envolví en una discusión con ella, pero el mercado estaba lleno de pociones hechas de derivados de animales para curar varias enfermedades. Sin tomar en cuenta mis argumentos, ella compró grasa de culebra que era blanca, rancia, y parecía manteca de cerdo, que yo esperaba, que así fuera. ¡Pobres serpientes! ¿Quién notaría la diferencia? No fue sorpresa, cuando meses después ella me dijo que los huesos le seguían doliendo después de usar ese ungüento de reptil.

Abordamos, nuevamente, el mismo avión ruso para nuestro viaje de regreso a Lima. Esta vez, el ambiente estaba suficientemente claro y desde lo alto pude ver casi toda la reducida selva. En algunos lugares, sólo quedaban pocos árboles en pie. El área total parecía como un cementerio, con los árboles tendidos simulando cadáveres, esperando que los recogieran para usarlos como materiales de construcción. Conforme nos acercábamos al Cuzco, las montañas y la ciudad se veían envueltas por un brumoso y oscuro matiz, en contraste con aquel infinito cielo azul, cuyos recuerdos sólo podían existir en mi mente.

Hicimos una parada en el Cuzco, y luego seguimos a Lima en el mismo avión. A niveles más bajos, pude ver los grandiosos trabajos de los incas en los impenetrables Andes, cuyos andenes, aún existentes, todavía están en uso por sus auténticos

descendientes. Me alegro de haber realizado este viaje en un avión que volara a poca altura; porque mucho se deja de ver cuando uno viaja en los jets, perdiéndose la perspectiva del área sobrevolada.

Estoy relatando mis impresiones, no con el deseo de criticar, sino con la esperanza de que mis lectores perciban que aquella que una vez fue selva profunda, peligrosa y rebosante de vida; se está convirtiendo, ahora, en un estéril yermo. La selva está siendo destrozada por las nuevas generaciones que han llegado para profanar la naturaleza virgen en nombre del progreso.

III

EL CURSO DE LOS RÍOS



El tiempo ha transcurrido y Cándor se encuentra viajando entre Lima y Arequipa. Su padre ha sido trasladado a la lejana selva y será enviado más lejos, donde no hay caminos, ni líneas férreas y sólo aviones pequeños y el rápido curso de los ríos pueden llevarlos allí. Cándor escucha que hay un gran conflicto, la Segunda Guerra Mundial, en un lejano continente. Él no puede imaginarse las atrocidades cometidas en esos lugares, pero sabrá que esos conflictos son universales, y tal vez, aun galácticos. ¡Quién sabe, la existencia humana, sea ya quizás, una injusticia en sí misma!

De alguna manera y en el vago recuerdo de mis viajes a ciudades tranquilas, me encuentro en Yurimaguas, donde en esos tiempos sólo se podía llegar por avión. Esta ciudad es calurosa, húmeda y toda la acción cotidiana ocurría a orillas del río Huallaga, uno de los tributarios mayores del poderoso Amazonas: grandes troncos de árboles recién cortados flotaban en el río; enormes bloques ovalados de caucho negro, y de gran peso eran

acarreados por nativos desnutridos. El hedor de comida en rápida descomposición se olía por todas partes.

Cóndor, hijo único, tiene ahora un compañero, su tío Braulio. Mi madre, que es su hermana, lo adoptó. Nuestra familia, formada por cuatro miembros, viajará río arriba por el Huallaga y el Marañón para llegar finalmente a Iquitos, que es el punto central de la selva amazónica y es la capital del departamento de Loreto. Esta ciudad es muy diferente de los grandes centros de los Andes.

Desde el punto de vista regional, ésta es otra nación, más parecida a un pueblo brasileño con raíces portuguesas. Los habitantes amazónicos consideran a las personas andinas como seres diferentes y los llaman shishacos, que es el equivalente al norteamericano de las aisladas montañas de los Ozarcks. La gente de la selva quizás sea diferente porque sus sufrimientos ancestrales son casi inexistentes y sus vidas, un misterio no tan visible. Tal vez el aire húmedo y tropical sea un catalizador para ablandar sus almas, o quizás, el yugo y la opresión del viejo continente no llegaron a estas lejanías. El tiempo pasa sin prisa en la tranquila ciudad de Iquitos, aunque la conexión con la Segunda Guerra Mundial se percibe en todo el puerto de la ciudad, debido al tráfico transoceánico de materias primas como caucho, madera, quinina y otros productos para la matanza en los conflictos de Europa.

Parecería que el viaje al puerto de Iquitos no hubiera representado un gran esfuerzo, pero no fue así. Para comenzar, sólo saber que uno tenía que ir a la amazonia, al principio de los años cuarenta, era prácticamente una sentencia tan indeseable como el ser enviado a la Siberia. La muerte amenaza en la selva, tan fácilmente como en las autopistas de Los Angeles. Este viaje —permanentemente riesgoso— era tal, que hasta Teddy Roosevelt, escribió que su aventurada excursión a la amazonia del Brasil, casi abatió su espíritu, y eso que su permanencia fue sólo por un corto tiempo.

Por aquel entonces, mi padre era un oficial de bajo rango en el ejército, y por ello, sus medios eran modestos. Había dudas, de que, si mi tío iba a la amazonia con nosotros o debía regresar a la tranquila ciudad de Andahuaylillas. Separarme de él habría sido muy penoso para mí, puesto que estaba solo. Recuerdo el llanto y las discusiones en la miseria en Lima; donde vivíamos apretados en un pequeño cuarto, sin poder ocultar nuestras emociones. De algún modo —con la gracia de Dios— los cuatro estábamos yendo al antiguo aeropuerto para dejar la capital. La sensación de ser ésta la última vez en Lima, era muy real. No sabíamos cuándo o si volveríamos a retornar. El dinero era muy escaso y en aquellos días un viaje a la selva requería mucha preparación. Mi madre no conocía esa región o cómo cuidar de nosotros en caso de que mi padre muriera o nos abandonara en esos lugares remotos. Llegamos

a Yurimaguas, una ciudad pequeña, en plena jungla donde estuvimos en un hotel con su propio arroyo de aguas corrientes y paredes de mosaicos moriscos de color azul, tan comunes en Brasil. También recuerdo, cómo trataba de acostumbrarme a la comida de la región y de esos especiales sabores —que aún mantengo en la mente— y que son tan particulares de la comida selvática.

En esta ciudad debimos esperar por semanas y meses. Mi padre volaría a Iquitos solo y nosotros iríamos después por barco. El tiempo pasó sin que pudiéramos saber el momento del viaje. Eran como unas vacaciones, y el río, por sí mismo, una fuente de encantamiento y distracción. Debido al sofocante, cálido y húmedo clima, nuestra rutina se concentraba en comer, dormir y escuchar el poco común sonido de los aviones. Un día, justo cuando mi padre estaba listo para abordar un pequeño avión anfibia de la Fuerza Aérea, el Ejército, afortunadamente, cambió sus planes por alguna razón y le dijeron que debía tomar un barco y viajar por el río. Entonces, desempacó sus pocas pertenencias haciendo arreglos diferentes para que viajáramos con él. Mi padre tenía gran ingenio. Si él hubiera podido controlar su abuso ocasional del alcohol —que creó problemas para su progreso y su familia— me parece que habría podido alcanzar un grado más alto.

Ahora, nosotros teníamos que esperar, no por el avión, sino por la crecida del río con las lluvias, de modo que pudiéramos hacer el viaje por el Huallaga,

afluente que se une con el Marañón, y llegar mediante éste a Iquitos por barco.

Este viaje, conforme lo veo ahora en el mapa, parece corto, pero en ese entonces, fue muy largo. El barco de vapor que escogimos era un típico navío del Amazonas, con doble cubierta y barcazas en los costados para equilibrarse mejor y recibir más carga. Su nombre era el “San Cristóbal” una vieja reliquia que usaba leña como combustible. Abordamos en el acto. El regateo y pago de pasajes se hacían allí mismo y todo era tan comercial como podía serlo en cualquier empresa.

Esta fue otra nueva experiencia. Al principio, el olor era una mezcla de aceite, comida y caucho crudo. Mis recuerdos están mayormente ligados a mi olfato. El viaje, por sí mismo, podía aportar todas las intrigas y aventuras necesarias para escribir una novela.

La lancha estaba dividida en tres clases: La de primera, ubicada en la cubierta superior, costaba más, y ofrecía un camarote pequeño, oscuro, pobremente ventilado y maloliente, con cuatro literas, una encima de otra para ser compartidas con gente que uno no conocía. En segunda clase, sobre la cubierta intermedia, había postes y ganchos para colgar hamacas; y en la de tercera, en el nivel inferior donde llevaban la carga, la gente viajaba con el hedor de estos productos y las serpientes. Aún recuerdo, que ahí uno podía encontrar a los indígenas de diferentes tribus de la selva. En ese lugar vi, por

primera vez, las caras de unos hombres tribuales perforadas con piezas de metal y madera; tenían pelo largo o extrañamente cortado y cuerpos pintados. Las madres mantenían a sus hijos apretados contra su pecho desnudo. Uno podía mirar hacia abajo y verlos sentados, casi inmóviles por horas y días escuchando la cacofonía del viejo y tartamudeante motor de vapor y el ruido de la corriente del río.

¡Oh, si pudiera describir este viaje! He estado en caprichosos cruceros de lujo, pero ninguno se igualará a ese primer viaje hacia el nacimiento del Amazonas. A pesar de que tenía sólo siete u ocho años, todavía lo recuerdo vívidamente.

Uno podía sentarse, mirar y sentir el río tan cerca como el largo de un brazo, contemplando su poder y misterio, y no como cuando se viaja en un transatlántico. Las aguas turbias como el chocolate traían siempre grandes y pequeños troncos de árboles, jardines flotantes, algunas veces con animales colgando de ellos desesperadamente para sobrevivir. Ver las orillas era un festín para la imaginación. No habiendo estado nunca ahí, era —de alguna manera— algo formidable: con grandes, majestuosos y frondosos árboles, tan verdes, como nuestros ojos podrían tolerar. También era fascinante ver y oír el ensordecedor ruido de los animales; los bellos pájaros que volaban por todas partes. Me siento feliz de que en ese entonces no hubiera televisión u otros medios de comunicación. Percibí la naturaleza virgen.

El viaje tomó mucho tiempo. El río, en algunos lugares, se deslizaba lentamente debido a la falta de lluvias o a la repentina formación de grandes masas de sedimento, lo que hacía que el barco se quedase varado en el fondo arenoso por varios días o a veces por semanas. Entonces, la monotonía y el aburrimiento eran insoportables: los mosquitos, el sofocante calor, el hambre y el sufrimiento de los otros —especialmente aquellos de la tercera cubierta— eran, por momentos, intolerables.

Para pasar el tiempo, cuando el barco estaba varado, bajábamos a las islas súbitamente formadas por el río bajo, y recogíamos huevos de tortuga, a la que los nativos llamaban taricaya. Las pequeñas islas estaban cubiertas con fina arena pardusca en la que se podían ver las huellas frescas de las tortugas y los lugares donde ellas los habían dejado. Nosotros asentábamos fuertemente los talones desnudos en los lugares en donde no había huellas de tortugas y oíamos el ruido seco de éstos al quebrarse. Rápidamente cavábamos y nos alegrábamos al encontrar abundantes huevos frescos que eran pequeños y redondos. Estos eran una delicia, especialmente cuando se comían con fariña, que es la mandioca pulverizada de harina de yuca.

Mi padre, quien no tenía una educación formal, era bien leído, y siempre estaba con un libro o una revista en la mano, a pesar de que esos artículos eran muy escasos en la selva. En ese viaje, él leía *Quo vadis*. Y o nunca leí ese tan voluminoso libro,

pero creo que debería hacerlo, sólo para saber qué pasaba por su mente en ese entonces.

Muy a menudo, se paraba en la proa y miraba siempre el río, mientras fumaba un “Inca”, marca peruana de cigarrillos negros. Era un hombre joven, que probablemente pensaba en el futuro y quizás se arrepentía de su conducta, a veces no convencional. No fue un oportunista social. ¡Pero hay escaladores sociales en el mundo! Entre más pobre el país, más es la necesidad de congraciarse para avanzar en grado o posición.

Después de días, y a veces semanas, el barco varado comenzaba lentamente a flotar de nuevo, y salíamos de esas aguas poco profundas. Otras veces, teníamos que pasar días esperando en las orillas, mientras los hombres de las tribus cercanas cortaban leña para los viejos motores de la nave. Peor aún, muy a menudo, el barco disminuía la marcha o se detenía, porque bajaba la presión del vapor o surgía un problema mecánico que en ocasiones necesitaba reparaciones en medio del gran río, y teníamos que esperar a que llegaran los repuestos.

En esa inmensa soledad, el tiempo era interminable, y nos preguntábamos si algún día llegaríamos a nuestro destino.

Hubo momentos en que “sólo sobrevivir” parecía ser nuestro único objetivo.

En las abundantes y arboladas orillas había pequeñas villas muy separadas que sobrevivían en

base al tráfico del río. Cuando la lancha paraba en esos lugares, siempre bajábamos a visitarlas. Aunque no había nada qué hacer o comprar en esos pequeños y precarios puestos de avanzada, oíamos historias de desastres y muertes recientes y embarcábamos —con frecuencia— gente enferma o herida, mientras nos abastecíamos de leña y provisiones.

Recuerdo que cuando teníamos sed recogíamos agua del río —no potable— al costado del barco, utilizando un viejo recipiente de hojalata atado a una cuerda. La bebíamos ignorantes de las reglas básicas de salud pública, y por lo general, sin ningún efecto dañino inmediato; probablemente porque ya teníamos todos los parásitos y lombrices intestinales existentes en esas zonas.

Después de meses de soportar fuertes lluvias, los problemas del impredecible río, sufrir hambre, enfermedades y pasar por situaciones casi catastróficas, arribamos finalmente a Iquitos. Según recuerdo de lejos, era una ciudad grande y reluciente con bellas casas y edificios. Desembarcamos en el malecón que era un paseo para peatones y estaba adornado con viejas estatuas y rejas ornamentales. En el apogeo del caucho, años atrás, ésta había sido una ciudad en explosión económica, y que pudo traer la elegancia de Europa.

Cuando se está en la selva, uno siempre piensa en interminables ríos y lagos prístinos. Los afluentes que vienen desde los Andes ecuatorianos alimentan

al río Marañón, que avanza cortando y cruzando los altos Andes del norte del Perú juntándose con el río Ucayali, que es más caudaloso y ya ha recogido varios tributarios en la región más sureña de los Andes. Estos tributarios se confunden en la ciudad de Nauta, lugar en que el Amazonas comienza “humildemente” y continúa hasta adquirir su poderoso esplendor en la ciudad de Iquitos, donde se hace más ancho. Las colosales y turbulentas aguas fluyen hacia el lado del amanecer, recibiendo grandes y caudalosos ríos en su ruta hacia Brasil, como el río Negro y otros, que hacen al Amazonas tan gigantesco como un océano, mientras atraviesa una extensión casi tan ancha como la de Estados Unidos. Nunca olvidaré ese enorme río de aguas turbias y rápidas y en mis indeseados momentos de tristeza, mis pensamientos van hacia tan grande y majestuosa maravilla natural.

Cuando Alexander von Humboldt viajó del Caribe a los Andes, en 1799, para explorar los orígenes del gran Orinoco, ya notó un cambio en el espíritu de los naturales. Los habitantes andinos eran más reservados, desconfiados y difíciles de llegar a ellos. Sin embargo, los nativos del Amazonas y las zonas costeras eran más abiertos, alegres y fáciles de hacer amistades. En estos trópicos, uno se encuentra en otro mundo. El pasado yugo del indígena no existe en el espíritu de su gente. La vida es más festiva y el pensamiento filosófico, no es para ellos una manera de vivir.

En Iquitos, Cóndor trató de vivir como si no tuviera un pasado. Asistió a la escuela por corto tiempo y todos los días cuando iba al colegio, cruzaba la plaza y miraba un bello monumento con escenas forjadas en bronce, representando batallas realizadas en mares del Pacífico contra un país vecino del sur.

Aunque están en medio de la amazonia peruana, las gentes de Iquitos se sienten muy distantes de la selva virgen y muchos no la conocen y nunca se han aventurado más allá de algunas millas fuera de la ciudad. Iquitos, en la década de los cuarenta, era una ciudad con movimiento comercial debido a la Segunda Guerra Mundial y por eso su gente estaba más conectada con Estados Unidos que con Lima o Cuzco.

Mientras escribo este libro, mi memoria olfativa me trae recuerdos de los cigarrillos Camel. Yo recogía del suelo las cajetillas vacías, platinadas y envueltas en papel celofán, que habían sido tiradas. Olía sus aromáticas esencias para disipar los pútridos olores del aire húmedo de la selva. Estas fueron mis primeras asociaciones con el gigante de Norteamérica; el país que algún día sería mi adoptivo "Uncle Sam". Allí descubriría la grandeza en el corazón de su gente, pero también vería la tristeza de espíritu de los primeros nativos norteamericanos vencidos y miembros de otros subyugados grupos raciales, que fueron llevados allí para trabajar al servicio de los prósperos "nuevos americanos" de origen europeo.

En Iquitos comenzó mi encantamiento por ese lejano país, los Estados Unidos. En el cine pude ver las multicolores escenas que mostraban grandes aviones con corajudos pilotos que caían al mar envueltos en llamas. Esas monstruosas escenas de batallas, presentadas en el celuloide, me permitieron vislumbrar la guerra librada en otro continente, en un mundo desconocido para mí. Yo sólo podía pensar que era demasiado diferente, aun para imaginarlo.

El Amazonas es ancho, profundo y rápido en Iquitos. Grandes barcos llegan a este importante puerto fluvial desde el Atlántico, vía Belén, en Brasil, que es la boca y entrada al Amazonas; navegando río arriba, y pasando por Santarém, Manaus y Leticia.

Desafortunadamente, nuestra permanencia en Iquitos no duraría mucho. Mi padre estaba en problemas con sus superiores. Esta vez, iba a ser trasladado a puestos militares en la selva profunda, y finalmente a un lugar llamado Cahuide. Se trataba de una guarnición —una posta militar— en un paraje lejano y desolado en área de frontera. Nuevamente se hicieron planes para viajar río arriba a través de los peligrosos, tortuosos y poco navegados ríos tributarios del Amazonas, donde encontraríamos el más terrible de los desfiladeros, el Pongo de Manseriche. Este accidente geográfico es un corte abismal de la cordillera, donde numerosas personas mueren debido a sus grandes remolinos y torrentosos rápidos, que corren estruendosamente a través de un túnel oscuro de enormes rocas graníticas. El furioso

caudal es una ruta natural forzada a navegar debido al tiempo y peligro que toma viajar por tierra.

Mi padre fue enviado primero, a la guarnición de San Borja, por hidroavión. Una vez que él partió, nosotros teníamos que viajar por caudalosos ríos de acuerdo a nuestro propio ingenio. No había agencias ni intermediarios que vendieran boletos o aconsejaran acerca de la navegación en estos peligrosos y desconocidos ríos. Uno tenía que ir personalmente, y estar listo para abordar un barco y encontrar su lugar lo más pronto posible ya que ese espacio sería el lugar en el que tendríamos que viajar durante las siguientes semanas o, quizás, meses.

Mi madre, mi tío y yo bajamos por el malecón hacia el barroso y ruidoso puerto donde había muchos viejos barcos fluviales que iban a diferentes lugares. Hablando a gritos, les preguntábamos a los descamisados capitanes hacia dónde se dirigían sus respectivas embarcaciones.

Algunas veces abordábamos una embarcación, colocábamos nuestras hamacas, pero horas o días después, se nos decía que los planes de viaje habían cambiado y que deberíamos buscar otra nave.

Finalmente, conseguimos un atractivo y viejo barco cuyo nombre no puedo recordar, un típico bote de doble cubierta de los muchos que había. Estando a bordo, el ruido, el olor y el reunirse con gente nueva era una fiesta. Todos ellos tenían historias que contar y sus razones para viajar. Nosotros escuchábamos

sus problemas y comprendíamos que nuestra suerte era mejor.

Navegar por el Amazonas y sus tributarios, es casi siempre lo mismo. Los únicos cambios que establecen una diferencia, son los encuentros con grandes remolinos, las variaciones en la profundidad del agua, las corrientes y los troncos de árboles que podrían poner en peligro el viaje. El continuo sonido del viejo motor a vapor y el ruido de las corrientes del río —mientras surcábamos las aguas— permanecían en nuestras mentes, aun cuando estábamos dormidos. Llegamos a conocer a la gente tan íntimamente en ese encuentro flotante, que parecían ser parte de nuestra familia. Algunas veces, conocíamos de sus tristezas, sus miserias y sus penas; que llegaban a ser parte de nuestro viaje. Algunos pasajeros estaban enfermos y otros morían. Entonces, nos deteníamos en la orilla y enterrábamos a esos desafortunados.

Las vastas orillas verdes y el majestuoso río, eran la única fuente de entretenimiento para nuestros ojos; pero, cada día que pasaba, nuestra desesperación aumentaba, porque —de alguna manera— sabíamos que estábamos solos en lugares perdidos y desconocidos de esa inhóspita selva. Los momentos más gratamente esperados eran los de la comida. Nos sentábamos todos juntos, en mesas de tablas de madera rústica, con nuestros propios platos y cubiertos. La comida era tan monótona como el curso del río. Normalmente comíamos pescado seco

como el paiche (el pez más grande de agua dulce, que alcanza hasta doce pies de largo y un peso de cuatrocientas libras). También comíamos pescado fresco de las innumerables especies como súngaro, carachama y boquichico, que comprábamos ocasionalmente. Estas comidas típicas eran servidas con fariña, arroz y frijoles, que siempre tenían buen sabor, porque la monotonía creaba un apetito que distraía la mente de la insoportable rutina cotidiana.

A veces, nosotros mismos, hacíamos nuestra propia pesca desde un costado del barco con un pequeño anzuelo y una cuerda corta, cogiendo peces pequeños como la piraña, que los cocineros freían para nosotros. Las únicas comidas que resisten a la putrefacción en la selva, son las que están saladas y secas, o ahumadas para su preservación. Nada fresco, en estos lugares, duraría siquiera unas horas.

Como la lancha no tenía refrigeradoras, el único recurso de carne fresca eran unas tortugas que llevaban a bordo. Los cocineros “hachaban” cuidadosamente la dura coraza del abdomen y sacaban a la tortuga viva de su caparazón y la colocaban en la olla de agua, donde yo podía ver su corazón, aún latiendo hasta que la temperatura llegaba a un grado tan insoportable que este órgano dejaba de palpar. Las gentes de las tribus, en tercera clase, tenían que cocinar y alimentarse con lo que tuvieran. Recuerdo que juntábamos las sobras y las llevábamos a la cubierta inferior para dárselas a algunos de esos infortunados pasajeros.

Es increíble cómo llegué a acostumbrarme a viajar siguiendo los hábitos de los viajeros de estos ríos. Algunas veces —y eso en la selva quiere decir, frecuentemente— cada hora, caían lluvias torrenciales como si fueran cataratas, acompañadas por los más aterradores truenos y rayos. Yo nunca he visto un clima tan furioso en otros países. El río crecía y subía debajo de nosotros y la lluvia era tan gruesa que no podíamos ver a las personas en nuestro alrededor, ni escuchar a los que nos hablaban. Ese diluvio era algo como llegar al corazón de la naturaleza, que nosotros aprendimos a “respetarla” y a ser humildes ante los caprichos de la Madre Tierra.

Las catástrofes estaban siempre en la mente de los pasajeros y la tripulación. El piloto, cuando afrontaba obstáculos imprevistos, expresaba temor en su rostro. Era como si uno pudiera leer los inminentes momentos de desastre en sus agitados movimientos, cuando en forma frenética y rápida giraba la rueda del timón. Debido a las poderosas corrientes contrarias del río, a veces no se notaba que el barco avanzaba.

Cuando el fuerte aguacero finalmente cesaba, los guacamayos y los loros volaban por todas partes como demostrando al mundo que el día estaba tranquilo otra vez y no había motivo para asustarse.

Este fue el romance de ese barco navegando por los tributarios del Amazonas. Conforme los años pasan, ahora puedo recordar todas estas peripecias con la mente de mi juventud y eso alegra mi alma.

Transcurrieron días y semanas, y posiblemente meses. Después de pasar por varios puertos, arribamos a Barranca, donde nos reunimos con mi padre. Esta guarnición era un cuartel grande y mi padre estaba estacionado allí temporalmente, a guardando signaciones de un puesto final, y de seguro un viaje más distante y peligroso. Barranca era un lugar civilizado donde llegaban lanchas grandes sin mayores problemas. De allí, mi padre fue enviado a Borja, una guarnición más pequeña y más adentro de la selva, con poco tráfico fluvial y menos gente. En ambos lugares, mi padre era un oficial subalterno. Finalmente fue enviado a Pinglo, un reducido puesto militar con pocos soldados y en lo más recóndito de la selva peruana donde él sirvió como jefe de guarnición. Para llegar a Pinglo, fuimos por trocha —senderos en la selva— porque no podíamos navegar el Pongo de Manseriche, corriente arriba. Sólo se podía navegar de bajada. Entonces, tuvimos que caminar por la empinada selva virgen, teniendo a la vista por un lado, las altas montañas verdes, y por el otro lado, los distantes picos nevados de la Cordillera de los Andes. Un panorama increíble e inolvidable.

Este fue un viaje memorable. Yo había visto tantas películas de Tarzán en Iquitos, que mi concepción de la selva se parecía más a la de Hollywood que a la real jungla en la cual estaba viviendo. Los preparativos para este viaje, tomaron días y se nos asignaron guías y soldados para que

nos protegieran. Era como una expedición de safari al Congo, en el África. La misión de mi padre también incluía transportar mensajes y suministros a Pinglo. Yo me preparé como para una verdadera expedición, incluyendo mi casco y un cuchillo, que había afilado pensando que podía encontrar a los feroces tigres de Johnny Weismuller.

Empezamos nuestra caminata muy temprano en la mañana, entrando a un estrecho sendero de espesa selva virgen, que tenía que ser despejada a corte de machetes. La quietud era imponente, perturbada sólo por el ocasional sonido de la espesura vegetal al ser disturbada por los animales.

Los árboles eran enormes y húmedos y estaban tan entrelazados creando una oscuridad en medio de un pleno sol. Había agua por todas partes, pequeños ríos con bellos peces, y si nos deteníamos lo suficiente; veíamos más animales acuáticos, como nutrias, tortugas y serpientes, siguiendo el camino tranquilamente a su destino. A veces, encontrábamos profundos cañones, que teníamos que cruzar por troncos caídos y podridos que nos servían de puentes. Por temor a caernos o no poder mantener nuestro equilibrio, nos arrastrábamos como lagartijas, agarrados fuertemente al tronco. Así, llegábamos al otro lado donde los guías daban un suspiro de gracias.

Nos cansábamos fácilmente debido al calor y el peso de nuestros bultos o mochilas que resultaban incómodos. Era necesario detenerse con frecuencia,

generalmente manteniéndonos en pie. No nos atrevíamos a sentarnos en ninguna parte, porque no había un lugar conveniente para descansar. El suelo estaba húmedo y lleno de hojas, infestado con tarántulas, serpientes y grandes hormigas. La mayor parte del viaje uno se la pasaba imaginando los peligros y preocupándose que lo peor podría suceder. Por alguna razón, el viaje estaba más en nuestras mentes que en nuestros pies, debido a las horribles historias de las personas que viajaban por la selva. Tarde, en la noche, llegamos a la guarnición, intactos y contentos de que nada lamentable había pasado.

Este fuerte militar en medio de la selva, aparece en la vida de mis recuerdos, como un lugar apacible. No había nada más ahí que la gran selva verde, el río, la lluvia y la estabilidad de las emociones humanas. Los incas y los Andes estaban tan lejos, que no eran mencionados en esta zona. Este lugar — llamado Teniente Pinglo, porque este militar, que posiblemente lo descubrió, murió allí— era un paraíso natural. Aunque la muerte estaba siempre en el horizonte, Pinglo era un agradable lugar para vivir, siempre que uno estuviera y se mantuviera en buena salud. La guarnición tenía tres o cuatro construcciones de madera y palmas: una barraca grande para los soldados, un almacén, una estructura pequeña para el alojamiento del oficial de mando y una cocina general para todos. La estructura artificial más avanzada era la caseta para el telégrafo, en la

cual un soldado recibía o transmitía mensajes en código Morse.

Nuestra vivienda estaba construida como son las típicas casas de la selva, sobre altos troncos de madera como cimiento o base, debido a las frecuentes y sorpresivas subidas del río. Probablemente es la casa más atractiva en que yo he vivido. Tenía ventanas abiertas, que permitían el paso de la tibia brisa, siempre bien venida en este debilitante y perpetuo calor.

Todos los dormitorios tenían mosquiteros de gasa, cubriendo como carpa sobre las camas para mantener fuera los murciélagos, mosquitos e innumerables insectos. Recuerdo —como cuando uno se levanta en la mañana y hace cosas que le agradan— que acostumbraba agarrar a los murciélagos que lograron introducirse en mi mosquitero y estaban llenos de sangre que chuparon de mis piernas durante la noche. Les estiraba las alas y miraba sus misteriosas uñas y caras ¡Qué tal juguete! Cuando terminaba de jugar con ellos, los dejaba volar y veía cómo se colgaban del techo con sus pequeñas garras y la cabeza abajo para dormir. ¡Así era la selva! Nadie daña a estos animales, a pesar de que son una plaga. Son demasiado numerosos y matar unos cuantos no los erradicaría. En este lugar teníamos muchos animales que eran nuestra compañía, entre ellos: tres guacamayos, añujes (parecidos a un roedor), monos, un tigrillo y una jauría de perros cazadores. Cuando cenábamos,

los perros estaban alrededor de nosotros porque ellos habían cazado todo lo que comíamos. Un perro de raza cruzada, llamado Bobby, viene a mi memoria. Era grande, fuerte y el líder, porque podía seguir la pista de cualquier animal y pelear hasta matarlo. Un día mi padre y sus soldados fueron a una cacería — llamada mitaya por los tribuales— y contaban cómo Bobby peleó con un oso hormiguero, que incrustó sus poderosas garras en su lomo. ¡Pobre Bobby! Volvió al fuerte sangrando, y a pesar de que todos lo cuidamos, murió unos días después. Cuando se vive en la selva, la muerte de un perro es muy sentida, porque esos animales son parte de nuestra supervivencia y protegen a sus amos hasta el fin de su existencia.

La vista de nuestra casa era panorámica. Podíamos mirar el río todo el tiempo, siempre cambiando en velocidad, anchura y nivel. ¡Cómo me gustaban esas mañanas desayunando carne enlatada con yinguire frito (grandes bananas saladas), seguidas con jugo de naranjas frescas y dulces recogidas justo frente a la ventana del comedor! En este fuerte no teníamos escuelas, pero sí niños, los hijos e hijas de los tribuales como los aguarunas y huambisas que llegaban para visitar y comerciar y eran nuestros amigos y vecinos. Mi padre, viendo que no había escuelas, formó una. Ordenó a un sargento que podía leer y escribir, que fuera nuestro maestro. Sus instrucciones fueron que teníamos que aprender todo lo que él enseñase, aunque la letra “entrase con sangre”. Nuestro salón

de clase era una cabaña construida con madera de pona, hojas de palma por techo, y ventanas típicas, que eran, básicamente, largas aberturas en las paredes de madera, que permitían la entrada de la luz y el viento. No tenían vidrios o malla fina para protegernos de los mosquitos. Los niños de las tribus eran muy juguetones. Sus cabellos estaban meticulosamente cortados, como si se hubiera puesto un “mate” sobre cada cabeza, y siguiendo sus bordes. Creo que esos niños eran más inteligentes que mi tío y yo, o tenían mayores ansias de aprender, porque el sargento nos castigaba continuamente, restregando sus manos sobre nuestras orejas, a veces hasta el punto de hacerlas sangrar, pero no hacía lo mismo con nuestros compañeros selváticos.

Recibíamos clases sólo en la mañana, alrededor de dos horas, debido al clima caluroso o quizás, porque el sargento se cansaba de castigarnos o no tenía más que enseñar. Libros, papel o lápices eran escasos y apenas los teníamos. Al mediodía, quedábamos libres para correr por el campamento, ir al río, o mejor todavía dirigirnos a un riachuelo de aguas transparentes en el espeso y cercano monte — selva adentro— donde nadábamos y buscábamos grandes camarones.

El riachuelo era una naturaleza increíble y llena de sorpresas. Uno podía ver alrededor, cuán profunda e impenetrable era la selva e imaginar cómo lo sería más adentro. El continuo canto de las aves y los gritos de otros animales, eran a ratos, tenebrosos

y espeluznantes. La mayor amenaza eran las serpientes, que algunas veces, nadaban sorpresiva y desapercibidamente hacia donde estábamos.

A menudo, veíamos ciervos y otros animales grandes llegar al lugar donde estábamos para beber. Es increíble recordar ahora, que quizás estuvimos en el fin del mundo, y sin embargo; teníamos nuestro propio cocinero, un ordenanza algo así como un mayordomo, y toda la ayuda que necesitábamos, porque los soldados hacían algunas tareas domésticas.

Una vez durante mi primer viaje a la selva de Puerto Maldonado, al día siguiente de nuestro arribo, se le dijo al ordenanza que recogiera un poco de fruta. Fue al monte, que estaba muy cercano y regresó con un saco lleno de frutas diferentes, que ni siquiera sabíamos cómo comerlas. Era la primera vez que vi una papaya y chupábamos erróneamente las pepas, creyendo que ésa era la parte comestible. Para nuestro asombro eran amargas.

Pasó más de un año, mi padre fue trasladado a la guarnición de Cahuide para reemplazar a un teniente que había fallecido. Este fuerte era el más lejano en la parte alta del río Santiago en la frontera con el Ecuador, y también el más pavoroso lugar a donde un militar podía ser enviado. Se cuenta que este oficial, joven y soltero se emborrachó y tomó, solo, una canoa para ir río abajo, al siguiente poblado, que era más habitado, y donde posiblemente, había mujeres. Nunca retornó a su puesto. Dos semanas después,

encontraron una de sus botas con un hueso y algo de sus músculos, aún dentro del calzado. Me imagino que las pirañas lo devoraron. Tiempo después, los soldados contaban historias de cómo el joven comandante de la distante y aislada guarnición había sido un tirano, que acostumbraba castigar severamente a sus subordinados, por lo que era odiado por todos ellos. Se suponía que podía haber sido asesinado. Esa no era una historia poco común. Aunque mi padre se llevaba bien con su tropa, en esos lugares remotos él era precavido con los soldados cuyos antecedentes y sus motivos no eran conocidos; especialmente, porque estábamos muy cerca a otro país con el cual habíamos tenido una guerra. Ese era el destino que corrían algunos militares que fueron enviados a los profundos infiernos de la selva peruana.

Este viaje sería el más peligroso de todos. Más arriba, el río tenía menos profundidad, rabiones y grandes remolinos, que podían tragarse una embarcación. Debido a las fuertes corrientes, las canoas debían ser grandes e impulsadas por un motor fuera de borda.

Este viaje a Cahuide estará siempre en mi mente y mi corazón, porque moldeó mi alma hacia la filosofía de la insignificancia de la vida y la etérea existencia que llevamos en esta tierra. Esto aquí era una realidad, en una naturaleza desnuda, donde el hombre era tan sólo un intruso.

La navegación aguas arriba por el río Santiago hacia la guarnición de Cahuide duró una eternidad, y es donde mis recuerdos de la selva se hacen más vívidos e inolvidables. Más tarde, llegué a leer sobre la exploración de Alexander von Humboldt al Orinoco, que le tardó cerca de cinco años y, probablemente, cubrió menos distancia que nosotros. Como mencioné anteriormente, Teddy Roosevelt, también pasó tiempo viajando por los rápidos de la selva brasileña y encontró numerosos desastres naturales y enfermedades, donde se llegó a dar cuenta que estaba al final de su juventud y no podía dominar la selva, tal como lo había hecho en otras partes del mundo en sus años de presidente de ese poderoso país del norte.

Los preparativos para el viaje fueron arduos y prolongados.

Para ir a Cahuide, en ese entonces, uno tenía que decir “adiós” al mundo. Las posibilidades de regresar eran escasas, y más aún, no se acostumbraba llevar a la familia a lugares como éste; pero la lealtad de mi madre hacia mi padre era tanta, que lo siguió, llevándonos a nosotros dos. Mi padre hizo que tuviéramos un viaje cómodo y lo más seguro posible. Él se adaptaba a cualquier situación y se volvió casi en un hombre de la selva. Escogió los mejores remeros entre los soldados y contrató un guía de las tribus. Estos guías eran necesarios porque conocían esos ríos como las palmas de sus manos, y usualmente, trabajaban a cambio de recibir

machetes, rifles y ropa. Para atender el motor fuera de borda de la canoa, que frecuentemente se descomponía; necesitábamos una persona con experiencia en mecánica. Para esto, contábamos con el —memorable— teniente Guillén, un viejo oficial que también debía ir a Cahuide para reparar un refrigerador, inspeccionar el telégrafo y componer otros artefactos, incluyendo rifles. Llevábamos todas las provisiones con nosotros: pescado seco, fariña, carne enlatada con etiquetas americanas, sal y otras conservas.

En un lluvioso y tormentoso día, ya olvidado por el tiempo, nos despedimos de la guarnición de Pinglo, de los soldados, de los niños de las tribus, y principalmente, de los animales que habían sido nuestras mascotas. “Pantaleón”, el guacamayo, fue el más difícil de abandonar para mi tío. Los perros corrían ladrando de arriba a abajo por la ribera como si presintieran que este era un “adiós” para siempre. El joven Cóndor estaba acostumbrado a la tristeza y el vacío de las despedidas, dejando lugares, personas y animales a los que les había tomado cariño. Esto, eventualmente, le causaría un estado permanente de melancolía que lo acompañaría en su vuelo por este mundo.

El río era tibio, oscuro como el barro y lucía amenazadoramente peligroso. Parecía un ataúd líquido que podía enviarnos al otro mundo en cualquier momento. La canoa en la que viajábamos, tenía entre quince y veinte pies de largo. La madera

era oscura y la embarcación había sido hecha cavando el tronco de un árbol verde y gigante. No había piezas ni juntas, y las marcas del hacha eran visibles desde el momento en que se abrió el corazón de este majestuoso, enorme y viejo árbol, que fácilmente podía convertirse en nuestra última morada.

En la mitad de la canoa, había una sombrera hecha de ramas y hojas de palma, que serviría para protegernos de los elementos. Esta era el área doméstica, que sería nuestra casa en los días venideros. Todos tuvimos que tomar posiciones. El teniente Guillén iba en la popa, atrás de la canoa, a cargo del motor y el timón. Un segundo hombre estaba ubicado en la proa y operaba al frente de la embarcación, con un palo largo o “tangana” con el que medía frecuentemente la profundidad del agua y nos protegía de los objetos que flotaban en el río. Usaba un remo especial para maniobrar en casos necesarios, como la súbita presencia de un remolino, y su tangana, si un tronco repentinamente aparecía, avisándonos a gritos al mismo tiempo. Este “tangadero” tenía gran experiencia, debía ser rápido y muy observador todo el tiempo, porque nuestras vidas dependían de su habilidad. Los tangaderos eran, generalmente, hombres de las tribus y conocían muy bien las aguas de los ríos. Ellos eran los especialistas, llamados guías, y nosotros sabíamos que nuestra seguridad estaba en sus manos. También teníamos dos soldados, uno a cada lado,

para remar cuando fuera necesario; algunas veces, por ahorrar gasolina, otras para obtener más poder cuando nos atracábamos, o las corrientes eran demasiado fuertes para el motor. Todos teníamos que remar, incluso nosotros que no éramos de la tripulación, pero servíamos para ayudar en malos ratos, y eso era frecuente.

El viaje era monótono, triste y largo. Pasábamos el tiempo pensando en la incertidumbre de la vida, la inmensa soledad y lo efímero de nuestra existencia. Siempre atentos, esperando el momento fatal, avanzábamos ya sea remando, a puro motor, o usando ambos medios, manteniéndonos siempre cerca de la orilla. Desde nuestra canoa, que se deslizaba despacio, lenta y precariamente, veíamos la selva que era muy tupida y parecía un manto de espesura verdísima, a través del cual uno no podría atravesar siquiera un dedo. El ruido de los numerosos insectos y pájaros, eran tan persistente e interminable como si un millón de grillos estuvieran en un mismo lugar.

Pasaban los días y el tiempo cambiaba continuamente. A ratos, todo estaba indescriptiblemente claro con un cielo azul y un caluroso sol brillante; las aguas corrían tranquilas y la humedad era insoportable. Después, sorpresivamente, llegaban las tormentas y las aguas se embravecían de una manera que nunca había visto, a pesar de haber navegado en ríos de otros continentes, muchos años después.

El agua caía como si fuera arrojada por gigantes baldes, aumentando el caudal del río y convirtiendo las aguas bajas y tranquilas en verdaderos torrentes. Las orillas eran erosionadas por los rápidos y la creciente marea arrasaba la tierra y arrancaba en su recorrido los árboles desde sus raíces.

Las furias de las tormentas nos dejaban empapados, asustados y hambrientos. Los truenos retumbaban y los rayos relampagueaban tan cerca de nosotros, que parecía que veríamos el fin del mundo en cualquier momento.

Por momentos, los rayos prendían fuegos en la selva lejana y nosotros nos alegrábamos, pensando que eran las fogatas de una aldea, y que quizás había gente ahí.

En la tarde, buscamos un lugar donde acampar. Esto era lo más difícil de encontrar, porque no había una sola área de la orilla que fuera plana, desprovista de vegetación o que ofreciera seguridad, y si hubiéramos podido encontrarla, siempre estaría llena de serpientes, insectos y otros animales, como el jaguar, buscando su presa. Usualmente, el mejor lugar para descansar era una playa arenosa en medio del río, formada cuando las aguas bajaban, pero en este tramo rara vez se encontraba un lugar como ése.

Entre todas las veces que he creído estar cerca de la muerte, hay un episodio que nunca olvidaré. Fué tan místico y etéreo que desde aquel entonces — probablemente— he tenido la vida prestada.

Todo sucedió en una tarde de copiosa lluvia. Estábamos exhaustos por los días de viaje, disentería, la falta de comida y el poco movimiento en esa angosta canoa. Nos sentíamos hipnotizados por los ruidos monótonos de la selva, el rugir del río, las lluvias y el sonido incesante del motor. Yo estaba durmiendo con mi cabeza sobre la falda de mi madre, cuando de pronto, ella estalló en alarmante grito y exclamó: ¡Dios mío! Mi padre se paró alarmado y gritó: ¡Mira!, ¡mira! Yo desperté bruscamente y vi al guía —el tanganero— en la proa que, con su oscuro y sudoroso cuerpo casi desnudo hacía movimientos inútiles y torpes con el remo, mostrando un rostro lleno de pánico. El timonel, teniente Guillén, se levantó apresuradamente y empujó la palanca del motor hacia la derecha, casi hasta el punto de romperla, mirando tembloroso, con los ojos llenos de terror, aquello que estaba al lado de nosotros. ¡Ahí estaba!, justo pasando por nosotros, con nuestra canoa al borde. La proa de la embarcación había estado enfilada hacia las profundidades de un enorme y negro agujero de aguas turbias. Era el remolino más grande que podía uno imaginarse. Parecía un tornado de Texas, pero formado por agua, tan profundo como una enorme caverna; silbando y girando a tal velocidad, que acallaba el sonido del motor. Era tan ancho, que el lado opuesto del embudo parecía como una orilla. A medida que pasaba rápido y arrogante, nosotros podíamos ver nuestra canoa y nuestros cuerpos siendo arrastrados

y succionados a sus profundidades y yo sabía que ya estaba muerto. ¡A veces, uno ve que la vida se le escapa y no hay nada que se pueda hacer! Repentinamente, todos quedamos congelados mientras el río arrastraba nuestra canoa corriente abajo. Estábamos petrificados y todo se paralizó; mayormente porque ¡habíamos logrado superar lo imposible! ¡Estábamos vivos! Creo que todos lloramos en silencio. Tímidamente, surcamos hacia la orilla y permanecimos ahí por varios días. El temor al río vivía en todos nosotros. Después, el viaje fue más lento y cuidadoso y el tiempo no tenía importancia. A partir de ese percance, creo que a nadie le importaba si llegaríamos a nuestro destino.

Recuerdo otro episodio en este peligroso viaje, que casi también nos trajo cerca a la muerte. Paramos para pasar la noche en una casa abandonada, ubicada —quién sabe dónde— en el medio de un monte desconocido. Estaba lloviendo, y por fin, íbamos a dormir en una casa; pero los murciélagos habían hecho de ese lugar su mansión y los árboles con sus ramas se habían apoderado de todos los rincones. La casa era más una amenaza para la vida, que un lugar donde sentirse seguro; ¡pero era casa! y nosotros decidimos permanecer ahí. Después de estar mucho tiempo en espacios reducidos en la canoa, ahora podríamos colgar nuestras hamacas, tendernos en ellas y estirarnos. Nuestras provisiones estaban casi acabadas, pero aún teníamos algunas latas vacías de carne, que

habíamos guardado para intercambiarlas con las diferentes tribus.

Como aún quedaban algunos restos de carne en los bordes internos de las latas, decidimos hervirlas todas juntas para dar algún sabor, o conseguir grasa de esos grisáceos recipientes. Le dimos el nombre de “sopa de latas”. El aceitoso y amarillento líquido, realmente tenía buen sabor, particularmente en ese día tan lluvioso, y lo consumimos. Después, fuimos a buscar fruta y encontramos una muy rara, parecida a la guayaba, que tanto yo como los otros nunca habíamos comido. Se llamaba taperibá. La pepa era espinosa, pero su pulpa era dulce y jugosa, así que nos hartamos de ella.

Al anochecer, el teniente Guillén encendió su confortable lámpara Coleman a gasolina, y pudimos ver que el lugar estaba lleno de mosquitos y murciélagos. La abierta entrada de la casa, tenía postes de los que colgamos nuestras hamacas, y valerosamente nos acostamos en ellas. El teniente Guillén tenía un bastón con el que movía su hamaca continuamente, aun estando profundamente dormido, para espantar a los mosquitos y crear algo de brisa. Todos sabíamos de los peligros de la noche. Nos preocupaban los indígenas de las tribus y nos preguntábamos qué habría pasado con la gente que había vivido en esta casa, y por qué la habían abandonado.

Alrededor de la medianoche, escuché a uno de los soldados que corría apurado hacia la orilla y

volvía gimiendo. Seguidamente, el teniente Guillén corrió hacia el río. Luego, mi padre, mi madre, mi tío y yo. Todos teníamos disentería y nunca olvidaré lo mal que nos sentíamos. Hasta el guía también estaba enfermo, a pesar de ser un hombre de monte muy robusto, que estaba casi inmune a esos problemas. Permanecimos en la casa cerca de una semana; adoloridos, postrados y afiebrados, yendo a la orilla, casi tan pronto como habíamos regresado a nuestras hamacas.

No había comida ni ganas de comer. Sólo podíamos beber mates de yerba luisa (una infusión hecha con las hojas de una hierba con sabor a menta), que las tribus usaban para tratar trastornos estomacales. Mientras yacíamos débiles, indefensos y sin ayuda, la lluvia torrencial nos azotaba despiadadamente. Estábamos en un estado de delirio —sintiéndonos ya, uno, con la naturaleza— disfrutando, sólo por momentos, la quietud de la ausencia de lluvia y truenos.

Siendo ahora un médico, puedo conjeturar sobre lo que habría sido la causa de nuestra enfermedad: los restos putrefactos de carne en las latas contenían algo más que simples amebas u otros parásitos. Esa infección que nos atacó, fue, seguramente, debido a una bacteria mucho más tóxica. En cualquier caso, sobrevivimos —por segunda vez— en este viaje. Pero esa infección pudo habernos causado una muerte muy lenta y dolorosa. Si hubiéramos sido

succionados por el remolino, habríamos tenido un fin más rápido, pero más piadoso.

En fin, no podíamos escoger, pero de algún modo logramos continuar nuestra odisea. De nuevo estábamos remontando río arriba en el Santiago y avanzábamos a lugares más lejanos, donde las tribus eran más visibles y estaban siempre presentes. Gentes amigables: aguarunas, huambisas y ocasionalmente jíbaros, conocidos por reducir cabezas humanas, y quienes vivían en la selva más profunda. Era siempre agradable llegar a sus aldeas por el río. Sus poblados eran oasis en la densa selva, parches de suelo rojo y arenoso, limpio de malezas, con cabañas construidas en círculo. Mujeres, hombres y niños de toda edad, casi desnudos, hacían sus tareas domésticas con calma y eran siempre muy curiosos.

Ahí podíamos comer hasta saciarnos y con mucha satisfacción. Había mucho pescado seco y yuca, y podíamos también conseguir carne de mono, tortuga, culebra, paujil (un pájaro grande y negro con cresta roja), sajino (un cerdo salvaje) y sachavaca, animal parecido a la vaca. Permanecimos ahí por un día o dos y casi llegamos a ser parte de la tribu; mientras nuestros cuerpos y espíritus eran renovados.

Las mujeres y los niños mascaban yuca y la escupían dentro de un recipiente parecido a una canoa. Esa masa —similar a una pasta— se fermentaba debido a las propiedades químicas de la

saliva y se convertía en una fuerte bebida alcohólica llamada masato. Esta blanquecina preparación era siempre ofrecida en todas las aldeas de las tribus como un gesto de bienvenida, y nunca podía ser rechazada. Pienso que ese fue mi primer contacto con el alcohol y recuerdo su sabor dulce y espeso como un batido de helado y leche. Creo que nadie se preocupaba por la saliva, porque la yuca era mascada sólo por mujeres jóvenes y niños.

En esas aldeas negociábamos con las tribus algunas baratijas e intercambiábamos información valiosa sobre las condiciones del río, las tribus hostiles y los peligros del viaje río arriba. También conseguíamos buenas provisiones de paiche ahumado y otros peces, además de carne, yuca y comida seca, como la faraña. A medida que navegábamos más día tras día con tormentosas y torrenciales lluvias a través de rápidas corrientes, nos deteníamos con frecuencia en las aldeas de las tribus y descansábamos más a menudo. Conforme el río Santiago se alejaba del Marañón, se volvía más claro y apacible en algunos tramos. Finalmente, estábamos cerca de la guarnición de Cahuide, lugar donde viviríamos por cuatro años, sin tener noticias del mundo exterior.

En un día claro, mientras nos acercábamos a ese retirado puesto militar fronterizo con el Ecuador, desde la distancia íbamos viendo una alta y circular estructura hecha de madera balsa y pona (madera fuerte de color gris oscuro). Ésta era la réplica de un

torreón de observación de la fortaleza inca de Sacsayhuamán en el Cuzco, donde el último guerrero inca, Cahuide, luchó bravamente contra los españoles en 1536. Al tope de la torre de madera estaba la estatua de Cahuide, trabajada en madera balsa, presentándolo con todos sus atavíos (sus plumas y su brillante capa roja), y esgrimiendo amenazadoramente una macana (arma hecha con un mango de madera y una rodela de piedra en su extremo).

“De acuerdo a los cronistas, Pizarro conquistó el norte del Perú, pero encontró resistencia en el sur del país, en Cuzco, donde los incas estaban tratando de recuperar su imperio en 1536. El conquistador tenía tres hermanos, quienes lo ayudaron en la conquista. El adversario inca más valeroso para ellos fue Cahuide.

Después de ejecutar al Inca Atahualpa, Pizarro lo reemplazó con un Inca títere llamado Manco. De ese modo, los españoles podrían continuar la conquista con el apoyo de un soberano de ese imperio. Sin embargo, el nuevo gobernante aceptó el nombramiento con la idea premeditada de crear una sublevación y recuperar su imperio. Fue así que éste, comenzó a organizar al ejército inca, mientras los españoles se dedicaban a explotar sus territorios. Sin embargo, algunos de los propios españoles contaron sus planes a Juan Pizarro, quien lo apresó. Con promesas de traer más oro, Manco Inca

convenció a Hernando Pizarro de que lo liberara. El Inca empezó a reunir sus tropas nuevamente, mientras simulaba conseguir mayores tesoros. Juan Pizarro fue a recapturarlo, pero en ese momento, Manco tenía ya miles de guerreros y se enfrentaron en una batalla. Los españoles apenas pudieron resistir, y sin alternativa, Juan, Gonzalo y Hernando Pizarro se encontraron sitiados dentro del Cuzco con menos de doscientos españoles, pero con muchas tropas incas leales a ellos. Arriba de la ciudad, estaba emplazada la famosa fortaleza de Sacsayhuaman, cuya grandiosa estructura aún puede ser admirada. Hacia el Cuzco, la fortaleza tenía una pared de mil doscientos pies de largo. Atrás, la edificación tenía dos terrazas construidas en forma escalonada y del mismo largo. Todos estos muros fueron hechos con piedras de gran tamaño y tonelaje.

Esta fortificación al principio estaba dominada por los incas, y esto les daba gran ventaja sobre la circundada ciudad. La única forma en que los españoles podrían salir, consistía en apoderarse de ese privilegiado lugar. Esa sería su última esperanza o morirían de hambre. En un desesperado esfuerzo, enviaron a Gonzalo para tomar esta fortaleza. La lucha fue furiosa y muchos soldados murieron. Debido a una severa hambruna dentro de la sitiada ciudad, tuvo que hacerse un segundo intento para tomarla, acción que estaría dirigida por Juan Pizarro, quien era conocido entre los españoles como un buen guerrero.

A la caída del sol, Juan y sus hombres asaltaron Sacsayhuaman. La entrada estaba cerrada por dos grandes piedras, que los invasores removieron aunque con gran dificultad. Una vez adentro, se encontraron entre dos altas paredes. En ese momento, cientos de guerreros incas, casi los capturaron. Juan mantuvo la mitad de sus hombres continuando la lucha, e ingresando a la segunda terraza. Casi perdida la batalla, los incas tuvieron que refugiarse en las torres. Los españoles debían tomar esas dos últimas posiciones. Juan Pizarro atacó la primera y fue herido en la mandíbula. Incapacitado para usar su casco de hierro, un guerrero inca le destrozó el cráneo con un certero tiro de honda. Mientras yacía moribundo, Juan arengaba a sus hombres a mantenerse en la lucha; pero este héroe murió allí. Al final, los incas mantuvieron el control de la batalla.

Hernando hizo otro intento de tomar las torres. Entre los defensores de la segunda torre, se hallaba un "Hércules Inca" valiente e intrépido, que ahuyentó a los españoles, lanzándolos desde las escaleras a medida que iban subiendo para tomarla. Su valor era tan grande y tanta la admiración de los contrarios por su denuedo, que Hernando Pizarro dio estrictas órdenes para que no lo mutilaran o hirieran. Querían subyugarlo, pero no matarlo. Los españoles apoyaron numerosas escaleras contra la torre y atacaron simultáneamente a ese último guerrero inca. Mientras tanto, Hernando Pizarro, en voz alta, trataba

de intimidar a Cahuide para que se rindiera, prometiéndole que su vida sería respetada. Pero el Hércules bronceado, sabiendo que todo estaba perdido, tomó un puñado de tierra —la frotó sobre su cara y tragando algo de ella— cubrió su cabeza con un manto y se lanzó de lo alto de la torre. Fue en ese momento, el de su autosacrificio, cuando la fortaleza fue finalmente tomada y los españoles consolidaron su conquista”.

La estatua de Cahuide que la guarnición levantó, miraba desafiante hacia el norte, en el borde de la frontera con Ecuador, donde en 1940, ambos países sostuvieron una guerra en la cual murieron soldados de ambos bandos.

Finalmente, nuestra canoa arribó al río Yaupi, un tributario pequeño, que desciende desde el Ecuador, y desemboca en los comienzos del río Santiago. Las aguas del río Yaupi son muy claras y permiten ver los peces nadando tranquilamente. Siempre que piense en un paraíso—en mi otra vida— será este río el lugar que desearé con todo mi corazón.

Afortunadamente, nuestras horrorosas experiencias terminaron. Salvos y exhaustos, fuimos recibidos por los soldados y conforme subíamos hacia el fuerte, el centinela bajaba hacia nosotros, y al llegar, saludó a mi padre, el nuevo comandante de la guarnición de Cahuide, quien venía a reemplazar al oficial anterior, que había muerto.

Esa pequeña guarnición militar a la orilla del río Yaupi, tenía edificaciones de madera. La primera era

nuestra casa, construida sobre postes —tambiénde madera— debido a las frecuentes crecidas de las aguas. Después, seguía el corral, y luego, un comedor grande y la cocina. Cerca estaba la cuadra para aproximadamente treinta soldados, y más lejos, la estación del telégrafo. En esa guarnición no había electricidad, agua potable, tampoco médicos, escuelas, ni radio. Todo lo que teníamos era la plenitud de la selva virgen y el río. Sin embargo, esa guarnición nuestra era mejor que la de Vargas Guerra o la de Gueppi, consideradas más temidas porque eran más inaccesibles y estaban en selvas más peligrosas.

Aunque vivíamos en la región más alejada de la selva amazónica, teníamos —nuevamente— el privilegio de ser servidos por toda la gente que estaba a nuestro alrededor: un cocinero, un enfermero —que era un sargento— y un ordenanza. El comedor era un lugar placentero, con muchas plantas colgantes. Estábamos rodeados de riachuelos, arbustos, árboles y había pájaros de todos los colores volando por el espacioso y abierto comedor. Era un lugar como el que muchos hoteles sofisticados, hoy, tratan de imitar para crear un ambiente de fantasía natural.

La pieza de mayor lujo que poseíamos, era un viejo refrigerador a gas. No funcionaba, pero su reparación era uno de los proyectos del teniente Guillén. Él trató de arreglarlo, pero sin resultado porque el aparato estaba corroído por la humedad del

clima. En la selva nada dura; solamente la naturaleza, y sólo mientras ella está en la flor de su juventud.

El teniente Guillén era un mecánico“ bueno para todo”. Arreglaba múltiples cosas que necesitaban reparación; inspeccionaba todos los rifles y ametralladoras, así como el telégrafo. Se pasó días o meses poniendo las cosas en orden y a veces, tenía que esperar por semanas los repuestos que le llegaban en un avión de guerra, que acuatizaba en el río.

Finalmente, llegó el día en que el teniente debía regresar con el grupo que nos trajo a esta guarnición. Estábamos muy apenados porque pasamos tantas peripecias juntos y llegamos a ser casi como una familia. En una triste mañana de aguacero, en la misma canoa en que casi perdimos la vida, él y la tripulación, el guía tanganero y los soldados, zarparon río abajo deslizándose por la tranquila corriente, mientras nuestros ojos se llenaron de lágrimas al ver el último vestigio de civilización alejarse del lugar. Él fue como un maestro y abuelo para mí. ¡El teniente Guillén sabía de todo! Por días estuvimos rememorándolo y maravillándonos de todas las cosas que reparó. Hasta le dejó a mi padre un encendedor de cigarrillos que fabricó usando rudimentarios desechos de metal. Él y el guía tanganero, salvaron nuestras vidas con sus conocimientos de la selva y sus peligros.

En esta guarnición, mi padre era la persona a quien todos acudían; aun para ejercer justicia entre

las tribus. Pasaron días, meses y años, y pronto mis zapatos fueron carcomidos por el enmohecido y húmedo clima y por las agresivas hormigas que formaban ejércitos creando microcosmos de destrucción. La descripción de un día podría definir la monotonía de todos los años que pasamos ahí. Las únicas interrupciones de esta rutina eran las catástrofes naturales, enfermedades y la muerte, que siempre estaba a nuestro lado. La guarnición era como una central de intercambio para todas las tribus circundantes, incluyendo a los agresivos jíbaros, que venían para negociar y visitarnos. Mi padre tenía que estar atento a las ubicaciones de estas personas. Aunque algunas tribus eran ecuatorianas y otras peruanas, ellos no tenían noción de fronteras, pero los soldados de ambos países sí, y sus obligaciones consistían en mantener los límites intactos.

En esos días, los límites entre Perú y Ecuador se mantenían en choque; estableciendo cuánto de la selva se despejaba y cuántos puestos militares eran establecidos. Ganar un pie en la selva era una tarea imposible que requería esfuerzo y atraía peligro para cualquiera. Muchos de los soldados eran tribuales reclutados por sus habilidades particulares, tales como cazar, navegar los ríos, conocimiento del monte y experiencia en infiltración. Incluso, había espías por ambos bandos en la frontera.

Las provisiones eran un problema constante. Nuestros mejores días de fiesta eran cuando un barco pequeño arribaba, vendiendo toda clase de

artículos para sobrevivir, incluyendo pólvora, rifles, sal, ropas, clavos y comida enlatada. Visitar este pequeño barco fluvial, era como ir a la más selecta tienda de una ciudad. El botetienda representaba nuestro único contacto con la civilización.

Una vez nos quedamos sin recibir suministros por seis meses debido al naufragio —en los rápidos— de un barco que hacía servicio regular de distribución de productos. Lo que más necesitábamos era sal, que en esa zona era tan valiosa como el oro (debido a su escasez, y en algunas partes de la selva podía ser negociada como ese metal). La falta de ésta, en ese clima caliente donde se transpira a caudales podía percibirse constantemente. Nuestra necesidad orgánica de este producto químico era tan esencial, que la habríamos lamido directamente del suelo, si la hubiéramos encontrado en este terreno cubierto por estratos de hojas caídas durante milenios.

Los soldados acostumbraban ir a un lugar lejano y peligroso donde había un arroyo de agua mineral, pero su contenido salino era muy bajo y el agua muy difícil de ser transportada. La solución era pulverizar escamas secas de pescado y esparcirlas encima de las comidas, como un sustituto del preciado producto.

Así vivimos por meses, hasta que algunos víveres nos fueron arrojados desde un avión. ¡Oh! Esas provisiones que nos soltaron desde el aire, fueron nuestra salvación. Solíamos lamer esas barras de sal por horas, sin sentirnos satisfechos.

En Cahuide, fui introducido a la rudimentaria medicina tropical. Las infecciones de los ojos, oídos y piel eran permanentes. Nuestro pasatiempo favorito era ir al río Yaupi durante el caluroso día y nadar cuanto fuera posible. En la noche, después de haber nadado en estas aguas, despertaba con un dolor de oídos muy severo, que empeoraba con el estruendo de los truenos. No había médicos, ni medicinas. Los curanderos le dijeron a mi madre que pusiera orines previamente descompuestos en mis oídos. Esa era la única curación disponible. Recuerdo que ambos oídos me supuraban y el dolor en las noches era peor que en el día. Otros problemas constantes eran las infecciones de los ojos. Los míos estaban llenos de pus y los mosquitos se daban un festín en ese líquido amarillo que copiosamente salía de mis ojos. No había antibióticos, y se nos terminaron las gotas para los ojos, que yo creía eran de yodo, porque olían como tal; pero, más tarde, supe que se trataba de nitrato de plata. El tratamiento final era uno que siempre recordaré. Dos o tres soldados sujetaban mis brazos y piernas, mientras mi madre apretaba un limón dejando caer en cada uno de mis ojos dos o tres gotas de este jugo de esos ácidos frutos de la selva, que en esa zona se dan abundantemente.

Esa manera de curar, cruelmente, erradicaba la infección de los ojos, pero el ardor era tan terrible, que fácilmente podía ser considerado como una tortura. Pienso que esas medicinas folclóricas curaban muchas enfermedades menores, pero no

creo que sea puramente coincidencia que actualmente yo sea sordo del oído derecho.

Otra afección común que prevalecía en la selva era la parasitosis. Teníamos todos los parásitos y lombrices que había en la selva. Una vez al mes, temprano —en la mañana— tomábamos “Tiro Seguro”, una horrorosa medicina oral contra toda clase de parásitos intestinales; era una poción que se ingería con el estómago vacío, en ayunas. ¡Tenía un sabor horrible!, algo así entre ácido y amargo. Después de correr al baño todo el día, nuestras deposiciones eran como fideos, por la increíble cantidad de variadas especies de lombrices que podían distinguirse. Estoy seguro que sufríamos de amebiasis crónica y teníamos otros organismos microscópicos que ni siquiera sabíamos que existían.

Como no había leche, recibíamos calcio por vía intravenosa una vez por semana. El enfermero, después de muchos intentos introducía una aguja grande y gastada en nuestras venas. Calmadamente inyectaba la clara solución, mientras observaba nuestras reacciones. Su modo de tantear para aminorar o detener el flujo de la enorme ampollita de calcio gluconato era ver que no nos pusiéramos enrojecidos, mareados, y algunas veces, hasta nos desmayábamos. Es un milagro que ninguno de nosotros sufriera un paro cardíaco, considerando que uno de los efectos del calcio es actuar directamente en el corazón.

Sin embargo, esa peligrosa infusión directa de calcio fue —aparentemente— buena para mis dientes, puesto que todavía los tengo todos. Podría continuar mencionando la gama de enfermedades, es suficiente decir que sobrevivimos, porque quizás, éramos inmunes o resistentes a tantos males tropicales como la lepra y otros desconocidos y mortales.

Algunas veces se tenía que evacuar soldados heridos que necesitaban inmediata ayuda, esto se hacía por medio de aviones de guerra P-47, que habían sido adecuados para acuatizar sobre el río. Muchos de los soldados sufrían de mordeduras de serpientes, huesos fracturados y condiciones agudas. Las guarniciones perdían soldados a menudo, debido a enfermedades o a desertión. La llegada de esos magníficos aviones, fabricados en los Estados Unidos para la Segunda Guerra Mundial, eran un entretenimiento para nosotros en la guarnición. Todos bajábamos a la orilla para admirarlos, los pilotos nunca salían de sus cabinas, se les veía muy indiferentes. Nos miraban como si fuéramos salvajes o seres inferiores. Los hombres enfermos eran acomodados como piezas de carga en el asiento de atrás y el avión partía rugiendo sus motores estruendosamente por el tranquilo Y aupi, que servía de aguas de despegue y acuatizaje, causando un caos entre las aves y otros animales alrededor de esta selva virgen.

Las tribus vecinas estaban siempre muy intrigadas y en sus grupos nadie aceptaba el morir por causas naturales. Frecuentemente, ellos atribuían esas muertes a hechicerías, y en consecuencia sus hombres estaban siempre guerreando para vengar la muerte de sus familiares.

Una vez se dio la orden de capturar a un tribero, posiblemente un jíbaro, que lo estaban buscando por mucho tiempo. Era temido por todos y se decía que había matado mucha gente y se hallaba prófugo. Fue apresado finalmente en la selva profunda por los soldados y llevado a la guarnición. Se trataba de un hombre corpulento y semidesnudo, que tenía cabello negro y aplastado con una grasa roja y brillante, cara desfigurada, piernas hinchadas, y su cuerpo lleno de ampollas y nódulos. Todos huían de él, porque estaba leproso, y se le tenía atado a un árbol. Mi madre y yo le llevábamos comida y agua; rociábamos “Mercurocromo” en sus piernas y se las untábamos con una crema maloliente que usaban los lugareños. Él actuaba humildemente y estaba agradecido hacia nosotros.

Mi padre hizo contacto con Iquitos para transferir a este reo a la justicia. Recuerdo muy bien que la respuesta llegó por código Morse cuando estábamos cenando en la penumbra de un ruidoso y semiiluminado anochecer. El soldado leyó el mensaje, que —en clave— explicaba que el indígena selvático, debía ser fusilado inmediatamente; puesto que estaba acusado de muchos crímenes y había alto

riesgo de que escapara. Mi madre empezó a llorar y nadie terminó lo que estaba comiendo.

Mi padre se sentía muy triste e incapaz de llevar a cabo esta sentencia, pero no podía desobedecerla. Envió más mensajes por telégrafo para evitar esta orden, sin embargo recibió la misma respuesta; el prisionero debía ser “fusilado” en cualquier lugar de Cahuide. Como ése era un mandato superior, se hizo así.

Recuerdo que el día de la ejecución fue fijado y nadie pudo cambiar la sentencia. Era temprano, en una mañana sin nubes, ni lluvia. Tres soldados llegaron para llevarse al prisionero con el pretexto de trasladarlo a otra guarnición. Después de un escaso desayuno que le dieron los soldados, porque nosotros no podíamos atenderlo por ser incapaces de controlar nuestras emociones; el supuesto reo fue llevado al monte con las manos atadas atrás. Los soldados muy acongojados informaron al volver, que —a una corta distancia— le habían disparado por la espalda tres veces, y luego lanzaron su cuerpo al río. Ese día terminó como cualquier otro, pero yo creo que mi alma quedó endurecida para siempre. ¡Esa era la justicia de la selva en aquellos días!

Al otro lado del río Yaupi estaba la frontera con el Ecuador, que no tenía guarnición, ni soldados, por lo que podíamos cruzar en cualquier momento. Mi madre, mi tío y yo íbamos, con algunos soldados para colocar cruces y despejar la vegetación de las tumbas de los soldados caídos en el conflicto de 1940, que

fueron enterrados en ese lugar y que probablemente eran peruanos o ecuatorianos. No había símbolos religiosos o nombres; solamente espacios de tierra floja, cubriendo esqueletos cuya carne fue probablemente consumida por diferentes animales.

Pasó el tiempo y mi padre se volvió un cazador y comerciante de estas selvas. Coleccionaba gran cantidad de pieles de animales, como nutrias, jaguares y caimanes. Con el tiempo, esa valiosa mercadería llegó a llenar tres cuartos. Él acostumbraba ir de cacería por varios días, con soldados, guías y perros. A veces temíamos que hubiera perdido la vida, porque pasaba mucho tiempo monte adentro en mitaya, pero siempre volvía con carne fresca o ahumada y muchas pieles. A menudo nos traía animales pequeños recogidos después que sus padres eran cazados. Yo los cuidaba, pero nunca llegaban a ser buenas mascotas y por lo general, morían, por negarse a comer o por soledad. Recuerdo un añuje, que me regaló un huambisa. Este bello animal, huérfano, era muy salvaje y difícil de amansar y los tribeños me daban toda clase de consejos para domesticarlo. Un tiempo después, cuando ya el animalito se dejaba cargar y le acariciaba su suave pelaje, y yo me sentía feliz de tener un amigo, éste murió sorpresivamente en mis brazos. Creo que nunca se amansó — simplemente se rindió y se dejó morir, para no luchar más.

Las familias de las tribus nos visitaban frecuentemente y comerciaban con nosotros. Cuando

se les hablaba, ellos escupían en el suelo después de terminar una frase, para significar que estaban diciendo la verdad. Las madres llevaban a sus niños amamantándolos todo el tiempo, mientras les sacaban los piojos y costras y se los comían, al igual como hacen los monos.

Había una rana que siempre estaba alrededor de la casa; era grande y la llamábamos “Maricacha”. Un día como de costumbre, salió de su escondite. Una madre selvática la vio; y rápidamente la cogió y la echó dentro de una canasta. ¡Pobre Maricacha! Su destino era ser comida. Nosotros tratamos de recuperar la rana, pero no la soltaron, porque la mujer tapaba la canasta con las manos. ¡Cuántas cosas pasaron en la selva! Pero ahora con tanta televisión y la destrucción de los grandes bosques tropicales, apenas hay historias que contar. Cuento las mías, porque a mí me ocurrieron. Estuve ahí. Esas experiencias moldearon mi alma en lo que soy ahora. Más importante aún, esas vivencias inolvidables, me dieron la visión de un gran contraste entre culturas de diferentes orígenes y regiones.

Como todo llega a su fin, un día tuvimos que dejar Cahuide. En el viaje de regreso recorreríamos aguas abajo, los ríos Yaupi, Santiago y Marañón hasta llegar al Huallaga y continuar hacia Nauta, donde el Ucayali y el Marañón se juntan para formar el gran Amazonas en su ruta a Iquitos.

Habíamos adquirido tal cantidad de pieles, que la única forma segura y posible de transportarlas era por

balsa (una típica embarcación fluvial hecha de madera balsa y construida de tal forma que parecía una casa). Esto ya significaba otra expedición; descendiendo los traicioneros ríos, con más aventuras que contar, pero —para ese viaje— ya éramos más selváticos de lo que habíamos sido años atrás y estábamos más acostumbrados a los hábitos de la amenazadora selva y de sus increíbles y traicioneros ríos.

IV

UN MUNDO QUEDÓ ATRÁS...



Mi padre supervisó la construcción de la embarcación fluvial, hecha de madera balsa, que es muy abundante en la selva. Los troncos son livianos y perfectamente cilíndricos, eran atados con sogas naturales muy fuertes y no se usaron clavos u otros productos manufacturados. La balsa, como llaman a este tipo de embarcación, que sólo se puede usar río abajo era grande y tenía tres remos: dos en el frente y uno atrás, y se usarían más para maniobrarla que para impulsarla. Un cobertizo semejante a un búngalo hecha con hojas secas de palma ocupaba casi toda la plataforma. Esta tenía pequeñas divisiones como: dormitorio, cocina y un espacio para tres soldados guías, quienes se encargarían de tripularla en toda clase de aguas.

Una vez más, a mi temprana edad, sufrí la angustia de la separación. Habíamos vivido tanto tiempo en Cahuide, que todo allí, incluso sus peligros, eran parte de nuestra existencia. Todo lo que llevábamos eran: pieles de animales, nuestros recuerdos, y un perro chusco con manchas negras y

blancas, cuyo nombre era “Etico”. Creo, que en el corazón de muchas personas hay siempre recuerdos de un perro, y como la existencia de estos seres es tan corta, tenemos imágenes de la separación con estos animales tan leales. Bueno, los míos estaban llegando.

Todas las pieles y los rifles fueron empacados. Nuestras pertenencias personales cabían en una sola maleta. Casi no teníamos ropa, y mi calzado consistía en unas chancletas de madera y cuero. Lo único importante que llevaba era mi perro. “Etico” era movedizo y juguetón, y probablemente, tenía todos los parásitos de la selva, pero era un animal feliz y yo estaba muy contento de traerlo conmigo.

En un amanecer ya muy olvidado, bajamos al muelle del pequeño río Yaupi, lugar donde pasé la mitad de mi niñez en sus aguas tan acogedoras. Todos los soldados y la gente de las tribus, vinieron a despedirnos. Con gran congoja, subimos a esta casa flotante que se deslizaría silenciosamente por los ríos de nuestra imaginación. Fuimos bajando el Yaupi, río limpio y tranquilo, pero mi corazón estaba deshecho en profunda tristeza. ¿Cómo describir el momento en que uno abandona para siempre el lugar donde ha vivido por tanto tiempo sabiendo que nunca se va a regresar? La alta torre, con la estatua del Inca Cahuide y su macana en la mano, fue haciéndose más pequeña conforme la balsa se alejaba arrastrada por la corriente. Mis pensamientos tristes cambiaron por la excitación del novedoso viaje, quizás al igual

que Las aventuras de Huckleberry Finn en el río Mississippi. Dentro del alma, todos sabíamos que había peligros más adelante y cualquier catástrofe podía pasar. Pero, no nos imaginábamos que bajando el río y al llegar a las turbulentas aguas del Pongo de Manseriche, esta balsa sería tan frágil como una caja de fósforos.

Después de días de viaje, llegamos a la plantación Rabarosa, en plena selva, en cuya casa grande pasamos dos días muy agradables. Mi padre tuvo que ocuparse de los restos de un soldado, que había sido asesinado por unos tribuales en un puesto cercano. Los Rabarosa, habían enterrado el cuerpo junto con todo su equipo militar. Mi padre era responsable de su armamento que era pertenencia del Estado, entonces hubo que desenterrarse el cadáver, retirar todos sus implementos militares y hacerse cargo de ellos.

Nuestro destino final era Iquitos, pero teníamos que parar en todos los lugares que en nuestro viaje anterior de ida en canoa nos habíamos detenido tal como Pinglo y Borja. Esta vez, teníamos que navegar a través del más aterrador de los obstáculos fluviales, el Pongo de Manseriche, ubicado entre estas dos ciudades, para evitar un viaje arduo y prolongado por trocha en las altas montañas. Este desfiladero natural fue descrito hace más de cien años, por el muy conocido explorador alemán, barón Alexander von Humboldt.

En el célebre estrecho, llamado Pongo de Manseriche, entre Santiago y San Borja existe un montañoso abismo donde, en algunos lugares se ve poca luz del día porque hay una mezcla de altos acantilados, rocas y árboles colgantes que forman una especie de techo. En sus rápidos, los grandes troncos de árboles que arrastra el río son pulverizados y desaparecen.

Este pasaje, también fue descrito por Mario Vargas Llosa en su novela La Casa Verde.

El señor Rabarosa conversaba acerca de los accidentes y muertes de personas que se habían arriesgado a seguir el curso de esas peligrosas aguas. Los hombres viejos de las tribus dicen que ese estrecho es el santuario de una enorme serpiente que es la madre del ayahuasca (una potente bebida alucinógena). Decían tantas historias y anécdotas personales acerca de este cañón de la muerte, que nuestro temor iba aumentando. Pero la única manera de evitar el célebre pongo, era hacer una caminata a través de la selva montañosa por varios días, y afrontar los peligros que amenazaban en sus tortuosos senderos, o trochas. Como mi padre tenía que transportar gran cantidad de pieles, el viaje por tierra resultaba imposible.

Estábamos tan asustados por las historias que habíamos escuchado, y pensativos por la muerte del soldado, que sentíamos una sensación terrible de que nuestras vidas pendían de un hilo y nuestra ansiedad iba aumentando conforme la noche se acercaba. Al

día siguiente, temprano en la mañana, estábamos listos para atravesar el pongo. Se nos advirtió que nos aseguráramos, amarrándonos a los palos de la balsa durante el cruce, para no ser lanzados fuera de la balsa y caer en las turbulentas aguas. También otro veterano en cruces del pongo, dijo que debíamos permanecer completamente callados para no despertar a la gigantesca serpiente madre de este infernal líquido. El señor Rabarosa puso a disposición nuestra a un aguaruna, que conocía muy bien las aguas del estrecho y nos serviría de guía. Se decidió que yo debería dejarle mi perro “Etico” al señor Rabarosa, como agradecimiento de su hospitalidad. La noticia fue tan dura para mí, que mi corazón se desgarraba en pedazos, tal como, cuando las tormentosas aguas del profundo y rápido río desgarran la tierra y arrancan los árboles de las orillas. Mis lágrimas no pudieron revelar el sufrimiento y la angustia ante la pérdida de mi compañero y la posibilidad de morir. Era más de lo que un niño podía resistir. Aún ahora, mi alma se estremece, recordando aquel día. Así se siente uno cuando quiere a un animal, y estoy seguro que muchos de los que se preocupan y aman a los animales, simpatizarán con estos recuerdos.

Cuando nos embarcamos sin el perro, “Etico” aullaba y corría a lo largo de la orilla. Creo que ya sabía que lo estábamos dejando. Mientras la balsa partía deslizándose lentamente río abajo, la gente nos deseaba —cínicamente— buena suerte; yo aún

sentía y escuchaba sus ladridos que a lo lejos se oían como aullidos, y a la distancia podía ver sus desteñidas manchas negras; hasta que su raquítico cuerpo desaparecía. En ese momento, el Pongo podía haberme tragado y no me hubiera importado. ¡Pobre perro!, ¡él también estaba destrozado por dentro! Han pasado tantos años y todavía lo recuerdo. Momentos como éstos son los que moldean nuestro espíritu, y el mío estaba todo el tiempo golpeado por el martillo de las vicisitudes de la vida.

Bien, las fuerzas de la naturaleza pueden regresarnos a nuestra realidad. No mucho después, empezamos a ver más piedras y rocas en el agua, y el río se volvía más rápido y bullicioso. A la distancia, en las arenosas orillas, podíamos ver caimanes perezosamente moviéndose alrededor. Todo a bordo estaba amarrado y asegurado, y se hicieron preparativos previendo que la balsa pudiera romperse. Todos nos preguntábamos en silencio y en nuestros pensamientos si quedaríamos con vida después de este viaje? Sólo Dios y el río tendrían la respuesta!

Cuando los soldados y el guía estaban maniobrando la balsa para no chocar con una peña, el remo de uno de ellos se rompió, cayendo éste a las profundidades de estas aguas turbias. Pensamos que se había ahogado porque pasó mucho rato para que reflatara, pero de pronto apareció, respirando apenas y sosteniendo en sus manos la mitad del largo remo

roto. Sus compañeros lo sacaron del agua rápidamente. Este soldado tuvo suerte porque el remo no se rompió en el medio del pongo, sino cerca de su entrada, donde el río no era traicionero. Después de este inesperado incidente tan cerca de la entrada de este pulverizador de árboles, el pongo, nos detuvimos en medio del río donde había un trecho de arena suave.

Permanecimos toda la noche en ese lugar. Estábamos temerosos y con miedo de continuar. El soldado que cayó al agua temblaba más de miedo que de frío. Mi madre cocinaba tacacho (un guiso de yinguire y carne de sajino, el cerdo de la selva), mientras nosotros fuimos a buscar huevos de taricaya en esta pequeña playa. Cuando llegó la silenciosa noche, podíamos oír a la distancia, cómo el río golpeaba contra los bordes del estrecho pongo (que tiene cerca de cinco millas de largo y en algunos lugares sólo ochenta y cinco pies de ancho). Nuestra imaginación era tan turbulenta como las aguas, creo que no dormimos ni un instante esa noche.

Después de una noche llena de pesadillas, llegó la bulliciosa mañana, y yo sólo podía pensar en "Etico". Pero el momento de la verdad había llegado y todos empujábamos la balsa mientras la abordábamos. Lentamente, la embarcación iba ganando velocidad, mientras el río nos arrastraba a nuestro destino, quizás fatal. Podíamos ver, cómo la selva baja se elevaba hacia los cielos mezclándose con las nubes oscuras y las montañas rocosas, como

si se tratara del fin del mundo. Las aguas eran más rápidas y ruidosas, y sólo podíamos oír el estruendo del torrente. No más pájaros o monos, sino una gran avalancha de furia fluvial. Rápidamente, fuimos atraídos hacia ese oscuro y terrible cauce, bordeado por enormes y graníticos acantilados con largas caídas de agua cristalina y un musgo verde en toda su extensión. Nosotros mirábamos hacia arriba y a los costados, donde ambas vistas eran imponentes, pero mirar el río demoledor —en sí mismo— era aterrador. Los hombres se batían contra los rápidos, las rocas y los remolinos durante todo el cruce por este estrecho pasaje. Nadie podía hablar, porque eso era tabú. Seguíamos la leyenda y las instrucciones de los nativos, porque ellos sabían los secretos de la naturaleza. La balsa era lanzada hacia todo lado, mientras se sacudía, como si fuera a romperse. A ratos daba vueltas y vueltas y veíamos mareadamente —el mismo lugar, una y otra vez— mientras la balsa seguía los caprichos de algún remolino grande. Los hombres empujaban sus largos remos contra las rocas y los acantilados, mientras transpiraban y se empapaban con la espuma del agua fangosa, y nuestros oídos eran ensordecidos por el ruido del torrente. ¡Todo terminó como un relámpago! Fue como un sueño que duró una eternidad. Pero después los rayos del sol comenzaron a aparecer entre amenazadoras y rápidas nubes grises que se desvanecían en el cielo azul. Al fin, los soldados y el aguaruna se

tranquilizaron y levantaron sus remos en el aire. Ahora, el agua oscura tenía remolinos lentos, poco profundos, y eran tan silenciosos como la brisa. La selva alta comenzó a descender hacia el monte bajo; el cielo dejó de ser parte de la verde floresta y de este infernal pongo.

Mientras nuestras afligidas imaginaciones trataban de buscar y localizar la guarida de “La gigantesca serpiente, madre del Ayahuasca”, todos nos mirábamos unos a otros, todavía atemorizados de hablar. Mi madre tenía lágrimas en su rostro y aún estaba arrodillada y rezando. ¡Habíamos cruzado el increíble Pongo de Manseriche! ¡y por eso, yo siempre seré un hombre con humanidad!

Nada en adelante sería insuperable. Habiendo sido bautizado por la cruda naturaleza, pienso que sería como un fénix, y que podría seguir mi destino en esta vida, tan llena de “pongo emocional”. Pero —entonces— en la calma del río, mi corazón seguía adolorido por mi perro. Y a través de mi vida, la tristeza y la melancolía son algo que yo nunca podré vencer, y por siempre serán mi cruz.

Llegamos a Borja y a otras ciudades, cuyas gentes de la selva nunca estuvieron río arriba, y tenían curiosidad por saber, cómo nos fue en esa travesía. Éramos como héroes locales. En cualquier lugar donde estuviéramos, los relatos sobre el cruce del pongo, nos proveían de una buena comida y un sitio seguro para dormir. Ahora, la balsa era la reina

de esas aguas y el viaje de bajada por el río, era poesía de la naturaleza para mi corazón. Esas selvas remotas, más allá de las orillas del río, donde sólo mi alma desolada podría ir. ¡Oh! verde esperanza de esos océanos de árboles, que siempre estarán conmigo en mis días de soledad, y en los que siempre encontraré refugio en mis momentos de adversidad, pensando en esos tiempos idos, y de los que siempre ganaré fuerzas, regocijándome en esos lejanos recuerdos.

Pasamos muchos pueblos y puertos ribereños, y cada vez nos acercábamos más a la civilización. Me sentía extraño; yo era ahora más selvático que las personas que vivían cerca a Iquitos y no estaba ansioso de reintegrarme a ese mundo.

Seguimos el río Santiago hasta el Marañón, y después de meses de viajar en aquella balsa, entramos en el Amazonas, a la altura de Nauta. Algunas semanas más y llevados por el lento río, pudimos ver a la distancia la gran ciudad de Iquitos con sus edificios blanquecinos decorados con losetas azules. Un nuevo mundo nos esperaba y siempre extrañaríamos Cahuide, Pinglo, Borja y Barranca. Esos días jamás volverían. ¡Adiós, selva inmensa!

Arribamos y amarramos nuestra vieja y desgastada balsa en uno de los muchos atracaderos de Iquitos al lado de otras pequeñas y también grandes embarcaciones fluviales. Llegar a esta ciudad, era quizás como arribar a New York en una carreta de bueyes. Mi padre se puso su uniforme y

nosotros esperamos en la balsa, mientras él fue a comprarnos ropa y zapatos. Pienso que lo hizo sólo porque se sintió avergonzado de que lo acompañáramos. Literalmente, llevábamos encima nuestras únicas ropas, ya muy acabadas. A pesar, de que la ciudad es grande, era aún pequeña tratándose de la familia de un oficial. Aunque nos veíamos pobres, mi padre había acumulado sueldos de varios años —que debido al aislamiento, nunca los cobró o los gastó— y un gran número de exóticas y costosas pieles que se vendieron rápidamente. Tendríamos entonces, que adaptarnos a un nuevo y distinto modo de vida, en una ciudad donde éramos desconocidos. Debíamos encontrar un departamento y éstos eran reducidos, oscuros y caros. Aunque la ciudad de Iquitos estaba en medio de la amazonia, era una metrópoli, si la comparábamos con el lugar de donde veníamos.

Se presentó el problema de la escuela, que mi tío y yo no habíamos atendido por años. En Cahuide, mi padre estudiaba para un examen con el objeto de ascender de grado. Era autodidacto y muy adepto a la lectura. Tenía sus propios libros, mayormente de matemáticas y de asuntos militares, además, quería ser un oficial de artillería, y las matemáticas representaban la materia más importante, porque se suponía que los artilleros tenían que calcular cómo los proyectiles de sus cañones podrían alcanzar a su objetivo. Temprano en las calurosas y húmedas mañanas en la selva de Cahuide, estudiábamos

álgebra y geometría con él, porque no había allí ni escuela ni otros libros. En Iquitos, mi padre movió influencias para que los dos rindiéramos exámenes y se nos ubicara en los grados correspondientes.

Llegó el día del examen. Yo tenía ropa y zapatos nuevos y me había cortado el cabello. Los profesores miraron a Cóndor. Ellos no podían entender, por qué siendo oriundo de los Andes, se veía más selvático que los otros chicos del lugar. En el Perú, cada región —costa, sierra y montaña— es tan diferente la una de la otra, que cada una, bien podría ser otro país u otro continente.

El examen era oral y la primera pregunta fue sobre el ciclo y vida de las abejas. ¡Pobre Cóndor!, recordaba cuando sus pequeños amigos de las tribus indígenas acostumbraban a recoger huevos de avispas, empujándolos fuera de sus geométricos nidos, y se los comían como si fueran golosinas. Eso era todo lo que sabía sobre abejas o avispas. ¡No hubo respuesta! Sólo una mirada vacía a la pizarra. La pregunta siguiente fue sobre las batallas de el Libertador Simón Bolívar. ¿Quién era? Cóndor nunca había oído de él. Siguieron las miradas fijas de los profesores y sus cabezas moviéndose de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. En seguida, harían las preguntas más terribles y eso sería “el tiro de gracia”. Comenzaron con suma y multiplicación y luego, siguieron con elemental geometría y álgebra. Mi tío y yo respondimos fácilmente todas ellas y eso fue suficiente para que fuéramos admitidos en

nuestros grados, como si hubiéramos estado asistiendo a clases todos esos años. Sin embargo, estábamos en desventaja, porque habíamos perdido mucho tiempo de estudios, pero finalmente los recuperamos en Iquitos.

Los meses y los años pasaron con problemas domésticos. Mi padre tenía que rendir sus exámenes en Lima y tuvo que viajar solo. Nos quedamos en Iquitos, defendiéndonos por nosotros mismos.

Él se llevó todo el dinero ahorrado y además el que obtuvo por la venta de las pieles. Pienso que una vez que llegó a la capital, las angustias y privaciones sufridas en la selva le hicieron comprender lo que significaba vivir en la opulencia. Despilfarró todo el dinero y se olvidó por completo de nosotros. Estuvimos recibiendo escasamente lo necesario para sobrevivir. Y o, incluso, iba a recoger botellas que estaban en el lodo debajo de las casas y luego de lavarlas, las vendía. En aquellos días las botellas de cualquier clase eran una mercancía valiosa en la amazonia. Mi tío vendía alcohol perfumado a la gente que vivía en las canoas de la ciudad flotante de Belén. Nuestros amigos, que eran de dudosa conducta, nos enseñaron cómo robar y recuerdo lo fácil que era tomar una pieza de mercadería, esconderla en la camisa y alejarse caminando. Nos veían tan inocentes, que la gente no sospechaba de nosotros. ¡Cómo extrañábamos aquellos días en la selva virgen! La gente de la ciudad era diferente de la que vivía en guarniciones y en el monte. Las tribus,

en la selva profunda, no estaban contaminadas por la civilización.

Finalmente recibimos y ahorramos algún dinero para viajar a Lima y unirnos con mi padre. En esos tiempos no había carreteras o viajes baratos por avión. Mi madre optó por la lancha más barata para viajar del Amazonas al río Ucayali y llegar hasta Pucallpa. Esta embarcación, llamada “San Ramón”, era tan clásica y casi igual al famoso bote de la película Fitzcarraldo. Sus motores a vapor estaban gastados y sus acomodaciones eran muy primitivas; el baño era un hueco ubicado en la popa, del cual los desechos caían directamente a la corriente del río. Como era usual, tenía dos cubiertas superiores para primera y segunda clase y una tercera, abajo donde iba la carga. Nosotros teníamos un camarote con cuatro literas, pero compartíamos esa pequeña y calurosa cabina con otras personas.

Ese viaje fue memorable y de por sí una aventura. Los pasajeros conseguían amigos y enemigos, y había también muertes en el barco. Era como una telenovela. Llegamos a conocernos como si fuéramos una familia y todos sufríamos los mismos problemas: hambre permanente, enfermedades, mosquitos, aburrimiento y temor de que algo trágico ocurriera en este río.

En Iquitos nos embarcamos con nuestras escasas pertenencias y dos pájaros: un tucán y una lora. Después de esperar varios días para que la lancha se llenara de pasajeros, el “San Ramón”

finalmente abandonó el azulado y bello puerto de Iquitos. Sus ruidosos motores lo enrumbaron contra las poderosas corrientes del Amazonas, lanzando humo negro y haciendo silbar su vieja y oxidada sirena. En la conmoción causada por las personas apuradas por colocar sus hamacas, pude ver que un mundo quedaba atrás, y las incertidumbres aparecían en el horizonte. El perfil de la ciudad desapareció rápidamente y comenzamos la rutina de encontrar nuestras ubicaciones en un barco con muy pocos recursos.

Después de algunos días, siempre navegando río arriba, llegamos al puerto de Nauta, donde el Marañón se junta con el Ucayali, para formar el Amazonas. A partir de Nauta, navegaríamos por el Ucayali. En nuestra ruta fluvial, paramos en Requena, Orellana, Contamana, que eran ciudades medianas, y otros innumerables pequeños lugares, ubicados en las orillas del río. Nuestro puerto final de llegada, sería la bullente ciudad portuaria de Pucallpa, pero el viaje a este destino pareció durar una eternidad. El barco era tan viejo que debíamos parar continuamente. Algunas veces, la centenaria máquina a vapor se malograba y teníamos que esperar por días o semanas hasta que llegaran los repuestos o el mecánico.

El “San Ramón” debía ocupar casi la mitad de su capacidad para transportar leña que le servía de combustible. A veces, la presión de las viejas calderas bajaba y el barco no podía surcar contra la

corriente. Para no asustarnos, la tripulación gritaba, ¡presión! ¡presión! y ya sabíamos que teníamos que estar anclados en pleno río, o peor aún, ser arrastrados y llevados río abajo.

Recogíamos y desembarcábamos pasajeros en casi todos los puertos a los que arribábamos. Cada embarque y desembarque, eran en sí, una hazaña. Todos los habitantes de las pequeñas villas, llegaban para ver la lancha, que para ellos, era una lazo con la civilización.

Creo que nos tomó más o menos un mes para llegar a Pucallpa. Con el tiempo siento, ahora, que ese viaje duró una eternidad. ¡Nuevamente teníamos que decir adiós!, esta vez a los amigos y enemigos que conseguimos durante ese viaje. El propio barco, llegó a ser parte de nuestras vidas. Nos sentíamos seguros en esa incómoda y vieja lancha, y llegamos a conocer a sus más escondidos rincones. En Pucallpa, desembarcamos del “San Ramón”, al cual dejamos expeliendo “negros humos” por su chimenea, como si estuviera lanzando su último suspiro.

La única forma de viajar de Pucallpa a Lima en esos días, era por avión y resultaba muy costoso. Se estaba empezando a construir carreteras, pero el viaje era riesgoso y muy lento. No teníamos dinero, entonces, mi madre vendió sus joyas y otras cosas. Finalmente, juntamos lo necesario para pagar el pasaje aéreo. Esta vez, fue un Douglas DC-3. Nos hicieron abordar rápidamente, porque el avión ya estaba moviendo sus hélices. El ruido y el polvo eran

espantosos. Nos sentamos muy apresurados y tímidos. La gente que aquí viajaba era más sofisticada y adinerada. Nos sentíamos fuera de lugar e incómodos en este nuevo modo de viajar. Yo tenía mi tucán. No recuerdo cómo se llamaba, pero sí que era un pájaro muy vistoso: tenía un pico grande y fuerte, su cara de colores rojo y azul y unos ojos inocentes.

El DC-3 despegó de la pista de aterrizaje no pavimentada y luego podíamos ver por las ventanillas la selva. Parecía una alfombra verde, enmarcada por ríos serpenteantes y agua por todas partes. Cruzamos los altos Andes con sus eternas e inhóspitas cordilleras nevadas. El avión brindaba oxígeno a través de unos tubos, que nosotros manteníamos en nuestras narices todo el tiempo. Y o compartía alternadamente ese equipo con mi tucán que se veía extraño y gracioso. Abría su gran pico como si para él, el aire fuera agua; en realidad lo que hacía era tragarse el frío aire oxigenado tan necesario en esas alturas, cuando se viaja en un avión con cabina no presurizada. A pesar de ser un animal, necesitaba ese elemento vital tanto como yo. ¡Pobre pequeño amigo! Éramos compañeros y me daba confianza. ¡Quizás era más barato que un osito de felpa que tuviera un niño rico!

En el viaje por avión no pasó nada especial. Lo único que hicimos fue admirar la majestad de la selva y de los Andes. Ambos se veían desde el aire, tan implacables e impenetrables, que casi nos hacían

temblar con sólo mirarlos. Después de pocas horas de haber visto de arriba un paisaje desértico, llegamos a Lima; la ciudad con calles tristes y sin ningún verdor: era húmeda, fría y nublada; muy extraña para nosotros y nada acogedora. En esos días, los pasajeros que llegaban de la selva eran pocos y sus relatos increíbles. Sólo algunos se aventuraban a viajar a Iquitos, pero llegar y vivir en Cahuide, ¡era otro mundo que nadie podría imaginárselo!

V

OTRA CLASE DE SELVA...



Estábamos perdidos en Lima. Mi padre nos recogió y nos llevó a un viejo hotel en el centro, detrás del Palacio de Gobierno, al otro lado del río Rímac, donde un puente colonial cruza la vieja Ciudad de los Virreyes, muy conocida a través de la canción La Flor de la Canela. El tranvía eléctrico, en ese entonces, pasaba por delante de la ventana de nuestro barato hotel. Los ruidos eran constantes y muy diferentes de aquellos de la selva. Eran las voces de los comerciantes ambulantes, vendedores de frutas, mendigos y lustradores de calzado. En sí, esto era agradable, y representaba un salto de la vida primitiva que habíamos dejado atrás. Sin embargo, todo lo que puedo recordar de esos días en Lima, son las discusiones conyugales de mis padres. Nuestros recuerdos de aquella tranquilidad doméstica en la selva amazónica fueron un oasis para nuestras almas y espíritus, y creo que esas añoranzas nos mantuvieron juntos.

Mi amado tucán fue dado —según supongo ahora— a algún general. Me quedé sólo con los recuerdos de ese gracioso y querido animal, con su

cara maquillada de brillantes colores. Nunca debí traerlo a Lima. Espero que esté en el cielo picoteando a los ángeles. Aún lo extraño y me lamento de haberlo sacado de la selva. En ese entonces, incluso ahora, no nos dábamos cuenta, que esos pájaros pertenecían y pertenecen a la amazonia. Hoy lo sé, y espero que esos animales sean más protegidos y que permanezcan en su ambiente natural.

En Pinglo, mi tío tenía a “Pantaleón”. Sin embargo, a este guacamayo lo dejamos ahí. Pero traía consigo una lora —habladora— llamada “Aurora”. Debía haber sido hembra, porque era inteligente y podía hablar sin parar. Un día, durante el viaje a Pucallpa sobre el Ucayali —que ya describí anteriormente—, nos vimos sacudidos por una tormenta tan horrible, que casi naufraga la lancha “San Ramón”. Pasada la tormenta, el barco navegaba cerca a la orilla por seguridad. Allí había una gran conmoción, causada por una bandada de loros verdes y bulliciosos. Obedeciendo al llamado de la selva, Aurora escapó de las manos de mi tío y volando apenas —porque tenía las alas cortadas— se dirigió al monte para reunirse con sus congéneres. Por alguna razón no nos sentimos tristes, sólo preocupados de que ella no supiera sobrevivir en una foresta que le era desconocida. Después de todo, era una lora —civilizada— que tenía ya un buen dominio del idioma español.

¡Cómo me habría gustado que mi tucán hubiese hecho lo mismo! Ahora, mi conciencia estaría

tranquila. Pero él no era tan inteligente para ganar su libertad, o hábil para volar y alejarse.

La crueldad con nuestros animales es la peor inhumanidad que estamos presenciando y cometiendo en estos tiempos. Tal vez, en miles de años —en el futuro— los animales, quizás serán, capaces de denunciar las atrocidades que fueron cometidas en su perjuicio, pero —por cierto— muchos habrán enmudecido a causa de su extinción.

Con la pérdida de nuestras mascotas, nos abandonaron los últimos vestigios de la selva y tendríamos que enfrentar la cruel realidad de la vida en la ciudad, para la cual no estábamos preparados. Muchas personas —en Lima— piensan que son más civilizadas que los habitantes de otras ciudades del resto del país. ¿Qué decir entonces, de los que vienen de las profundidades de la amazonia?

Nos trasladamos a una casa de un dormitorio. La vida era cara y mi padre tenía problemas personales y se descuidó de nosotros. Pasó el tiempo y las cosas mejoraron. Mi padre aprobó sus exámenes y fue transferido a otro cuerpo de las fuerzas armadas, la Guardia Republicana, que le ofrecía un mayor rango y mejores posibilidades en su carrera militar. Entonces, fue enviado a Huaraz, una ciudad pequeña al norte de Lima, en el departamento de Ancash. El viaje duraba alrededor de un día en ómnibus. El tiempo que pasamos en Lima me trae muy pocos recuerdos buenos. Como todas las grandes ciudades, era tan ajena a la naturaleza, que sus habitantes se

volvían insensibles, casi como robots. Su rutina diaria parecía no tener sentido, y aún, su lucha por la existencia era trivial. Vivir para un indígena en las tribus, tiene un significado de imposición sobre las condiciones agrestes del lugar. Cada sobreviviente representa un triunfo de la vida sobre la muerte. Un aborigen se gana cada día de su existencia. Nada es falso en él. Se le respeta por sus habilidades para la supervivencia y se le admira por su ingenio para dominar un ambiente imposible.

Conforme nos alejábamos de Lima a Huaraz por vía terrestre, el escenario se volvía más imponente al dejar el desértico paisaje. A medida que íbamos ascendiendo las tortuosas montañas, nuestro corazón se alegraba, pero luego, una sensación de vacío se sentía en el alma; las increíbles cordilleras comenzaban a dominarnos. Otra vez, en aquellos Andes empezamos a ver a los descendientes de los incas, que se han convertido en un problema social que no se ha solucionado y que todavía existe. Parecía que hubieran sido congelados en el tiempo, como si el frío de las grandes alturas, les hubiera arrebatado la vida a sus espíritus. No hay en ellos el deseo de ser —otra vez— lo grande que algún día fueron, y superarlo. Parece que sus mentes estuvieran anestesiadas por la furia del pasado y por el arribo de una nueva civilización. Como dijo Humboldt —y tal como ya se mencionó—, los indígenas de las regiones andinas eran: muy

reservados, desconfiados de todos e indiferentes hacia su futuro.

Llegamos a Huaraz de noche. Hacía mucho frío y nos pusimos ropa gruesa. La ciudad, tal como recuerdo tenía su propio encanto y había una plaza con palmeras, a pesar de estar en la sierra. La torre de la catedral tenía un gran reloj que anunciaba con campanadas cada hora del día.

Uno de los picos más altos de Sudamérica, el nevado Huascarán, con sus elevadas cumbres cubiertas de perpetua nieve, estaba siempre visible y podía ser visto desde cualquier punto de la ciudad.

El tiempo que pasamos en Huaraz me trae buenos recuerdos, porque hubo tranquilidad doméstica. Ahí aprendí a jugar ajedrez, con unas piezas hechas a mano por mi padre y con la ayuda de unos presos políticos que estaban bajo su custodia. Mi padre iba a cazar patos en las numerosas lagunas —altas y azules—, que rodean la ciudad, donde muchas veces él me llevaba.

El problema de la discriminación racial, tal vez, puede ser descrito recordando mi niñez en este lugar. Comencé a darme



Uno de los picos más altos de Sudamérica, el nevado Huascarán con sus aserrales cubiertas de perpetua nieve.

cuenta de las desigualdades sociales de mi país cuando asistía a una escuela que no tenía alumnos indígenas. Noté, que las personas llamadas educadas, eran de piel más clara y provenían de familias generalmente vinculadas con el Gobierno, y no calificadas de indios o mestizos, sino consideradas —simplemente— como miembros de una clase indeterminada, como si se sintieran descendientes de europeos, ¡que escasamente los había!

Pero aquellos que tenían la piel un poco más oscura, características faciales indias más definidas, menos educación, y no trabajaban en la burocracia eran llamados indios o mestizos; lo que constituía una

ruina moral. Y así siguen condenados al ostracismo, la discriminación y son explotados por aquellos mismos que son sus hermanos. En Estados Unidos, las personas de todas estas clases sociales descritas —de muy poca diferencia en el color de su piel— serían consideradas virtualmente iguales y denominadas “latinos” o “hispanos”, aunque étnicamente éstos no tienen nada que hacer con lo latino, muy poco con lo hispano, pero más con la raza indígena.

Recuerdo que en esa escuela había un niño de pura raza india, que estudiaba en nuestra clase. Acostumbraba llegar a caballo y calzaba ojotas en lugar de zapatos. Era inteligente y estudioso y todos lo mirábamos despectivamente. Le seguíamos los pasos y estábamos asombrados de que pudiera hacer lo que nosotros hacíamos. Y o estaba involucrado y contribuía en esa diferencia social, pero creo que en esos días no me daba cuenta de semejante realidad.

Los residentes de Huaraz viven en un terror permanente, porque en 1940, un aluvión borró del mapa la mitad de la ciudad. En vista de que las ciudades y poblados están justamente debajo y al pie de las majestuosas cordilleras en cuyas alturas se forman grandes lagos, la posibilidad de desastres naturales está siempre en la mente de sus pobladores. “El aluvión, llamado huaico en el Perú, es una avalancha de peñas, tan grandes como casas, lodo, inmensos trozos de nieve y agua precipitándose

furiosamente por las laderas de las altas cordilleras a velocidades devastadoras; destrozando y sepultando en su trayecto todo lo que encuentre en su camino. Ciudades completas pueden desaparecer en pocos momentos sin que la gente tenga tiempo para escapar a sitios altos o seguros". El río Santa había crecido a causa de las abundantes lluvias, la gente estaba preocupada por la posibilidad de un nuevo aluvión. Efectivamente, en una noche como cualquiera, todos se fueron a dormir, pero horas después un sonido ensordecedor se escuchó y las gentes comenzaron a correr llenas de pavor por las calles gritando: ¡Aluvión! ¡aluvión! Nosotros nos levantamos, cogimos rápidamente alguna ropa, y corrimos junto con todos los espantados vecinos hacia las alturas. Una vez allí, en la oscuridad, escuchábamos el estruendoso ruido del río Santa y nos imaginábamos a la ciudad arrasada y sepultada por la avalancha. Mi padre nos mandó a un sitio seguro en las alturas junto con miles de personas, y fue rápidamente a ver a sus hombres en el cuartel. En medio de esa fría y lluviosa noche ¡le dijimos adiós!, como si no fuéramos a verlo más.

Esa noche, dormimos en los altos cerros. Cuando llegó la mañana, nos alegramos de ver la catedral en pie y la ciudad intacta. La alarma se produjo por el exceso de agua que rebalsó de un pequeño lago alto, pero que no trajo mayores consecuencias. Empero, esa era la angustia de las personas que vivían en ese lugar. La avalancha que tanto se temía, ocurrió

efectivamente el 31 de mayo de 1970, donde alrededor de 70.000 personas murieron a lo largo del Callejón de Huaylas, y varias ciudades y aldeas fueron sepultadas.

A pesar del riesgo de desastres naturales, la tranquilidad de la ciudad y de nuestra familia estará siempre en mi corazón. Nuestro pasatiempo dominical favorito era ir al cine. Fue ahí donde aprendí más acerca del gran país del Norte donde vivían Flash Gordon, Gene Autry, Roy Rogers y muchas otras luminarias de Hollywood. Era un lugar tan distante como la luna y yo como tantos otros, podíamos percibir a los Estados Unidos a través de la fantasía del celuloide.

Después de un año, tuvimos que regresar a Lima donde el espíritu de la gente siempre me ha dejado en un estado de confusión.

Una vez más, la angustia de dejar amigos y los recuerdos de aquel majestuoso Huascarán, me dejaron en un estado de, aún más, permanente tristeza y melancolía en mi espíritu.

Nuevamente estábamos perdidos en la legendaria Lima. Otra vez éramos “nadie” en la gran metrópoli, observando el omnipresente escalamiento social que nos rodeaba. La gente ganaba “status” luciendo la última moda. Las clases sociales estaban bien demarcadas: los limeños y los demás. Los indios y mestizos casi no eran aceptados, especialmente si provenían del interior del país o de las alturas de los Andes. Entonces, estos “inmigrantes” debían

transformarse inmediatamente en limeños —negando su origen— y adquirir las costumbres y la superficialidad de los capitalinos tan pronto como se daban cuenta de que eran diferentes, porque la gente los identificaba con inusitada rapidez. En Lima, todos pretendían ser de la ciudad. Incluso, mi padre —creo— alteró mi certificado de nacimiento, de modo que yo ya no fuera del Cuzco, sino de la capital. Se notó ¡ipso facto! el respeto de los demás y los comentarios discriminatorios hacia mi procedencia desaparecieron. Esa actitud es muy común en Latinoamérica. Muchos pretenden ser de las grandes ciudades, sin serlo. Tal actitud es un remanente de la mentalidad colonial.

Como un “nativo” de Lima, iba a la escuela en medio del tráfico y humo de los viejos carros y siempre alerta de los pequeños robos callejeros. Salimos de los traicioneros elementos de la naturaleza, y ahora debíamos luchar por nuestra supervivencia en otra clase de selva.

Mi padre fue nuevamente destacado. Esta vez a Puno, ciudad ubicada en las alturas del sur del Perú. Aquí se halla el lago más alto del mundo: el Titicaca, a una altitud de 12.506 pies. El aire es tan escaso en oxígeno que aun las ranas necesitan de más piel para respirar y eso las hace más feas, tal como lo describió Jacques Cousteau, quien las estudió en las profundidades del lago.

En el intermedio del viaje a Puno, visitamos a la familia de mi padre en Arequipa, la bella ciudad

colonial donde él había nacido. Allí recogimos a dos de mis primos, niños de mi misma edad, para ayudar económicamente a sus padres. Todos viajamos por tren a Puno, en lo que debe haber sido, segunda o tercera clase, porque entre los pasajeros había gallinas y puercos.

El viaje nocturno por tren a Puno fue arduo, frío y lento. Continuamente estábamos subiendo a las alturas y el aire se hacía más enrarecido. El paisaje presentaba una vasta soledad con vegetación pobre y esparcida. A ratos veíamos animales huyendo del ruido de la locomotora a vapor. La vista era tan serena que solamente podíamos pensar en la infinidad en esas altas y desoladas mesetas donde una multitud de graciosas vicuñas, llamas y alpacas corrían a lo lejos.

El tren estaba lleno de aimaras, descendientes de la gran civilización del Tiahuanaco. Se dice que el Imperio de los Incas comenzó ahí, cuando Manco Cápac y Mama Ocllo salieron del lago Titicaca y fundaron este gran imperio. Allí también mascaban la coca y bebían alcohol. En este lugar se endurece el espíritu, como una roca que nadie puede horadar, y el futuro es sombrío. Muchas gentes han permanecido inmutables, como he podido observar en todos los viajes que he hecho durante cuarenta años. Los únicos cambios visibles que he apreciado en esa región son, que hoy hay menos vicuñas y más gente en condiciones invariables.

Mi padre, nuevamente fue destacado a un lugar más lejano, al pequeño pueblo de Yunguyo, en la frontera con Bolivia, al lado del Lago Titicaca. El deseo de estar cerca a la naturaleza ha estado siempre presente en mí. En ese lugar fuimos a nadar en el claro lago, pero el agua era tan fría que nadie podía permanecer mucho rato y buscamos un lugar más templado. Mi tío, otros muchachos y yo solíamos ir a una piscina abandonada, donde teníamos que retirar las algas y sacar las ranas antes de que pudiéramos nadar. ¡Qué aguas tan limpias!, teníamos más diversión sacando las ranas y nadando en esas aguas verdes, sin filtrar, que en una elegante y moderna piscina. Los animales son una parte importante de nuestra vida, y no tenerlos, es como una familia sin hijos.

Puno trae a mi mente, memorias mayormente relacionadas con los indígenas y mi desarrollo como estudiante. Íbamos a la única escuela secundaria llamada San Carlos, donde la enseñanza era severa. La escuela tenía la reputación de que cualquier estudiante que terminara en ella, no necesitaría ir a la universidad. Tal vez porque la más cercana quedaba a un día por tren.

En esa escuela teníamos un profesor de música, que era como muchos otros, temido por los estudiantes, especialmente por cualquiera que fuera completamente indio, o mestizo muy oscuro. Era inmisericorde y cuando entraba a la clase e identificaba a un indio, se acercaba a su carpeta, lo

agarraba de las orejas y lo botaba; ¡y peor aún si no podía cantar! En esos tiempos, muchos profesores eran “dictadores supremos” y el objetivo era desaprobado a todo el estudiantado. Ese profesor de música, a quien apodábamos “Perro”, era alto, delgado y blanco como la leche. Se parecía a Paganini, el gran violinista. Años después, todos lo recordamos todavía.

En la misma escuela había otros profesores que eran bondadosos, pero los alumnos eran despiadados con ellos. En situaciones como éstas era donde aprendíamos que uno tenía que idear su propia protección, de otro modo, alguien le sacaba ventaja. Esa es probablemente la razón por la que en algunos países de América Latina surgen dictadores como presidentes, porque en el momento en que un gobernante baja la guardia, algún individuo más listo lo destronará. Los estudiantes tenían la misma mentalidad adquirida a través de siglos de abusos. Poseer sangre mezclada les daba cierta ventaja y es por eso que los estudiantes de pura raza india, siempre salían perdiendo. Esto sucedía muchos años atrás, pero las cosas no han cambiado significativamente.

En la ciudad de Puno, mi tío y yo estuvimos aprendiendo a vivir por nuestra cuenta. Mientras estábamos en la escuela, muy distante de Yunguyo, donde mis padres vivían, “habitábamos” en un cuarto pequeño y teníamos que atender nuestras propias necesidades, incluyendo cocinar y lavar nuestra ropa.

No teníamos apoderados ni tutores, por lo que nos fuimos volviendo independientes y responsables.

Una vez —cuando llevábamos un curso muy difícil y llegó el momento del examen— nos volvimos “convenientemente religiosos”. Pensamos que el estudio no nos ayudaría mucho, así que hicimos un peregrinaje de medio día para visitar a la Virgen de Cancharani (una imagen de la Virgen María estampada en una piedra después que un rayo carbonizó la superficie). Se suponía, y la gente creía, que esa roca grabada en forma natural podía hacer milagros. Pasamos un rato descansando y rezándole a la Virgen. Después de un penoso viaje de regreso, sin desayunar ni almorzar, llegamos a Puno en la tarde y fuimos a la escuela para dar el examen, confiando en que la Virgen nos ayudaría en esa prueba. Uno podrá imaginarse el resultado, ¡nos desaprobaron! Esa fue la clase de experiencia que obtenía mientras crecía. ¡Aprender por mí mismo! Después de ese incidente, me di cuenta que habría sido mejor haber estudiado. ¡Sin ofender a la Virgen!, pero mi fe no terminaría allí; desde ese entonces rezaba después de haber estudiado para el examen.

De Puno, mi padre fue transferido a Tacna, la ciudad más sureña del Perú, cercana al mar y en la frontera con Chile. ¡Otro adiós! ¡Esta vez a Puno! No recuerdo haber tenido mucho pesar de dejar esta fría ciudad con tan pocos animales a mi alrededor y tan escasos eventos gratos de qué despedirme, excepto su bello lago.

En Puno fue la última vez que yo estaría en medio de una población —casi— puramente indígena. De allí en adelante, mis contactos serían con personas de las llamadas clases “alta” y “media” porque estaba avanzando en la escuela y estudiaba con ellos. Los indígenas, generalmente, se quedaban en el nivel de la escuela primaria.

VI UN
HOMBRE DEL
MUNDO



Tacna era diferente y los estudiantes —criollos o mestizos claros— gozaban de un nivel social más elevado. Generalmente sus familiares eran profesionales, funcionarios del Gobierno o militares. Si algunos padres de familia estaban en situaciones marginales —incluyendo los míos— estos aparentaban ser más de lo que eran o tener más de lo que poseían para entrar en un círculo mejor.

Nosotros estábamos avanzando socialmente, y yo aprendía a competir. Aunque no teníamos mucho dinero, gozábamos de una situación económica aceptable. Mi padre había ascendido de grado y era respetado por la comunidad. Gradualmente, fuimos ingresando al grupo de la clase media y adinerada. Tenía amigos “acomodados” que frecuentaban mi casa; ubicada encima de la cárcel de la ciudad. Ésta era grande y no pagábamos alquiler debido a que mi padre era el comandante de los soldados que custodiaban a los prisioneros.

Mi padre acostumbraba jugar tenis, y yo también empecé a practicar ese deporte de los ricos. Tacna fue la “cuna” de lo que soy ahora. En esa época, los hijos de las familias acomodadas, buscaban las mejores escuelas para continuar su educación. Un Colegio Militar de instrucción secundaria: “Francisco Bolognesi” fue fundado en Arequipa, la segunda ciudad del Perú y cuya población estaba formada por muchos criollos que conocían su posición, especialmente cuando se comparaban con los mestizos de otras regiones. El colegio era una elite; sólo había dos de estos centros en todo el país y ambos atraían a la mayoría de los hijos de las familias de clases favorecidas; e incluso a los de las familias indígenas adineradas.

Recuerdo vivamente que en Tacna, estando sentado solo la mesa y después de cenar, mi mente se puso en blanco. Sentí como si estuviera viviendo en los Estados Unidos, mi conocimiento de ese país —en aquellos días— era sólo a través de las películas de Hollywood y mi sueño de ir a ese país era aún muy remoto. Sin embargo, yo sabía que llegaría allí. Eso me dio una sensación de *déjà vu* (como si hubiese estado en ese lugar en mi pasado). El hecho de ir a ese Colegio Militar haría más cercana esa realidad.

La admisión a este colegio, requería la aprobación de un examen competitivo. Un profesor de Biología en la escuela de Tacna, el doctor Anaya —nosotros acostumbrábamos llamar doctores a los

profesores—, era bondadoso y deseoso de ayudar. Le pedí que me ayudara en las materias requeridas para el examen, para mi sorpresa, una semana después, me entregó un folleto mecanografiado con el material que debía estudiar. En esa escuela también teníamos un profesor de inglés, natural de Inglaterra. Era un rubicundo típico “english gentleman” de ese país, con sombrero y bastón. Lo llamábamos “Paparrucha” por sus bigotes rojos. Por razones que yo no conocía en ese entonces, a él no le simpatizaba un estudiante negro de nuestra clase. Por razones triviales, llegaba a veces al punto de sacarlo de la clase, jalándolo abusivamente de las orejas. Luego, regresaba limpiándose las manos con un pañuelo, como si estuvieran sucias de haberlo tocado mientras murmuraba “nigro” de una manera despectiva.

En Tacna, mi amigo Jirón y yo disputábamos por una atractiva chica criolla. El ganó y a partir de ahí, los dos empezamos una amigable competencia. Jirón, pertenecía a una familia acomodada y los dos iríamos al mismo Colegio Militar. Ambos esperábamos los resultados del examen de admisión. Al final, todos pasamos, algunos ganamos becas y fuimos a Arequipa y permanecemos internados por tres años. Este colegio era muy conocido por su estricta disciplina y su alto nivel de estudios. Competencia y excelencia formaban la rutina diaria. Si alguien no iba bien en sus estudios o tenía mala

conducta, podía ser castigado y no salir a la calle por meses, o peor aún, ser expulsado.

Ese colegio era enteramente militar, regentado por oficiales activos de alto grado y dirigido por jóvenes oficiales del Ejército, recién egresados de la Escuela Militar de Chorrillos. En esa época, los jóvenes más brillantes, se iban a las academias de las fuerzas armadas. Nosotros éramos cadetes con uniformes, rifles reales, banda de música y desfiles militares diarios. Nos sentíamos comparables con los cadetes de academias militares como West Point. Nuestros directores, trataban de imitar a esa institución americana lo más que podían. Incluso, algunos de nuestros oficiales habían recibido entrenamiento allí, y otros en la academia francesa de Saint-Cyr.

Yo era un alumno de nivel promedio y tenía un grupo de amigos cuyo objetivo era ir a estudiar en los Estados Unidos. Allí sentí, que mis deseos de viajar a ese país del norte, se harían realidad. Nosotros ya estábamos estudiando el idioma inglés.

Acostumbrábamos escuchar la música de la banda norteamericana de Glen Miller, especialmente los domingos, en una heladería del centro. ¡No había duda!, ¡los Estados Unidos estaban en mi mente y corazón!, pero las posibilidades de que esto sucediera en esos tiempos, eran muy pocas y

difíciles; digamos que era un sueño, y que yo tendría que encontrar la manera de realizarlo.

Éramos cadetes con uniformes, rifles reales, banda de música y desfiles militares.



Describir mis tres años en el Colegio Militar, tomaría un libro completo. Mario Vargas Llosa, famoso escritor peruano, que también fue a un Colegio Militar —el Leoncio Prado de Lima—, escribió una novela sobre sus experiencias como cadete de esa escuela: *La ciudad y los perros*, la cual es muy conocida y ganó una distinción literaria. Algunos de sus recuerdos y pasajes son similares a los míos en el colegio de Arequipa.

Mi tío, no terminó la secundaria por razones económicas y la insensibilidad de sus profesores, y se dedicó a la fotografía. Mi padre, como de costumbre, seguía siendo destacado a todas partes. DeT acna fue trasladado a Ayacucho, una ciudad andina, mientras tanto yo permanecí en el Colegio Militar por tres años. En Arequipa tenía familiares de mi padre, pero no los visitaba muy frecuentemente. Pasaba las fiestas navideñas en el Colegio Militar, porque mis padres estaban muy lejos en la sierra mientras la mayoría de los cadetes se iban a sus casas. Además en el Perú, la Navidad es una fiesta para niños y yo ya estaba en la edad juvenil. Mi pasatiempo consistía en ir a los cines a ver películas americanas, especialmente las de la Segunda Guerra Mundial, y también las primeras cintas de rock and roll. Mi pensamiento se basaba en lo americano y mis paradigmas, eran actores como Gary Cooper, Jack Palance, Tony Curtis, John Wayne, Roy Rogers, e incluso, el carismático Elvis Presley.

Finalmente, llegó el tiempo de graduación. Todos los padres fueron a ver a sus hijos a esa magnífica ceremonia militar; pero los míos, debido a la distancia y las obligaciones militares de mi padre, no pudieron asistir. Me puse mi uniforme azul de cadete por última vez y me despedí de varios de mis compañeros, quienes con el tiempo serían prominentes ciudadanos. Muchos de los cadetes siguieron estudios en las escuelas militares de: el Ejército, la Marina y la Aviación. Otros como yo, debíamos

planear nuestro futuro, y el mío estaba en el limbo. Todo lo que yo quería era ir a los Estados Unidos; pero, ¿cómo? y ¿cuándo?

Con tristeza, dejé el Colegio Militar, porque ahí me sentí como en familia. Era el único centro de estudios donde había permanecido por tres años consecutivos sin tener que cambiar de lugar o adaptarme a nuevas situaciones. Ahora, debía ir al “epicentro” del Perú, la capital, y planear mi futuro desde allí.

Para mi modo de ver, Lima era un lugar desolado. Estuvimos otra vez reunidos en la gran ciudad, viviendo en una sobrepoblada unidad vecinal. No tenía amigos, paradigmas a seguir o conexiones. Mi padre siempre había influenciado en mí para que estudiara Ingeniería Civil, y muchos otros padres pensaban lo mismo. La Ingeniería era considerada una profesión muy codiciada en el Perú, y que estudiara esta profesión, estaba muy firme en la mente de mi padre; y yo no debía contrariarlo.

Entrar a la Facultad de Ingeniería era algo como ingresar a Harvard o a un centro académico muy avanzado. Uno tenía que dar un examen de admisión, expresamente preparado para dificultar su aprobación. Muchos estudiantes —yo incluido— debían matricularse en un curso especial de preparación para Ingeniería, cuyo edificio estaba en el mismo campus. Una buena parte de ellos, eran repitentes por varios años. El currículo preparatorio, sin embargo, era inútil como ayuda para pasar la

prueba. Los profesores de la academia presentaban los problemas matemáticos más absurdos, que sólo un matemático podía resolverlos. El objetivo era desaprobar a los postulantes, por ser demasiados para tan pocas vacantes. Yo estudiaba día y noche: Álgebra, Geometría, Aritmética y Física, pero eso no me sirvió.

Recuerdo que dando el examen de admisión, miré la primera pregunta y ésta resultó ser un acertijo matemático que ocupaba media página. Tan simplemente al leerla, ¡me di por vencido! Pasé el resto del tiempo de la prueba soñando con los Estados Unidos y cómo podría estudiar allá. No creía que sería fácil; pero sí, que el examen de admisión sería más justo en ese país.

Permanecí en la academia durante el año siguiente, debido a la insistencia de mi padre. En realidad no deseaba asistir a esas estériles clases. Además, yo sabía que algunos estudiantes tenían otros “modos” para ser admitidos. No obstante, ellos debían ser inteligentes y estudiar duro.

Estaba impaciente. Lo que quería era ser médico. Había visto tanta miseria en la selva, que mi alma anhelaba estudiar esa profesión. Yo no era bueno en matemáticas. Fui a averiguar sobre la Facultad de Medicina. La situación era parecida a la de la Facultad de Ingeniería. Ni siquiera intenté estudiar para la admisión. Entonces, pensé más seriamente en viajar a los Estados Unidos, que para eso, ya había preparado algunos documentos el año anterior.

En los años cincuenta, viajar a los Estados Unidos, era un objetivo dificultoso de realizar. Se requerían recursos extraordinarios de tipo social y económico. Aun los estudiantes más inteligentes y adinerados optaban por España, México o Argentina. Fui a la Embajada Americana para averiguar mis posibilidades. Ese fue mi primer contacto con gente americana. Recuerdo los acerados ojos azules del bien uniformado guardia de la Marina Infante de los Estados Unidos: Pantalones color azul claro, chaqueta azul oscuro y un quepis blanco. ¡La perfecta imagen de un marino! ¡Muy impresionante! Pasé a la sala de espera decorada como en las películas americanas que había visto: muebles de cuero, secretarias rubias y muy voluntariosas, listas a ayudar, y me hicieron sentir bienvenido. Yo pensaba, si alguna vez llegara a los Estados Unidos, eso sería —de por sí— una hazaña en mi vida.

Muchos de mis compañeros del Colegio Militar no pensaban viajar a los Estados Unidos, porque estaban más interesados en ingresar a las escuelas militares. Si yo hubiera intentado ingresar en la Fuerza Aérea —a la primera mirada— habría sido descalificado, por mi corta estatura y mi apariencia. En la Marina —¡olvidémosla!— se requería pertenecer a una familia de apellido y antecedentes sociales distinguidos. El Ejército, era más receptivo, pero allí, ya estaba eliminado. Mi padre no quería verme como militar, porque sabía que ésa era una

vida de permanente esclavitud para lograr los ascensos.

Por mi cuenta, me matriculé en una pequeña academia de inglés para estudiar de noche y empecé a tomar clases por correspondencia del “National School” de Los Angeles, que se anunciaba en las revistas de National Geographic y Reader’s Digest. Comencé a escribir a algunas universidades en los Estados Unidos solicitándoles información. Estaba viviendo en un mundo de sueños y me convertí en un adicto al cine. Creo que me sentía más americano que los americanos. Mis modelos eran los actores de las películas y no los seres reales, como los trabajadores de las clases media y pobre de ese país. Esa gente no existía en mi mente o en mi pequeño mundo. Toda mi energía estaba dedicada a ver la forma de salir de Lima, aun, si hubiera ingresado a la Universidad o a la Escuela Naval. ¡Yo quería un futuro diferente, otra forma de vida y otro modo de pensar! Mis anhelos ya estaban determinados. No buscaba dinero o posición social. Lo que quería era otra mentalidad, un lugar donde pudiera realizarme de acuerdo a mis habilidades y mis deseos, sin ayuda de familiares o estrato social. No quería ser parte del sistema en el que había crecido. Lo que anhelaba era volar lejos. Por eso me he autodenominado “Cóndor”.

Le escribí a mi amigo Ernesto Guerra, un solvente compañero del Colegio Militar, oriundo de Puno, que vivía en Arequipa y que iba a viajar a los Estados Unidos. Ambos escribimos a otro amigo, ex cadete:

Adolfo Guzmán; que ya residía en los Estados Unidos y fue uno de los cadetes más promisorios e inteligentes. Él fue a estudiar Ingeniería a la Universidad de Brigham Young de Utah, porque tenía una hermana casada con un mormón. Adolfo nos guió en nuestros planes, nos dio la dirección a quien escribir y yo mandé mi solicitud a ese centro de estudios: BYU.

Días después, recibí respuesta de la universidad indicándome los pasos a seguir con mi petición. ¡Nunca olvidaré el momento en que recibí esa carta! El sobre era blanco, crispante y limpio con el membrete en el margen: “Brigham Young University, Administration-Admission, Foreign Students Department”. Esta carta venía del Departamento de Admisión de Estudiantes Extranjeros. Después que toda la documentación fue procesada, fui aceptado temporalmente, sin examen de admisión por el momento. No se me preguntó quién era ni mi condición social. Nadie tuvo que hablar por mí. Mi padre ni siquiera sabía que yo había postulado a la Universidad de Brigham Young. Con todas esas cartas y mi indomable actitud de viajar al país de mis deseos, el Consulado de los Estados Unidos tomó en serio mis intenciones, y me fueron entregados más documentos para llenar. Yo tenía dieciséis años de edad y mi récord policial era limpio. El Consulado era muy meticuloso acerca de ese punto. Debía probar, más allá de toda duda, que no era comunista, ni pertenecía a algún partido político, especialmente —

en ese entonces— al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana). Como no había asistido a ninguna universidad, no era miembro de partido alguno, lo que era habitual en los estudiantes universitarios. Las escuelas superiores estaban muy politizadas. La juventud de cualquier nación es siempre entusiasta, altruista y ansiosa de corregir los males sociales que la aquejan. Los estudiantes ven las injusticias y están impacientes por rectificarlas. El Perú estaba entonces, en plena agitación política y gobernado por un dictador militar. Esos jóvenes estudiantes tenían los mismos problemas y anhelos míos, pero yo tomé el camino más difícil para lidiar con esa situación: ¡abandonar mi patria, mi familia, mi selva y mi pasado!

Todo estaba andando bien. Mi inglés mejoraba. Acostumbraba a buscar turistas norteamericanos para conversar. No olvidaré cuando el portaaviones Franklin D. Roosevelt arribó al puerto del Callao. Fui a ver ese enorme barco, hice amistad con dos marineros americanos y los llevé a mi casa. Uno era alto y tenía ojos azules, y el otro, negro y más alto. Los dos eran de New York y muy amigables. Los invité a mi casa a tomar cerveza, pero me di cuenta que no estaban interesados en involucrarse en el entusiasmo de un estudiante con ideas de ir a los Estados Unidos.

También acostumbraba ir a las contiendas de lucha libre o catch as can porque siempre

presentaban luchadores de otros países. Recuerdo los anuncios sobre un luchador barbudo, a quien llamaban “El Ruso”. Fui a verlo. Mis amigos y yo no simpatizábamos con él, especialmente después que derrotó a mi luchador peruano favorito. Después de la lucha quise conocerlo de cerca y saber quién era en realidad. Me quedé atónito, era un americano que necesitaba un traductor en español para poder comunicarse con sus fanáticos. Y ahí estaba yo, hablando inglés con este americano.

Los días en Lima se me hacían insoportables. Estaba tan cerca de partir a los Estados Unidos que me atemorizaba la idea de que algo pudiera salir mal. El problema del dinero comenzaba a ser algo real. El Consulado Americano quería saber cómo haría para costear mi viaje, y también, cómo me sostendría estando allá. Era un problema serio. No todos podían sufragar un viaje a ese país, porque el dólar era una moneda muy fuerte. Eran los días en que no había jets comerciales y los vuelos en aviones de hélice a los Estados Unidos tomaban mucho tiempo, y los precios de los pasajes eran astronómicos.

¡Llegó el momento de la verdad! Iba a ser entrevistado por el cónsul americano y recibiría mi visa de estudiante. ¡Ese día fue inolvidable!, me engalané con mi mejor terno y me hice un buen corte de cabello. Fui a una iglesia del centro de Lima para pedirle al padre Urraca que me ayudara, un religioso no beatificado todavía, pero que había hecho muchos milagros. La pared de la iglesia estaba llena de

ofrendas, esos objetos eran hechos de oro y plata, como testimonio de los fieles favorecidos con el objeto de hacer público su agradecimiento y devoción. Recé y le ofrecí, que si me ayudaba a llegar a los Estados Unidos sería por siempre su devoto.

Aún hoy, cada vez que regreso al Perú, lo primero que hago es visitarlo como parte de mi compromiso con él. Enciendo una vela y dejo siempre algunos dólares. Cierta vez, años después puse unos cuantos soles —monedas peruanas—, pero sentía que él me miraba y me decía: ¡Dólares, hijo mío, dólares! Y no hubo alternativa, fueron dólares. ¡Nada de engaños con ese beato!

Después de encomendarme al todopoderoso, empecé a caminar por el Jirón de la Unión, donde frecuentaban turistas americanos; crucé la Plaza San Martín y entré a la embajada americana. Fui saludado por el centinela de la Marina y tomé el ascensor hacia las oficinas del consulado. Había mucha gente ahí, y también, algunos miembros de la expedición Kon-Tiki. Finalmente, fui llamado para ver al cónsul: un hombre alto, delgado, de ojos azules con mucho parecido a Jimmy Stewart. Me habló en español y me pidió tomar asiento. La oficina era acogedora con decoración y mobiliario americanos. Lo más impresionante —para mí— fue una fotografía del presidente Eisenhower y la bandera americana. El cónsul no se veía amenazante y actuaba como un asesor. En cierta forma, sabía que yo no tenía mucho

dinero y me dijo, “que al llegar, podía obtener un permiso de trabajo para el verano”. Me contó que él había trabajado cargando hatos de trigo en los campos de Colorado para pagar sus estudios universitarios. ¡Estupendo!, le contesté, y el apreció mi entusiasmo. Supongo que vio en mí a un hombre joven, lleno de aspiraciones, que no llegaría a ser un problema social para su país. Luego me preguntó, cómo andaba mi inglés. Estaba tan ansioso de hablarle en su lengua, que empecé a hablar en inglés. Amablemente, me dijo que le sonaba bien, pero que me hacía falta más práctica. Entonces se levantó —era un gigante—, me palmeó en el hombro y me deseó buena suerte en Utah, agregando que llevara mucha ropa gruesa porque hacía mucho frío



Mucha gente fue al viejo aeropuerto de la Corpac para despedirnos. Yago un adiós con la mano en alto, y Ernesto, a la derecha, sonríe.

en esa tierra de mormones.

Tenía el pasaporte, mi visa y la aceptación de la Universidad de Brigham Young y contaba con Mrs. Mürhead, quien me garantizó, aun sin conocerme. Mi padre tuvo que conseguir dinero prestado para pagar el viaje. Ernesto, quien viajaba conmigo, me prestó algunos dólares. Para ahorrar dinero volaríamos hasta la Ciudad de México y de ahí, Ernesto y yo veríamos la forma de llegar a los Estados Unidos por el medio más barato, en carro o en tren.

¡Una vez más, me separaba de mi familia y ahora me alejaba de mi patria! Esta vez partía hacia un lugar lejano y desconocido, de cultura e idioma diferentes. ¡Sólo Dios sabía lo que me esperaba! El dolor de la separación se apaciguaba con mi enorme deseo de ir a un gran país donde la libertad, la justicia y la imparcialidad eran el lema nacional. Ese viaje era para llegar a un futuro mejor y todos lo entendimos así. Mi madre, veía ahora que su único hijo, aquel por el que había sufrido tanto, estaba yéndose ¡quién sabe, por siempre! Ahora comprendo, cuán buena y humilde era. Recuerdo, años atrás, haber ido con ella al banco para cambiar un cheque que no lo pudo cobrar, debido a que no podía firmar, porque nunca había ido a la escuela y no sabía leer ni escribir. Ahora, su hijo conocería —también— las limitaciones de no saber leer ni escribir el idioma de otro país. Con el tiempo ella aprendió a leer, pero aún no puede escribir bien.

Mucha gente estuvo en el antiguo aeropuerto de la Corpac para despedirme, no podía creer que yo me iba y quería presenciar mi partida. Una vez más, mi corazón quedaba quebrantado, mientras mi alma se despedazaba por el emotivo momento. Estaba dejando a mis padres con quienes había compartido tantas peripecias durante esos lejanos días en la selva. Estas continuas separaciones habían mutilado mi alma —que ya se sentía como la de un hombre viejo que apenas empieza a trepar las montañas de la vida— sabiendo que nuestra existencia, es, algunas veces, un mundo ¡sin esperanza!

¡Lima!, ¡luces desolada aun desde el aire! ¡Adiós! ¡Sólo Dios sabe cuándo regresaré! ¡Querida patria mía! Tu tierra me dio el cuerpo y la mente, que fueron testigos de la existencia de todas las iniquidades que percibí y sentí. Sin embargo ¡Perú!, yo siempre te he amado con todas las fuerzas de mis sentimientos existenciales. Aunque el pasado lejano no pueda ser olvidado, este amor es tan intenso, que si tuviera las fuerzas“ hercúleas” que me permitieran reivindicar ese humillante pasado, pediría a los dioses del universo que me dieran las fuerzas para reparar todos los daños causados a nuestros ancestros, y con el tiempo, crear una nueva civilización mixta que se uniera en la búsqueda del espiritualismo de la democracia y el respeto a la humanidad. Algún día, todos los peruanos llegaremos a ser una familia unida cuando nuestras barreras psicológicas se abran —tan amplias— como los anchos océanos, y nuestras

heridas del pasado y el presente cicatricen en beneficio de las generaciones venideras.

El ruido de las hélices del avión era ensordecedor. Ernesto y yo nos miramos el uno al otro. ¡Era real!, por fin estábamos en vuelo a los Estados Unidos. Nada podría ya detenernos. Volábamos por horas mientras mis pensamientos se dirigían a las selvas y cordilleras y a los sufrimientos que había visto en el Perú. Pero, de algún modo, el deseo de una nueva vida, consolaba mi espíritu. Estaba aprendiendo a ser un hombre del mundo.

VII

UNA ESCALERA DE PELDAÑOS SUELTOS...



Ernesto y yo llegamos a México D.F., una metrópoli moderna; estaba mucho más adelantada que todas las ciudades que había conocido y la gente era más abierta. Era una ciudad, a la vez, diferente e igual a las del Perú. Hicimos planes para tomar un autobús y un tren a los Estados Unidos. Nuestro destino era Mexicali, el único lugar donde el tren mexicano paraba cerca a la frontera. Viajamos en segunda o tercera clase. Yo era un veterano en viajes similares, y eso era algo natural para mí.

Después de días de viaje con privaciones debido a la necesidad de ahorrar dinero porque sólo tenía cincuenta dólares, llegamos a Mexicali que era muy parecida a las ciudades pobres de los desiertos en el Perú, con gente indígena y mestiza, pero aún así, me parecía algo más desarrollada. Entramos a Estados Unidos por su ciudad fronteriza de Caléxico, el 17 de julio de 1957. El tiempo era caluroso y yo estaba usando un saco grande y pesado de mi padre, que él me había dado. Las autoridades de inmigración de

Estados Unidos usaban pulcros uniformes verdes, traían pistolas, muy robustos, y todos gringos. Nos preguntaron para dónde estábamos yendo y con qué propósitos, mientras revisaban nuestros documentos. Yo hablaba más inglés que Ernesto y respondí que estábamos yendo a Brigham Young University en Utah y que éramos del Perú. Mostraban curiosidad y actuaban cordialmente con nosotros, probablemente nunca habían visto peruanos cruzando esta parte de la frontera. ¡Para mi asombro!, aquí estaba en Norteamérica y todavía veía mexicanos pobres y calles polvorientas. ¡Mi mente quedó en blanco! Pensaba que quizá estábamos siendo engañados por el gobierno americano, dado que ellos estaban en una guerra publicitaria con Rusia.

No podía creer que ya estábamos en el lado americano. ¿Qué sucedió con los altos edificios, la suave música, los actores, la gente bien vestida? ¿Era una equivocación? Lo que pensé inmediatamente fue que podríamos estar en un campo de concentración como en la Unión Soviética; después de todo había una guerra fría entre estos dos países. Sosteniendo mi pequeña maleta de cuero caminamos por las calles sin pavimento. No había “americanos” alrededor, o por lo menos no parecían gringos.

Seguimos caminando y entramos a una cafetería y esta sí me recordaba tal como lo había visto en las revistas y películas: limpia, con aire acondicionado, música de rock and roll, una fuente de soda y

comestibles dentro de una caja antiséptica de aluminio. Por primera vez vi un merengue de limón dentro de una vitrina refrigerada. Deseaba ese fresco pastel blanco y amarillo, pero el precio era demasiado alto —cerca de veinticinco centavos—. En cambio, pedimos agua, que nos fue servida con hielo y en limpios vasos. Sabía agradable. Ahora empezaba a sentir lo que yo imaginaba, cómo debía ser América. Cruzamos la calle donde estaban los taxis y le pedimos a un “gringo” con su yellow cab para que nos llevara a Los Angeles. Pensábamos que estaba cerca. El chofer sonrió irónicamente y nos dijo que estaba demasiado lejos y era caro, por lo que recomendaba que tomáramos el autobús. Conversé con el taxista por un rato. Creo que él no había visto peruanos antes, encontrándonos algo diferentes a los mexicanos del lugar, y nos trató con simpatía. Le agradecí por su ayuda y le ofrecí diez centavos, que para mí era algo de dinero en mi país, más o menos unos cinco soles. Él sonrió y me devolvió la moneda. Los taxistas eran más respetuosos en aquellos días, o quizás mi actitud era diferente, dado que yo era nuevo en el país.

Recuerdo que leyendo la versión hispana del Reader's Digest, en Huaraz, durante mi delirio febril debido a un caso de tifoidea; soñaba que estaba viajando en un moderno autobús azul en los Estados Unidos, exactamente como lo anunciaba el aviso del Digest. Entonces despertaba, empapado en sudor y en mis defecaciones aguadas. Cuando me dirigí a la

estación de Greyhound, vi el mismo tipo de autobús —grande, elegante, limpio y azul—. No había autobuses como éste, de donde yo venía en ese tiempo; además, siempre viajé en camiones con mis hermanos indígenas y sus rebaños. El conductor, con uniforme azul, nos indicó que el vehículo saldría a las dos de la tarde. Teníamos tiempo para permanecer en Caléxico. Mientras esperábamos, entré a una oficina donde aparentemente estaban ofreciendo ayuda legal a mexicanos que se dirigían a Los Angeles. Entré y me di cuenta que se necesitaba barrer y trapear el piso, de manera que pregunté si podía limpiar la oficina. El dueño del negocio, un americano pero no de ojos azules ni de pelo rubio, como imaginaba a los gringos, y probablemente de extracción europea oriental, dijo: Yes!, do it! Empecé a limpiar el local. No había hecho esa clase de trabajo en el Perú, pero aquí estaba con una escoba, un raro trapeador y fluidos desconocidos. Hice un buen trabajo. El hombre me dio un dólar, que para mí era un montón de dinero. Abrí mi billetera y lo añadí a todo mi capital. Tenía ahora un dólar extra con la imagen de Washington. ¡Esta era la tierra de la oportunidad, sin duda!

Abordamos el autobús con aire acondicionado y salimos para Los Angeles. El escenario era increíble, millas y millas de tierras llanas, verdes y fértiles, con gente de piel oscura tostada trabajando en los campos. Desde el ómnibus podíamos ver lujosas

casas con piscinas iguales a las que se exhibían en las revistas americanas.

De Los Angeles fuimos al condado de La Puente, donde la cuñada de Ernesto vivía con sus padres, una familia mexicana. Su casa estaba limpia y bien amoblada, por primera vez veía un receptor de televisión y justo en ese momento se veía a una mujer hermosa peruana que era coronada Miss Universe. Me alegré por ella, aunque pensé acerca de los indígenas que conforman la mayor parte de la población del Perú.

Ernesto tenía un carro, un Ford 1948, que su hermano le había dejado. Estábamos planeando ir a Utah en ese vehículo, pero primero teníamos que aprender a manejar, especialmente en aquellas autopistas de Los Angeles.

Como toda gente joven, queríamos usar lo que la juventud americana estaba usando. En Perú los pantalones “jeans” o “Levis” eran para los ricos y, un símbolo de opulencia. Aquí todo el mundo los usaba. Fuimos a Sears y compré un par de éstos, unos zapatos de color raro que estaban de moda y una camisa, tipo Elvis.

Todo esto costó unos pocos dólares. ¡Un precio increíble! Sabía que estaba con menos de cincuenta dólares ahora, por lo que me propuse: ¡no más compras! Sólo quería ser y estar como los demás. Luego fui al peluquero. Me hice un corte flat top al estilo de esos tiempos. Ahora parecía un japonés para algunos y un indio americano para otros; pero

cualquiera que fuera el aspecto de mi cara, me sentía un americano. Estaba aprendiendo lo que todos hacían acá.

Los días pasaban en la casa de los parientes de Ernesto y empecé a limpiar el jardín de la casa, lo hice por días y ellos me lo agradecieron. Mi estadía en su casa fue pagada con mi trabajo. Les agradó mi modo de ser y yo me sentí a gusto con ellos.

Finalmente, estuvimos listos para salir en ese viejo Ford con rumbo a Provo, Utah. El día anterior, esa familia nos llevó a Disneylandia, que en ese entonces sólo tenía dos años de inaugurada. ¡Qué fantasía! Para mí, era el epítome de lo que eran los Estados Unidos. ¡Una experiencia que nunca esperaba! Ninguna visita posterior a Disneylandia igualaría el impacto de esa primera vez.

En nuestro camino a Utah, cruzamos el desierto y paramos en Las Vegas. Gastamos algo de dinero en los casinos, pero no perdimos mucho. Por aquellos días, esa ciudad tenía una atmósfera de vaqueros y era menos opulenta de lo que es ahora. En las noches, y en este desierto, podíamos ver al Sputnik. ¡Ya estaba, ahora, en el siglo XX!

Llegamos a Provo, una limpia y pequeña ciudad universitaria. Su gente era extremadamente gentil con nosotros. Mrs. Mürhead nos recibió en su casa y nos puso en unos cuartos que ella arrendaba a los estudiantes extranjeros. Esta ciudad universitaria llegaría a ser parte de mi vida por cinco años. ¡Fue donde comencé a ser lo que hoy soy!; incluso, las

raíces de mi familia comenzaron allí. La mayoría de la gente de ese estado era mormona y muy religiosa.

Brigham Young University es una universidad de casta religiosa, un nuevo ambiente, casi extraño como lo recuerdo —¡gracias a Dios!—, era un lugar donde una persona joven podía ir a la universidad y sentirse como en familia. El campus era bellissimo y muy acogedor para los estudiantes extranjeros provenientes de todo el mundo. Antes de registrarse, uno tenía que firmar un contrato de absoluta abstención de alcohol y cigarro, lo cual acepté.

Mi problema mayor era ¿cómo mantenerme solvente económicamente? Mis padres solían mandarme dinero, pero los dólares eran muy cotizados por lo cual me mandaban muy poco. Empecé a trabajar mientras iba a la universidad. Cuando no era la época de estudios, solía trabajar en los campos de cultivo desde la salida hasta la puesta del sol. Fue aquí que me di cuenta del prejuicio hacia los mexicanos; y esto también venía a ser mi problema. Durante el verano, había abundancia de trabajo en la cosecha de manzanas y fresas. Mucha gente joven iba a los campos y aguardaban su turno para ser llamados mientras esperaban sentados fuera del huerto.

Entre nosotros había muchos extranjeros y del país esperando ser llamados para recoger la fruta. Los jóvenes americanos y rubios entraban al campo primero y recogían muchas manzanas del piso que caían tan sólo sacudiendo los árboles, luego tomaban

las frutas de las ramas bajas que podían ser cogidas con facilidad. Al mediodía, cuando el sol calentaba más, nosotros —ahora todos considerados mexicanos— éramos llamados y se nos entregaba una escalera para recoger el resto de la poca fruta que quedaba. Después de los primeros recogedores quedaron muy pocas manzanas en los árboles y las que quedaban estaban en las ramas altas. De esa forma, en un día de trabajo sólo pude llenar dos canastas y gané ochenta y cinco centavos. Sí, ¡lo recuerdo muy bien! Pero aún, era muy buen dinero y no nos sentíamos mortificados por el favoritismo, porque no podíamos hacer nada contra eso. ¡Así eran esos días en este país! Al menos, uno no estaba obligado a trabajar y los muchachos de raza blanca estaban haciendo el mismo trabajo que hacíamos nosotros, aunque tenían alguna ventaja.

También trabajaba en una fábrica de conservas, empezando a las cuatro de la mañana hasta el fin del día. El pago era de setenta y cinco centavos por hora —un buen salario— si uno podía conseguir el trabajo. Recuerdo que tenía la peor tarea, que consistía en poner las latas calientes tan rápido como llegaban —al fin de la polea— en unas cajas de cartón que al llenarse se hacían pesadas y tenía que levantarlas. No había descanso, si uno paraba toda la línea de producción se retrasaba y se producía el amontonamiento de latas. ¡Hablando de monotonía y trabajo tedioso! ¿Cómo una persona podía hacer eso continuamente para vivir? Todos los trabajadores

teníamos un descanso de dos o tres minutos cada hora y estábamos tan cansados que bien podríamos haber caído, en donde estábamos parados. El ambiente era caliente, vaporoso y ruidoso. Todos los trabajadores éramos estudiantes y como sólo era un trabajo de pocas semanas, no nos afectaba mucho y hacíamos buen dinero. Yo estaba agradecido y aprendiendo la ética americana, que en esos días era ¡trabajar y trabajar duro!

Otro empleo que conseguí fue en una plantación de Mr. Mülenstein, quien me dio todo el trabajo que podía realizar en los días en que no iba a la universidad, mayormente los sábados y domingos, desde el amanecer hasta el anochecer. Esa labor era dura, pero amena, porque podía contemplar la belleza de las montañas Uinta, que me recordaban los Andes. Mis momentos de descanso, mientras me sostenía con la pala contra el suelo, consistían en contar los vagones de los trenes de carga que pasaban y me parecía un desfile interminable. Yo admiraba esos monstruos metálicos con sus ensordecedores ruidos cuyo eco se repetía en las montañas nevadas, y que hacían darme cuenta de la fuerza de este país.

A la par que mi inglés mejoraba, empecé a tomar cursos más serios. Al fin del primer año ya tenía un trabajo estable en el campus de la universidad, como custodio de limpieza de las aulas. Mi horario era de cuatro de la madrugada a siete de la mañana con un pago de setenta y cinco centavos por hora.

En una madrugada, cuando la luz del sol recién aparecía, vi a una trabajadora nueva, Anja Hovland, mientras esperaba que la puerta fuera abierta. Era una muchacha que usaba un largo abrigo oscuro de estilo europeo, estudiante extranjera procedente de Noruega, atractiva y aparentaba ser muy joven de manera que me fue fácil establecer una conversación sin timidez. Entramos al edificio de ciencias, que tenía grandes pinturas. Le hablé de los trabajos de arte dándole mis opiniones. Y o no sabía que ella era una artista realizada en su propio país, que hablaba cinco idiomas y era una mormona devota con dos años de misionera en Finlandia. ¡Bueno!, me imagino que ella estaba tratando de conocer latinoamericanos, y yo, tratando de conocer europeos. Nos hicimos amigos y tiempo después, me enamoré de ella. Mi mundo llegó a tener más sentido; tenía alguien a quien podía considerar parte de mi vida, en este gran país donde no tenía a nadie.

Durante las vacaciones de verano buscaba trabajo en otros estados que ofrecían mejor remuneración, usualmente eso significaba California. Ahora tenía otro carro, un Mercury 56, blanco y rojo.

Mi primer carro había sido un Oldsmobile 1949 de color gris modelo automático con un chasis aerodinámico y propio de las películas de los años de 1940. Una de las fechas más celebradas en los Estados Unidos es Thanksgiving. Algunos de los estudiantes extranjeros fuimos invitados a una casa grande de campo y llegamos en mi carro viejo. Era mi

primera y memorable cena de Acción de Gracias, tal como —inocentemente— se representaba en las pinturas de Norman Rockwell, un pintor americano. La cena fue tan abundante, que “comimos por diez días atrasados y diez días adelantados” debido a que nunca teníamos suficiente dinero para comer. Al término de la comida invité a la hija de nuestro anfitrión para un paseo en mi recién comprado automóvil antiguo. Ella era rubia y simpática. Desde luego, no tenía ideas de romance, porque Provo era una ciudad de completa inocencia, voluntaria o impuesta. Mientras yo estaba conduciendo el vehículo por las angostas y polvorientas vías del campo, el auto se malogró y empezó a abrirse porque el eje frontal se rompió en la mitad y quedó aplastado sobre su parte delantera, como un sapo. El apuro fue jocoso, ya que podría considerarse como mi primera cita. Su padre vino y me ayudó a salir de este problema mecánico.

Esos primeros años en la universidad me esmeraba en el aprendizaje de inglés, el adaptamiento al uso de las costumbres de este país y el ajuste a la vida mormona. Para entonces, estaba leyendo toda clase de materias, especialmente Filosofía. Había gran cantidad de libros disponibles como nunca los tuve. En mis ratos de lectura pensaba como si estuviera ayudando a mi país, dando discursos en mi imaginación acerca de cómo los indígenas y los criollos podrían trabajar juntos por una gran nación. En algún texto hallé una frase que

hasta hoy día está en mi mente: “Estudia y prepárate, y cuando llegue tu tiempo, entonces estarás listo para ayudar a tu país”.

En esos días, el servicio de inmigración solía ser muy estricto, especialmente con los extranjeros con visa de estudiante. Teníamos que conseguir un permiso especial para trabajar a tiempo completo durante el verano, y conseguíamos ese permiso solamente si manteníamos buenas calificaciones y permanecíamos en la universidad. Si algún estudiante tenía problemas, era retornado a su país sin explicaciones.

Yo era uno de los pocos extranjeros que tenía automóvil. Un verano decidí con Anja y otros estudiantes ir a Los Angeles, lugar donde se podía encontrar trabajo y buen pago. Ella fue a trabajar como tutora de niños de una familia rica en Santa Ana, y yo a buscar trabajo. Salir de Provo a otras grandes ciudades, era como ir a Sodoma y Gomorra. Dejé a algunos de mis amigos y a Anja en sus lugares de destino en el área de Los Angeles; y entonces, me encontré solo en esta gran metrópoli llena de autopistas con gente que no era muy amistosa.

Empecé a buscar trabajo. Por días manejaba por todo Los Angeles y Long Beach, usualmente durmiendo en mi carro. No tenía oficio y sólo buscaba cualquier trabajo por el verano. Por primera vez me daba cuenta de la discriminación abierta. En aquellos días no se veían muchos mexicanos en el país, y si

los había se hallaban en segundo plano. Ingenuamente yo pensaba que era parte de la sociedad americana. En mi país, vi discriminación que raramente la sufrí en mi persona, pero la sentí en la piel de otros.

Después de días de recorrido y haber parado en todos los puestos de hamburguesas y hot dogs, no me daban trabajo. Por lo general, todos los jóvenes americanos de ojos azules o “anglos” lo conseguían.

En una oportunidad entré a un lugar de venta de hamburguesas y solicité trabajo. El dueño del negocio, un gringo, me entregó la hoja de solicitud para llenarla. Me sorprendió, porque la mayor parte del tiempo, me decían en español y sarcásticamente: No work! ¡No hay trabajo! Esta vez la llené junto con algunos muchachos anglos. Una vez terminada la entrevista y cuando comenzaba a manejar el auto, me di cuenta que había olvidado escribir mi número de seguro social en la solicitud. De manera que regresé al lugar y le pedí al “manager” que me la devolviera para llenarla debidamente. El dueño murmuró algo despectivo y sin ninguna vacilación me señaló mi papel estrujado en el canasto de la basura. ¡Así era en esos días!

Mientras manejaba y seguía buscando empleo, vi unas construcciones. Pregunté por trabajo, después de darme cuenta que todos los excavadores de canales eran “mexicanos”. Un viejo, de la misma procedencia, gritaba en alta voz desde abajo que no había vacante. Salió de la zanja abierta y me miró con compasión, repitiendo que no había necesidad de otro trabajador en el lugar, y me dio un billete de un dólar. A mi entender, yo no me veía como un mendigo, pero el acto de esta buena persona me hizo pensar y empecé a darme cuenta que estaba en la misma condición en la que ellos se encontraban y mi situación no estaba mejorando.

Un día, alguien me recomendó a un peruano que estaba viviendo en el área de West Covina. Me

permitted to sleep in his house and through his relationships he managed to get a job in the Country Club. I was accepted as a dishwasher. ¡At last!, I had a place to sleep and to work.

Here I saw the opulence and the waste when they had big parties in this exclusive club. One time they had a "luau" and in each plate there was a whole chicken with its complement of Hawaiian dressing. As I cleaned the plates, I had to throw away the food that had not been touched or finished. I couldn't believe it. That people smoked and drank in large quantities; they were different. In my work, I began to be identified as a Mormon, although they knew I was Catholic, but that didn't bother me. The waiters, including the "chef" of the kitchen who was my boss, used to make fun of the duality of my person and I began to feel that I was being treated as a special case because I was a university student. I think they couldn't accept a "Mormon-Catholic-Mexican-Peruvian" as a dishwasher. They called me "Pancho" just as they did with the majority of the "Mexicans" in those days.

The summer ended and I returned to BYU with money and new experiences. I was not resentful; this nation is big and diverse, and people think differently, in a way that discrimination didn't have a big impact, as it did in my own country. ¡I was hoping this would happen in North America!

Personalmente no estaba interesado en Ingeniería, aunque me había matriculado en ese departamento por deseo de mi padre. Incluso, solía llevar una regla de cálculo en mi cinto, como lo hacían los otros estudiantes de ingeniería, pero también continuaba tomando clases de educación general.

Llegó otro verano y regresé a Los Angeles, esta vez como “lavaplatos profesional”. Buscaba esa clase de trabajo, y usualmente lo encontraba mientras que no pidiera el puesto de mesero. ¡Si yo trabajaba en la cocina, no había problema!

Estaba viviendo en casa del doctor Evans, un médico en Tustin, condado de Orange. Dormía en el sótano que estaba lleno de libros. Allí encontré una novela del escritor norteamericano, Morton Thompson, *Not as a stranger*, la historia de un joven médico con todo el idealismo de esta profesión. El libro me impresionó y me di cuenta de que siempre quise ser un doctor en Medicina y que quería ayudar a los pobres, especialmente en el Perú. El sueño de llegar a ser un médico en este país, se convirtió en una pasión, nuevamente, ¡una difícil misión a emprender!, tal como fue para venir a los Estados Unidos.

La década de los años 1950, era la edad de oro de la Medicina americana. Ser doctor, representaba el símbolo máximo de categoría social y solamente los más inteligentes, hábiles y privilegiados llegaban a ser médicos. Este país era —y aún lo es— la cuna y

la meca de la Medicina en el mundo. Alguien que dijera: “Yo quiero ser médico”, implicaba algo de credibilidad pragmática y visual. La gente tenía una noción, idealizada, de cómo un doctor debía parecer, definitivamente ¡no la de un lavador de platos! Ciertamente ¡no la de un mexicano-peruano! Cuanto más leía la novela No como un extraño (llevada al cine protagonizada por Robert Mitchum), más entusiasmo y optimismo llegaba a tener.

Le mencioné a Anja que quería ser doctor. Ella me creyó, sin dudar de mis habilidades. Lo discutimos y le dije de mis sueños de ir al Perú para ayudar a los pobres. La riqueza no era mi objetivo; mi idealismo era como una religión.

Como lavador de platos, conseguí un trabajo en Tustin en el restaurant Branding Iron Steak House. Mis compañeros de trabajo, el cocinero y las meseras se enteraron que estaba yendo a la universidad y querían saber para qué estaba estudiando. Cuando empecé a decirles que yo quería ser un doctor en Medicina, la respuesta fue una risotada general. El comentario fue: “¡Miren a Pancho! ¡Quiere ser un doctor!”. Las burlas siguieron. ¡Gracias a aquellas personas, mi propósito y deseo de ser un médico se hacía cada vez más persistente!

Más y más estaba percibiendo el resentimiento de los otros trabajadores y mis mecanismos de defensa eran también evidentes. Llegué a ser un experto operando lavadoras automáticas de platos y

consideraba que podía estudiar al mismo tiempo. Ponía un colgador de alambre en el vaporoso estante del lavador y colocaba mi libro como un director coloca su partitura ante la orquesta sinfónica. Podía limpiar los restos de comida, enjuagar los platos con una manguera especial y ponerlos sobre la correa automática eficientemente sin tener que mirar lo que hacía, mientras focalizaba mi vista en el libro. Me resultaba práctico, especialmente cuando hacía esa labor por diez a doce horas, —y a veces veinte— al día cuando tenía dos empleos. Una vez fui despedido del trabajo “junto con mi libro”, porque el dueño del negocio pensaba que yo lo hacía para ostentar y minimizar a los otros. En esos días, poca gente iba a la universidad, y para los mexicanos o los hoy llamados latinos, era una rareza el hacerlo.

Pasó otro verano y regresé a BYU con más experiencia. Ahora estaba ganando más dinero que mi padre, pero mi madre sin conocimiento de él, estaba trabajando para poder enviarme más fondos. Ella realmente pensaba que yo estaba pasando tiempos difíciles, aunque yo le escribía y le manifestaba en mis cartas, que este país estaba lleno de oportunidades y que me iba bien, ¡lo cual era así!

En la universidad cambié de Ingeniería a premédicas. Eso no era nada raro, porque un tercio de los estudiantes eran de Premedicina, Preodontología, y el otro tercio, Prederecho. ¡Empero, llegar a ingresar a la Escuela de Medicina, eso era otra historia!

Mis consejeros, profesores y amigos, consideraban que mi os tentación e inalcanzable deseo de ser doctor era algo imposible. Empecé a tomar cursos avanzados, la competencia en el club de premédicas era reñida. La única calificación aceptable para entrar a la Escuela de Medicina era la máxima: “+A”. Algunos estudiantes tomaban sólo una o dos materias de las requeridas con el objeto de alcanzar buenos grados. Y o solía tomar tantos créditos como fuera posible en un semestre. Mi sed por el conocimiento era voraz y se podían tomar más clases sin que hubiera aumento en los costos de matrícula, ése fue mi error, pero posteriormente me ayudó en mi entrevista como aspirante a estudiante de Medicina.

Comencé a indagar sobre la admisión a las escuelas de Medicina. Todas las respuestas eran sorprendentes rechazos, y algunas declaraban inequívocamente que ningún estudiante extranjero era admitido y me aconsejaban que estudiara otra carrera diferente. Fui a la Universidad de Utah para hablar en la oficina de admisión. La secretaria, me preguntó: “¿Qué era lo que quería?”. Le dije que anhelaba entrar a la Escuela de Medicina. Me miró y me dijo que le parecía imposible, a menos que yo fuera un estudiante excepcional o hubiera hecho investigaciones especiales o, descubierto alguna cura. Me habló de un estudiante japonés que había sido admitido, pero que era un genio. Bueno, yo no

era nada de lo mencionado por la secretaria, de manera que todo terminó allí.

En BYU encontré a un profesor que tenía fe en mis capacidades, el doctor Clark G. Gubbler, director del Departamento de Bioquímica, quien me presentó a un aspirante a Medicina, Sheldon Sofer, un investigador químico de espíritu decidido. Quería ingresar a la Escuela de Medicina en forma no convencional, posiblemente descubriendo una curación para las enfermedades mentales. Sheldon era sorprendente, enérgico y solía conseguir concesiones para su investigación en el metabolismo de la serotonina y sus posibles efectos en los ataques convulsivos. Llegamos a ser buenos amigos y me puso a trabajar en su proyecto investigativo. ¡Ahora, yo era un respetable investigador bioquímico de mandil blanco, con centenares de ratas blancas y un mimado roedor blanco al que conservé su vida! Tenía que sacrificar miles de esos pobres especímenes. Para fines de investigación los inyectaba con varias drogas, sacándoles las glándulas adrenales y el cerebro para cuantificar su contenido de serotonina. Sheldon nunca tomó clases de Bioquímica, pero podía discutir las intrincadas fórmulas de su proyecto de investigación con el mejor de los químicos. Yo lo admiraba. Me hacía sentir tan inadecuado que continuaba estudiando intensamente mientras él estaba detrás de ese glorioso día de su descubrimiento y la admisión a la escuela médica y

posiblemente la obtención del Premio Nobel de Medicina.

Yo ahora estudiaba para obtener un bachillerato en Psicología y Bioquímica, pero aún estaba trabajando en la limpieza de aulas de cuatro a siete de la mañana diariamente. Durante el día, a veces solía quedarme dormido en las clases y generalmente todo lo que quería era dormir. A veces actuaba como un sonámbulo.

De nuevo en mi monótono trabajo, inventé un modo de abatir el aburrimiento de barrer y encerar grandes salones de clases. Me ingenié en poner un gancho sobre el regulador de la máquina de aspirar, tal como lo había hecho con el transportador de la lavadora de platos, donde podía poner mi libro y así estudiar mientras trabajaba. Esto me ayudó muchísimo, porque el tiempo era esencial y en aquellas tempranas horas, yo estaba más lúcido y despierto.

Pasó otro verano, esta vez había boda en el horizonte. Justo después de mi examen final, Anja y yo contrajimos matrimonio. Como ella no podía casarse fuera de su religión —en el verano previo mientras estaba en la casa del doctor Evans y estudiaba el Libro de Mormón y la Biblia— un domingo en la mañana fui bautizado por el doctor Evans y abracé esta religión. Esta conversión vino más como una acción de convicción personal ya que el Dios de ellos era el mismo Dios de los católicos, y sentía el deseo de ser parte de esa buena gente que era como mi familia. Ellos mayormente ponían en práctica lo que predicaban. Mi unión matrimonial fue una boda humilde y no en el templo Mormón.

Como lo hacían algunos estudiantes casados, compré una casa de remolque, y me mudé con mi esposa a un pintoresco lugar cerca del río. Los veranos e inviernos eran intolerables en esta casa móvil, de manera que permanecíamos en la biblioteca todo el día, porque no teníamos dinero para pagar por calefacción o aire acondicionado.

Tomé la prueba de admisión o MCAT (Medical College Admission Test), que es requisito para todos los postulantes en los Estados Unidos; lo hice en dos oportunidades, la segunda con mejoría ostensible y mejor calificación. El objetivo era que yo perseverara sin importarme lo que pasara.

Empecé a enviar solicitudes a las escuelas médicas con mayor seriedad y los rechazos eran más severos. Por aquellos tiempos de los años 1960, no

había programas de “acción afirmativa”, o ayuda a las minorías como los hay en la actualidad. El hecho es que incluso para un estudiante americano con calificación superior al promedio era difícil conseguir ingreso a una escuela médica. La competencia era tan difícil que me recordaba al Perú, y esta vez peor, porque aquí había abierta discriminación en el campo de la Medicina, y más aún, la gran cantidad de dinero que se necesitaba era un tremendo obstáculo.

Llegó otro verano, Ernesto, Armando y yo fuimos a San Francisco para buscar trabajo. Esta vez fui sin mi esposa. En esta histórica ciudad nos convertimos en empresarios y decidimos trabajar pintando casas. Todo iba bien hasta que nos vimos confrontados con un piquete de pintores de la Unión Laboral, que nos hicieron pasar malos ratos donde fuera que nosotros trabajáramos. Al igual que en las viejas películas de los años 1930, los dirigentes de las “uniones” hostigaban a los trabajadores no sindicalizados. Nos llevaron a sus oficinas, un edificio deteriorado y viejo, donde unos tipos que parecían “gangsters” jugaban en una mesa de billar y fumaban demasiado. El humo era tan denso que no se podía ver la cara de la otra persona con quien se conversaba. El jefe del sindicato quería que paráramos de hacer los trabajos, además, no quería que nos uniéramos a su organización; quizás porque éramos extranjeros o no teníamos suficiente dinero para hacer frente a las obligaciones, o por cuestiones raciales. Continuamos pintando casas, por lo general aquellas que los

miembros de los sindicatos no querían, o no podían pintarlas. Las casas que trabajábamos en el Condado Marín estaban en la zona italiana sobre esas famosas subidas y bajadas de calles, donde no había lugar para poner una escalera en un nivel horizontal; a veces, nos arriesgábamos y ajustábamos ésta, de modo tal, que un pie de la escalera se colocaba en “terra firma” y el otro ¡en las manos de Dios! Las casas eran altas y diseñadas con ornamentaciones que eran difíciles de pintar. Aquellos propietarios miraban cada rajadura o grieta que dejábamos sin tocar y vociferaban en su lengua, y nos decían que rellenáramos y pintáramos las superficies no tocadas. Una casa en particular nos tomó bastante tiempo, pero los dueños, dos hermanos, simpatizaron con nosotros y nos invitaban todas las noches abundante comida italiana, de modo que hacíamos un detallado trabajo y perdíamos dinero, pero ellos nos hacían sentir como verdaderas personas. Los italianos que en verdad son latinos, tienen similitudes con nuestra raza indo-hispana, por lo cual podíamos entendernos unos a otros, e incluso nos protegían de los miembros de los sindicatos. ¡Eran muy expresivos y no había piquetes alrededor de sus casas!

Mi esposa decidió venir y tomamos un cuarto en el distrito de Mission en el centro de San Francisco. Ella empezó a ver la situación de los mexicano-americanos, que ciertamente era opuesta a la vida en los suburbios angloamericanos y muy diferente a Provo, Utah.

De algún modo, ahorramos dinero para la universidad y regresamos a Provo. Yo estaba ya en mi cuarto año en BYU. La mayoría de los estudiantes europeos había terminado sus estudios, y aquellos que se quedaban para doctorados recibían trabajos como bibliotecarios, empleados de oficina, o asistentes de profesores. Muchos de los estudiantes tercermundistas abandonaron la universidad antes de graduarse. Los pocos que quedábamos estábamos aún haciendo labores domésticas. Yo todavía era un barredor de salas y mi esposa, que estaba consiguiendo su maestría trabajaba en el departamento de arte.

Mis compañeros del curso de inglés procedían de todo el mundo. Mi mejor amigo, Jim Magüeru natural de Kenya, de raza negra, tenía el más característico acento. Aunque la gente actuaba cortés con él, se podía percibir que no siempre era sincera, hacía chanzas con él y era como mi hermano. Recuerdo que él contaba con poco dinero y le decía que le escribiera a "Tarzán" porque podría ser que el actor de estas películas le enviaría algo de ayuda, ya que había hecho muchos filmes en África y se enriqueció a costa de mucha gente de su color. Él sólo se reía y pensaba que eso era divertido. Ahora, no sería correcto hacer estas insinuaciones raciales, pero entre los estudiantes extranjeros solíamos bromear unos a otros, sobre el origen de nuestros países. Jim también quería ser doctor, pero nunca supe de él después que dejé BYU.

En una mañana muy temprano, mientras estaba limpiando los pisos en el salón de ciencias, llegó Anja para decirme que estaba esperando un bebé. Ambos nos pusimos alegres y felices. Yo me puse filosófico. Los eventos de la vida nos tocan a medida que el tiempo transcurre, y ahora yo iba a ser un hombre con familia. Seguí limpiando el piso de mármol verde, contemplando las figuras geométricas de los mosaicos y pensando: ¡cuán lejos tenía que ir y yo recién

—apenas— estaba empezando!

Por ahora, mis solicitudes a las escuelas médicas eran más persistentes, algunas de ellas por segunda o tercera vez, y los rechazos continuaban llegando. Las repetidas solicitudes tenían las mejores calificaciones y había acumulado más créditos, pero no eran suficientes para ser admitido.

El doctor Gubler, mi mentor y profesor de Bioquímica y el doctor Allen, profesor de Embriología mandaron cartas de recomendación a las universidades. Yo había aprobado muy bien en sus cursos difíciles y competitivos. También el decano de los estudiantes escuchó mis deseos de llegar a ser doctor y de ayudar a la gente pobre. Él creía en mi sinceridad, y escribió cartas de recomendación positivas acerca de mi carácter y motivaciones.

Al fin, en mi quinto año en este país y en premédicas recibí una carta de la Escuela de Medicina de la Universidad de Saint Louis, en Missouri. Deseaban entrevistarme, lo cual era una

forma de decir “Sí lo queremos admitir”, pero “primeramente queremos verlo”; de modo que me pidieron que fuera a Saint Louis.

Los viajes en avión no eran la forma más barata de transporte en ese entonces, por lo que tomé uno de los famosos trenes de pasajeros vistos en incontables películas. Conseguí dinero, compré un buen terno en Sears y salí por vía férrea a Saint Louis. Nuevamente, viajaba en la clase más barata, y una vez más tenía que decir el inolvidable adiós a mi esposa. Una ansiedad e incertidumbre me invadía, pero presentía que —esta vez— iba a ser el viaje decisivo en mi futuro.

Era mi primer viaje hacia el este de Estados Unidos. El tren partió y como en las películas, un hombre de color dirigía la partida. Estaba vestido con un uniforme oscuro y una gruesa gorra azul y con voz estentórea decía: “¡Saaiinnnt Louuiiee, allll abooarrd!” en un peculiar acento típico de los conductores de trenes de esos tiempos. El vapor, las campanas, y los pitos eran sonidos que me traían tristeza y remembranzas de los trenes en el Perú. Me sentía muy sensible, especialmente en esta partida.

A medida que el tren se deslizaba y avanzaba hora tras hora, podía ver las hermosas montañas y la amplia naturaleza pasando con rapidez y mis pensamientos volvían a esos tiempos, cuando solía viajar en los altiplanos de los Andes. ¡Sólo podía pensar en la vastedad de la vida, en las

incertidumbres del futuro y lo imprevisible de todo ello!

El dinero era escaso, pero yo tenía mis pensamientos y mis libros como pilares de fuerza moral. Quería tomar una bebida y fui al coche salón. ¡Mi error! Estaban allí varios hombres como en las películas del oeste bebiendo escocés, fumando puros y con los pies sobre la mesa. ¡No había “mexicanos” en ese lugar! Tímidamente pasé por las confortables mesas y sillas de cuero y llegué hasta el hombre que atendía en el bar. Pedí una bebida gaseosa. El mozo del bar era alto, y su voz muy áspera. Me había estado mirando desde el momento en que entré, y respondió en alta voz y arrogantemente: “¡Aquí no atendemos a indios!”. Creo que me tomó como un indio americano; tenía un corto y grueso cabello negro con fuertes rasgos faciales de mi raza, de manera que no pude culparlo. Regresé a mi asiento de segunda clase y comí mi sándwich con agua. Pensé que si el hombre del bar hubiera sabido que yo era un estudiante de Premedicina, a punto de ser aceptado en una profesión honorable —a lo mejor— las cosas habrían sido diferentes. Además, sentía como sienten los mormones; era formal, no fumaba ni bebía y mi futuro podía ser brillante. De modo que no me sentí discriminado, sino incomprendido.

El tren seguía su marcha y mi mente se ponía a pensar en la posibilidad de fracasar, pero los espacios abiertos, la soledad de las montañas, el continuo y persistente sonido de la locomotora me

hacían olvidar ese pesimismo. Paramos en muchas ciudades donde subían y bajaban pasajeros, la diferencia en el hablar y maneras de ser eran evidentes en comparación con los mormones. Las ciudades y las gentes no parecían muy acogedoras.

Después de un largo recorrido de dos días, llegué a Saint Louis; históricamente éste era el punto de partida para la conquista del oeste americano! Era el lugar donde los nuevos inmigrantes de Europa iniciaban sus jornadas para hallar oro y fortuna en el oeste, y escenario de innumerables películas de vaqueros. Yo, ahora, estaba viajando en sentido contrario, para enfrentar mi destino. Llegué en la tarde a la estación de trenes situada en el centro de la ciudad, la que se veía como los celuloideos de los años 1930. El lugar estaba lleno de gente. El olor del humo era persistente, y me sentía desconcertado y perdido mucho más que cuando llegué a Estados Unidos por Caléxico.

Tomé mi pequeña valija y salí a la calle. La ciudad era como aquellas que yo me había imaginado en Perú, pero ahora estaba acostumbrado a la limpia, inocente y pequeña ciudad universitaria de Provo. Me decía a mí mismo, que si no conseguía ser aceptado en la Escuela de Medicina aquí, en Saint Louis, “no lo sentiría mucho”.

¡No sabía dónde quedaba la universidad! Tomé un trolley-bus y le pedí al conductor que me dijera dónde bajar para llegar a mi lugar de destino. ¡Allí estaba!, justo en medio de la vieja ciudad con sus

gastados edificios de ladrillos color rojo y negro. Bajé en la avenida Grand, allí me di cuenta que la Escuela de Medicina estaba a un par de millas hacia el norte. No tenía un lugar dónde estar y tenía que encontrar un albergue para alojarme, de preferencia un hotel barato. Mis fondos eran escasos. Vi un hotel antiguo en estado de deterioro mientras caminaba por la ancha avenida. Yo creía que un hotel sería un hotel, pero ése era —y lo supe después— un lugar de refugio para ebrios, ancianos y mujeres de vida airada, era el “Hotel Florida”, si mal no recuerdo. La sala de entrada estaba llena de humo y sillas grasientas. El encargado, un hombre de color, se hallaba parado detrás de una ventana con barras y me preguntó si me podía ayudar. Había mucha gente de color en esa ciudad, en Provo había sólo uno y era mi amigo. Pedí un cuarto, con la esperanza que fuera barato. Para mi sorpresa, el costo era de sólo dos dólares. Tomé las llaves y subí al segundo piso. Abrí la puerta, y era un desastre. El marco de la cama era probablemente uno de aquellos que los pioneros trajeron cuando llegaron a Saint Louis. No había agua ni baño. Sólo una habitación, las almohadas y la ropa de cama estaban tan sucias que el piso de madera parecía más limpio. ¿Esto es los Estados Unidos?, me pregunté. ¡Me senté en medio de la habitación! ¡Aquí estoy, a puertas de la más grande de todas las profesiones! ¡Sí! ¡Esto es lo que este país era y no tenía que lamentarme! Abrí una ventana de madera, grande y vieja que no había sido usada por años, tuve

que forzarla y jalar lentamente. Podía escuchar los crujidos de la ventana que se resistía a que sus dos hojas se separaran. Allí estaban, unas palomas en sus nidos con sus pichones y cuidé de no perturbarlas. Me contenté de ver animales en esta desolada parte de la ciudad. Hice un esfuerzo para no importunarlas, aunque no creo que ellas estuvieran interesadas en que lo hiciera, y muy posiblemente estaban acostumbradas a la gente. La vista estaba bloqueada por grandes edificios de ladrillos rojos, sólo podía ver el cielo. Saqué de la valija el terno que recién había comprado y lo coloqué con cuidado sobre la silla. Mi cita sería al día siguiente, a las 8.30 a.m. Estaba exhausto y preocupado. ¡Mi futuro nunca había parecido tan lúgubre como en este hotel! De alguna manera traté de acomodar la cama, escogí un espacio limpio, y me acosté para dormir. A eso de la medianoche, alguien tocó la puerta. Salté de la cama y pregunté: ¿Quién es? Una voz de mujer respondió. Me preguntó que si ella podía entrar. No me percaté si era una mujer de vida airada, pero dije: ¡No!

Con precaución, me eché a dormir. Mirando a través de la ventana abierta, podía ver el oscuro cielo y escuchar los movimientos de las palomas. Era invierno, pero el cuarto estaba caliente y olía a musgo.

Desperté temprano en la mañana al aleteo de las palomas haciendo ruidos de amor. La mañana era seca y fría. Me dirigí al único baño en ese piso. No había ducha, solamente una tina desportillada con

líneas grisáceas en todos los niveles sobre la blanca porcelana. El tiempo había corroído las llaves de la pila y habían sido reemplazadas con alicates quebrados. El tiempo seguía corriendo y yo todavía, no sabía cómo llegar a la Escuela de Medicina. Limpié la bañera y la llené con agua tibia que caía lentamente del oxidado y gastado caño. Apenas pude tomar un baño ligero, tratando de no tocar nada. Mis pensamientos iban a Puno, la ciudad en el altiplano, donde no había ni siquiera esa clase de comodidades. Tenía que hervir el agua en un balde de hojalata afuera en la cocina y luego llevar el agua hervida de regreso a la casa y así lavarme tan sólo la mitad del cuerpo. ¡Y eso era una vez por semana!, por la frigidez del tiempo. ¡Y acá estaba disgustado con este lujo! La mañana era fría, el baño no tenía calentador, ni siquiera una puerta, sólo una enmohecida cortina plástica.

Regresé a mi cuarto y mientras me vestía, mis pensamientos estaban en la entrevista y mi apariencia era ahora lo más importante.

Salí a la frígida avenida Grand, alineada con árboles de arce con la mayoría de sus hojas secas, caídas sobre el suelo cubierto de nieve. La vista de ancianos y gente pobre caminando por las calles era deprimente. La iglesia en la esquina era una antigua construcción gótica. Entré para rezar y pedir ayuda. ¡Sí!, yo era mormón, pero, ¡aún era un católico de corazón! Esa era la fe de mi niñez, y los santos —

especialmente, el padre Urraca— fueron de gran ayuda para mí.

Tomé el autobús, como si me dirigiera “al encuentro final de mi corta vida”. ¡Allí estaba la Escuela de Medicina!, una antigua edificación de ladrillo rojo, que parecía una capilla. El emblema, — en forma de escudo en la entrada principal— decía: “Ludovici Medicini-1818”. Yo había visto este grabado en folletos, ahora lo tenía frente a mí. Los estudiantes de Medicina en vestimenta blanca, cruzaban hacia el Hospital Fermin Desloge, un impresionante edificio de piedra que parecía ser parte de la vieja Escuela de Medicina. ¡Oh!, ¿Podría yo, algún día, usar ese blanco uniforme, con un estetoscopio en el bolsillo de mi mandil? Esos futuros doctores se veían inteligentes, altos y muy presentables. No había negros ni mexicanos. ¡Parecía una ilusión y algo imposible que alguna vez yo pudiera estar así!

Entré a la Escuela de Medicina por primera vez. Sentí una reverencia, casi como si entrara a la Capilla Sixtina en Roma. El olor del anfiteatro de anatomía y los laboratorios químicos permeaba el edificio por completo, causándome una sensación de náuseas.

Subí por la amplia y gastada escalera y me dirigí a la oficina de admisión. La secretaria, una persona de edad media, me dio la bienvenida y me dijo que regresara a la avenida Grand y luego al Hospital de Niños, “Cardinal Glennon”, que no estaba muy lejos, y donde iba a tener lugar mi entrevista. Bajé por la escalera gris de mármol, salí a la calle y ahora mis

piernas temblaban, tanto por el frío como por la ansiedad. La caminata final era una agonía. Vi el hospital que parecía como una iglesia. Entré y pregunté pidiendo orientaciones para llegar al salón de entrevistas. Me dirigieron al departamento de rayos X. Esperé en la sala de recibo. Esos momentos eran infinitos, y mis pensamientos estaban en la insignificancia de mis peripecias. El doctor Armand Brodeur apareció y me pidió que entrara. Los doctores C. Rollins Hanlon y Vallee L. Willman estaban sentados, impecablemente vestidos en almidonados y ceremoniosos mandiles blancos. Sus caras infundían profundo respeto y temor. Ambos eran renombrados cirujanos, pero en ese entonces yo no lo sabía. El doctor Brodeur, un radiólogo pediatra, parecía más bondadoso, usaba un mandil blanco arrugado, una corbata de lazo y estaba siempre sonriente como si tratara de suavizar el alma de los dos cirujanos. ¡Él era mi esperanza! Él encendía esa última chispa de optimismo en mi corazón.“ ¡Siéntese, señor Sánchez!”, dijo él. Y los seis ojos se clavaron en mí, como si me fueran a abrir mi alma para ver quién era.

—¿Cómo llegó usted aquí?

—Vine en tren, doctor.

— ¿Cuándo llegó usted?

—Anoche, doctor.

—¿Dónde se aloja?

Hice una pausa y no podía decirles dónde había pasado la noche. Probablemente ellos tenían idea de

ese hotel y su sórdido ambiente y dije: En el “Hotel Claridge”, que era un hotel grande, cerca de la estación del tren y que yo había visto y pensado que sería de mejor reputación. Más tarde, pude enterarme que no lo era. Los médicos sólo atinaron a mover la cabeza.

Miraron mi solicitud, las recomendaciones y la carta que exponía la razón por la que deseaba ser médico, y se fijaron en mis calificaciones.

—¡Oh!, tiene usted una nota baja, “D”, en el baile de square dance

—Sí, doctor. Tomé las clases mientras estaba aprendiendo el idioma y pensé que sería fácil, pero resultó lo contrario, porque ninguna de las estudiantes quería escogerme como pareja. Era un mal bailarín y no entendía los movimientos y letras de este baile de vaqueros, y ellas no quisieron verse mal, bailando conmigo. La calificación “D”, fue un acto de bondad de la profesora.

—Veo que tiene usted una “C”, pero tomó el curso de nuevo y logró una “B”.

—Sí, la Historia de América era difícil de entender, y además incluía mucha lectura. Tuve que usar un diccionario para muchas palabras que no conocía.

—Veo que usted también tomó Bioquímica, pero nosotros dictamos ese curso aquí. No tenía necesidad de tomar esa materia.

—Sí, doctor, pero yo era miembro de una investigación.

—¿Qué investigación? ¡Cuéntenos sobre ella!

Así lo hice, explicando el metabolismo de la fenilalanina y serotonina. Hablé de los defectos en el metabolismo de la fenilketonuria y cómo nosotros experimentábamos con diferentes drogas y sacrificábamos ratas tratando de encontrar una cura para las enfermedades mentales (¡Gracias, Sheldon Sofer!, ¡tu modo de impresionar a la gente me ayudó y me sentí bien!). Y o sabía la materia y ellos se quedaron, creo, un poco impresionados.

—¿Cómo va a subvencionar sus estudios? Usted es extranjero y no puede recibir préstamos del Gobierno. ¡Y lo peor!, usted no tendrá tiempo para trabajar.

—Bueno, mi padre pagará la escuela —¿Es usted casado?

—Sí, y tengo un hijo.

Se miraron los examinadores y sentí que la situación empeoraba.

—¿Es usted mormón?

—¡Sí!

Ellos eran católicos, pero quizás sabían de algún modo, que yo también era católico y podían ver que era un estudiante sano, sin vicios y perseverante. BYU era conocida por sus altos valores morales y eso me favoreció.

Finalmente, el doctor Hanlon me preguntó: ¿Cómo podría arreglar una tostadora descompuesta? Dije que nunca había tenido una.

Se rieron y miraron sus relojes. El doctor Willman y el doctor Hanlon permanecían aún sobrios, majestuosos y profesorales. Pensaba que si conseguía ser admitido en la Escuela de Medicina, estos doctores me descalificarían en sus cursos tan temidos. ¡Me sentía sin esperanzas! Era el primer paso de una escalera llena de peldaños sueltos.

El doctor Brodeur, con su cara sonriente me habló en forma afectuosa y me llevó hasta la puerta. Creo que sentía simpatía por mi desempeño, y especialmente por mi limitada situación económica. Era genuinamente una buena persona, tal como los doctores Hanlon y Willman, ¡pero ellos debían representar lo que eran: grandes cirujanos y profesores!

Luego de la entrevista, mi alma y mi espíritu estaban libres. No tenía más preocupaciones. Caminé por las calles frías de Saint Louis, con un viento helado que congelaba mi cara. Entré a un café para, finalmente, degustar un sándwich de salame, el mejor alimento que comía en días. Ahora no me importaba si iba a ser aceptado o no en esa frígida y humeante ciudad. Estaba listo para volver al pequeño Provo, a mi esposa y a mi hijo. Tomé el tren de regreso y esta vez gocé del escenario. No fui al bar y me quedé en mi asiento leyendo mi libro de biología. Todo era un sueño. Había hecho lo mejor posible ¡Pero, yo, llegaría a ser médico aquí o en la China! ¡No importaba dónde!

VIII

“¡OBSERVAR! ¡HACER! Y ¡ENSEÑAR!...”



Dos semanas más tarde, llegó una carta en la que en el sobre se leía: “Saint Louis University School of Medicine, Admissions Department”. ¡Era lo que esperaba! Rápidamente la abrí y leí su contenido... “Nos agrada informarle que lo aceptamos para el año académico de 1962... Envíe la suma de cien dólares, requerida como depósito para asegurar una plaza”. ¡Oh!, ¡lágrimas corrían por mi cara! Caminé a la casa por el silencioso y frígido sendero del bosque de BYU con la carta pegada a mi pecho. Me detuve, para abrirla de nuevo. ¡Sí, me habían aceptado! Se la mostré a Anja y bailamos en la humilde casa de ruedas. ¡No podía esconder mi regocijo! Llevaba la carta conmigo y la compartía con algunos de mis amigos.

Más tarde, algunas personas cambiaron su actitud hacia mí. Unos cuantos compañeros de premédicas, no estaban muy contentos con mi admisión a la Escuela de Medicina. Mi nombre estaba entre los pocos siete u ocho de tantos postulantes que se podía leer en la lista del edificio de Biología, donde todos los estudian tes

podían enterarse de quiénes había sido admitidos. Algunos se preguntaban ¿Sánchez? ¿Cómo?, y asimismo reaccionaban por los otros estudiantes que también fueron admitidos. En ese entonces, era muy difícil para cualquiera ingresar a la Escuela de Medicina. Ayudar a estudiantes de color u otras minorías a ingresar mediante “cuotas raciales” no se implementaría, sino, hasta años después.

Vendimos la casa-móvil y nos mudamos a un apartamento de un solo dormitorio en un sótano, y pusimos a nuestro primer hijo, Roy, en la gaveta de un armario que servía como cuna. Juntamos todo el dinero posible que pudimos conseguir, vendiendo nuestros libros, las bicicletas, y todo aquello que no era necesario. En julio de 1962 viajamos a Saint Louis en mi automóvil, Mercury. ¡Adiós, Provo!, fuiste parte de mi vida, tú encendiste la luz del optimismo en mi alma e hiciste posible que siguiera adelante con mis ideales. Esta es mi ciudad y siempre regresaré en pensamiento a este oasis de tranquilidad espiritual en un futuro tan incierto. Supongo, que con el pasar de los tiempos, todas nuestras dificultades llegan a ser proezas épicas que significan pequeños triunfos en un mundo tan lleno de vicisitudes. En mi corazón, BYU será siempre tan pura, como la blanca nieve que vi por primera vez en Utah. ¡BYU es mi alma máter!

¡Oh, Saint Louis, tierra desconocida, ciudad de mis esperanzas, vengo a tu desintegrado panorama de imperdonables veranos e inviernos, lugar donde no conozco a nadie! Anja había vivido en las históricas

metrópolis nórdicas. Ella estaba acostumbrada a ciudades antiguas, gente anciana, y al frío escalofriante de los inviernos de Europa del Norte, tan parecidos a esta ciudad.

Dinero era siempre nuestro problema. Nos informaron de apartamentos baratos cerca al “ Hospital de la Ciudad”, y nos enteramos

de un estudiante de Odontología, Larry Moss, íntimo amigo mío que vivía allí y fuimos a verlo. El calor era tan sofocante que se hacía prácticamente insoportable, tal como en la selva, pero sin árboles. Al fin, hallamos un apartamento en el séptimo piso de un complejo habitacional, conocido como “Los Proyectos”. Estaba construido especialmente para la gente pobre, en general, morena. El lugar era recién construido y tenía un olor a nuevo. El apartamento no tenía muebles ni era alfombrado. La vista desde las altas ventanas era la del llano Saint Louis, sin un cerro, y sólo se veía, el amenazante humo de las fábricas, las negras chimeneas de las casas y los edificios de ladrillos rojos.

Lo primero que hice fue llenar la tina nueva con agua fría; una vez en ella sentí refrescarme del calor incesante y así, mi espíritu se alivió. ¡Estábamos en casa; haríamos de esta situación, lo mejor posible!

Conocimos otros estudiantes de Odontología y Medicina, que estaban en nuestra misma precaria condición. Eran los únicos de raza blanca en nuestro edificio de “Los Proyectos”, la cual supongo me incluía, porque todo el vecindario era de raza de color. Nos ayudábamos unos a otros intercambiando información de cómo ahorrar dinero, y cómo conseguir trabajo para nuestras esposas.

Fuimos a la tienda de segunda mano “Goodwill”, y adquirimos muebles esenciales: una mesa vieja, sillas de madera, un pesado escritorio de oficina al que le faltaba una gaveta y un sofá azul carente de patas en su parte posterior. ¡Ahora, el departamento era habitable!

Estábamos acostumbrados a cosas usadas de modo que no había problema.

Comenzaron las clases y tenía que comprar libros y un microscopio. No había mucho dinero, pero los compré, privándonos incluso de los alimentos.

En los primeros días de escuela teníamos como ciento se senta estudiantes, con nombres extraños, procedentes de muchos Estados y de diferentes extracciones raciales. Había tres mujeres, una de ellas de color, y también un afro-americano, un hawaiano, un coreano y un mestizo sudamericano, que era yo. El resto eran italianos, judíos, irlandeses y de otras razas de ascendencia europea.

Todos estábamos unidos por un lazo común —el temor al riguroso currículo de la escuela— y al instante llegamos a ser como hermanos. Inmediatamente escogíamos a nuestros amigos. Todos nos veíamos inocentes, algunos llevando el peso de la familia y los problemas de dinero; otros eran solteros y acomodados y muchos de los demás; inteligentes y muy seguros de sí mismos.

En nuestras clases iniciales de anatomía, patología e histología; los profesores estaban preparados para una “matanza” durante las dos primeras semanas. Ellos sabían, que un tercio de nosotros, abandonaríamos nuestra “insistencia” en llegar a ser médicos. Esto sería, como el desembarque en Normandía durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Esta era una zona de guerra! La escuela estaba allí, para tenernos en suspenso, para

probarnos, para que demostráramos que podríamos actuar bajo toda clase de adversidades, no estaba para ayudarnos. Aquí nos forjaban para ser seguros y juiciosos y para algún día ayudar a la gente. Pero, primero tendríamos que demostrar“ sin dudas” que teníamos, ¡la fibra para ser médicos!

Anatomía, el primer curso, era el más temido. ¡Aquí estaba la primera trinchera en nuestra guerra! o bien la aprobábamos, o sería el fin de la escuela para algunos de nosotros. Dos o tres días después, nos preguntábamos el uno al otro: ¿Qué habría pasado con?... “el muchacho de bigotes”, ...“el de pecas”, ...“el de un ex traño acento al hablar”, algo que pudiera ayudarnos a identificar a los que ya no veíamos; porque ni siquiera sabíamos los nombres de nuestros compañeros. Efectivamente, para ese entonces, unos cuantos ya habían abandonado la escuela. Algo les habría afectado, ¿quién sabe?, ¡demasiado estrés para muchos de ellos!, ¡quizás los cuerpos de los cadáveres!, ¡quizás los profesores!

Compartíamos un cadáver entre dos alumnos, y los estudiantes de Odontología también hacían sus disecciones en el mismo anfiteatro anatómico. Mi compañero, Larry Schainker y yo trabajábamos juntos en los restos de una anciana mujer muy emaciada, que era nuestro cadáver, y mientras difícilmente aprendíamos los secretos de la vida en ese cuerpo inerte, Larry y yo llegamos a ser casi como hermanos. Iniciamos anatomía, estudiando la pierna y según los profesores así nos acostumbraríamos a diseccionar el

cuerpo humano; comenzando con las extremidades inferiores que supuestamente eran las partes más fáciles de aprender, y que cualquier estudiante podría aprender a identificar y diseccionar estas estructuras mayores, como los largos músculos, grandes huesos y nervios visibles. ¡Sí!, ¡seguro! Vino el primer examen, yo pensé que había estudiado bastante y que había aprendido a identificar bien cada estructura anatómica.

Después de un examen muy riguroso, pusieron las calificaciones en exhibición. Buscaba mi nombre en la lista de estudiantes de Medicina. ¡No figuraba! Al menos, no entre los primeros, o los intermedios que tenían mayores calificaciones, sino en la última columna, la de los aplazados. ¡Oh, qué vergüenza! ¡Allí estaba mi nombre, muy claro y en blanco y negro! Fui a hablar con el doctor Christensen, profesor de anatomía e histología; un galeno en años y admirador de Pablo Cajal, el reconocido histólogo español que hizo progresos en el estudio de esta materia. Sin inmutarse, simplemente dijo: “Y o dudo que usted pueda continuar en la Escuela de Medicina, muchos ya están empacando para irse.” Faltan tres exámenes y éste fue el más fácil, ¡cuando tome el examen de la cabeza y el cuello, usted no sabrá ni dónde está parado!”. Fue entonces, cuando me di cuenta, que si uno no estaba yendo bien en la escuela, ¡uno debía estudiar los libros hasta que las letras desaparecieran y diseccionar el cadáver —en tiras— hasta que uno supiera la materia de memoria!

Finalmente, mi nombre se encontraba en el promedio de la lista y seguía subiendo, no entre los primeros, pero sí, con aceptables calificaciones. Para ese entonces, ya habíamos perdido unos cuantos estudiantes y también escogido nuestros amigos. Los italianos se mantenían separados y me aceptaron en su grupo, algunos de sus padres habían sido inmigrantes recién llegados del Viejo Mundo y estos italoamericanos simpatizaban conmigo. Mis amigos serían: Bob Rich, Anthony Puopolo, Ted Pepper, Sam Romeo, Bill Sears y otros. Yo era un espécimen nuevo para ellos, porque nunca tuvieron contacto con un peruano. Solían “fastidiarme” llamándome: “Indio”, “Pancho” o “Speck” pero sólo en diversión. Éramos amigos y nunca lo tomé como ofensa. En cierto modo me gustaban sus bromas y aprendí también el origen de sus ancestros y los sobrenombres que les ponían en los Estados Unidos, pero con delicadeza y no en forma despectiva.

Uno de mis mejores amigos, Larry Schinker, miembro de una familia acomodada en Saint Louis, era callado y siempre preocupado por sus calificaciones como yo. No obstante de ser estudioso e inteligente, yo tenía que calmarlo, especialmente durante los exámenes. Él llegó a ser como un bastón de apoyo moral y me hizo sentir “parte” de su ciudad. Una vez lo invité a mi casa, y no podía creer dónde vivía. Pero, a pesar de vivir en una zona exclusiva de Saint Louis, él comprendía mi situación.

El dinero seguía siendo un problema, y muchas veces no tenía ni diez centavos para almorzar. Iba a la

cafetería y comía las galletas con el “ketchup” que ponían en cada mesa para consumo general, y sin cobro. Larry me prestaba diez o veinticinco centavos y podía tomar una sopa de cebada. ¡Y eso era un lujo para mí! Años más tarde y cada cinco años en nuestras reuniones de clase, él no había cambiado, todavía se le veía preocupado como si fuéramos estudiantes. ¡Oh, Larry, espero que alguna vez se calme! Hoy él es un reconocido y próspero médico con una gran familia en la costa este.

La separación y expulsión de estudiantes en la escuela era increíble. Todos estábamos paranoicos: “¿Quién sería el siguiente?” ¡Quizás yo! Los estudiantes eran llamados a la oficina del rector de la escuela y se les comunicaba, a través de un intercomunicador en la oficina adyacente de su secretaria, diciéndoles que: “No podían continuar sus estudios y debían abandonar la escuela”. ¡Eso era todo! Años de premédicas, años de esperanza que se esfumaban en una increíble frase — por intermedio de un parlante— ni siquiera en persona, o con una explicación.

Más adelante en el laboratorio de fisiología, estaban, cuarenta perros al lado de las mesas meneando sus colas. Esos animales iban a ser sacrificados, mientras hacíamos varios experimentos. Recordé a “Etico” y a los animales que había tenido, y me sentí triste. ¡Hubiese querido salvar sus vidas!, pero en ese lugar, yo, era impotente. ¡Esta fue mi primera lección en nuestra inhumanidad y en cómo aceptarla por

la causa de la Medicina! ¡Aunque ahora tengo mis dudas!

El tiempo pasaba muy rápido. Los rigores de la Escuela de Medicina, especialmente los dos primeros años fueron traumáticos.

El dinero seguía siendo el perenne problema. Mis padres me enviaban lo poco que podían. Anja, trabajaba en la universidad enseñando español; aunque ella tenía un grado de Maestría en Arte. Aún así, apenas había dinero para comprar libros y para pagar la matrícula. Debido a mi condición de extranjero, yo era inelegible para préstamos del Gobierno, y tampoco podía trabajar, porque los estudios me tomaban casi veinte horas del día.

Por ahora, mi tío había llegado a los Estados Unidos. Él tuvo tiempos difíciles debido a la discriminación. Los trabajos eran escasos. Poco a poco sobresalió de sus problemas y pudo traer a su familia. Hoy su hijo es médico, educado en Columbia, Missouri, y su hija una enfermera registrada. Así, él, a quien vi por primera vez en Andahuaylillas, Cuzco, estaba ahora hablando inglés y también me ayudaba en la Escuela de Medicina a pesar de la pequeña suma de dinero que ganaba en esos tiempos.

Un día cuando no tenía un solo centavo, mi esposa estaba esperando a nuestro segundo hijo, y no teníamos nada para comer; fui a una deteriorada tienda de comestibles del área y solicité crédito. Le dije al hombre del negocio que yo era un estudiante de Medicina y que le pagaría cuando me llegara dinero. Él me respondió: "Si vas a ser médico, tú puedes pagar". Desesperado, fui a la parte trasera del mercado y busqué entre los comestibles desechados. Para mi sorpresa, encontré vegetales, frutas y otros productos

enlatados que eran arrojados allí, tan sólo porque no parecían frescos o porque las latas mostraban abolladuras. Llegué a casa con estos comestibles parcialmente deteriorados. Mi esposa se quedó incrédula por lo que había encontrado.

En otra ocasión, en forma desesperada necesitaba dinero para la matrícula, o de otro modo tenía que parar mis estudios. Anja estaba enseñando español en clases vespertinas y una de las estu diantes, la esposa de un acaudalado banquero, señora Fox simpatizó con ella y nos invitó a comer a su elegante residencia. Durante la cena, en algún momento de nuestra conversación, ellos se dieron cuenta de nuestra situación económica. El señor Fox, quien había logrado llegar a ser jefe de un banco a través de su arduo trabajo, dijo: “Anja, venga a verme mañana al banco”. Al día siguiente, mi esposa fue al prestigioso Banco Central de Saint Louis; entró tímidamente y preguntó por el Presidente del Banco. Los empleados no le permitían el acceso, pero el ejecutivo abrió la puerta de su oficina y se acercó a ella extendiéndole los brazos para decirle: “¡Señora Sánchez, entre, por favor!”. Era un típico americano que llegó a ser alguien por sí mismo y sabía de nuestra necesidad de dinero para propósitos de estudios. Nos hizo un préstamo de quinientos dólares, “ una gran suma” en ese entonces, sólo con la garantía de nuestra palabra y sin necesidad de firmar ningún documento. Es en hechos como éste, cuando la discriminación se puede tolerar: ¡En un lugar, a uno lo tratan como cobre y

en otros lugares como oro! El punto es aceptar esta dualidad en la vida. ¡Así lo hice y así lo sigo haciendo!

Al llegar el segundo año, la vida era un poco más fácil, ya estaba más acostumbrado a los rigores de la escuela. Las materias eran más llevaderas. Para entonces, me había unido a un grupo de estudiantes de Medicina y Odontología que solían ofrecer servicio de mozos para familias acomodadas en Saint Louis. La gente adinerada, nos usaba —con nuestra indumentaria de estudiantes de Medicina— como parte de extravagancias para sus fiestas suntuosas. Solíamos llevarnos bolsas llenas de comida sobrante a casa, que las guardábamos en el refrigerador para los días de necesidad. Era comida que no había sido tocada. Esa gente pudiente, indirectamente, nos ayudaba y no nos miraban con desprecio. En los países latinoamericanos, ese tipo de trabajo para un futuro médico sería deshonesto, mientras que en este país la ética del trabajo, cualquiera que sea, no tiene fronteras y el dinero ganado honestamente es igualmente valioso, sea cual fuera su origen.

Mi esposa fue a Provo para el nacimiento de nuestro segundo hijo, y yo fui a Michigan para tomar un curso de Microbiología en la Escuela de Medicina. Unos estudiantes y yo no habíamos podido acabar dicho curso, debido al asesinato del presidente John F. Kennedy. La tragedia nos afectó profundamente y algunos no podíamos estudiar ni concentrarnos por días. Todos teníamos simpatía por ese carismático

presidente y ese hecho afectó el espíritu del país. Una vez más, tenía una separación familiar y en tiempos como éstos, era más difícil de sobrellevar. No sé de dónde sacábamos dinero para vivir. Subsistíamos con lo mínimo, pero ¡Sobrevivimos!

Fue en un caluroso verano en julio de 1964, y yo me hallaba en mi primera rotación en el reconocido Hospital de la Ciudad de Saint Louis. Este nosocomio, construido allá por 1800, estaba ubicado justo en el centro del área de la vieja ciudad donde vivía la mayor parte de la gente pobre, y a corta distancia de mi casa en “Los Proyectos”. El hospital era un edificio clásico de aquellos tiempos, tal como se describe en la novela de Morton Thompson: enorme, con ennegrecidos ladrillos rojos; tenía una entrada con una cúpula, patios de estacionamiento para las ambulancias, que en el pasado, eran las carrozas haladas por caballos. ¡El último trabajo de pintura en el edificio, probablemente habría sido hecho al término del siglo pasado! Los focos de luz eléctrica con su

débil aura de iluminación colgaban de los elevados techos, como si estuvieran suspendidos por hilos. El viejo ascensor, tenía puerta de rejas de acero, que se abrían y se cerraban como un acordeón, y era manejado por un hombre moreno como si fuera un tren. Los pabellones médicos eran enormes, y tenían ventanas enrejadas. En cada sala, había entre cuarenta y sesenta antiguas camas de fierro con pintura blanca muy desportilladas y eran ocupadas por pacientes de las clases sociales más desposeídas e indigentes; usualmente alcohólicos, gente abandonada y ancianos. No había distinción, blancos y negros, todos juntos. Raramente vi“ mexicanos” entre ellos. A pesar de la miseria, este patético cuadro, añadía un toque de romance a mi nuevo mundo de la Medicina.

Como estudiante de tercer año, ahora usaba un uniforme completamente blanco, con un saco del mismo color, que en el bolsillo del lado derecho portaba un estetoscopio. ¡Mi sueño se había realizado! ¡Y estaba viviendo la novela Not as stranger! ¡Esto era lo que quería hacer! ¡Ahora podría poner mis manos en el cuerpo de las personas enfermas y ayudarlas a sanar!

Me fueron asignados mis primeros pacientes en este pabellón, que estaba lleno de gente muy enferma. El hospital y la ciudad no podían proveer suficientes enfermeras, asistentes o médicos. ¡Nosotros los estudiantes, éramos todos ellos! Trabajábamos como un equipo. El jefe residente era el

comandante supremo, los residentes y los internos eran como los profesores y consultantes, los estudiantes de cuarto año actuaban como internos; bien fogueados en el campo de la Medicina y dignos de respeto, porque ellos habían llegado a esta meta. Nosotros los estudiantes del tercer año, los últimos de la jerarquía, éramos los doctores, enfermeras, técnicos de rayos X, laboratoristas, o sea, que hacíamos todo lo que el paciente necesitaba. A cada estudiante se le asignaba de diez a quince enfermos, que quedaban bajo su responsabilidad. El adagio: “¡Observar!, ¡Hacerlo! y ¡Enseñar el siguiente!” era un lema en este lugar, porque una vez teníamos tiempo para observar casos sólo una vez, hacerlo, una vez y llegar a ser eficiente para enseñar el siguiente caso. ¡Aquí aprendíamos Medicina mediante la inhumanidad de nuestra esclavizada labor, y por la compasión a nuestros pacientes!

Mi primer paciente fue un anciano blanco y corpulento, que había sufrido un ataque cardíaco. En ese entonces, no había unidades de cuidados intensivos o monitoreo computarizado, como las sofisticadas de hoy en día. Era yo un novato, a quien se le había otorgado el privilegio de salvar la vida de este ser que ya era medio cadáver; inconsciente y ahogándose en sus fétidas y amarillentas secreciones, manteniendo apenas su presión arterial. ¡El momento que yo esperaba toda mi vida, había llegado! ¿Cómo salvar, o por lo menos mantener la vida de este ser vegetativo? ¡Esta era la prueba!

¡Aquí lo hacía, o me botaban de la escuela! Pasé cada hora, cada minuto, succionando las gruesas y purulentas secreciones de su garganta. Regulaba su solución intravenosa con drogas para sostener la presión, y mantenía la máscara de oxígeno adecuadamente en su lugar. El oxígeno, venía de una oxidada botella grande de hierro, de color verdusco, y que parecía un antiguo cañón. Mientras trabajaba arduamente toda la noche, mis pensamientos rememoraban los pasajes de la novela de Thompson. ¡Éste era el mundo real de la Medicina, un lugar para el altruismo, y yo amaba cada minuto de ese mundo! Después de haber estado despierto toda la noche con este enfermo, estaba exhausto. A las siete de la mañana, —con mis ojos enrojecidos, no habiendo comido nada y ni siquiera haber ido al baño— tomé cuidado de mi paciente una vez más, succionando mecánicamente sus secreciones; fijé bien la máscara de oxígeno, y tomé su presión, ajustando las drogas intravenosas para mantenerla normal.

Los temidos profesores estaban haciendo sus rondas, y yo tenía que verme presentable. Fui rápidamente al cuarto piso, subiendo por la vieja escalera con manchas de sangre, ¡quién sabe de cuántos años atrás!; me cepillé los dientes, hice uso del baño, y refresqué mis ojos con agua fría. Bajé apuradamente al pabellón donde estaba mi paciente. ¡Oh, no! Pensé que estaba perdido en este inmenso hospital. Mi paciente no estaba en la cama donde yo lo había dejado aún respirando y estable. ¡No estaba

ahí! El cuarto vacío aún tenía el fétido olor de su moribundo cuerpo. ¡Mi primer paciente y yo lo había abandonado! ¡Ésta era una gran desgracia para mí! ¡Ya me veía empacando mis cosas y siendo expulsado de la Escuela de Medicina! ¡Y sabía muy bien, que esto podía suceder!

¡Sí!, era el cuarto número 312. Los rígidos profesores de Medicina, y los residentes en sus rondas, se acercaron al cuarto de mi paciente. Todos, con sus mandiles impecablemente blancos y almidonados. Sus rostros serios bien afeitados. Habían dormido toda la noche, y probablemente tuvieron un buen desayuno. Ahora venían para humillarnos, ¡ellos eran la Inquisición!, ¡querían saber qué decisiones clínicas habíamos tomado!, ¡querían saber si éramos dignos de cuidar a nuestros pacientes! Sino, no nos querían allí. ¡Ellos sólo querían formar buenos doctores! ¡Sí! ¡Nosotros éramos “doctores” en ese entonces y no estudiantes de Medicina!

Para mi incredulidad, cuando estaba listo a presentar mi caso clínico, los profesores miraron el semioscuro cuarto, sintiendo el desagradable olor. Se miraron el uno al otro, y moviendo la cabeza sombríamente siguieron sus rondas, murmurando que el señor “fulano de tal” había muerto, y que se necesitaba el lugar urgentemente. Ni siquiera me miraron y continuaron al cuarto siguiente. ¡Mi alma se desplomó! ¡Estaba aprendiendo la humanidad de la inhumanidad! Había perdido a un paciente, había

enfrentado a la muerte, y había hecho todo lo posible. Esos profesores lo entendían. Haber estado en el cuarto de ese hombre agonizante por una noche íntegra, en sí era una lección, la vida y las enfermedades tienen sus límites, y a veces difíciles de prolongarlas. Hacíamos lo mejor con lo que disponíamos en ese entonces.

Los pacientes que llegaban al Hospital de la ciudad de Saint Louis se hallaban en el peor estado de salud imaginable. Sus cuerpos estaban tan deshechos y llenos de patología, que eran un libro abierto de Medicina. Diagnosticar y tratarlos era tan problemático, pero lo hacíamos con esmero y diligencia. ¡Nosotros trabajábamos a desgajadamente por compasión en nuestros pacientes y aprendíamos rápidamente por necesidad de hacer el bien a ellos! Si un paciente requería de sangre, nosotros íbamos a conseguir caminando por los oscuros pasajes del hospital en el amanecer frígido, mientras la nieve —silenciosamente— caía afuera. Esos ratos solitarios, eran nuestros momentos de descanso. Hablábamos con los técnicos de laboratorio, rogábamos por la sangre; como si fuera para nuestra propia familia, una vez “en la mano”, volvíamos rápidamente al pabellón y se la dábamos al agonizante paciente. Sabíamos, que habíamos hecho nuestro deber, cuando veíamos que nuestro paciente cobraba vida y se refería a nosotros como “mi doctor”. Agarrábamos sus manos y nada en los libros podría

habernos enseñado mejor, cómo llegar a ser un buen médico. ¡Sí!

La Escuela de Medicina de la Universidad de Saint Louis era conocida por ser un centro de enseñanza, donde uno aprendía medicina clínica en un mundo real. La universidad no estaba interesada en que nosotros hiciéramos investigaciones o presentáramos proyectos para obtener fondos. Ellos querían, que nosotros fuéramos —en primer lugar— doctores, creados y forjados en los campos más duros de batalla; los pabellones del Hospital de Saint Louis.

El tiempo pasaba y las noches a veces parecían días. Solíamos estar muy a menudo sin dormir por treinta y seis horas y los pocos momentos libres, los aprovechábamos para estudiar los casos que habíamos visto. Nuestros blancos uniformes se manchaban con sangre, orines y heces; pero manteníamos nuestra dignidad. Los pacientes llegaban y los cuidábamos hasta que dejaran el hospital o fallecieran. Muchos venían regularmente y podíamos conocer sus vidas íntimamente. Quizás yo me identificaba con algunos, porque estaban en situaciones desesperantes como a veces yo lo estaba, pero algunos habían perdido la fe en ellos mismos, en la sociedad y en sus familias. Nosotros, éramos el último eslabón de la humanidad del hombre hacia ellos, y nunca les fallábamos. Éramos la última luz de esperanza en sus momentos más angustiosos, y si iban a morir solos, nuestras manos

eran las últimas que ellos tocaban. Nosotros sufríamos porque no podíamos mejorar sus condiciones, y ni siquiera salvar sus vidas.

Una vez con esos blancos uniformes y nuestro estetoscopio en el bolsillo, éramos bien respetados, y podíamos caminar así vestidos por la ciudad. Llegué a la enorme estación central ferroviaria del viejo Saint Louis para dar la bienvenida a mi esposa y a mi recién nacido, segundo hijo, cuya apariencia en un principio no se veía bien. ¡Pobre

Robert! Ni siquiera sacamos una foto de él; porque no teníamos dinero ni máquina fotográfica. Hoy, él es un joven guapo, pero en esos tiempos creo que mi alma se había endurecido por toda la fealdad del hospital y ya nada me parecía atractivo.

Estando fogueados en ese nosocomio, podíamos trabajar en cualquier hospital o sala de emergencia. Éramos doctores, ¡sin duda alguna! y la gente confiaba en esos jóvenes estudiantes de Medicina. Conseguí trabajo en la sala de emergencia del “Saint Mary’s Hospital”. Empecé a ver pacientes que se hallaban en mejor estado, que aquellos que trataba en el Hospital de la Ciudad. Sus males eran menores y en cierto modo era más fácil saber qué hacer por un paciente muy enfermo o agonizante, que por un paciente con una simple erupción, un dolor de garganta o una depresión. Una noche, un anciano llegó a la emergencia por ambulancia con dos enfermeras particulares, y yo no sabía quién era, pero el señor se estaba muriendo. Su boca estaba llena de

secreciones, no tenía dientes, presentaba un color morado y respiraba con dificultad. Salté sobre su camilla y puse mi boca sobre la suya, soplando tan fuerte como podía hasta que llegó ayuda y revivimos al anciano. Más tarde, una de sus enfermeras privadas me entregó un billete de cien dólares, diciéndome: “Usted salvó su vida”. Desde luego que eso tomó el esfuerzo de otros y no sólo el mío para salvar su vida. Esa persona que resucitamos era un acaudalado residente de Saint Louis, que nadie, excepto su médico particular podía tomar cuidado de él. Tenía los mejores médicos en la ciudad, y yo aquí, un estudiante de tercer año —ahora— estaba también practicando en conjunto con esos doctores y sus pacientes.

Desafortunadamente, la discriminación empezaba a aparecer de nuevo en este medio. Algunos estudiantes y doctores, eran de California, New Mexico, Texas y otras partes del sur. Ellos tenían ideas preconcebidas de lo que era un “mexicano” y no tenían ningún escrúpulo para demostrar sus prejuicios; no les importaba a ellos, de dónde era yo. Algunos de ellos, tenían la posición y el rango en Medicina, lo cual era casi lo mismo y a veces mas estrictos que en el mundo de los militares.

Había un exigente cirujano ortopedista conocido por su falta de paciencia con personas con las cuales no simpatizaba, y a quien creo que le disgustaba mi acento. Cuando examinaba a sus pacientes en la sala de emergencia y le hablaba por teléfono sobre el

caso, él gritaba sarcásticamente: “¡Speak english!” Era arrogante y siempre apresurado, cualquier llamada telefónica, era suficiente para mortificarlo. Hizo pasar malos ratos a muchos en la sala de emergencia. Pero, a pesar de algunos incidentes, finalmente estaba haciendo algo de dinero y aprendiendo más Medicina.

Fui a Sears Roebuck y compré un abrigo para Anja, me costó algo y representaba los primeros ingresos monetarios que lograba como médico. Era también, la primera vez que podía disponer de algún dinero para comprar algunos juguetes para mis hijos.

Para entonces, algunos de mis compañeros estaban trabajando en exclusivos y lujosos hospitales administrando anestesia, atendiendo partos y obteniendo por ello buenos pagos; pero algunos de nosotros, teníamos que buscar posiciones en nosocomios de menos prestigio. Encontré trabajo en un viejo hospital de madera, que era más antiguo que el de la ciudad. Estaba cerca de la vía del ferrocarril, y lo dirigía una congregación de monjas blancas. Ese nosocomio, era sólo para gente de color y sus médicos eran de la misma raza. El hospital necesitaba jóvenes estudiantes de Medicina para tomar las historias clínicas y dar atención nocturna como doctores de guardia.

Era yo —supongo— el único doctor “blanco” en este hospital. Los casos venían, y era el primer médico que atendía a los pacientes que eran pobres y en necesidad de atención. Yo ya tenía más experiencia, y en este lugar estaba aprendiendo más. Recuerdo, que el primer parto que atendí, fue allí. La parturienta era una señora de color, que llegó cuando sus contracciones eran muy intensas y continuas, y ya había tenido muchos hijos. Era medianoche y la mujer no podía esperar a su médico. Transpiraba de nervios porque estaba solo, y ¡nunca había atendido un parto! Pero una bendita y experimentada enfermera morena, calmadamente empezó a preparar a la madre para el parto, sabía que era mi primera vez y tranquilamente me dijo: “Doctor, usted lo puede hacer... Yo le enseñaré”. Ella había atendido tantos partos que probablemente sabía más que un médico obstetra. Me puso frente al canal de nacimiento, después de haber preparado a la expectante madre, luego se dirigió a la cabecera de la cama y confortaba y relajaba a la paciente, y con signos y gestos de aprobación, gentilmente me ayudó a recibir al bebé; le cortó el cordón umbilical y mientras el recién nacido lloraba a gritos, se lo entregaba a la madre. Notó que todavía estaba lleno de temor. Cariñosamente me dijo: “Doctor, usted está cansado. Vaya a dormir y yo cuidaré a la madre y al niño”. ¡Oh! A esa bella enfermera de cabellos blancos y piel negra, nunca la olvidaré, ¡fui a mi cuarto y lloré

de alegría! Ella fue una de mis mejores “maestros” que yo tuve, ¡tan gentil, tan humana!

Mi cuarto en este hospital era grande, con paredes amarillas en las cuales, algunas partes mostraban los empapelados descoloridos y deteriorados impresos del viejo Saint Louis. La ventana, que parecía una puerta tenía barras como las de una prisión y permitía una vista de los innumerables rieles de las vías de trenes con coches cargados de carbón haciendo ruidos alarmantes en el inmenso terminal ferroviario. El panorama era tan deprimente, que el sueño llegaba como una bendición. Recibía un pago de veinte dólares por una noche entera de trabajo. Pero más que el dinero, estaba obteniendo experiencia y aprendiendo más Medicina. También ayudaba en cirugía y algunas veces los doctores me permitían hacer algunas operaciones. Esos profesionales eran competentes y probablemente habrían tenido un dificultoso camino para llegar a ser médicos. Ellos no eran aceptados en la sociedad de médicos blancos, eran tratados peor que yo —un extranjero— y se mostraban indiferentes a esta forma de vida. Quizás el hecho de ser médico les dio el incentivo de llevar este peso de humillación con más dignidad.

Durante ese tiempo, estaba sufriendo de un severo “tinnitus”, raros sonidos, y presión en mi oído derecho. Tenía esta afección desde la niñez que databa de mis días cuando sufría severas infecciones en los oídos después que nadaba en los ríos del

Amazonas. Estaba en mi rotación de otorrinolaringología (oído, nariz y garganta) y aproveché para pedirle al residente de ese departamento que me examinara el oído derecho. El médico quedó asombrado por lo que vio. Presentó mi caso al profesor y jefe del departamento, un experto y reconocido médico en esta rama, el doctor William B. Harkins. A diferencia de la mayoría de profesores, él inspiraba confianza en los estudiantes y era muy asequible. Miró mi oído derecho a través de un nuevo y adaptado microscopio óptico y llamó a los residentes para que vieran uno de los más grandes “colesteatomas”, un benigno tumor en el oído. Parecía y tenía la constitución de una cabeza de cebolla blanca.

Doctor Harkins me dijo que necesitaba una intervención quirúrgica, tan pronto como fuera posible. No tenía dinero, seguro médico ni tiempo, y lo peor de todo, la universidad no toleraría un estudiante de Medicina enfermo. Nosotros, como futuros médicos, debíamos ser “sobrehumanos” y sabía que si ellos se enteraban de mi condición, me expulsarían de la escuela. La Navidad estaba cerca y el tiempo frío de Saint Louis estaba penetrando en mi alma y la angustia de ese momento no la podría describir: con dos hijos y un tumor en el oído, maligno por su posición y que necesitaba una operación muy delicada. ¿Qué hacer?

Pedí al doctor Harkins que guardara mi condición en secreto y que él hiciera mi operación durante el receso de Navidad.

Ese médico de buen corazón, era verdaderamente humanitario y entendió mis preocupaciones. Llegó la Navidad e ingresé al gran edificio, dirigiéndome al décimo piso del Hospital Fermin Desloge. Entré casi de incógnito. No dije nada a mis amigos y no quise que mi esposa viniera a visitarme. Tuve la intervención quirúrgica, y ahora era un paciente como cualquiera. Había estado cerca a la muerte durante mi niñez a causa de graves enfermedades como la tifoidea y otros males tropicales en la selva, pero aquí, ¡yo estaba más temeroso de estar vivo que muerto!

Cuando me pusieron bajo anestesia, mis pensamientos fueron a la sucesión de penurias en mi vida y mi lucha interminable para llegar a ser médico. Desperté después de la operación, esperando que nadie me reconociera, especialmente mis profesores: los doctores Hanlon, Willman y Broadeur; y esperaba que no me vieran en esa condición, porque ellos seguían mi progreso en la escuela. Yo no era un estudiante de Medicina que podía perderse en la multitud, era tan visible como un lunar entre todos los otros, y como foráneo era aún más perceptible.

Mientras los profesores, residentes, internos y estudiantes pasaban por mi cuarto durante sus rondas matutinas, yo cubría mi cabeza vendada con mi sábana para no ser visto y podía oírles decir: Oh,

este es un caso de “otorrino”; no hay nada que aprender de este paciente y seguían su camino hacia el próximo enfermo.

Después de tres o cuatro días, con la cabeza cubierta con bandas blancas y apenas pudiendo caminar debido al mareo, salí del imponente hospital. Con cuidado e inseguro, crucé la calle y caminé lentamente hasta el paradero del autobús. El día era frío y caía la nieve. Los edificios se veían más viejos y oscuros y mi vida no parecía mejor. El autobús se dirigió hacia la avenida Chateau pasando por las viejas casas que en algún tiempo fueron las mansiones de la gente blanca y rica de Saint Louis, y en las que ahora sólo vivía la gente pobre y de color. Estaba yendo a mi casa para pasar el receso navideño, por lo menos no habría clases. No podía trabajar y no teníamos dinero para la Navidad. ¡No era que lo tuviéramos antes! Pero, por lo menos yo estaba bien de salud y eso era todo lo que se necesitaba.

Tomé el ascensor, ahora, en un sucio y deteriorado edificio de “Los Proyectos”. El elevador estaba oscuro y tenía charcos de orines. Crucé el largo y desierto corredor, con ratas alejándose rápidamente de mi camino. Los niños de color miraban mi cabeza vendada y quien sabe si sintieron lástima o se asustaban de mí, al haberles parecido un “Frankenstein”.

Entré al departamento 704 en la calle 1251 Hickory. Encontré a mis dos hijos después de sus baños; estaban jugando y riéndose. Los levanté así desnudos y sentí el calor de sus pequeños cuerpos. ¡Estaba vivo y tenía a mis hijos en mis brazos, ¡estaba feliz!, ¡ahora podía gozar de ellos!, ¡no más escuela, hospital ni profesores! Sólo mi familia hasta que estuviera bien. Podría mirar televisión con ellos, ver lo que comían, ver lo que hacían. Era Navidad y estábamos casi en lo último, pero nos teníamos el uno al otro. ¡Sí, yo llegaré a ser médico! ¡Sí! ¡Lo haré!

El oscuro y frío invierno en la vieja ciudad, revivía con las verdes luces de Navidad, y todos estaban con el espíritu de Pascuas. El Año Nuevo vino y me quitó las vendas. Fui a visitar a Bill Sears, Bob Rich, Anthony Popuolo y Ted Pepper en la casa de fraternidad “Phi Rho Sigma” cerca de la escuela de Medicina, no sabían lo que me había pasado, y me sentía tan completo como ellos: fuerte y sano. Comenzaron a hacer bromas de mí y de mi país, como era de costumbre. Me preguntaban si había Navidad en el Perú. Bob dijo: “Estos indios peruanos no saben qué es eso”. Me hacían reír con sus bromas, eran mis amigos y no me ofendían en modo alguno, pero yo también sabía de apodos para los italianos y los irlandeses y les retornaba sus burlas.

Después de la fiesta navideña, la casa de fraternidad estaba llena de latas vacías de cerveza, comida que había sobrado, ornamentos, globos, y un árbol grande de Navidad. Ellos querían deshacerse

de la comida y del árbol decorado. Les dije que yo lo llevaría a mi casa. Cortamos el gigante árbol verde en mitad y me ayudaron a ponerlo en el techo de mi carro junto con la comida y otros artículos navideños. Me dirigí a mi casa con esos presentes. ¡Finalmente, tendríamos un árbol navideño aunque seco, pero no era demasiado tarde! ¡Sí! ¡Después de todo celebraríamos Navidad! Gracias, Bill, Rich, Popuolo y Pepper, nosotros éramos buenos amigos y siempre lo seremos.

Empezamos el cuarto año de Medicina con unos cuantos menos que habían dejado la escuela por muchas razones. Escuchamos de dos estudiantes, que dos semanas antes de la graduación fueron expulsados de la escuela debido a sus malos tratos “de cabecera” y posiblemente drogas. ¡Increíble! Ocho a diez años de estudios, tan cerca de graduarse, y ahora tenían que dejar la Medicina para siempre. Todos sentimos pánico. No sabíamos cómo protegernos. Pensábamos que podíamos ser expulsados en cualquier momento y por cualquier cosa; y ese temor estaba siempre presente en nuestras mentes.

Fui designado para asistir al doctor Hanlon en cirugía cardíaca. Era una operación que llevaba su nombre, Blalock-Hanlon, para reparar una malformación congénita del corazón. Éramos unas diez personas en la sala de operación, otro estudiante de Medicina y yo sustentábamos los “retractores”

para mantener la cavidad pectoral abierta de modo que el cirujano pudiera operar. Prácticamente, estábamos debajo de la axila de un cirujano residente que nos trataba como parte de los instrumentos cuando ellos necesitaban más retracción o visibilidad.

Los altoparlantes en el hospital anunciaron en alta y clara voz: "Doctor Sánchez, a la oficina del decano, inmediatamente". ¡La llamada que yo estaba temiendo! ¡Finalmente llegó! Mi alma se paralizó, casi agradeciendo por este momento. ¡No habría más lucha!, ¡no más ansiedad! ¡Ahora mi familia se vería libre de este sacrificio por mi anhelo de ser médico!

Lenta y apenadamente, casi avergonzado de estar ahí, subí por las escaleras hacia nuestros dormitorios de guardia, raras veces usados; me cambié con mi uniforme blanco, despojándome de mi indumentaria de cirujano, como si no más la usaría. Mientras limpiaba mis zapatos, lágrimas caían de mis ojos. Sentía un dolor en el alma, como si algún miembro de mi familia hubiera muerto. Mi garganta estaba sofocada por la tensión de mi desesperación.

Tomé el ascensor para bajar al primer piso. Caminé por la calle ligeramente cubierta de nieve, sin importarme el tráfico. El aire frío del crudo invierno me dio un suave golpe en la cara, despertándome mientras caminaba “casi medio vivo”. Llegué a la oficina del decano. La secretaria me hizo esperar un momento, casi disculpándose.

La Escuela de Medicina había estado tratando de conseguir un decano de renombre y experiencia. Mientras tanto, teníamos rectores sustitutos, que eran médicos de distinguidos méritos académicos, pero no necesariamente interesados por el alto puesto de un decanato. Finalmente, se encontró un profesor de psiquiatría, conocido por ser el fundador y primer director del Instituto Nacional de Salud Mental, el doctor Robert H. Felix. Eventualmente, él mejoraría la Escuela de Medicina y levantaría la moral de los estudiantes.

Vi el temido “intercomunicador” sobre el viejo escritorio de madera, a través del cual a muchos de los estudiantes de Medicina se les había comunicado que empacaran sus cosas y dejaran la universidad. Yo estaba esperando esas palabras. Esos momentos, fueron como mil días sin fin. El doctor Felix llamó: “Entre, doctor Sánchez”. La secretaria me tomó por el brazo y por primera vez vi al gentil y amable médico, nuestro nuevo decano que era de baja estatura. Yo retenía las lágrimas en mis desvelados y enrojecidos ojos, mi voz se tornó áspera. El doctor Felix, puso su mano sobre mi hombro y palmeándome suavemente

dijo: “Doctor Sánchez, sabemos que usted está pasando por momentos difíciles. Usted no puede conseguir préstamos y tiene familia. Sabemos de sus problemas económicos. ¡Tome ánimo y no se preocupe!, aquí tiene un cheque por cuatrocientos dólares. Alguien anónimamente nos lo entregó para un estudiante en necesidad”. Las lágrimas fluyeron finalmente a mis mejillas y mi garganta se cerró casi al punto de asfixia. Apenas pude agradecer y salí sintiéndome tan humilde como jamás me había sentido en mi vida, y tan asombrado de la bondad y humanismo en este mundo. Después de este incidente nunca fui el mismo (ahora aún dono dinero a esta universidad con el mismo propósito).

Tenía más profesores y rotaciones que hacer, y la inevitable posibilidad de ser expulsado de la escuela por cualquier razón, estaba siempre en nuestros pensamientos y esto podría suceder a cualquiera de nosotros.

Ahora rotábamos en otras instituciones además del Hospital de la Ciudad. Me tocó ir al “Veterans Hospital”, el cual era conocido por sus problemas burocráticos. El residente en jefe era un tirano conocido por su habilidad para deshacerse de los estudiantes de Medicina por cualquier pretexto. Éste era otro obstáculo que todos teníamos que pasar. Si sobrevivía a esta rotación, entonces probablemente me graduaría de médico.

La primera especialidad en este hospital militar, era en Medicina. Había muchos ancianos y enfermos

que eran veteranos de la primera y segunda guerras mundiales, y algunos de la era de Theodore Roosevelt. Me fue asignado un anciano —todo un americano— que parecía alejado un poco de la realidad. Era un veterano de la Segunda Guerra Mundial. Estaba medio dormido, y yo tenía que hacer su examen físico y tomar su historia clínica. Cuidadosamente lo desperté, diciendo: “Good Morning, Sir”. Me miró, se mostró muy agitado y cubriéndose con las sábanas, gritó: “¡No quiero un médico japonés! ¡Váyase de aquí! ¡No me toque!” Uno podría imaginarse mi desconcierto mientras trataba de calmarlo. Yo no quería que los otros estudiantes lo oyeran. Eso sería la broma del día. También, esto me daría mala reputación por mis “maneras” como médico de cabecera. Peor aún, ¿cómo lo tomaría el temido jefe de residentes? De algún modo cambié pacientes con Larry Schainker y mi primer día terminó —sin novedad por el momento— en este inmenso hospital del Gobierno americano.

Empecé a trabajar de noche en emergencia en otros hospitales para sustentar a mi familia. Me mudé de “Los Proyectos” a un área mejor para vivir, donde podía caminar hacia mi casa a altas horas de la noche sin miedo. Los apartamentos estaban situados en un lugar renovado de la antigua ciudad. Nos sentíamos más tranquilos al estar en un vecindario más seguro, pero mis problemas de dinero estaban lejos de resolverse. Mi compañero, Harry Owens, hijo

del famoso director de orquesta hawaiana de los años 1940 de Hollywood me ayudó con un préstamo que se lo pagué veinte años después, cuando lo encontré en el río Amazonas, en Brasil.

Estábamos en el cuarto año y todos planeábamos nuestros internados y especialidades. Los estudiantes, en su gran mayoría sabían lo que querían hacer. Y o todavía estaba recuperándome de mis años de esfuerzos.

Nuevamente, fui asignado, esta vez, al pabellón de tuberculosis en este hospital de veteranos, y era como enviarme a la Siberia. Una sala de aislamiento en la que cuarenta o cincuenta pacientes, vivían casi encarcelados debido a su activa y contagiosa enfermedad, y no podían salir. Me amonestaron; diciendo que yo sólo debía mirarlos a través de la ventana, seguir el progreso de sus enfermedades, asegurar que estuvieran tomando sus medicinas y recibiendo sus inyecciones. ¡Yo no estaba de acuerdo!

Debido a mi naturaleza y a algunos pasajes leídos en la novela de Thompson. ¡Quizás, yo quería cambiar esto, no tenía miedo de contraer tuberculosis!

Quería entrar y “sentirlos” con mis propias manos a esos pacientes. Me puse el mandil, gorro y una máscara de tela blanca usada en esos tiempos y abrí la puerta de vidrio. El olor de los numerosos pacientes penetró a través de mi máscara, como si los gérmenes de Koch trataran de entrar por mis fosas nasales. Inmediatamente me rodearon y

comenzaron a jalarme y gritarme. Todos querían salir. Me decían que sus cultivos de esputo eran negativos y que yo estaba prolongando sus estadías. ¡Logré apenas, separarme de ellos y salí de la sala! Estaban molestos porque muchos habían permanecido encerrados por meses en el pabellón de tuberculosos sin haber tenido contacto con el mundo exterior. Empecé a revisar sus historias clínicas. Un interno me comunicó que los pacientes solían cambiar sus esputos entre ellos, de modo que algunos que tenían esputos negativos tosían en las cajas de muestras de los pacientes todavía infectados o positivos para, así, salir más temprano. Con dedicación, gané la confianza de ellos y corregí sus historias y por lo menos algunos curados salieron. No era que ellos no estuvieran bien cuidados, sino que los médicos disponibles eran pocos para tantos enfermos —y en este caso— supervisados por un estudiante de Medicina.

Nosotros éramos estudiantes de Medicina, pero conscientes de los problemas sociales como parte de nuestro deber. Es muy posible que en una empolvada biblioteca yo habría leído un libro desactualizado sobre tuberculosis, ¡pero ése no era el modo de aprender Medicina en esta escuela! Aquí aprendíamos Medicina, directamente en la vida real, logrando así dar un mejor cuidado a nuestros pacientes. ¡Nunca cambiaría la forma como aprendí Medicina, estaba de acuerdo con mi temperamento y el modo en que aprendíamos!

Para ese entonces, habíamos perdido a unos compañeros de clase y ganado a unos cuantos que repetían el año de la clase previa. Iba a terminar la escuela en cuatro años, o sea sin repetir un solo año, ¡y así lo hice! El nuevo decano, el doctor Felix levantó la moral de los estudiantes. Como profesor de psiquiatría, él sabía la presión a la que estábamos sometidos; nos sentíamos paranoicos, incluso los estudiantes más destacados.

Sentíamos y sabíamos que los profesores estaban buscando una razón cualquiera para eliminar a los estudiantes que según ellos, no llegarían a ser buenos profesionales. Incluso la rotación de psiquiatría, como me di cuenta más tarde, era un modo de ver si estábamos mentalmente bien y no teníamos problemas psicológicos. Perdimos dos estudiantes en esta rotación y uno de ellos terminó en un hospital mental.

Las cosas parecían mejorar. Algunos acomodados estudiantes estaban ya jugando golf, imitando las costumbres de los doctores adinerados. Tuvimos una fiesta para nuestra clase. Un estudiante de alta sociedad alquiló un lugar en el country club, lo más selecto de Saint Louis y muchos de nosotros fuimos. Era el primer lugar de lujo que yo pisaba como invitado.

Una vez en el elegante comedor, busqué a mis amigos Bob, Bill y Ted. No los pude encontrar; ellos no vinieron, ni tampoco algunos otros estudiantes. Los encontré al día siguiente y me dijeron que habían

rehusado asistir en solidaridad con los estudiantes de color, a los que no se les permitió el ingreso a este local. Eso significaba que los dos compañeros de color de nuestra clase no pudieron ir, y yo me sentí incómodo. ¡Y qué decir de mí! Yo era mestizo, un extranjero ni siquiera ciudadano norteamericano y fui aceptado en este club. Se supone que yo debí estar contento con esta acción hacia mi persona, pero en realidad me sentí muy consternado. Ahora se podía ver cómo algunos de los estudiantes estaban mostrando sus actitudes discriminatorias. La división de las clases sociales se hacía más notoria y entre nosotros se formaron grupos: los irlandeses, los judíos y los italianos. Yo estaba con los últimos.

Saint Louis se veía mejor, aún el arco —un símbolo de la puerta de entrada al oeste— estaba próximo a ser terminado. Roy (nombre que escogí del artista Roy Rogers), mi primer hijo, estaba caminando y creciendo, incluso recuerdo que lo llevé a ver la película *Mary Poppins*, que me gustó mucho. Hacía tiempo que yo mismo no había ido al cine. Compré en “Goodwill”, un tocadiscos usado y escuchaba discos de Beethoven, que me los prestaba de la biblioteca pública.

¡Otro ciclo!, y teníamos una rotación en el hospital de la ciudad, en el departamento de Obstetricia y Ginecología. Ocho de nosotros fuimos seleccionados para la sala de partos por tres meses y en ese grupo se incluía a mis amigos y a unos pocos más. Estábamos juntos día y noche atendiendo partos que

los había en grandes cantidades. De nuevo, el adagio: “¡Observar!, ¡Hacerlo!, y ¡Enseñar el próximo!”; era el lema de nuestro aprendizaje. Ted Pepper no llegó a “observar” el primer parto, fue llamado a “hacer uno”, sin embargo cuando tenía sus manos en el canal de la parturienta, el residente le preguntó: “¿Cómo vas con el parto, Ted?” “¡Bien!, doctor. ¡Siento la división del cráneo del niño!” No teniendo experiencia de lo que él describía; era la ranura de las nalgas del bebé. El parto venía atravesado y fue realizado por el obstetra residente. ¡No hubo daño! Nos reíamos y bromeábamos a Pepper por días. A él no le agradaba la medicina clínica. Hoy, Ted es un exitoso radiólogo en Saint Louis.

Como de costumbre yo era la mascota del grupo. A veces mis compañeros se aburrían y me escogían para ponerme en un receptáculo grande de ropa para la lavandería del hospital, con mis posaderas abajo y las manos y las piernas hacia arriba, de modo que yo no podía levantarme. Y así me mandaban en el viejo y poco usado ascensor al sótano, donde estaba hasta que alguien apretara el botón. ¡Éramos como niños!

Otra vez, Livingston, un estudiante de la sociedad de Saint pregunto Louis y miembro de nuestra rotación de Obstetricia llegó molesto a eso de la medianoche. “¿Qué pasa?”, le preguntamos. Él empezó a decirnos que le inquirió a una parturienta si estaba en “labor”, como se dice en inglés por las contracciones activas y ella le respondió que nunca

había“ trabajado”. Estaba realmente molesto, pero a nosotros nos dio mucha risa.

¡Oh, esos inolvidables días en la Escuela de Medicina perdurarán toda una vida en mi corazón y aquellas memorias estarán siempre conmigo! En ese entonces, parecía una eternidad, pero ahora, retrospectivamente, siento como que el tiempo se fue muy rápido.

Esos estudiantes de Medicina eran mi familia. ¡Cada cinco años cuando voy a Saint Louis para mis reuniones de clases, mis heridas se abren y esas mismas heridas se cierran cuando nos juntamos! Y como siempre, hay momentos en que uno tiene que decir adiós a todos los buenos y malos momentos. Llegó el día de graduarse y todos nos probamos nuestras lujosas togas de colores verde y negro. Cada uno compró el anillo de graduación, pero yo no pude hacerlo por su elevado costo. De nuevo, Bill, Ted y Bob vinieron a mi rescate. Reunieron dinero y me compraron el anillo; tenía una hermosa piedra verde en el centro, con Saint Louis en su caballo grabado en un lado, y el símbolo de la Escuela de Medicina, en el otro. ¡Aún hoy, admiro el significado de esta preciosa piedra; y aquellos cuatro años de peripecias para llegar a ser médico se cristalizan en este verdor de esperanza! ¡Y ruego que nunca se me extravíe!

Mi padre que tempranamente se había retirado de las fuerzas armadas como comandante de la Guardia Republicana del Perú, vino a Saint Louis para asistir a

mi graduación de médico. Cuatro años antes cuando recibí mi bachillerato en BYU, no asistió ningún miembro de mi familia, incluso, mi esposa estaba en el hospital dando nacimiento a nuestro primer hijo.

Iniciada la ceremonia de graduación, el rector de la Escuela de Medicina, el doctor Felix, empezó con su discurso enumerando los logros que él había conseguido y cómo había encontrado el estado moral de todos los estudiantes, mencionando su encuentro con uno de ellos, sin decir el nombre —se refería a mí— ante la entera concurrencia en esa impresionante Catedral de Saint Louis. ¡Mis pensamientos iban a ese pequeño muchacho en las selvas del Perú, sin zapatos y sin escuela y que hoy era parte del discurso del rector, todo por mi perseverancia y la humanidad de la gente que comprendió mi deseo de hacer el bien al género humano y algún día a mi país de nacimiento!

IX

“EN LA PUERTA DEL HORNO SE QUEMA EL PAN...”



Eran los años 1960 y la nación norteamericana estaba en tumulto; había tensión racial, un estado de descontento y una guerra en progreso, que me iba afectar.

Logré un internado en el Hospital General de San Joaquín. Por aquellos tiempos, nos enorgullecíamos de obtener el más riguroso y menos remunerado internado posible, si el entrenamiento excelente. Creíamos en aprender Medicina por el método más sacrificado y exigente. Muchos de nosotros dudábamos de los hospitales particulares, porque no nos darían directa responsabilidad para el tratamiento de los pacientes; no seríamos considerados verdaderos doctores, sino todavía estudiantes. De manera que elegí Stockton, una inmensa área de cultivo en California donde el hospital era bien conocido por su entrenamiento, y en el cual uno estaba a cargo de los pacientes, guiado por los profesores de Medicina. Eso se adaptaba a mi persona. ¡Here I come, California! como decían durante la fiebre del oro en 1840.

El internado era casi repetitivo, una copia de mi cuarto año en la Escuela de Medicina. Los graduados de Saint Louis trabajábamos con los recién egresados de otras escuelas médicas de todos los Estados Unidos y estábamos tan capacitados como cualquiera de ellos. Otra razón por la que yo fui a este hospital, era para estar junto a mi amigo Harry Owens, quien era un profesional altruista, exigente trabajador y con los mismos ideales que yo aspiraba.

En Stockton comencé a ver los problemas sociales de los trabajadores del campo, que componían el noventa por ciento de nuestros pacientes.

Esto era diferente de Saint Louis. Mi español, que no lo había hablado por mucho tiempo se me había olvidado algo y acá tenía la oportunidad de usarlo.

Los problemas sociales de la gente mestiza, indohispana, o los mexicanos eran diferentes a los de los pobres de Saint Louis, porque esta gente trabajaba duramente, pero sus ingresos eran miserables y sus condiciones sociales deplorables. Muchos eran braceros (gente que venía de México con permiso para trabajar en el campo), ilegales, y transeúntes. Sentía casi como si estuviera en el Perú. La sala de emergencia estaba llena de gente con diversas lesiones y enfermedades típicas en las grandes áreas de cultivo. Una vez un "mexicano", por equivocación había tomado un trago de un pesticida letal pensando que era agua, pero cuando llegó a la emergencia ya era demasiado tarde. Terminamos de

salvarle la vida durante varias horas y no pudimos hacerlo. Su esposa y sus numerosos hijos preguntaban por él. Cuando les dije que había fallecido, sabía que quedarían solos en este país extraño; sin nadie que pudiera cuidar de ellos. Veía la angustia en la cara de la madre, y me hacía recordar a mi madre cuando mi padre nos dejó solos en Iquitos.

En aquellos días, los “mexicanos” y los “mexico-americanos” tenían muy poco conocimiento de sus derechos, eran gente humilde y apreciaban todo lo que se hacía por ellos.

Teníamos residentes en las diferentes especialidades del Hospital General de San Francisco que solían venir a ver y escoger interesantes casos de cirugía para su entrenamiento. Estos doctores veían a la mayoría de pacientes de habla inglesa y me daban a todos aquellos que hablaban español, haciéndolo de una manera despectiva. Esto me fastidiaba mucho, y yo deliberadamente hablaba en inglés a los pacientes de habla hispana, incluso a veces usando traductores. Y o sabía que esta gente merecía el cuidado de esos especialistas y no de un interno como yo. Debido a mi sensibilidad estos residentes captaron mi mensaje y esta práctica cesó.

El Hospital San Joaquín tenía un internado sumamente ocupado y con paga adecuada, pero yo tenía todavía que hacer trabajos nocturnos en emergencia para cubrir mis deudas de la escuela. Acá teníamos casa y comida, mis hijos estaban

felices y mi esposa, esperando a nuestra tercera y única hija.

Por años, el selective service estaba tratando de reclutarme en el Ejército americano. En Provo, tan pronto como cambié mi visa de estudiante por la de residente me llevaron a Salt Lake City para mi examen físico y clasificación militar, hasta dormí en las barracas del ejército. Se necesitaban soldados para el conflicto de Corea, y yo iba a ser uno de ellos. Sin embargo, me clasificaron “4F” debido a mi sordera parcial en el oído derecho, y fui exceptuado del servicio militar a fines de los 1950.

El conflicto de Vietnam empeoraba en la década de los años 1960. El ejército estaba reclutando a todos los nuevos médicos, especialmente aquellos que terminaban sus internados y a los residentes en entrenamiento. Como era un extranjero, previamente descalificado para el ejército como un “4F” y había servido en mi país en un colegio militar, pensé que no me reclutarían para el servicio militar. Los hospitales necesitaban residentes en todas las especialidades y en especial aquellos que no serían llamados al servicio militar durante sus programas de residencia. Debido a mi clasificación previa de 4F, podía escoger cualquier especialidad, en cualquier hospital.

Yo había escogido una residencia quirúrgica porque estaba seguro que no iba a ser llamado al servicio. ¡Justo!, al término de mi internado recibí una carta del servicio selectivo, preguntándome si estaba practicando Medicina. Respondí, “Seguro que sí”,

contestaron: “ Su estado de 4F ha cambiado a IA y usted está apto para entrar al ejército, ya que lo necesitamos como doctor y no como soldado”. El conflicto de Vietnam no era como la Segunda Guerra Mundial, en la cual cualquiera quería unirse inmediatamente a servir sin ninguna vacilación, tal como había visto en aquellas películas de John Wayne y Van Johnson. Todo el que podía evitaba el servicio militar en la era de Vietnam. Muchos doctores estaban yendo a Canadá y aquellos que se quedaban, estaban usando sus conexiones con hospitales de prestigio para salvarse de la conscripción. Algunos entraban en especialidades que eran necesarias para el país y los hospitales escribían cartas en su favor; otros entraban a la Guardia Nacional o al Servicio de Salud Pública y no necesitaban ir a Vietnam. Yo no tenía conexiones y no estaba en un hospital prominente para ser exceptuado del servicio.

Tenía una sola salida, no necesariamente para evitar el llamado militar, sino para usar mis derechos como un inmigrante. Las leyes de los Estados Unidos establecen que si una persona ha servido en su país de origen —que era mi caso— no necesitaba servir en el Ejército americano. Como graduado en un Colegio Militar en el Perú, incluso nos conferían el rango de militar de reserva, y por ley eso era equivalente, a haber estado en el servicio militar. En el Perú generalmente reclutan indígenas con el propósito de alfabetizarlos, y raramente graduados de

universidades o escuelas secundarias. El oficial americano de reclutamiento, dijo: “¡Qué bien! Llamaremos a la Embajada del Perú en Washington y veremos si es verdad!”

¡Típico de algunos de mis compatriotas! que rara vez sienten orgullo de la juventud y de sus talentos. Los empleados de la oficina de la embajada, respondieron que no tenían conocimiento de tal ley en el Perú y que podía ser reclutado. Me imagino que no se interesaron en mirar los registros de mi Colegio Militar o sus leyes. El ser reclutado era un problema entre mi país de nacimiento y yo. No era una batalla que quería sostener. No sabía que en aquellos días los abogados me hubiesen podido ayudar y además no tenía con qué pagarles. No puse más resistencia y acepté la decisión de mi Gobierno y el Gobierno americano. Los médicos que eran reclutados tenían un estigma de fracaso, como si uno no fuera lo suficientemente bueno para que algún hospital o universidad luchara por una prórroga.

No pude unirme a la National Guard ni al Public Health Service, debido a que era extranjero, y no sabía que esto era una forma de evitar ir a combate. No contemplé más modos para evitar el reclutamiento y acepté mi destino con resignación.

Instantáneamente, me encontré sin trabajo y sin futuro. No sabía qué hacer con mi familia, y ahora tenía tres hijos pequeños. La oficina de reclutamiento, ofreció ayudarme en lo posible para hacer más llevadera mi vida militar. Podía escoger cualquier

rama: el Ejército, la Armada o la Fuerza Aérea. Recordaba que en el Perú, solamente la clase privilegiada entraba a la Marina y era lo mismo aquí, ¡De modo que pedí la Marina! Ya me imaginaba un oficial de la naval en esos imponentes buques de guerra en aguas azules. En cierto modo, me gustaba la idea de servir en las fuerzas militares, especialmente en la Marina. Procedía de una familia militar y sería un honor para mí y mi país estar en la más poderosa armada del mundo.

El oficial de reclutamiento dijo: “Bueno, trataremos de ubicarlo en la Marina, pero tomará de seis a ocho meses para chequear su documentación, porque usted es extranjero y tenemos que comprobar sus antecedentes”. Por aquellos días, el comunismo era una amenaza y ellos necesitaban hacer un minucioso escrutinio a todos.

¡Me encontraba en medio de una ciudad agrícola, sin residencia, y con la posibilidad de ir a Vietnam, quizás, para ser una víctima más! En esta guerra controversial el primer médico de la naval que murió en Vietnam fue un graduado de Saint Louis.

De nuevo, la separación e incertidumbrellegaron a mi vida. Tenía que enviar a mi familia al Perú, porque no tenía a nadie en este país que pudiera cuidar de ellos, y no sabía qué podría pasarme. Fuimos al pequeño y polvoriento aeropuerto de Stockton y dije adiós a mis tres hijos y esposa, ¡Quizás, por última vez! La soledad y la desesperación se apoderaron de mí. Me quedé solo y con el gato de la familia. Esa

noche, ¡Lágrimas vinieron a mi espíritu! Nunca me había sentido tan solo sin mi familia que había pasado tantas vicisitudes conmigo. Ahora ellos se iban tan lejos y a una tierra que ni siquiera conocían.

Fui a Bakersfield, California como residente provisional en medicina interna en el Hospital General de la ciudad, mientras la Naval decidía cuándo llamarme al servicio activo. Podrían tomar meses, o peor ser deportado del país si encontraban algún problema, después de todo estábamos saliendo de la era de persecución del McCarthysmo y cualquiera podría ser, fácilmente, denunciado como comunista.

Me entretenía trabajando en emergencias en horarios nocturnos de modo que el dinero ya no era problema, pero la incertidumbre y la ausencia de mi familia, ¡sí lo eran! Ocho meses después recibí mis órdenes. Había sido aceptado como teniente en la Naval americana con un rango equivalente a capitán en el Ejército o la Fuerza Aérea y se me ordenó que estuviera listo para presentarme en la Estación Aeronaval de Los Alamitos en Long Beach para recibir instrucción militar y entrenamiento. Al fin, sabía dónde estaba yendo y mi nueva familia iba a ser la Naval de los Estados Unidos.

Cuánto hubiese deseado que esa guerra hubiese tenido más apoyo popular, o mejor todavía, que hubiese sido como la Segunda Guerra Mundial. Me parecía como si todo lo que había trabajado para obtener, se quemaba justamente en la puerta del

horno, tal como el poeta peruano, César Vallejo, escribiera en un poema.

De todas maneras nunca pensé ir a Canadá o regresar al Perú tan sólo para evitar el servicio militar en Estados Unidos. Tomé esa decisión como parte de la vida y acepté el reto. Era una nueva experiencia y estaba seguro que había mucho por aprender.

X

¡TAN AMERICANO COMO UN GRINGO!



Llegué al Hospital Naval de Long Beach, un imponente nosocomio militar a orillas del océano Pacífico. Los oficiales de rango mayor estaban en este hospital, todos vestidos en uniformes blancos con brillantes galones dorados. La Marina me entregó quinientos dólares para comprar mi uniforme. Fui al bazar “PX” de la Naval. Di mi rango y me entregaron un elegante uniforme azul oscuro con dos anchos galones dorados y el emblema del cuerpo médico en las mangas, así como un quepis blanco con su escudo que tenía un gran águila con anclas. El uniforme era el mismo como el de los oficiales que usaban en las películas de guerra, que yo había visto en el Perú, años atrás.

Llevé mi uniforme recién comprado al BOQ (dormitorio de oficiales solteros) y probé si me quedaba bien. Mis compañeros de cuarto eran pilotos de la Naval. Como era usual, acá tampoco había mexicanos, ni morenos, sólo yo, un lunar en esta poderosa Marina. Los jóvenes oficiales aviadores hablaban rudamente, fumaban demasiado, y se jactaban de sus conquistas femeninas. Me puse el

uniforme y me sentí orgulloso y elegante, como cuando era cadete en el Colegio Militar Francisco Bolognesi de Arequipa, de modo que conocía esa sensación, pero el uniforme se veía mejor en aquellos altos y mozos pilotos. Los oficiales eran corteses conmigo, pero yo me sentía un poco incómodo entre estos aviadores de la armada. Imitaba lo que hacían, y los seguí hacia abajo por las escaleras al bar donde todos los oficiales estaban y tomando, y nadie estaba solo, excepto yo. Me quité el quepis y me senté en el único asiento disponible. No recuerdo haberme

sentado solo en un bar para beber, y esta no era mi intención.

El bartender, un veterano naval, miró mis galones, la insignia del cuerpo médico, pero no necesariamente mi cara y me preguntó en una forma



Estaba orgulloso de vestir el uniforme de la más poderosa armada del mundo.

cortés y de subordinación: ¿What can I serve you, sir? No sabía qué ordenar. Solía beber algunas veces como cadete, pero era más una travesura que un hecho. Sin saber qué pedir, miré la bebida del oficial que estaba al lado mío, una bebida en un vaso alto con hielo y burbujeante agua con una tajada de limón,

y para no avergonzarme, dije: “Uno de esos”. Creo que fue un Tom Collins. Mientras lo sorbía lentamente, un piloto de mediana edad, un comandante, me palmeó en el hombro y me dijo: “Doctor, usted tiene una etiqueta de precio en la espalda de su uniforme”. Me mostré un poco avergonzado y le dije a él y a los otros pilotos, que yo era un nuevo oficial en la Marina y éste era mi primer uniforme que recién lo había comprado. Esto fue un motivo para que los oficiales tuvieran una excusa y celebraran mi nueva profesión como un joven teniente en el cuerpo médico de la Naval americana. Me consideraron como su mascota. Tomé unos cuantos cócteles, nos hicimos amigos y fui aceptado una vez más. Me hacían bromas, pero con mucho respeto. Más tarde llegué a saber que un doctor en la Naval era un buen aliado para cualquier piloto.

Todavía seguía solo, mi familia estaba lejos. Estados Unidos se encontraba en un desorden cívico debido a una guerra sin visos de final en el futuro. En las noticias por televisión, se veían a las juventudes protestando y nadie podía negar que teníamos un gran problema en nuestras manos. Ahora yo era parte de esta nación y su conflicto. Estaba sirviendo en sus fuerzas armadas, ¡El más alto llamado del Gobierno a sus ciudadanos!

Estaba entusiasmado de estar en la Marina, a pesar del clima político en el país, y estaba listo para tomar parte en el espíritu del cuerpo, además la vida militar estaba en mi sangre. Al día siguiente, me

presenté ante el oficial ejecutivo del hospital de acuerdo con mis órdenes. En la puerta de la oficina del almirante, estaba parado de guardia un marino con diversas condecoraciones. Yo pensé que se trataba de un oficial de alto rango, lo saludé, pero este militar de gran estatura, ojos azules, rostro enrojecido me llevó a un lado y un poco avergonzado me dijo: “¡Sir!, ¡Yo soy el suboficial en jefe encargado de los marineros del hospital y usted es un oficial teniente, yo debo saludarlo a usted primero!”. Aprendí a conocer los grados de los oficiales en el hospital después de este episodio, y así poco a poco fui aprendiendo los reglamentos de la Armada.

Estaba asistiendo casos de cirugía en el hospital, mientras esperaba por mi asignación final en altamar, Vietnam, o Dios sabe dónde. Era entre los años 1967 y 1968 cuando la guerra estaba más intensa y tenía el mayor número de bajas.

En este hospital, había doctores reclutados, tal como yo y que trataban de evitar estaciones no consideradas muy apropiadas para el desarrollo médico profesional. La bien conocida táctica de relación social, era una forma de lograrlo, la otra era; dar un aura de ser un médico con un brillante futuro en una especialidad de gran prospecto y muchos realmente lo eran. Algunos de ellos iban a ser cirujanos plásticos o cardiorácicos y tenían posiciones aseguradas en prestigiosos centros hospitalarios. Estos obtenían los mejores puestos en los hospitales navales actuando como residentes en

sus especialidades, mientras cumplían sus dos años de servicio. Pero otros médicos, que no tenían prestigiosos programas de residencia eran carne de cañón y no había nada que se pudiera hacer.

Mucha gente joven americana evitaba el reclutamiento por todos los medios posibles, y si ellos ya estaban en el servicio, trataban en lo posible de no ir a Vietnam. Empero, la vasta mayoría de juventud, tomaba órdenes como venían. Desgraciadamente, la actitud general hacia este conflicto era diferente al de la Segunda Guerra Mundial. No había entusiasmo ni apoyo moral del país y eso hacía nuestra posición en el servicio militar dificultosa. Siendo un peruano en la Naval de este gran país, daría la impresión que esta institución necesitaba de doctores, y realmente, ¡sí, los necesitaban!

Mis órdenes llegaron y me designaron al desierto. Había estado pensando que me mandarían a los mares azules de los distantes océanos, pero en cambio, fui destacado al Marine Corps Supply Center en Barstow, California, una desolada y pequeña ciudad en pleno desierto a medio camino entre San Diego y Las Vegas. Finalmente, mis órdenes eran permanentes y podía traer a mi familia del Perú y reunirme con ellos en ese aislado lugar y hacer una nueva vida con los infantes de la Marina.

Profesionalmente, ése no era un lugar para un joven médico en entrenamiento, pero los marinos eran amables, y estimaban a sus doctores y a otros auxiliares profesionales proveídos por la Naval. Después de esta asignación fui transferido al hospital

militar más grande del mundo en San Diego adonde traían los heridos de Vietnam. Trabajé por un tiempo y después fui enviado al Marine Corps Recruit Depot (MCRD), un cuartel grande para entrenamiento de reclutas y lugar donde se filmaron muchas películas de la Segunda Guerra Mundial. El tiempo transcurría lentamente y todos esperábamos órdenes para ser enviados a Vietnam.

En esos días casi todos los oficiales de la Marina eran de raza anglo. Estoy seguro que yo era el único oficial peruano en toda la Armada americana. Contados eran los oficiales latinos o afroamericanos con alto rango en los servicios militares.

La mayoría de oficiales antiguos y con mayor grado eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial y veían con disgusto la falta de apoyo del pueblo americano al conflicto de Vietnam. Me sentaba a la mesa con ellos y escuchaba el descontento con la insurrección de la juventud americana y sus manifestaciones. Se veía la desconfianza y el antagonismo hacia el clima político. Me hubiese sentido mejor en la Marina si la generación joven y la nación, hubiesen mostrado más entusiasmo por esa guerra, pero era la década de los años 1960, y América continuamente cambia, y siempre por lo mejor.

En el hospital Naval en San Diego fui al comedor de oficiales y observé que los mozos eran filipinos y la mayoría morenos. Mientras caminaba en el lugar con mi blanco uniforme de la Naval americana podía percibir las miradas de los oficiales, especialmente de

los de alto grado. En sus rostros se notaban dudas y preguntas, “¿Quién es este oficial con nuestro uniforme? ¿Quién será?”, ¡con mi cara peruana, seguramente que yo era un enigma! Me senté solo a comer en una esquina admirando el elegante y concurrido comedor con cuadros y pinturas de la Naval del pasado: antiguos barcos de guerra y sus distinguidos almirantes. ¡Mis pensamientos iban de nuevo a las gloriosas películas de la Segunda Guerra Mundial!

Gracias a mi buen entrenamiento en la Universidad de Saint Louis, una vez que llegaba a tener contacto con algunos incrédulos, ellos notaban que yo estaba al mismo nivel de ellos. Ahora yo sabía que tenía un sólido respaldo y ésa era mi educación médica realizada completamente en los Estados Unidos. Estaba más americanizado de lo que la gente se imaginaba, pero las apariencias físicas están siempre presentes y a veces dificultan el intercambio. Yo no, necesariamente estaba descontento con la mía y raras veces me sentí discriminado. La Marina no me hizo sentir jamás en esa forma. Esas eran mis solitarias conjeturas; yo nunca mostré una actitud de que era puesto en una situación de sumisión, alcontrario, siempre me mostraba confiado y digno de mí mismo, quizás para el asombro de la gente que llegaba a conocerme. Donde quiera que yo iba, o en cualquier ocasión a través de los años y especialmente ahora, ¡yo me siento tan americano como un gringo! o como dicen en los Estados Unidos: “as american as apple pie”.

Un grupo de marineros, que siempre recordaré eran los “médicos” o “docs” como eran conocidos por los infantes. Esta gente joven estaba a cargo de dar cuidados médicos a los heridos en combate tratando toda clase de lesiones y dando primeros auxilios. Ellos se mostraban siempre optimistas y ansiosos de aprender y realizar procedimientos médicos a tal punto que muchos eran tan competentes como cualquier profesional médico; especialmente aquellos que regresaban de los campos de batalla en Vietnam. Ellos podían suturar complejas laceraciones, remover tatuajes, enyesar fracturas y curar muchas dolencias relacionadas a las heridas de proyectiles. Mis noches de servicio, o mis días de guardia en el hospital habrían sido monótonos, excepto por las preguntas continuas de los médicos y por su sed de aprender. Estos jóvenes marinos estaban aprendiendo todos los aspectos de la Medicina, con la esperanza de proveer el mejor cuidado posible. En nuestras noches de guardia cuando no estábamos ocupados, hablábamos sobre sus problemas. Muchos estaban próximos a ir a Vietnam y expresaban su incertidumbre; empero, valientemente, ellos estaban más resignados que temerosos de esta posibilidad, nunca los oí quejarse de su situación y eso era algo de admirar. De muchos de estos jóvenes médicos, más tarde se llegaría a saber que efectivamente murieron en combate. Estos médicos eran realmente gallardos. ¡Pienso a menudo que ellos habrían llegado a ser buenos doctores, si no hubieran perdido sus vidas! A muchos, también, solía urgirles que

estudiaran Medicina, contándoles de mi tenacidad para llegar a ser médico y cómo ellos podrían hacer lo mismo. Estoy seguro que muchos siguieron mi consejo, y sé que ellos, ahora, son los doctores más conscientes y capacitados.

Mis días en el MCRD en San Diego eran a veces “surrealistas”. Este era un lugar donde los reclutas se transformaban en máquinas de luchar: los famosos infantes de Marina. Su entrenamiento era agotador, casi insoportable, y con la matanza en Vietnam, uno podía sentir y oler la furia de la guerra como si estuviera en los campos de batalla en esos centros de preparación militar. Aquí es donde tenían que aprender a actuar con firmeza. Los instructores de maniobras eran severos con los reclutas como parte de su trabajo. ¡No había otra forma! Algunos marinos no aguantaban la intensa presión y a veces fingían estar enfermos, simulando síntomas para evitar algunas maniobras. Entonces, nosotros los oficiales médicos, teníamos que intervenir entre el instructor y los reclutas. Éramos árbitros que debíamos proteger a los reclutas si había alguna razón médica; después de todo, primero éramos doctores, y nuestro propósito era ayudar al paciente afligido cualquiera que fuera su rango. Así era como se practicaba la Medicina militar, y consensualmente llegábamos a entendernos con los instructores, porque ellos genuinamente veían por el bienestar de sus hombres. Ellos sabían cuándo un infante no era veraz, y raramente se equivocaban. Si no había razón médica, teníamos que hablar con los reclutas para hacerlos

regresar a las tareas de entrenamiento, y eso a veces era difícil, pero usualmente se cumplía, especialmente si se usaba rango y disciplina.

Recuerdo que estaba sentado en mi oficina leyendo una ficha médica, cuando un recluta entró para pedirme que fuera separado de este cruel entrenamiento, diciendo que él había nacido prematuro, y que pesaba dos libras al nacer (lo que probablemente era verdad). Mientras lo escuchaba sin hacer contacto visual con él, seguía leyendo la ficha médica simulando la usual indiferencia hacia los reclutas. Cuando terminó con su relato, levanté mi cabeza y continuaba levantándola casi hasta el techo. Frente a mí estaba un corpulento marino de más o menos doscientas libras de peso y seis pies de estatura. Al verlo, tuve que botarlo de la oficina. En casos como éste, no podíamos tener ninguna simpatía por la debilidad y actuábamos como los instructores militares, los famosos Drill Instructors o DI's y cooperar con ellos para el bien de los aspirantes.

Otra vez me trajeron a un grupo de reclutas, porque ellos no podían correr o mantenerse con el batallón. Después de examinarlos y encontrarlos bien, los convencí que era fácil terminar las tres millas requeridas. Habiendo dicho eso, decidí correr con ellos. ¡Qué sorpresa! Hallé que yo tampoco podía mantener el paso con el batallón. Fue así que empecé a entrenar diariamente y tomé la práctica de correr tres millas antes del almuerzo, de manera que

podiera decir, por propia experiencia, que correr las tres millas era posible para cualquiera.

La medicina militar en esos centros era a menudo riesgosa. Teníamos epidemias y enfermedades, tales como influenza y gastroenteritis; pero ocasionalmente había serios casos como la meningitis. Si un recluta se enfermaba con esta enfermedad del sistema nervioso la noticia“ estallaba” como un rayo. Los soldados llegaban a saber que los síntomas y señales de la meningitis eran dolores de cabeza e inhabilidad para mover el cuello. Al día siguiente teníamos el regimiento completo para evaluación porque todos tenían esos mismos síntomas. Era difícil, porque muchos de ellos estaban tratando de evitar las maniobras y sabían cómo imitar esos signos. Teníamos que tener un alto índice de suspicacia y poder diagnosticar correctamente para eliminar a los que fingían esta peligrosa condición que eran muchos y no se podía fallar en su diagnóstico.

Una noche cuando estaba de servicio, un recluta conocido por ser problemático vino quejándose de dolores de cabeza, como muchos otros lo habían hecho, pero él no estaba acatando órdenes y se mostraba muy beligerante, por lo que los medicos me despertaron. Fui a verlo, molesto por la interrupción de mi sueño. Mientras bajaba a la sala de emergencia, oía una gran conmoción. Los medicos estaban tratando de controlarlo. Al llegar a la enfermería, acudí a mi rango para disciplinarlo, pero tampoco respondía a mis enérgicas órdenes. Una vez que estuve cerca de él, me percaté que en realidad

estaba muy enfermo. Lo examiné rápidamente y de inmediato le hice una punción diagnóstica de la médula espinal, lo cual no fue fácil porque el recluta era muy fornido y resistía con toda su fuerza este procedimiento.

Efectivamente, él tenía una meningitis “meningococcal” fulminante. Inmediatamente lo enviamos al hospital Naval en una ambulancia mientras recibía penicilina intravenosa. ¡Se salvó!, pero así estábamos tan cerca de una catástrofe humana en cualquier momento.

Al día siguiente, teníamos que chequear cientos de reclutas enfermos con los mismos síntomas para estar seguros de que no presentasen, o no tuvieran signos de esta terrible enfermedad. Así trabajamos con mis colegas; los tenientes Warren, Sontag, Rasmussen y otros. A aquellos reclutas que no estaban enfermos les dábamos “bálsamo analgésico” para cualquiera de sus enfermedades.

En la suma total de mis experiencias, la Naval y la Marina infante de las fuerzas armadas americanas son muy prestigiosas y poderosas, y me trataron muy bien. Aunque al principio, pensé que perdí dos años, ahora aprecio esa experiencia. Cumplí con mis obligaciones y respondí al llamado de la nación cuando se me necesitaba. Estoy seguro que la Escuela de Medicina era más recia y fácilmente podría quebrantar a cualquiera. Los profesores y los jefes residentes, eran más temidos y usaban más rango que en la marina. Por supuesto, éste era mi

punto de vista como oficial médico, y no podría hablar por los militares profesionales.

Las asignaciones iban y venían, y pronto mi tiempo de servicio fue cumplido. Fui dado de alta de la Naval, con todos los honores conferidos a los oficiales. En función especial, la banda de la Marina tocó “Anchors Aweigh”, tal como en aquellas películas de la Segunda Guerra Mundial, mientras las lágrimas me humedecían las mejillas y vidriaban mis ojos. Yo estaba acostumbrándome a la vida militar, pero el conflicto de Vietnam estaba terminando y la Naval no necesitaba más oficiales médicos.

XI LOS NIÑOS

PRIMERO



Como suele ocurrir con todo oficial naval, estaba encantado de San Diego, y una vez dado de baja me quedé aquí para concluir mi residencia. Fui aceptado en un hospital local, grande y privado para terminar el primer año de residencia en medicina interna que había sido interrumpido por la guerra. Desafortunadamente, no me sentía conforme en un hospital particular donde el residente no está en control del paciente, y esa situación hacía impropia la forma de enseñanza de la Medicina a la que yo estaba acostumbrado. Tomé la posición sólo como una situación transitoria debido al conflicto de Vietnam.

El 31 de mayo de 1970, un violento terremoto sacudió al Perú. El movimiento telúrico afectó un gran sector en el centro incluyendo a Huaraz, una de las ciudades en la que yo había vivido. Leyendo los diarios y escuchando las noticias me sentía muy afligido y quería hacer algo por mi país, especialmente ahora que era doctor. Había estudiado y me preparé para ayudar a la gente en necesidad, y aquí me hallaba en un lujoso hospital donde

realmente no me necesitaban. Pedí permiso para viajar, y algo reluctantes me lo concedieron, pero como si de mi parte fuera un acto de irresponsabilidad. Perú es el país de mi nacimiento y yo deseaba ayudar, aunque eso no era comprendido. Una vez listo a salir, llené mi equipaje con medicinas, agujas y todo lo que médicamente pudiera ser necesario, pero todo para adultos. Para ese entonces mis pensamientos no estaban enfocados en los niños, porque mi entrenamiento fue más para adultos.

Viajaría al Perú después de varios años de ausencia y no lo hacía como turista sino con una misión, y quizás para enfrentar algunos riesgos. Una aerolínea peruana con la que tenía contacto, planeaba auspiciar a un grupo de médicos y me ofrecieron un pasaje sin costo, y fui designado para estar a cargo de los doctores americanos. La manifestación de ayuda era masiva y el mundo entero estaba enviando grupos médicos, medicinas y provisiones.

Me dirigí al aeropuerto de Los Angeles con los miembros del grupo y abordamos el avión peruano. El peculiar olor de mi país natal estaba ya en el aire. Con mi mochila llena de medicinas me senté y mis pensamientos iban al país donde nací y que dejé hacía trece años. Ahora era un doctor y diferente, pero mi corazón y mi alma estaban aún ligados con la gente pobre y los problemas nacionales. Despegamos y a través de la ventana veía las luces de la gran ciudad de Los Angeles. Volamos por horas y a medida que nos acercábamos a Lima, ya sentía

una sensación de tristeza y emoción. El temor del pasado en que yo había vivido, volvía a mí; estaba retornando para ver quizás la mayor catástrofe que nunca antes vi en mi juventud. Al fin, iba a hacer lo que había prometido, ¡ayudar algún día a mi país!

El avión circundó la ciudad de Lima con su inolvidable y característica neblina grisácea y nublosa, tal como la describió el conquistador Pizarro. El aeropuerto estaba lleno de gente, mis padres estaban esperándome y este viaje significaba el punto final de un círculo iniciado años atrás.

A todos se nos atendió con rapidez en la aduana, y fuimos conducidos directamente a la sede del Ministerio de Salud en el centro de la ciudad. Todos los médicos voluntarios estábamos ansiosos de llegar a la sierra para ayudar en los lugares donde se produjeron los mayores daños y en donde más se necesitaba de nosotros.

Lima se hallaba en un estado de pánico. El movimiento sísmico fue tan fuerte, que aún la misma capital estaba siendo sacudida, a pesar de estar lejos del epicentro. Esperamos por horas para ser transportados. No había dormido ni aseado y estaba impaciente por llegar a Huaraz o a cualquier lugar en el Callejón de Huaylas, al igual que los médicos americanos y otros equipos internacionales que también estaban ansiosos de llegar al área del desastre. Se podía ver en las calles gente llevando bolsas de vestidos, calzados, mantas y otras provisiones que traían al edificio del Ministerio de Salud. Fuimos conducidos por un agregado militar a

una sala donde una “dama” daba la bienvenida a los extranjeros que venían para ayudar. Sin saberlo, me quejé ante esta “señora”, pensando que se trataba de una secretaria para urgirle que se nos diera transporte lo más antes posible, ya que “estábamos perdiendo tiempo con estas bienvenidas”. Ella se mostró muy amable y dispuso lo pertinente para el viaje, luego de disculparse. Más tarde vine a enterarme que aquella dama era la esposa del presidente del Perú, el general Juan Velasco. Me sentí avergonzado, pero probablemente sabía que nuestra intención era la de llegar y ayudar tan pronto como fuera posible. ¡Al menos yo lo pensé así!

Me despedí de mis padres desde el autobús y salimos con dirección a Huaraz con el equipo americano, que ahora incluía algunos médicos franceses. El viaje fue sin mayores incidentes a excepción de la altura que produjo el conocido “soroche” a algunos y mareos a otros, agravados por los malos caminos y por los problemas digestivos debido a la no familiarizada alimentación del Perú.

Llegamos al puerto de Chimbote designado por el Gobierno como el centro de operaciones. Fuimos ubicados junto con otros médicos extranjeros y enfermeras de otros países en el estadio de la ciudad como si fuera en un campo de concentración. Los infantes de marina del portaaviones americano Franklin D. Roosevelt vigilaban el área. Aquí estaba la misma rama militar en la que por algún tiempo hice mi servicio en la Armada americana.

Estuvimos en este lugar varios días esperando órdenes y asignaciones. Había bastante ayuda, pero no el modo de transportarla a los lugares necesitados. Todos los caminos estaban inhabilitados y muy poca fuerza humana y provisiones podían ser movilizadas. Días después me presenté ante el comandante de la nave americana como un compañero de armas, old navy hat, y pude persuadirlo para movilizar a mi grupo en un helicóptero Huey, el más grande. Conseguí a dos estudiantes de Medicina peruanos para que viajaran conmigo. Al fin, dejamos Chimbote. El ruido del helicóptero era ensordecedor.

Cruzamos grandes montañas y empezamos a volar sobre el Callejón de Huaylas. Podíamos ver ciudades enteras y pequeños poblados sepultados por el lodo y en algunos lugares sólo se podía ver la parte alta de las iglesias y las palmeras que parecían emerger del barro. Miles de personas perdieron la vida, tal como lo dio a conocer la revista Life, en mayo de 1995:

“Comparado al terremoto del año pasado en Los Angeles, que mató a 60 personas y al pavoroso movimiento de enero en Kobe, Japón, con 5.000 víctimas. Hace veinticinco años de un día como hoy, el 31 de mayo de 1970, en el peor desastre natural que se registra en el Hemisferio Occidental, un terremoto en la zona occidental del Perú mató 67.000 personas. El movimiento sísmico de 7,7 grados en la escala de Richter (el terremoto de Kobe tuvo intensidad de 7,2 grados; el de Los Angeles, 6,8

grados) desató el sacudimiento de una masa gigantesca de hielo, rocas y lodo de los dos picos más altos del Huascarán, la montaña más alta del Perú. La terrible avalancha de 200 millas por hora barrió la parte norte de la ciudad de Yungay, borrándola del mapa y causando devastación en las ciudades vecinas”.

No había mucho que hacer en áreas enterradas por enormes masas de barro. El problema estaba en las ciudades y poblados sobre las colinas que fueron golpeados por el terremoto y no por las avalanchas. Llegamos a Huaraz y encontramos que había un numeroso grupo de médicos deseosos de salir a ayudar. Las autoridades querían que la mayoría de médicos extranjeros se quedaran allí donde tenían servicios y comodidades.

La ciudad estaba en desorden. El hedor de muerte, heridos, suciedad y confusión estaban por doquier. Parecía como si nadie coordinara las ayudas. Uno podía levantar su propia carpa y comenzar a trabajar a su modo. Me enteré de un lugar, llamado Huata, que estaba solicitando ayuda. No había caminos, pero este lugar tenía heridos y necesitaba provisiones y médicos. Convencí al piloto del helicóptero para que nos llevara a ese lugar. Decidí viajar con los dos estudiantes de Medicina llevando ayuda. Ascendimos sobre las altas cumbres de donde se podían ver las Cordilleras Blanca y Negra, llamadas así por la nieve perpetua en una cordillera y la ausencia de ésta en la otra. La vista era increíble, pero también podíamos ver la extensa

devastación. El helicóptero se mantenía sobre los Andes negros, desprovistos de vida animal y vegetal. Era tanta la desolación del lugar que sentía en mi corazón un vacío. De lejos sólo se podía ver, apenas, una pequeña mancha de verdor en esa vastedad de la nada, era como un oasis en esta inmensa montaña de soledad. ¿Cómo podría habitar la gente ahí? Era como si vivieran sin propósito en la vida, nacían en el lugar, probablemente nunca dejaban el área y quizás morían en el mismo sitio. Era un poblado mayormente de indígenas que vivían una magra subsistencia y lo poco que tenían lo habían perdido con el terremoto.

El helicóptero descendió sobre un tramo de espacio que los niños usaban como campo para jugar fútbol. Cuando aterrizamos la gente corría hacia nosotros como si fuera a asaltarnos. Salimos del helicóptero rápidamente, y mientras los rotores estaban aún en movimiento, pusimos todas las cosas en el suelo. El piloto americano de la nave dijo Good bye, I'll pick you up in two days. Tan pronto como el aparato partió, la gente comenzó a tratar de agarrar todo lo que habíamos traído. Empecé a actuar como un instructor de marinos y sacando mi correa pude alejar a la gente. Subí a una cerca de piedra y expliqué que éramos médicos y estábamos tratando de ayudarlos, luego cuando la calma volvió levantamos nuestras carpas. Teníamos provisiones de raciones "C", así como frazadas, carpas y medicinas que eran productos sobrantes de la reciente guerra de Vietnam.

Hablé con el alcalde de la ciudad que poseía la única tienda en el área. Nos condujo a visitar el villorrio. Estaba devastado. No quedaba una sola casa en pie y los adobes se habían desplomado unos encima de otros. Los cuerpos ya habían sido retirados y sepultados, pero numerosa gente herida estaba esperando en la plaza

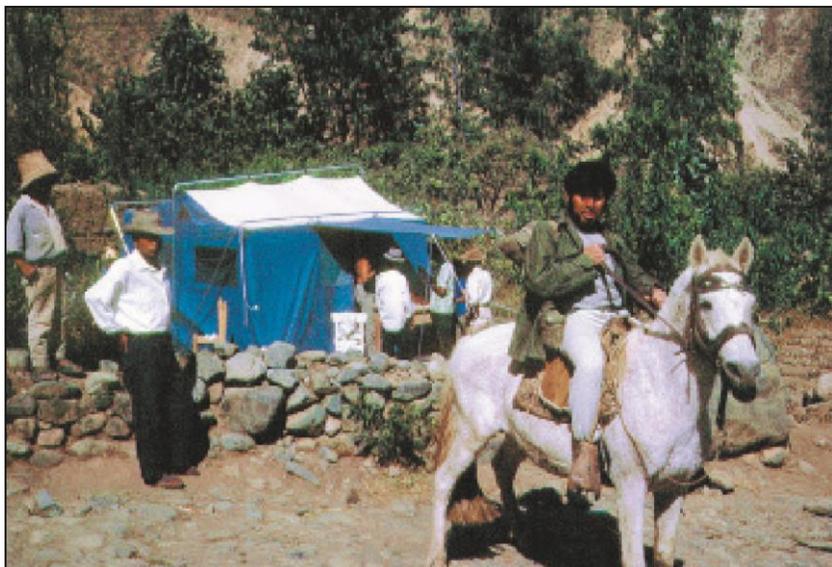


Nos llevá ver el poblado que estaba devastado. No había una sola casa en pie. Los adobes estaban amontonados entre los escombros.

del ac iudad. E mpezamos a t rabajari nmediatamente; e ntregandom antas, raciones y carpas. Nuestra carpa se convirtió en un hospital y estábamos ocupados todo el tiempo cuidando de los heridos. La gente comenzó a venir de las montañas más altas para ser tratada. Casi a cada hora, la tierra temblaba, algunas veces violentamente, y las

sacudidas continuaban por las noches mientras dormíamos. En nuestras carpas, el suelo bajo nosotros se movía con un ensordecedor ruido. Nos imaginábamos que la tierra se abriría y caeríamos a las profundidades, pero al menos no había adobes que cayeran sobre nosotros, que fue lo que causó más mortalidad.

Perdimos el control de los días. Nadie venía o salía de la ciudad ni aviones o helicópteros volaban en el amplio cielo. Efectivamente, más tarde llegamos a saber que habíamos sido olvidados.



Inmediatamente nos pusimos a trabajar, entregando: raciones“ C”, frazadas y ropa. La carpa era como un hospital y estábamos ocupados todo el tiempo cuidando a los



En un atardecer, un muchacho exhausto de caminar llegó para decirnos que su padre se había fracturado una pierna quedando inmovilizado y sufriendo dolores. Le dije al joven que lo trajera para atenderlo, porque nosotros estábamos muy ocupados con los otros enfermos. El muchacho indicó que el camino era muy difícil en las montañas para traerlo, y sólo se podía llegar a caballo.

Discutí el caso con el alcalde, quien me prestó su caballo, "Napoleón". Al día siguiente, a las cinco de la mañana salí con el muchacho. El camino era una pendiente, tan inclinada que a veces el caballo no podía subir, era un terreno rocoso raramente transitado y algunos tramos teníamos que hacerlos caminando. Horas después, llegamos a una choza de adobes caídos donde se hallaba un hombre echado con una pierna fracturada. Había estado incapacitado en cama, por aproximadamente seis días. Afortunadamente, no tenía heridas exteriores o una fractura compuesta. De inmediato saqué mis rollos para enyesar. Me quedaba tan poco que debí recurrir a ramas para estabilizar su pierna y aplicar el poco emplaste que traía. El enyesado quedó bien, al menos parecía sólido. El hombre estaba con dolor, pero no se quejaba. Tenía seis hijos y una pequeña parcela de tierra en este inhóspito lugar. Al salir para comer algo en la improvisada cocina fuera de la choza, pude ver la inmensa vista de cumbres blancas: el famoso Huascarán, de 22.000 pies de altura; el Huandoy, de 21.000 pies; y el nevado Huancarhuas, de 20.000 pies. La vista era tan

impresionante que no pude sentirme triste por este hombre y su familia, tenían toda la naturaleza ante ellos. Esta dicotomía de tremenda desolación y limpia pobreza, con el exuberante paisaje en que vivían; me hizo pensar filosóficamente acerca de aquella gente en mi viaje de regreso a la gran metrópoli de Los Angeles. Estuvimos en este hermoso lugar por un rato, gozando de la espectacular vista y permitiendo que “Napoleón” descansara. La subida a este lugar fue agotadora, pero el viaje cuesta abajo, sería más peligroso, por las piedras y los pasos inclinados. Nos tomó una cabalgata de casi el día entero para atender a este hombre.

¡Subir a caballo aquellas altas montañas fue uno de los momentos más memorables de mi vida! Me sentí recompensado por lo que había hecho, era como si mis esfuerzos para llegar a ser médico no fueran en vano, tan sólo por esta simple experiencia.



Inmediatamente saqué mis rollos para enyesar. Poco material que debí utilizar ramas para estabilizar su pierna, aplicando el poco emplaste que tenía.

Ahora mis pensamientos giraban hacia el futuro y empecé a reflexionar en los propósitos de mi vida. ¿Haría esto toda mi vida? Pero por ahora yo tenía familia y el deseo por una especialidad. Era obvio que este país no tenía programas para ayudar a los pobres y a los indígenas. Nada había cambiado en los trece años desde que salí, por el contrario, algunas cosas empeoraron o tal vez en mi percepción de los contrastes, éstos eran más notorios.

Los problemas del Perú están tan profundamente arraigados que uno se siente impotente para resolverlos. Uno podría concebir ideas de reformas sociales y exponerlas a la gente y al Gobierno; pidiéndoles que se unan y se ayuden el uno al otro. Sonaba tan fácil, pero era tan imposible de hacerlo.

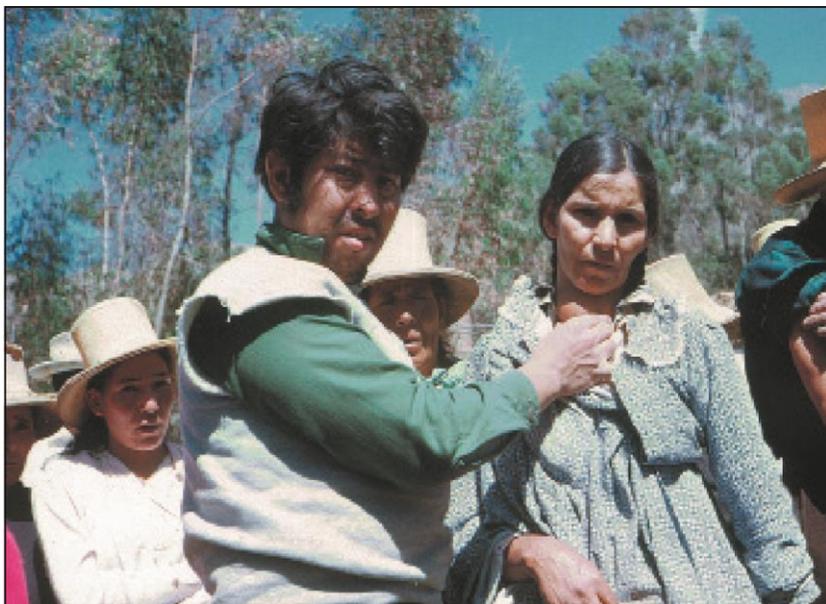
Mientras soñaba despierto, a menudo me imaginaba dando discursos de cómo podría ayudar a mis compatriotas a pararse en sus pies, sin embargo al confrontarme con la realidad parecía como si estuviera escalando aquellas altas montañas, tan amenazantes e intimidantes. ¡Frustrado, miraba bajo el infinito del cielo azul la pureza de las cumbres nevadas y sabía que estaba en casa e incapaz de poder hacer mucho!

Llegamos de regreso a Huata donde nuestra carpa estaba cerca a un río. Me sentía cansado, abrí mi lata de ración "C" de Vietnam, comí algo, y dormí cerca de la cascajeante corriente; respirando el aire puro mientras tenía pesadillas de esta devastación y de la triste situación de esta gente. Por ahora, estuvimos, más de seis días en este sitio y curado

casi a todos. Queríamos ir a otro lugar o ser reasignados, pero no teníamos contacto con el mundo exterior. Estábamos sin movilidad. Dos aviones volaron sobre la zona, y les hicimos señas con nuestros espejos, pero probablemente no nos notaron. Tuvimos que enviar a un muchacho fuerte para conseguir ayuda, pero ni siquiera escuchamos nada de él. Sin otro recurso que tomar, partimos a pie con lo que pudimos y nos dirigimos hacia la próxima villa donde era posible obtener movilidad. El siguiente pueblo tenía más mucha gente enferma que necesitaba ayuda. verdor y también muchos enfermos que necesitaban ayuda, de manera que armamos nuestra carpa y empezamos a trabajar. Mientras tanto, enviamos a

alguien para que nos consiguiera transporte. Pasamos unos días allí, y cuando no había más medicinas y nada más que hacer, apareció un helicóptero americano a recogerlos. ¡Nos sentimos aliviados! Yo estaba preocupado de que quedáramos en esta área por largo tiempo y sin posibilidad de poder regresar a tiempo a mi hospital en los Estados Unidos. ¡Entonces sí, estaría en problemas!

Rápidamente abordamos un pequeño y ruidoso helicóptero, esta vez sin nada de provisiones, sólo lleno de recuerdos de aquellas gentes a quienes había llegado a conocer tan bien. Con mis ojos humedecidos, sentía como si estuviera dejando a mi familia. El dolor era aún más, porque esta gente



Llevábamos olores y empezamos a caminar hasta el próximo poblado, donde fuera posible conseguir transporte. La siguiente villa tenía más verdor y también ha

quedaba sin futuro, y lo peor, muy poco podía hacer por ellos. ¡Era como atestiguar la inutilidad de la vida!

Despegó el helicóptero produciendo una polvareda como si fuera un ventarrón. A medida que la nave se elevaba, la gente se empequeñecía; movían sus manos haciéndonos señas de adiós. Mi alma estaba llorando por ellos; no sentía nada, sólo las vibraciones de los rotores. Los estudiantes peruanos de Medicina también estaban entristecidos, pero en ostrabane stoicos. Ellos estaban más en contacto con la realidad, ¡y esto era parte de la vida en este país!

Me alegré al hablar en inglés con el piloto. Era un veterano de Vietnam y sabía que recientemente yo había sido un teniente de la Armada americana. ¡Él no podía visualizarme en esta dualidad de mi vida; de mestizo y americano, especialmente en estos lugares! Nuevamente, viajábamos por el corredor del valle y podía ver cómo las pequeñas ciudades estaban siempre en las laderas de los ríos que bajaban de las altas lagunas. Esos lagos, como los grandes diques hechos por el hombre, podían quebrarse en un terremoto y sepultar pueblos en su curso.

Llegamos a Chimbote, muchos de los voluntarios que dejamos, todavía estaban ahí, prestos para salir a ayudar, y sintiéndose quizás resentidos de nuestro viaje.

Esperamos unos días en este pequeño campo de concentración de médicos, enfermeras y otros ayudantes. Después salimos a Lima en un avión de la

Fuerza Aérea Peruana. Ahora tendría tiempo para estar con mis padres. La capital como siempre no había cambiado, aunque la población indígena y mestiza parecía haberse incrementado. Los criollos mantenían su mentalidad despectiva hacia la gente de las serranías, aunque el terremoto hizo que se dieran cuenta de que los indígenas existían en aquellas inhóspitas áreas, ¡y por unos días, el espíritu de ayuda unió al país! Sin embargo, se necesitarían muchas catástrofes para que esta dividida nación aprendiera a respetarse, y ayudarse el uno al otro en tiempo de paz y no sólo cuando ocurren desastres naturales.

Durante mucho tiempo, casi por todos los años que puedo recordar; mis constantes pensamientos han sido en cómo poder ayudar a mi país a unirse para luchar por una causa común y borrar el pasado que tanto obsesiona a todos los peruanos.

Cada persona tiene su forma de hacer frente a los problemas de injusticia social y discriminación. Muchos niegan completamente su origen ancestral, aunque ellos son hermanos de los oprimidos. Otros tratan de alejarse del pasado con pensamientos mal interpretados; como algunos que burlescamente expresan que los problemas del Perú pueden ser solucionados: “eliminando a los indios”. Otra solución, que incluso se escucha fuera del Perú es que el país es controlado por unas cuantas familias adineradas u oligarquías, y si ellas fueran eliminadas, los problemas del Perú serían resueltos. ¡Éstas son desesperadas formas de pensar!

Todos los sectores de la sociedad —indígenas, mestizos, negros y gente pobre o adinerada— son peruanos unidos por un lazo común de historia que nos atada a todos y nos da el legado de los conquistadores, y ahora más que nunca los peruanos nos necesitamos el uno del otro. ¡Espero que con el tiempo se unan y puedan forjar una gran nación!

Desafortunadamente, los terremotos ocurren en las sierras donde vive la mayoría de la gente indígena y Lima está tan alejada de los problemas de esta población del Perú, probablemente por su gobierno centralista o quizás por estar muy separada de la región andina.

En lo profundo de mi corazón, yo sentía que estaba ayudando a mi país de origen aunque en forma pequeña y personal. Debido a mis circunstancias eso era todo lo que podía hacer. Era todavía, un joven médico en entrenamiento en una especialidad y con mi familia en crecimiento.

No obstante, mis pensamientos por el Perú han estado en mi ser en más de los cuarenta años de mi ausencia. Los inmigrantes que vienen de Europa, en su mayoría, son capaces de sacudirse de su pasado, casi tan pronto como llegan a los Estados Unidos. Ningún trastorno histórico o ancestral los persigue. Algunos de ellos tienen recientes memorias de injusticias, pero con el tiempo —como los años que yo he estado aquí— se olvidan o muy pocos los recuerdan. Es precisamente esta incongruencia que ha hecho y aún me hace la vida un poco filosófica. He obtenido mi propósito profesional, he formado una

familia, no tengo mayores problemas económicos y soy bien aceptado por la gente americana, ¡sin embargo, todavía hay una herida que no cicatriza en mi alma, y que me acecha cada día de mi vida; creando un continuo dolor espiritual que frustra mi felicidad y paz mental!

Llegamos al aeropuerto militar y me encontraba en Lima, como si el terremoto no hubiera ocurrido. Mis padres y otros pensaban que lo que había hecho, fue más una pérdida de tiempo. Ellos estaban preocupados, pero era poco lo que podían hacer. Querían que cesaran las noticias de la catástrofe, de manera que pudieran seguir con su existencia normal y a veces vegetativa.

Visité algunos hospitales y clínicas en Lima, pero no me sentí abrumado por su falta de facilidades comparadas con los centros de los Estados Unidos, incluso el Hospital de Saint Louis City. Veía a doctores proveyendo cuidado en la mejor forma que podían, y a menudo con la preocupación de un buen samaritano. Los médicos peruanos son entusiastas, pero se ven frustrados y desmotivados por los insuperables problemas sociales y la inhabilidad para hacer algo más en sus limitadas circunstancias. La dedicación de estos médicos no es apreciada por la gente o por el Gobierno, quizás porque sus esfuerzos son principalmente para aliviar el sufrimiento humano y no tiene nada que ver con la economía del país.

Fui al centro de Lima para confirmar mi viaje de regreso y nuevamente veía a menores de edad

lustrando zapatos. Para mi modo de pensar, ellos ya no eran inocentes niños; eran inteligentes en el modo de vivir y capaces de hacer frente a las vicisitudes de la vida como cualquier adulto con instrucción. Sus caras bronceadas, sus ojos oscuros y sus manos y uñas sucias con betún, ¡esto era demasiado para mí! Quería ayudar a todos, pero sólo podía hacer que me lustraran el calzado ya lustrado, y pagarles unas monedas más de lo que cobraban, ¡mientras me sentía abrumado y casi con lágrimas en mis ojos!

¡Creo que esos niños que están limosneando o trabajando en labores degradantes revelan el verdadero espíritu de un país. La existencia de ellos, es prueba del desdén de la gente que los ha “creado”, del Gobierno que “tolera” su existencia y finalmente de la sociedad que “permite” que eso suceda!

En el nuevo aeropuerto sentí otra vez la familiar tristeza de separación. Quién sabe, si por última vez, o quizás volvería a ver la inimaginable soledad espiritual de este país. Afuera la gente pobre y los niños vendedores corriendo por todos lados. Aunque moderno, el aeropuerto tenía el peculiar olor a comidas típicas y las reliquias incaicas para venta, éstas me hacían sentir con un ánimo festivo. Abordé el avión, me ubiqué al lado de la ventana, suspiré profundamente por la experiencia, ¡y esperaba que ésta no fuera la última vez que yo pudiera prestar servicios a mi madre patria en momentos de necesidad!

Estaba ahora más decidido en seguir una especialidad como pediatría, y regresar a ayudar en

mi tierra natal. Volvía ahora a mi país adoptivo, el benevolente y siempre justo “Uncle Sam”, que aun con sus errores es todavía la cuna de sueños y posibilidades; un lugar para dejar atrás el anticuado y angustioso pasado. Como un magneto —“Uncle Sam wants you”— y uno la quiere, aún, cada vez más. ¡Uno llega a ser parte de los Estados Unidos y requiere la fuerza de un titán para abandonarlo, e ir a otros lugares y naciones para crear y esparcir la mentalidad de esta gran nación!

El avión estaba volando por muchas horas, cuando desperté de mi sueño que pareció haber sido una pesadilla. Estaba más triste al regresar, pero me sentía contento por lo que había hecho en esta primera misión, a pesar de que en el hospital dudaron de mis intenciones.

Volaba sobre Los Angeles, una ciudad con grandes edificios y árboles que se mezclan con el color del humo, donde no se ven montañas claras ni picos nevados, y tampoco se siente la soledad de las punas, aquí uno empieza a sentir el vacío entre la multitud de la civilización en ausencia de la naturaleza virgen. Yo no sabía por quién sentirme más triste, si por aquel peruano a quien enyesé la pierna fracturada en su choza de adobes en medio de una vista más imponente que la de los Alpes suizos, o por los pobladores que viven como hormigas en esta gran metrópoli de Los Angeles. ¡Qué dicotomía! ¡Qué ilusión!, tan difícil de explicar y tan fácil de aceptar. El viaje había terminado. Estaba de regreso a la realidad, y seguiría las enseñanzas que aprendí

por experiencia en esta tierra del Uncle Sam: “Trabaja e ilumínate tú mismo y serás parte de esta gran nación”.

Regresé a casa. Abracé a mi esposa y a mis hijos. Estaba feliz porque esperaba que ellos sabrían apreciar mis logros algún día. Sentía que era humano. Aún podía hacer cosas por otros y eso es lo que siempre trataría de hacer. Mi depresión y tristeza duraron por días. Mis pensamientos del Perú no se irían fácilmente.

En el hospital los doctores no estaban interesados en saber de mi viaje humanitario. Ellos estaban preocupados por sus programas y yo, en cierto modo, me sentía excluido. Si un doctor anglosajón hubiese hecho lo que yo hice, sería reconocido como buen samaritano, y entrevistado en las noticias de TV. ¡Pero, nosotros los mestizos indohispanos, no teníamos capacidad para hacer el bien y si lo hacíamos, era irrelevante. Tal es la dualidad de cada sociedad y uno debe tomar estos problemas en este contexto y seguir haciendo lo mejor!

Ahora estaba preocupado por mi futuro en la Medicina. Aunque siendo un médico generalista con mucha experiencia obtenida en la Marina, incluyendo cirugía y obstetricia, estaba todavía algo confuso respecto a una especialidad. Originalmente estuve en un programa de cirugía, pero el conflicto de Vietnam había interrumpido ese empeño y perdí tres años de posible entrenamiento. Mi familia estaba aumentando y me sentía como un eterno estudiante. Gracias al

viaje al Perú, decidí claramente sobre una residencia que serviría para llevar a cabo mis ideales. A través de mis estudios en la Escuela de Medicina e internado, me daba cuenta que la prioridad estaba en las especialidades de adultos, la pediatría era una rama de la Medicina ligeramente tocada y muchas veces no deseada.



Fue en las montañas desiertas de Huata, donde decidí seguir la especialidad de pediatría, algo que nunca antes, había considerado.

Mientras estuve en la zona del terremoto, me sentí tan inadecuado con la niñez, especialmente los muy enfermos. Más aún, las provisiones que llevé eran para adultos; no contaba con una sola aguja intravenosa para niños. Cuando llegué a Huata, los niños eran los más numerosos y los pacientes más graves que tenía. Los adultos que estaban heridos

nos decían; “atienda a mis hijos y a los niños primero”. Habíamos visto deshidratación, malnutrición, diferentes infecciones y otros casos severos. La mayoría de los enfermos eran los niños y sus muertes eran muy trágicas, tantop aran osotrosc omop aras usp adres. Fuee nl asm ontañasd esiertas de Huata donde me decidí por la pediatría, una especialidad que nunca antes había considerado.

En esos días, la mayoría de los jóvenes doctores querían“ ser cirujanos” como el principal protagonista de la novela No como un extraño. A pesar de que quería seguir esta especialidad, me di cuenta que para mi futuro empeño de ayudar a la gente en estos países del Tercer Mundo, pediatría sería la especialidad más necesitada y bienvenida. Puse todos mis esfuerzos en buscar una buena residencia en pediatría. Ya no más trataría a gente adulta, con la cual tan comfortable me sentía en curarlos. Estaría entrando en una rama de la Medicina completamente nueva, algo así, como empezando de nuevo y con muy poco uso de mis previos conocimientos y entrenamiento.

XII

HACER DIFERENCIA EN EL MUNDO



Afortunadamente, el programa de residencia de pediatría en la Escuela de Medicina de la Universidad de California, en San Diego (UCSD), tenía una vacante bajo la dirección de un gran pediatra y mentor, doctor William A. Nyhan, reconocido médico académico e investigador (una condición genética, el síndrome de Lesh-Nyhan fue descubierta por él, y el nombre que lleva este mal es en su honor y el de su compañero de investigación y estudiante suyo). El doctor Nyhan me entrevistó y comprendió mis deseos y motivaciones para llegar a ser un médico de niños. Fui aceptado en suprograma, el cual era el más codiciado y difícil de conseguir debido a la intensa competencia entre los médicos internos de los hospitales más famosos del este de los Estados Unidos.

Uno de los perennes retos de la profesión médica es que puede llevar más de una década avanzar de premédica al entrenamiento formal en una especialidad. Siempre es una primera experiencia o una nueva estación, primero uno es un estudiante de premédicas, y luego de conseguir difícilmente

ingresar a la Escuela de Medicina, al cuarto año se gradúa para ser el nuevo interno. Después de años de residencia en una especialidad, finalmente se entra a trabajar como un médico joven en la comunidad o institución que elige. Y así la rutina de ser principiante parece no tener fin. Aún ahora, con tantos cambios en la Medicina, somos neófitos en los retos de los avances científicos y tenemos que aprender casi todo de nuevo.

Así, yo era un nuevo pediatra residente con más edad y con más experiencia en medicina interna, pero el hecho de haber servido en la Marina durante la época de la guerra de Vietnam era a veces, un inconveniente en este prestigioso centro médico. Aquellos años de residencia fueron difíciles y la competencia era muy exigente en ese ambiente académico. El hospital de la UCSD era mucho más lujoso que el de la Ciudad de Saint Louis, y parecía haber más doctores que enfermos; cada caso estaba a cargo de varios médicos y estudiantes y uno tenía que imponerse para usar su juicio clínico, pero aun así, los residentes estábamos en control del paciente.

El hospital está cerca a la frontera mexicana. Los peores casos médicos provenían de México o eranmexico-americanos por lo que el conocimiento del idioma español me ayudó mucho en el cuidado de mis pacientes. La mayoría de los pobres era de origen indohispano o gente de color y eran ellos los más enfermos. En Saint Louis, la mayoría de pacientes había sido afroamericana. En California parecía como si estuviera en mi país de origen y me

sentía más útil. Para ilustrar tanto la excelencia como la competitividad, relataré el caso de Reye's syndrome, en esos tiempos una rara enfermedad. Una hermosa niña caucásica de cinco años fue internada al hospital en estado comatoso, debido a este síndrome. El conocimiento de los profesores y toda la literatura fue exhaustivamente estudiada en un intento por encontrar el medio de salvar la vida de la paciente. Junto con otros internos me hice cargo del caso cuidando que ella mantuviera sus signos vitales intactos, en tanto que algunos profesores y residentes estaban investigando sobre esta enfermedad. Mientras monitoreábamos y seguíamos manteniendo los fluidos intravenosos, los profesores llegaron a la conclusión que como último recurso debía hacerse un completo cambio de sangre con múltiples transfusiones. Era un trabajo tedioso y con muy pocos voluntarios porque había otros "interesantes" casos que tratar.

Algunos de nosotros pasamos la mayor parte de la noche haciendo las múltiples transfusiones de sangre a la niña. Repentinamente, muy temprano en la mañana, la pequeña ángel de Dios, empezó a responder. Uno de los internos vino a ayudar. Nosotros le permitimos que participara en el caso y fuimos a nuestros cuartos porque estábamos agotados y necesitábamos dormir. Progresivamente, la paciente recobró todos sus sentidos. Cuando despertamos, la prensa estaba entrevistando al interno que había venido a ayudarnos para dar a conocer en las noticias locales la milagrosa

recuperación de este caso. Al día siguiente se leía en los periódicos que este médico “salvó la vida de la niña”. La prensa y el interno omitieron mencionar el esfuerzo de la mucha gente involucrada en el cuidado de este caso poco frecuente. No obstante, trabajábamos como un equipo siempre por el buen cuidado de nuestros pacientes y con la supervisión de los mejores profesores.

Solíamos también dirigirnos a Tijuana, México, ciudad al sur de la frontera con los Estados Unidos, para traer al hospital a niños con enfermedades raras. Estos casos eran de los más exóticos, y aprendíamos mucho tratándolos y me sentía muy gratificado en hacer esos viajes. En esos tiempos no era tan costoso tomar cuidado de pacientes seriamente enfermos, y pienso que en cierto modo éramos más caritativos de lo que somos ahora, o quizás los fondos del Estado eran más abundantes. Teníamos generosas donaciones para ese propósito. Hoy, con los elevadísimos costos del cuidado médico, y las implicaciones económicas y políticas, esta ayuda se ha hecho imposible y de algún modo ilegal.

En ese gran Centro Médico me uní al departamento de enfermedades infecciosas en adultos, e íbamos a Tijuana a estudiar y tratar con nuevas drogas a la gente que sufría de lepra. Visitábamos las polvorientas barriadas de gente pobre, buscando nuevos casos y siguiendo el progreso de otros, para ver si sus desfiguradas caras y extremidades estaban mejorando o deteriorándose. Dábamos “ejemplares” de nuevas drogas para el

tratamiento de los pacientes y llevábamos estadísticas de los resultados. Mi función principal era traducir y explicar la situación a los pacientes afectados. Los doctores del grupo investigador tenían gran conocimiento y estaban dedicados a la búsqueda de una nueva cura de esta devastadora enfermedad.

Era difícil sostener a mi familia de tres niños y con un salario de residente. Nuevamente empecé a realizar trabajos nocturnos en las salas de emergencia. Durante el día, era un residente en entrenamiento, pero en las noches o los fines de semana —cuando hacía turno en las salas de emergencia— era un médico hecho y derecho, haciéndome cargo de ataques cardíacos e innumerables víctimas de accidentes y otros mundanos problemas médicos. Esta actividad extracurricular tenía que ser hecha en hospitales de la periferia. El director de pediatría, doctor Nyhan, desalentaba a sus internos y residentes para que no hicieran trabajos nocturnos, pero yo lo hacía porque practicando fuera de un centro académico tomaba mis propias decisiones y me mantenía actualizado en medicina adulta. De esa manera pude proveer una vida más llevadera para mi familia y al mismo tiempo, estaba aprendiendo más Medicina.

Después de un superior entrenamiento, incluyendo rotaciones en neonatología bajo la excelente y exigente dirección del doctor Gluck, un neonatólogo muy reconocido, terminé mi residencia de pediatría en dos años. No quería prolongar mi vida

de estudiante en una superespecialización y opté por entrar en la práctica privada. Estaba aún con deseos de practicar medicina para adultos, especialmente atender partos; me sentía ambivalente al dedicarme por completo a la práctica de pediatría. En aquellos días, San Diego sólo tenía uno o dos médicos hispanos y yo era requerido dentro de la comunidad, aunque pocas instituciones o médicos me pidieron que me uniera a ellos. Los otros residentes, compañeros míos, tenían puestos en la prestigiosa comunidad de La Jolla y otros lugares de gente adinerada. Estaba en el umbral de mi vida profesional; había terminado mi especialidad y estaba listo para ingresar al mundo que sería la culminación de mis esfuerzos. ¡No más obstáculos a qué sobreponerse, pero en realidad mi alma estaba en deliberación!

Llegué a obtener una especialización con el deseo de ir a lugares deprimidos para ayudar aquí o en el Perú. Siendo un pediatra, con la más clara de las intenciones, comencé a darme cuenta que no estaba en capacidad económica de hacer algo similar por aquel entonces. Pero mis deseos de ayudar a los pobres, desamparados y a otros en cualquier parte de la tierra, estaban en mi mente y en mi corazón.

Había estado en los Estados Unidos, suficiente tiempo para notar que aquí, al igual que en otros países pobres habían problemas sociales que necesitaban ser solucionados y a los cuales podía brindar apoyo. Estaba también consciente de que yo debía a esta gran nación lo que había llegado a ser.

Empecé a enfatizar los problemas de los pobres y discriminados de este país, muchos de los cuales eran hispanos y que estaban llegando a ser numerosos y visibles. Precisamente, cruzando la frontera, los mexicanos pobres estaban en las mismas condiciones que aquellos en mi país de nacimiento, ¡y aquí estaban tan cerca a mí!

Decidí quedarme en San Diego mientras mi familia crecía y me establecía profesionalmente. Mis planes eran alcanzar una economía estable y estar en capacidad de ir a aquellos países en necesidad y ayudar por mí mismo, con mis propios medios, dado que no había fundaciones interesadas en apoyar mi empeño.

Inicialmente, escogí ejercer en un área de clase media en San Diego con la ayuda del doctor Myron Homnick, un pediatra y médico general que quería retirarse. Me hice cargo de su pequeño consultorio que atendía niños y podía practicar medicina para adultos, a la vez hacer algo de cirugía; este lugar me ayudaría a llevar a cabo mis deseos.

Empecé a hacer conexiones con las nuevas clínicas gratuitas que emergían en la comunidad para ayudar a los necesitados porque el país y sus ciudadanos estaban comenzando a percartarse de los problemas sociales. Atendía partos para la "Clínica Chicana" en distantes hospitales, y lo hacía con sentido humanitario y no cobraba por mis servicios.

Mi consultorio comenzó a llenarse de gente mexico-americana de condición humilde y en gran

mayoría; pacientes con seguro del Gobierno que muchos médicos no los aceptaban. Los pacientes anglosajones que atendía el doctor Homnick empezaron a disminuir. Pronto mi local necesitaba expandirse.

Me pregunté cuál era el peor lugar en San Diego para instalar un consultorio y ¡allí iría! Empecé a buscar un lugar en áreas deprimidas y encontré un deteriorado y pequeño edificio al sur de San Diego, Otay, a cinco millas de la frontera mexicana. El edificio y el lote estaban abandonados y nadie los quería comprar; era un lugar para reunión de pandillas y allí había ocurrido crímenes.

Pensé que ése era el lugar perfecto para abrir un consultorio y comenzar a ayudar a la gente necesitada. Mis colegas se quedaron asombrados y hasta cuestionaban mi "sensatez". Años atrás, no había muchos médicos en la ciudad y yo pude haber establecido un consultorio en una zona de gente adinerada y me habría ido muy bien. Empero, todavía me identificaba con los pobres y con los que socialmente estaban en desventaja. Increíblemente, había muchos de ellos, ¡aquí en los Estados Unidos!

Encontré todas las posibilidades que este país ofrece a cualquiera que es emprendedor, especialmente a alguien que quiere ayudar a otros, pero ayudándose a sí mismo. ¡Con coraje empecé mi propia pequeña empresa médica donde muy pocos se arriesgarían!

El viejo edificio y el lote en Otay eran casi un regalo, como si su propietario hubiera querido deshacerse de ellos. Conseguí un préstamo del Banco de América sin que dudaran de mi posibilidad de éxito en esta área; la ejecutiva del banco, Linda Mulosky, me dio valiosa ayuda. Creo que mi entusiasmo la contagió y ella me aconsejó obtener una cantidad mayor de dinero de la que yo necesitaba, porque pensó que la estructura era demasiado vieja y calculaba que los gastos de reparación podrían ser más costosos que construir un nuevo edificio. Contraté a un arquitecto que hizo los planos de acuerdo a mis especificaciones para un consultorio. Coloqué un anuncio en el área de construcción que decía: "Futuro Consultorio Pediátrico del doctor Carlos J. Sánchez; M.D." El anuncio en sí, era un cambio en este pequeño distrito de la comunidad, mayormente de hispanos, con escasos recursos y modesta situación. Ningún edificio nuevo se había construido en años. Todas las casas eran viejas y estaban desintegrándose. Frente al consultorio había algunas viviendas temporales de madera para los braceros, habitada por gente inmigrante de México que trabajaba en el campo.

Algunos colegas venían a ver lo que estaba haciendo y consideraban que estaba cometiendo un error. Ellos estaban alquilando espacios en lugares elegantes cerca a los hospitales. Yo quería crear lo que me habría gustado hacer en un país con gente pobre, tal como el Perú, y lo estaba haciendo,

justamente aquí, porque en Estados Unidos también hay gente “en necesidad”.

El nuevo edificio fue construido en noventa días debido a mi insistencia y al deseo de mudarme a mi nuevo local tan pronto como fuese posible. El pequeño consultorio se veía bien y era un aliciente en una enmohecida y peligrosa barriada. La calle era ancha, sin veredas y hasta ahora no las hay, a pesar de que fui a pedir a la municipalidad que se hicieran. Frente a mi flamante local había un puesto de venta de hamburguesas, convertido en un lugar de elementos sospechosos. Al otro lado del consultorio había una casa antigua que servía como una pequeña tienda de abarrotes en el vecindario. El propietario era un señor de color y no muy amigable. Su tienda olía a madera vieja y la pintura estaba descascarándose. Tenía alimentos no muy frescos que la gente compraba simplemente por la cercanía del lugar. Hablé con él, presentándome como su nuevo vecino y posible socio en negocios de mejorar el área. Teníamos algo en común, el deseo de servir a esta comunidad aunque se tratara de una vecindad no muy deseada, tanto así que uno de sus clientes le había disparado dos tiros en el pecho, pero sólo fue herido.

El día de inauguración de mi consultorio fue sin mucha fanfarria. Mi primer paciente —¡bendita sea su pequeña alma!—, era un niño con el síndrome de Dawn, cuya madre era una señora de bien que vivía en una de las zonas exclusivas de San Diego, pero ella decidió acudir hasta mi consultorio, viniendo

desde muy lejos hasta esta área de Otay. Dios debió haber enviado a este niño para bendecir mi flamante local, porque después de él, la gente comenzó a llegar en cantidades, y en cuatro semanas los pacientes tenían que esperar afuera, porque el espacio era ya reducido.

Por fin, y después de años de esfuerzos y privaciones, ahora era mi propio jefe y propietario. No tendría más gente que me juzgara ni más individuos a quienes soportarles sus“ idiosincrasias”. No había necesidad de probar a nadie de lo que era capaz por mis propios méritos y no por los juicios e ideas distorsionadas de aquellos que estaban por encima de uno. Aquí los pacientes —de diferentes estratos sociales— eran mis jueces. ¡Me tenían en alta estima“ por lo que era” y no se sentían disgustados “por lo que no era”!

La satisfacción de manejar mi propia vida profesional, las posibilidades de conducir mi propio destino, de acuerdo con mis habilidades, mis experiencias y el sentir de mi alma, era algo que yo nunca había soñado. Al fin llegaría a ser el cóndor de mis“ imaginaciones”, volando con las alas tan abiertas como sólo Dios podría abrirlas. Como el solemne vuelo de un cóndor; ahora podía remontar las montañas de mis realizaciones o deslizarme al precipicio de mis fracasos. Pero, como un gran cóndor, yo podía ver a la distancia,“ picos y cumbres de iniquidades”, que me estaban pidiendo, que volara hacia ellos—para sentir el batir de mis alas de optimismo— movidas por el viento y la bruma de

aquellos grandes alledores de desesperanza. A horas se le volaba en círculos en el espacio, contento como si hubiera engullido una gran presa, mirando por todos lados, mientras; ¡por horas, días y años, su alma siempre estaría golpeada por aquellas lejanas cumbres de desesperación que lo llamaban, y a las que él necesitaba volar!

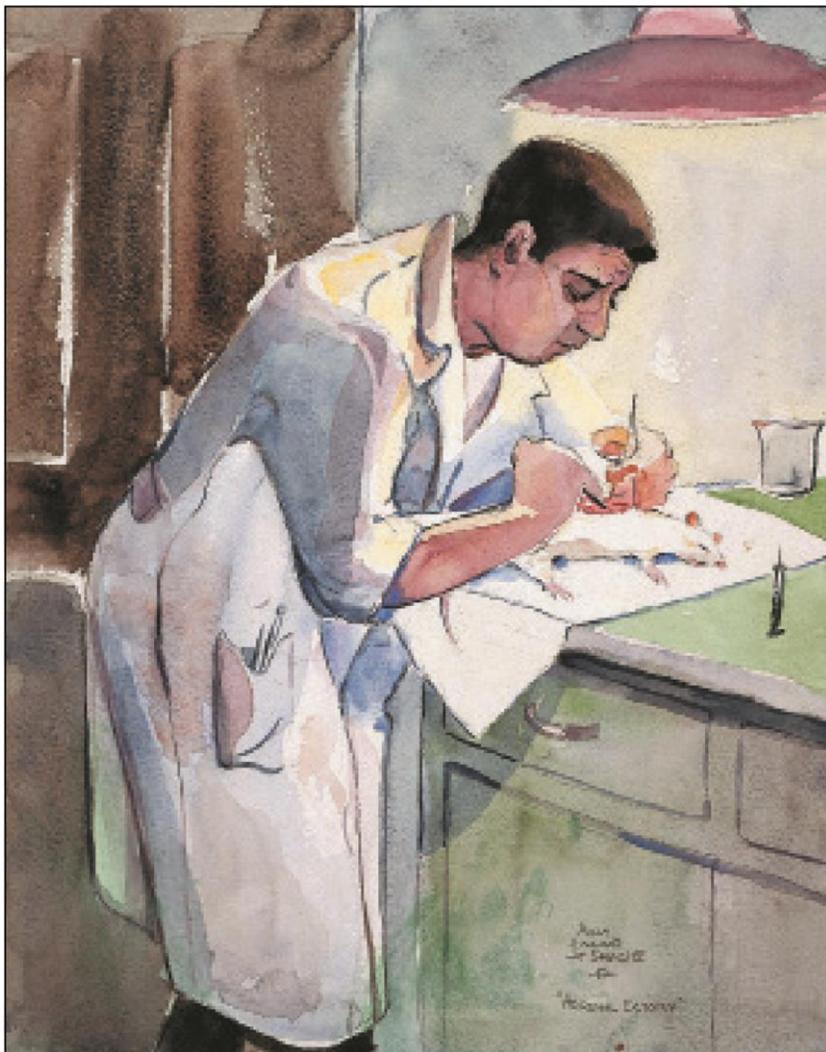
Había creado mi propio mundo en los Estados Unidos, pero ésa no era la culminación de todos mis esfuerzos. Estaba seguro que había más cosas que hacer. Quería hacer una diferencia en un lugar como en el Perú.

Finalmente, mis hijos y mi familia podían regocijarse con mis logros y la —suficiente— recompensa económica. Aunque yo estaba ocupado viendo más pacientes que la mayoría de los otros médicos, debido a la ubicación de mi consultorio, éste no podía compararse con el de otros médicos en áreas con clientela privada y alta remuneración. Mis pacientes por lo general eran de humilde condición.

Ahora ganaba lo suficiente y podía disponer de tiempo. Empecé a mitigar mi alma con viajes de misiones médicas a las áreas pobres de los países del Tercer Mundo como la amazonia del Brasil, Perú y los altos Andes. Las crónicas de esos viajes los relataré en las próximas páginas con la esperanza de que “a lo mejor” puedan abrir la conciencia social para que las aberraciones del pasado y el presente no sigan ocurriendo. En el futuro, espero que la gente joven pueda proseguir sus vidas y disfrutar de sus logros con una conciencia limpia, sin sentimientos de

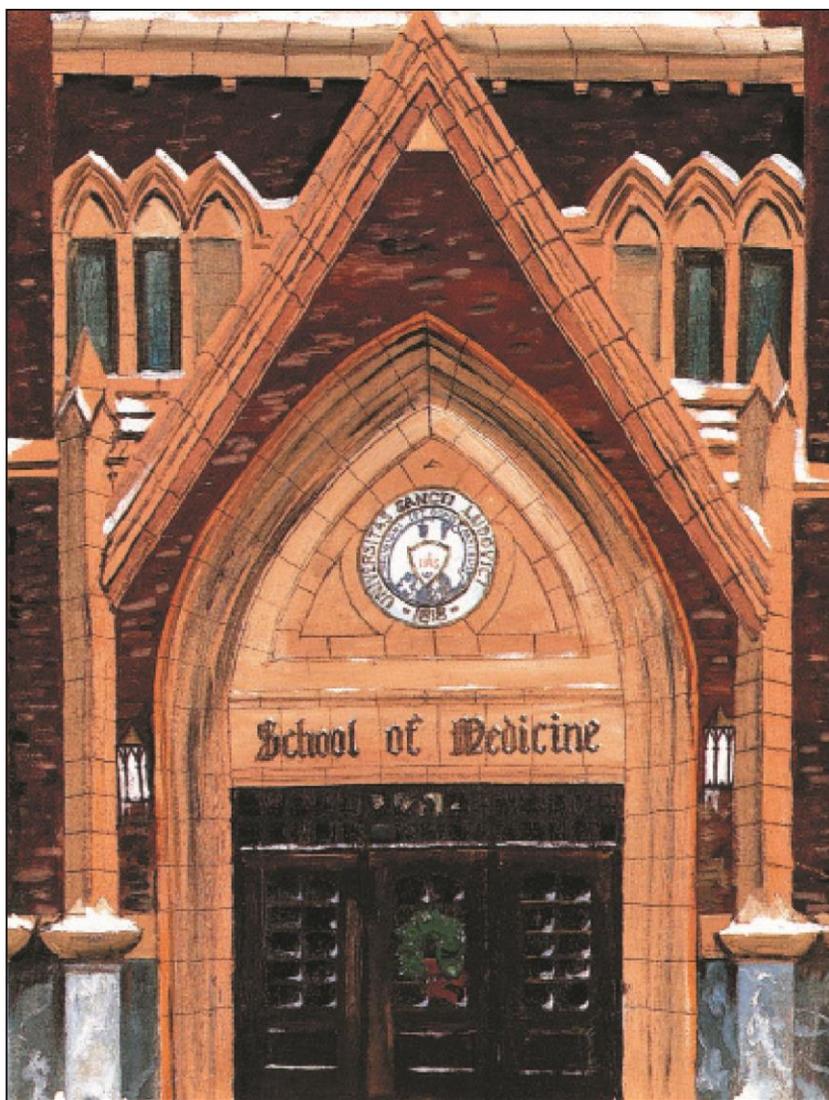
culpa por las injusticias sociales del pasado y el presente, que rodean por doquier en el mundo.

Anja Hovland



Ahora era un investigador bioquímico, con mi mandil blanco y sacrificando unas ratas

Cortesía del Dr. William Stoneman III, Ex Decano de la Escuela de Medicina.

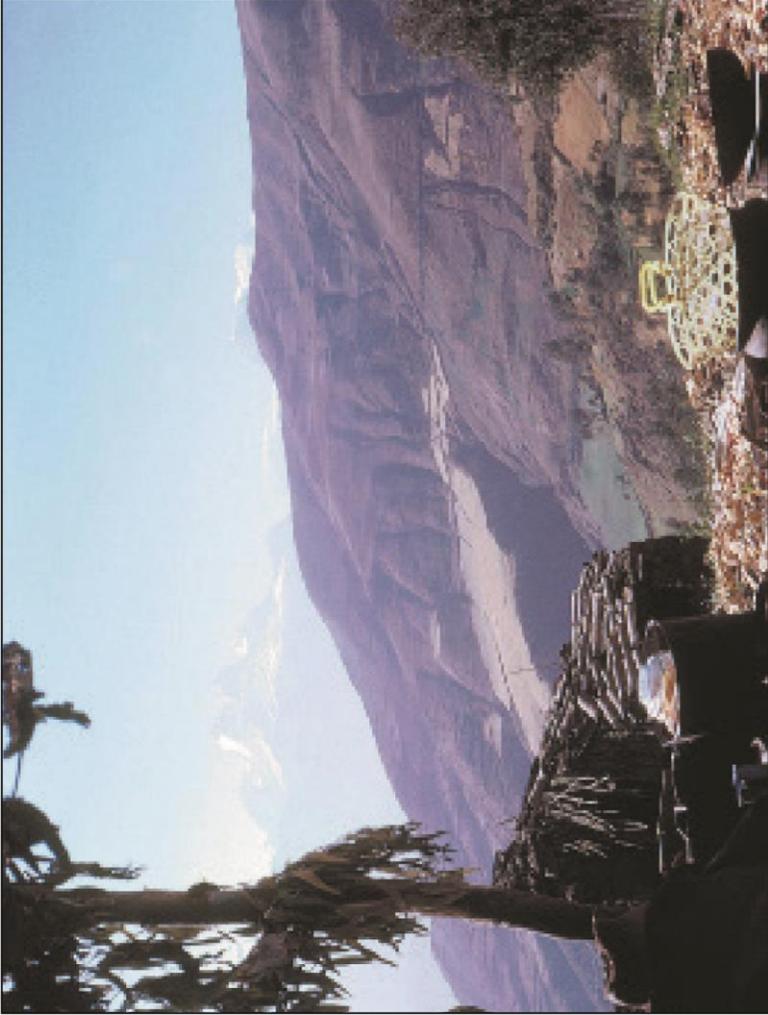


¡Allí estaba la Escuela de Medicina!, un histórico edificio de ladrillo rojo con su propia investigación. modo de una iglesia.

Montar a caballo en esas montañas del Callejón de Huaylas fue uno de mis momentos más memorables. Me sentía recompensado por lo que había hecho. Era como si todos mis esfuerzos para llegar a ser médico hubieran tenido valor tan sólo por esta simple experiencia.



Al salir de la choza para buscar algo de comer en la improvisada cocina al aire libre, pude percibir la enorme vista de las blancas y puras montañas. Era tan impresionante que no pude "sentir pena" por ese hombre y su familia. Tenían toda la naturaleza ante ellos. La dualidad de esta desolada y limpia pobreza entre aquellas cordilleras, confundían mis pensamientos, mientras volaba sobre Los Angeles.





El Hospital Amazónico estaba situado sobre una colina con ~~vista al lago~~ ~~Y~~ formado por el río Ucayali.



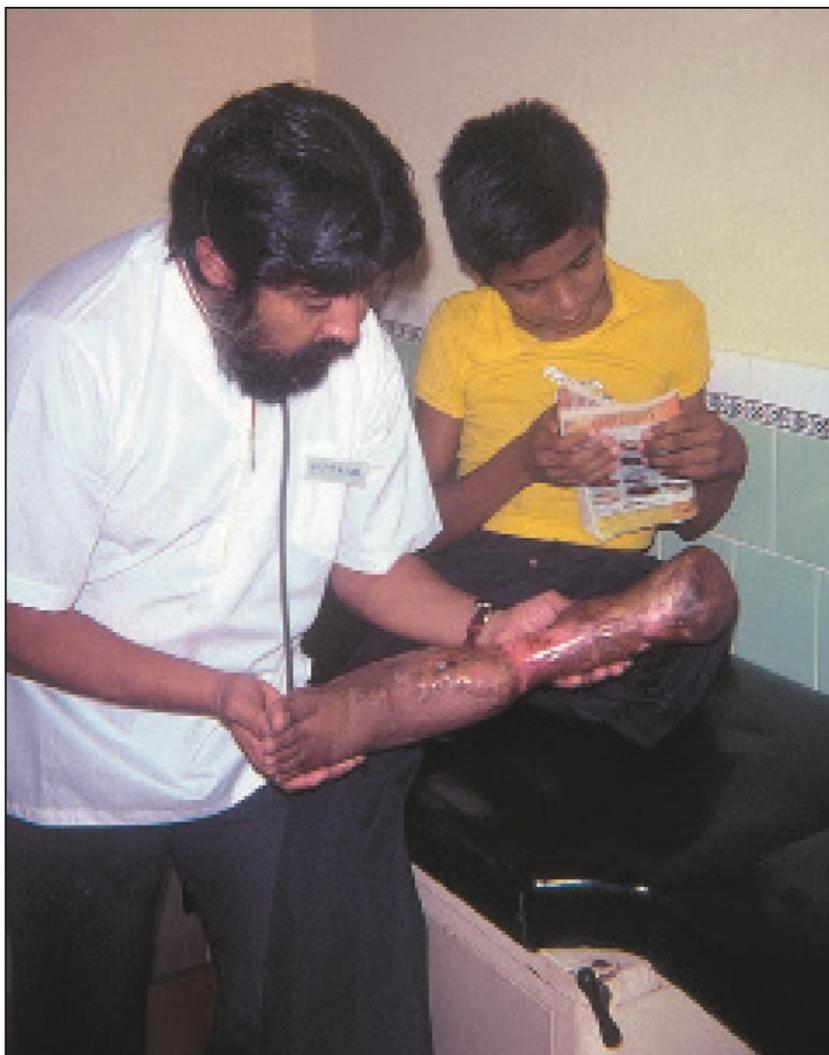
Aquí en el Hospital Amazónico conocí al doctor Jim, un médico canadiense, dedicado a su trabajo, y experto en toda clase de cirugías.



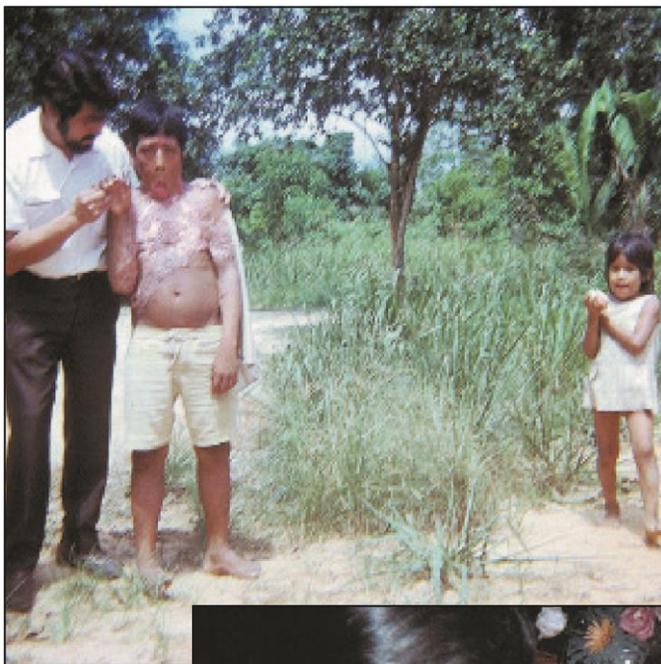
sufrido demasiado, y que ahora podían estar en paz con sus conciencias; al permitir que los niños regresaran a la pureza de los cielos de donde vinieron.



Nosotros éramos las últimas personas que podríamos decirles a los padres que ya habían



Ahora yo podía hundir mis manos en cualquier paciente, a veces, sin ninguna otra esperanza que —tan sólo— para dar a esa persona alguna esperanza.



Niño con cicatrices de quemaduras de tercer grado, que necesitaba cirugía plástica.



Niño con avanzada dermatosis.

No había razón de engañarnos entre nosotros. ¡Sí! estábamos ayudando, pero se sentía —más— como si estuviéramos escalando unas montañas de “jabón” en las que por cada paso tomado hacia arriba, resbalábamos dos hacia atrás. Tratabamos de usar nuestras manos, tan sólo para que nuestros dedos se aferraran al crepitante vacío de la desesperanza.





Luke Tipper era tan emprendedor y lleno de ideas por su empeño de ayudar, que viajó a San Diego para comprar y remodelar un descartado transbordador, el antiguo Point Loma. Su capitán era el padre de uno de los pacientes, a quien diagnosticué y traté de meningitis tuberculosa cuando empezaba mi profesión en San Diego. ¡Qué coincidencia!

mis ángeles guardianes, agradecidos, por prolongar unos días más sus vidas, por gozar de un día más en esta tierra; aunque no pude salvarlos de las injusticias.



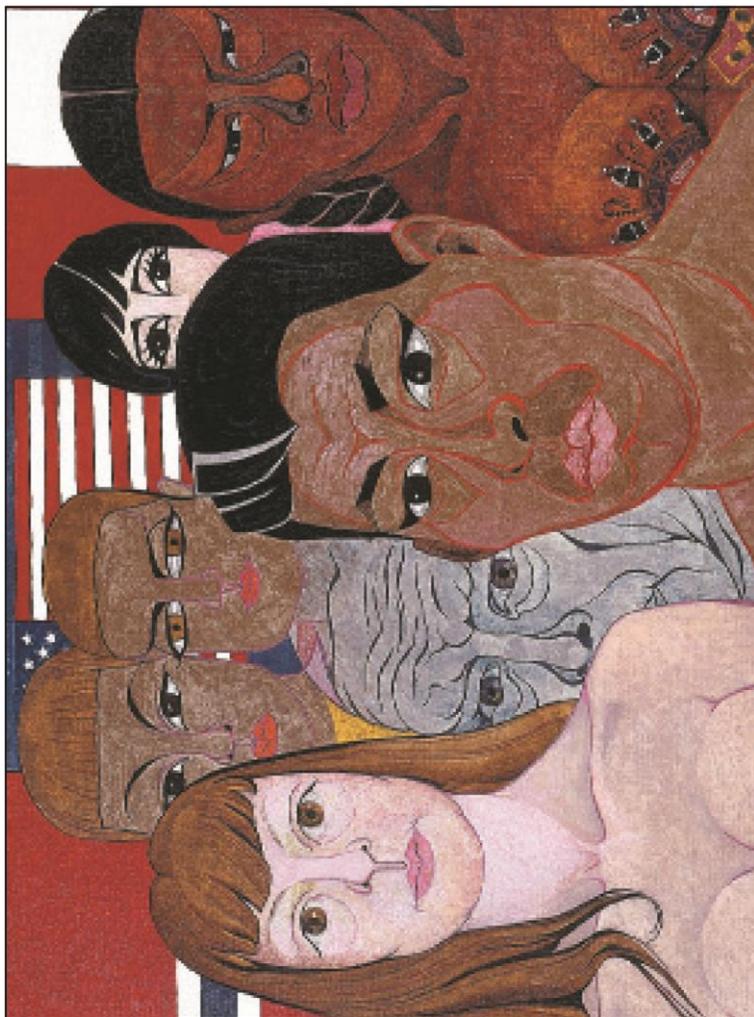
aquellos r

Sus inocentes caritas están, aún en mi mente y siempre las recordaré.
Estoy seguro que son



Cuando la gente se retiraba a dormir después de festejar la noche de Año Nuevo, yo estaba llevando los mellizos a su casa, luego de haber pasado toda la noche en vel cuidándolos.

A través de Anja,
y su linaje
vikingo, mis
hijos llevan su
sangre y mi
pasado inca ha
sido apaciguado
por esta herencia.
Mis descendientes
nunca más
sufrirán el dolor
de mis ancestros.
Las heridas de
mi pasado han
terminado
conmigo.



XIII

CORTO DE DINERO, CORTO DE TIEMPO.



A medida que vamos envejeciendo y con el pasar del tiempo, a veces uno va perdiendo el humanitarismo y el altruismo que tuvimos en nuestra juventud. La nación que no cuida de sus generaciones jóvenes —como pasa en los países del Tercer Mundo— se hace un perjuicio a sí misma. En muchos países de Latinoamérica, raramente ayudan a su juventud; especialmente a los indígenas, mestizos humildes y negros. No los aprecian por lo que son, o peor hacen que ellos no se sientan como ciudadanos de la misma nación. ¡Esos países son como algunos padres que no gozan de los primeros pasos que dan sus hijos, truncando el temprano desarrollo de su potencial humano y así asfixiando el espíritu de su gente joven y haciendo que sus almas lleguen a ser pobres y miserables!

El alma de estos países está tan dividida en clases sociales, donde una desprecia a la otra, tan sólo por el grado de su mixtura racial, dando ventaja al mestizo de piel más clara.

La discriminación en aquellas naciones es tan penetrante, y tan arraigada, que parece como si fuera una característica nacional.

Uno no ve progreso en su erradicación y sólo las fuerzas de la naturaleza, podrán cambiar esos maléficos genes y hacer de aquellas gentes insensibles, no uevoss eresh umanos, q ues er espetene lu noa lo tro, n op or su color o estrato social, sino por el contenido de sus almas.

Mientras crecía vi tantas injusticias en las clases sociales en mi país de nacimiento, que han dañado mi espíritu, haciendo que no me importe dónde esté, ni cuán afortunado sea, o cuán feliz me sienta, ¡siempre habrá una tristeza en mi alma! Es como sentir una soledad existencial en una vastedad de desesperación, añadida con la incertidumbre de nuestra existencia y el inevitable fin de nuestras cortas vidas; dejándonos a veces, incapaces de cambiar nuestros destinos.

Cada viaje que he realizado para ayudar en países necesitados, han dejado un vacío en mi corazón y una profunda frustración debido a mi inhabilidad —y tal como en otros— de hacer algo significativo, excepto pacificar mi alma con frecuentes misiones médicas; ¡para ayudar a pocas gentes que ya estaban muertas en espíritu, pero con vida en cuerpos enfermos! Empero, aun así, recibo la inmensa recompensa moral de la gente en los países donde he ayudado.

¿Cómo poder enfrentar la conciencia enferma de una nación?, ¿cómo podría uno borrar las cicatrices

del pasado?, ¿cómo proteger los capullos que están bajo la sombra de los monstruosos árboles de iniquidad? ¡Oh!, si se pudiera tener unas gigantescas tijeras y cortar las arraigadas ramas de esos añejos árboles de injusticias y dejar que pasen unos cuantos rayos de luz —quizás tan débiles como nuestros deseos— iluminando aquellas semillas de esperanza para que crezcan en estas grandes florestas de desolación. Estas nuevas ramas humanas formarían enredaderas que alcanzarían y absorberían esos grandes y grotescos troncos cicatrizados por los gritos vanos del pasado y por la indiferencia del tiempo.

Uno podría vivir como muchos otros para formar una familia feliz; lleno de realizaciones y logros, trabajando y cosechando las recompensas, e ir al retiro y al término de nuestra existencia. Esta es la forma de vida en una nación desarrollada y de las gentes satisfechas con su mundo material, pero que no han mirado a su alrededor y visto las aberraciones de la sociedad en que viven, aun en un país tan avanzado como el que me ha adoptado. ¡Sí!, Estados Unidos también tiene sus injusticias, ¡pero uno tiene la libertad de estar involucrado o no para ayudar!, sin sufrir esa devastación moral y espiritual que uno siente cuando no se ayuda en los países del Tercer Mundo.

Los Estados Unidos es un país cuyos comienzos fueron fundados bajo la iluminación de un manto moral y espiritual. Aunque su historia está marcada por la esclavitud de los negros, la aniquilación de los

indios y la discriminación de otras razas. Sin embargo, en más de los dos siglos de su existencia como nueva nación, su historia refleja la erradicación gradual del pasado con visibles hechos de libertad y justicia para la gente que fue subyugada. Pero, esto no ha sucedido enteramente por la caridad o compasión a la gente que subyugó, o con la ventaja de un sistema político basado en democracia y libertad; muy por el contrario, estos cambios fueron y son obtenidos por los mismos oprimidos. Porque el espíritu de estas gentes está flameando con optimismo; la voluntad de luchar contra el opresor, está en sus corazones. Estas cadenas pueden ser fácilmente rotas; son plásticas y modernas y no están endurecidas con el pasar del tiempo y la monotonía de los siglos. ¡El país es un mar de esperanza, con ambientes iburonese e indefensos escabrosos para protegerse y gozar de la vastedad de posibilidades!

He llegado al altiplano de mi vida después de haber caminado las tortuosas montañas; sin embargo aún quiero ver más cumbres y valles, pero que den paz espiritual como cuando se está en el Gran Cañón del Colorado, y no como cuando se está en las traicioneras aguas del Pongo de Manseriche en las vertientes iniciales del río Amazonas.

Fue en esta etapa de mi vida, que empecé a ir en misiones médicas y a sentir en mi alma la existencia de los pobres y desvalidos en estos valles olvidados.

Con el correr del tiempo, y en la recapitulación de mis viajes, siento que esos fueron los momentos más

satisfactorios de mi vida. La belleza de la naturaleza disfrutada conjuntamente con esas gentes, ¡serían incomparables con una civilización compacta donde casi nada es natural, donde todo es profano, y donde uno llega a ser tan pobre en espíritu, que la sed del alma sólo puede ser saciada por la adquisición de más bienes materiales! Es así, que quizás, tengo lo mejor de ambos mundos, pero mi confusión se acrecienta con el dilema de haber vivido años de juventud y desarrollo personal en dos mundos tan distintos.

Empecé a buscar fundaciones para ayudar a gente en necesidad en países como Brasil, Perú y México. Encontré pocas instituciones con este propósito, y por lo general, uno tenía que actuar por propia iniciativa y con medios personales.

Hice mi segundo viaje al Perú allá por el año de 1974, esta vez al Hospital Amazónico de Yarinacocha. Este nosocomio en plena selva, fue construido en 1960 por europeos y peruanos, que estaban interesados en ayudar a las tribus de la amazonia y a los pobres de la región dando cuidado médico gratuito. Muchos voluntarios y donaciones llegaban de todo el mundo. Era una institución bien organizada sin intereses económicos, religiosos o políticos. Trabajando en este hospital, uno podía aprender su historia. Tal como muchas otras instituciones caritativas, este hospital también tuvo un comienzo turbulento debido a la falta de dinero, problemas políticos y dificultades internas. Además del cuidado médico y quirúrgico, también promovía

medicina preventiva, enseñando higiene, nutrición, y el cuidado de los niños. A veces algunos casos serios se referían a otros hospitales de la región, si era necesario.

El propósito del hospital era también ayudar a las tribus a mantener su integridad y su identidad como gentes originales de la amazonia y a adaptarse a una usurpante civilización sin rendir y olvidar sus formas de vida, costumbres y su lenguaje.

El Hospital Amazónico, situado sobre las colinas de donde se mira el lago de Yarinacocha, y en plena selva; tenía cuarenta camas, e incluso una pequeña morgue.

Los muertos no tienen tiempo para el “rigor mortis” y empiezan a descomponerse muy pronto en este clima caluroso. La morgue era una pequeña construcción de madera.



Los médicos eran voluntarios de muchos países, que donaban sus servicios por semanas o meses, incluyendo estudiantes europeos que venían a estudiar medicina tropical. Para llegar a las villas lejanas o perdidas en la profundidad de la selva adonde no se podía llegar por bote, se usaban aviones de los misioneros religiosos americanos a veces llevando “doctores descalzos”, que eran gente de áreas locales que recibían enseñanza de medicina rudimentaria y eran enviados a sus villas para dar cuidado médico primario. En este hospital, conocí al doctor Jim, un médico canadiense, dedicado a su trabajo y hábil en toda clase de cirugías.

En los Estados Unidos, hice los preparativos para mi viaje, escogiendo las fiestas de Navidad debido al decrecimiento de visitas a mi consultorio. Mi alma estaba en un dilema con el sentido del “deber” porque iba a ayudar, y de “culpabilidad” porque iba a dejar a mi familia por esos días tan solemnes. Mi situación económica no era sólida, y no tenía seguro de vida ni de salud.

Tenía nostalgia por el Perú y mi propósito era ir a trabajar y esperaba que esto fuese un reto, suficiente para satisfacer mi deseo de ayudar. Llené mi mochila con medicinas, jeringas, y en esta misión: “pequeñas agujas para niños”. Compré suministros de equipo del ejército y dejé todo lo superfluo, no llevaba cosas de valor, como radios, televisores o cámaras fotográficas. Esta vez no viajaba en avión de hélices, sino iba en jet. Mi apariencia no era arrogante y ahora tenía una barba permanente, que me había dejado crecer en los tumultuosos años de 1970. El viaje fue rápido y la siempre brumosa Lima ya estaba en el horizonte. Una vez en tierra, el olor era tan usual — una combinación de humedad y el olor de alimentos no producidos en fábricas—. Caminé sobre el descuidado mármol verduusco del aeropuerto. Los policías con uniformes, y pistolas en blancas fundas estaban siempre presentes con sus suspicaces miradas, pero con un sencillo caminar.

Las autoridades aduaneras parecían casi sorprendidas de que yo viajara tan livianamente, ya que no traía nada de valor, a excepción de algunos

instrumentos médicos, y medicinas que ellos no deseaban embargar o perder su tiempo en revisarlos.

Afuera del aeropuerto, todo era un pandemónium: los taxis, los pequeños ladronzuelos y la gente que venía a recibir a los viajeros. Mis padres, se veían con más arrugas y más tristes que cuando los dejé la última vez. ¡El hijo había vuelto, pero no parecía próspero! Estaba en ropa de faena, botas de soldado y llevando una mochila, que eran productos descartados de la guerra de Vietnam. ¿Era ésta la imagen de un médico que se había graduado en el país más grande del mundo, y con tanto sacrificio? Podía mirar sus caras de desaprobación, aunque ellos se sentían felices de verme una vez más.

Salimos en el carro de mi padre y dejamos el ruidoso aeropuerto. Mientras miraba a través de la ventana, podía ver a la gente en ropas oscuras, lento caminar y quizás con pensamientos tristes; aun cuando reían. Las calles asfaltadas, estaban llenas de huecos y las veredas rotas. Las casas de cemento armado se veían atractivas, aunque muy pocas casas y edificios nuevos habían sido construidos desde la última vez que salí y mayormente estaban llenos de polvo por la falta de lluvias. Mi alma se sentía triste, pero mi mente estaba feliz por estar en el lugar de donde procedía y por ver a mis padres que me traían gratas memorias del Amazonas.

Llegué a la casa de ellos donde nunca había vivido. El hogar tenía un aire de quietud, y en la calle reinaba el silencio; no había autopistas cercanas.

Empezamos a recordar viejos tiempos y hablamos sobre mi inesperado viaje al Hospital Amazónico. Ellos pensaban que yo no estaba cuerdo. Había mucho que ver en Lima, donde tantos adelantos modernos estaban sucediendo. Querían llevarme a los mejores lugares, especialmente a las zonas más hermosas y exclusivas de Lima, como San Isidro y Miraflores.

Mis padres no llegaban a entender, que mi intención era ayudar a los pobres y gozar de la naturaleza. Y yo esperaba trabajar tanto como fuera posible y hacerlo en corto tiempo. De algún modo entendieron mis sentimientos, porque previamente vieron cuán feliz estuve a mi regreso del terremoto de 1970 en el Callejón de Huaylas. Esta vez sólo estaría con ellos en mi último día de estadía en el Perú, ¡después que hubiera hecho mi misión médica, limpiando así mi conciencia como una confesión!

Acomodé mi mochila y salí para el aeropuerto al día siguiente. Ahora me sentía más como un peruano. El regionalismo del lugar se apoderó de mí rápidamente, y me sentía más cómodo. El olor de la ciudad, el aspecto de la gente y los baches en las calles, ahora eran más aceptables. En el aeropuerto, en la sección de vuelos nacionales, la gente con niños y bolsas provisionales estaban abordando pequeños aviones para dirigirse al interior del país. No había necesidad de lujosas vestimentas, corbatas o cámaras. Esta era la vida real y no el espectáculo, a veces, pretencioso de Lima. Subí a un pequeño avión de "Faucett" para Pucallpa. Al sentarme en el

estrecho asiento, esto me trajo recuerdos de mi tucán con su largo pico, su pintoresca cara y los momentos cuando compartimos el oxígeno, años atrás. Aún podía sentir sus garras sobre mis manos, que no habían sido desfiguradas por el trabajo manual.

¡Oh, Lima, tu escenario no ha cambiado, sólo has crecido! Cruzamos los frígidos y elevados Andes, aterrados de pensar que cualquier cosa podría suceder aquí, pero la vista era hermosa; con cumbres de nieve perpetua que se veían pasar rápidamente. Luego de volar por un rato, se sentían el calor y la humedad de la selva, y abajo se veía una verde alfombra que nos daba la bienvenida. El río Ucayali con curvas como una serpiente, y sus tributarios hacían un juego de rompecabezas conmigo. Me vino un pensamiento macabro: ¿No sería mejor caer en esta área, si hubiera un accidente, entonces, por lo menos, nuestros cuerpos se podrían regenerar en abundante vida en este paraíso selvático; tan distinto que si algo así nos pasara en los desolados Andes?

Aterrizamos en un aeropuerto abierto a la naturaleza. Podía sentir la calurosa y húmeda brisa rodeando mi cuerpo como si fuera un viejo amigo gigante dándome la bienvenida.

Tomé un taxi al Hospital Amazónico, ahora la selva no era tan virgen como cuando estuve años atrás, siendo niño; polución y automóviles eran parte del escenario. El vehículo se movía dificultosamente, mi alma y mi cuerpo eran sacudidos en esta carretera, pero estaba lleno de entusiasmo. Árboles y matorrales en abundancia a los costados del camino

daban un verdor general y natural, incluso las mismas casas eran de materiales que crecen en esta selva.

El hospital ya descrito, olía a antisépticos, enfermos y muertos. Todo se descompone rápidamente en la selva; los muertos no tienen tiempo para adquirir el “rigor mortis” y no muy lejos, se veía una pequeña casa de madera que era la morgue.

Me presenté ante el doctor Jim, que estaba rodeado por enfermeras y médicos en uniformes blancos. Todos parecían reverenciarlo; yo mismo sentí admiración por su aire de humildad y su energía ilimitada. Tenía el cabello corto, ojos azules, y aunque parecía bajo en estatura, era más alto que yo. Usaba pantalones cortos y estaba siempre sonriendo, aunque se veía preocupado. Sus médicos asistentes eran suecos e ingleses y habían antropólogos de otros países, que estaban estudiando y ayudando a los nativos con sus problemas sociales.

Sentía que dudaba de mis intenciones; yo carecía de una carta de presentación o recomendación, y él no tenía idea de mi persona. Le dije que era un pediatra graduado en Estados Unidos, que tenía experiencia en este tipo de trabajo y que deseaba trabajar por un mes. Llegó a darse cuenta que era un extraño como él y que quería ayudar gratuitamente. Pero estoy seguro, que aún así, tenía ciertas reservas en su mente acerca de las razones de mi presencia en este lugar. Sabía que los médicos en el área, no hacían trabajo voluntario, probablemente en su mayoría por razones económicas.

Muchos doctores en el Perú trabajan en modestas condiciones, baja remuneración, falta de equipamiento, y en un país con severa división de clases. Sin embargo, la mayoría de médicos peruanos en el curso de su trabajo, ayudan a mucha gente y como un “Buen Samaritano”, permanecen incógnitos. Uno puede especular, ¿porqué los médicos el país no estaba yudando? Creemos que nosotros los médicos, algunas veces, somos injustamente juzgados, lo que hace nuestra posición vulnerable.

A pesar de ser nuevo los trabajadores en el Hospital Amazónico empezaron a tratarme como si hubiera estado por algún tiempo en el lugar. Me dieron un cuarto en el edificio de las enfermeras y doctores extranjeros, que era moderno y mejor amueblado que el de los trabajadores peruanos. Puse mi mochila en el piso; saqué mi estetoscopio y lo coloqué en una silla de madera, como si se tratara de mi única compañía. Este estetoscopio sería lo único que podría darme credibilidad y así ganar la amistad de la gente, especialmente de aquellos niños con sus rostros sucios, sus dientes picados y sus cálidas sonrisas, también sería el instrumento; que colocaría en el pecho de la gente moribunda, para no oír más los latidos del corazón, y el mismo que dilató mis pupilas de encanto cuando lo usé por primera vez en la Escuela de Medicina.

Me bañé en una ducha de agua fría que en sí era “caliente” y me quitó el sudor y el cansancio en este clima insoportable. Me vestí con ropa liviana y salí a

comer cruzando el patio. Los sonidos y la sensación de la selva me traían recuerdos de mi juventud: el ruido de los millares de insectos, el sonido de los pájaros, la vista de los grandes sapos comiéndose a los sapos pequeños y aquéllos siendo devorados por las serpientes. La vida y la muerte eran continuas, incluso nuestros propios cuerpos llegaban a ser parte del festín de los mosquitos que pueden propagar las más mortales y desconocidas enfermedades en climas templados.

Después de cenar, regresé a mi cuarto vacío y casi sin muebles. Me sentía solo, mientras la oscura selva estaba viva con los sonidos de la abundante vida animal. Pensaba en mi familia en los Estados Unidos, y un pesar inerte vino a mí, casi como un sentimiento de inutilidad de nuestra existencia. Angustioso esperaba el nuevo día para trabajar hasta cansarme de la tarea cotidiana, y para que este vacío existencial fuera llenado con la penumbra del sueño. Vino la mañana muy rápido y el sol caluroso apareció. Los insectos no eran tan ruidosos y el calor era ya agobiante. Me puse mi ropa blanca de cirujía después de un rápido baño.

Tomé un desayuno simple. El doctor Jim había hecho ya visitas médicas en la enfermería y estaba listo para hacer operaciones. Fui designado a la clínica de pacientes externos. Una enfermera me llevó a mi lugar de trabajo que parecía un mercado; con gente que se veía vieja a pesar de ser joven, bebés prendidos de los senos colgantes y vacíos de sus madres, niños de rostros pálidos aferrados a sus

padres. Parecía un gigante comparado con esta gente, aunque yo era uno de ellos. El olor era penetrante, el sufrimiento de sus vidas era indefinible. Entré al cuarto de exámenes que tenía un pequeño escritorio de madera, encima del cual, había un antiguo estetoscopio “Laennec” de madera, que era una réplica del rudimentario instrumento inventado por este médico francés en 1770 para auscultar el corazón y el pulmón, el mismo que hasta ahora era usado en estas áreas.

Comencé a ver a los niños con sus madres, quejándose —eternamente— sobre la falta de apetito, severas diarreas, deshidratación y otros síntomas típicos del tercer mundo. Nuevamente sentí como si estuviera en Saint Louis, en el hospital de la ciudad. ¡Tenía que trabajar arduamente por compasión de los pacientes y aprender rápidamente por la necesidad de hacer el bien! Las enfermedades que veía eran tan diferentes a las de los Estados Unidos que yo era casi un neófito en el campo de la medicina tropical, pero las enfermeras y los otros ayudantes habían tratado estos males tan comunes por años y me enseñaron a diagnosticarlos y tratarlos. El manejo de la clínica se había hecho tan rutinario que su eficiencia era bien recibida. En estos lugares, el médico es un símbolo de esperanza, simplemente por ser un médico. ¡Esta gente estaba esperando milagros! Las enfermeras sabían que nosotros podíamos ayudar a un niño en el primer día, pero un día después, ese niño volvería en peor condición, y a la semana siguiente ese mismo niño podría estar muerto.

La curación no está con el doctor ni en las medicinas; sino en las manos del Gobierno y la sociedad. La erradicación de las enfermedades debe estar en la enseñanza a las masas que se reproducen tan alarmantemente, ¡y donde el denominador común es la muerte y el numerador es la supervivencia del más fuerte!

¡No había razón de engañarnos entre nosotros. ¡Sí!, estábamos ayudando, pero se sentía —más— como si estuviéramos escalando unas montañas de “jabón”, en las que por cada paso tomado hacia arriba, resbalábamos dos pasos hacia atrás. Tratabamos de usar nuestras manos, tan sólo para que nuestros dedos se aferraran al crepitante vacío de la “espuma” de la desesperanza! A pesar de todo aprendía rápido. No había tiempo para meditar o reflexionar; la gente estaba esperando para que los curáramos. Teníamos que darles algo y al fin del día se sentían contentos porque habían tratado de hacer lo mejor para ellos o para sus hijos; lo cual era ir a ver al médico y nosotros satisfacíamos ese deseo. Algunas gentes habían vendido todas sus pertenencias y navegado los lejanos ríos por días, trayendo a sus agonizantes niños para que los tratáramos. Cuando les decíamos de la imposibilidad de una cura, sus caras y sus almas se aliviaban como si el peso de las posibilidades hubiera sido removido de sus hombros. Se mostraban tristes, pero estoicos y también resignados, porque habían hecho todo lo posible y éste era el último lugar de esperanza. ¡Éramos las

últimas personas que les diríamos que ellos, ya, habían llevado suficiente infortunio y podían ahora estar en paz con sus conciencias, dejando que sus niños gravemente enfermos regresen a las puras neblinas del cielo de donde vinieron!

El doctor Jim tenía un trabajo más recompensable, como es para la mayoría de los cirujanos. Él curaba enfermedades casi en frente de los estupefactos ojos de los pacientes. Removía grandes tumores, cataratas y todo aquello que podía ser extirpado y producir una inmediata cura o alivio. Quizás, es por eso que él podía estar en este lugar por tanto tiempo; cada día, cada paciente era un éxito. ¡En cierto modo, lo envidiaba, porque él no tenía tiempo para deliberar en pensamientos esotéricos; como la vida y la muerte, y por qué un niño tan lleno de vida, tenía que sucumbir por simples enfermedades; como la diarrea, mala nutrición y deshidratación! No había mágicos instrumentos para erradicar los males, y aunque los diagnosticábamos y teníamos los medicamentos para tratarlos, la naturaleza de la selva misma que es el origen de casi todas las enfermedades los reclamaba de nuevo. ¿Cómo podría uno resolver esto? A menos que un esfuerzo masivo del Gobierno confrontara estos problemas. ¡Pero esto no pasará en mi tiempo, ni en el del doctor Jim! Pero aún así, la satisfacción era salvar una vida más. ¡Lo que importaba en esta escena de gente desesperada, era sacar de estos “dantescos cuadros”, algunas almas para que vivieran

un día más en estas prístinas, pero traicioneras selvas!

Los días pasaban y yo podría haber permanecido allí por años y nada habría cambiado. Uno aprendía sobre enfermedades tropicales y su viviente patología, casi en un día. Una muestra de evacuación vista en el microscopio, mostraba todos los parásitos que uno necesitaba ver para aprender sus ciclos de reproducción y patología. Un solo paciente podía tener todas las infecciones tropicales, y en dos o tres días, se podía aprender a diagnosticar la mayoría de las enfermedades, y probablemente sería imposible curar ninguna de ellas, y tan sólo aliviar los síntomas, pero por un tiempo limitado.

El doctor Jim era generoso. Tenía una familia joven y se había adaptado al lugar y a la gente. En él yo veía la ausencia de vanidad y el rechazo al escalonamiento social. Se sentía que era como los demás. A diferencia de algunos, que a veces, en esa posición tendrían la “cabeza en las nubes” y quizás no se sentirían “dignos” para ayudar a los de las clases no privilegiadas.

Recuerdo un día, muchos años atrás, cuando estaba en Huaraz y había terminado nuestro desfile militar del veintiocho de julio (día de la Independencia), un amigo y yo compramos unos barquillos de helados a un vendedor ambulante. Por la tarde, tenía una diarrea que no podía parar; mi temperatura era alta y al día siguiente presentaba un cuadro de severa deshidratación. El doctor vino a la casa, pero no entró al cuarto a examinarme, y en

cambio, mandó a su asistente a verme, quedándose en el patio. En alta voz desde afuera, el médico le preguntaba al enfermero: “¿Tiene rigidez en el abdomen?, ¿cómo está su lengua?, ¿está su piel seca?, ¿qué temperatura tiene?, y así seguía. Su diagnosis fue fiebre tifoidea, y al paso que iba no había mucho que pudiera hacer. En aquellos días, la penicilina estaba llegando al escenario médico como una droga milagrosa para todos los males infecciosos, pero no a esta remota ciudad tan lejos de la capital. Él me prescribió algo, pero probablemente, tan sólo para aliviar los síntomas y recomendó que me dieran bastante líquido. Mi madre estaba al lado de mi cama día y noche. Ella me daba toda clase de hierbas y pociones que eran remedios caseros, entre ellos le habían aconsejado que me dieran “testículos de cordero” hervidos en agua hasta que se reventaran. Me daba esta sopa como último recurso. A pocos días, mi padre viajó a Lima y consiguió penicilina que debía ser inyectada intramuscularmente cada cuatro horas por un sargento sanitario que dormía en nuestra casa, mientras estaba enfermo. Estoy seguro que mis colegas de enfermedades infecciosas, verán la penicilina con escepticismo como tratamiento para la fiebre tifoidea, pero sin embargo, después de un mes, y estando ya casi un esqueleto, empecé a recuperarme.

Ahora como médico, hundo mis manos en cualquier paciente, a veces sin ninguna otra razón

que darle a esa persona alguna esperanza, al igual que el doctor Jim, quien personalmente, examinaba a gente con lepra u otras enfermedades contagiosas, sin temor a contraerlas.

Pero en el tiempo que he conocido médicos, he visto arrogancia en algunos. Es posible que esa “reluctancia” en tocar ciertos pacientes, sea porque ellos saben de la inutilidad de esos gestos, o quizás porque han llegado a endurecerse por la abundancia de enfermedades. ¡Sólo Dios sabe!; los doctores somos humanos, y tenemos derecho también a nuestras idiosincrasias.

No podría criticar a este hospital, aunque en todo nosocomio, hay siempre razones para hacerlo; pero eso sería injusto aquí. Les caí bien a todos y llegué a ser parte de la familia. Traje optimismo y alegría porque soy una persona extrovertida, raras veces hablando de miserias o pesimismo frente a la gente. Ese es mi modo de no mostrar mi confusión interna. Puedo hacer que los niños rían, puedo hablar con sus padres, puedo hacerles saber que yo vivía como ellos en junglas más aisladas y que no me he olvidado y que ¡cuánto me gustaría hacer —mucho más— por ellos!

Es así que, el pasar del tiempo y los años vividos, estos dos compañeros de la vida, llegan a ser una amenaza. Y a no soy el médico joven que era, y probablemente no muy bien adaptado para los Andes donde el aire es tan tenue que a veces el solo respirar es un esfuerzo. Por otro lado, he sobrevivido

dificultades y mis años añadidos son prueba de que soy un sobreviviente. A pesar de las circunstancias, el cuerpo puede acomodarse a lugares ásperos si uno toma el tiempo necesario para aclimatarse en áreas inclementes.

Nuevamente, llegó el momento de partir. Había hecho buenos amigos y les prometí que volvería; ellos querían que regresara pronto. Me llevaron al aeropuerto. Las frecuentes “despedidas” familiares endurecieron mi corazón y sólo podía reprimirlas con la idea de volver. ¡Adiós, Pucallpa!, ¡adiós, doctor Jim!, tú fuiste un no celebrado Albert Schweitzer. Espero que este pequeño párrafo te haga justicia.

Aterricé en Lima. Ahora podría gozar de esta ciudad, que tiene un interesante pasado, llena de edificios coloniales, y lugares para ver, especialmente sus museos. Mi corazón rebosaba de alegría. Me sentía purificado quizás, por otro año. Era tiempo de regresar a Norteamérica, que ya empezaba a extrañar, y en cada viaje me doy cuenta de lo magnánimo que es ese país y cuánta esperanza hay allí; ¡pero también espero, continuar el ejemplo de lo que hace grande a los Estados Unidos! ¡Y eso es su compasión!

Una vez de regreso a San Diego y manejando a mi consultorio en Otay, la calle Main parecía desierta; sin veredas y sin gente. En mi local de consultas todo estaba en orden: los niños bien nutridos, nadie parecía que realmente estaba mal, pero aún así tenía niños enfermos debido a la ubicación y tipo de población a la que yo atendía. Mi pequeño centro

médico seguía creciendo a pesar de que mis colegas raramente enviaban gente a esta área. Mis pacientes eran y son mi fuente de referencia, ellos son mis aliados.

Algunos colegas cuestionaban mis frecuentes y prolongadas ausencias, pocos podían visualizar lo que yo estaba haciendo. Algunas veces era hasta embarazoso decirles dónde había estado. Pero este país es tan democrático, que uno puede hacer lo que le plazca sin la aprobación o desaprobación de otros, especialmente si uno está en control de su propio tiempo y economía para lograr las cosas que quiere hacer. En vez de cruceros o vacaciones, yo estaba contento en hacer mis misiones médicas en el Amazonas. Me sentía bien recompensado después de estos viajes, aunque mi estado psíquico estaba en una condición deplorable y me tomaba varios días despojarme del deprimido sentimiento, del hedor de las enfermedades y la miseria de algunas partes de la selva.

Mi local estaba nuevamente empezando a verse pequeño. Comencé con planes para la edificación de una clínica más grande para la comunidad hispana, trayendo a médicos latinos. Empecé a hacer contacto con médicos de habla hispana, usualmente graduados en el exterior. Muchos habían venido a este país por falta de médicos a causa de la guerra de Vietnam, que había reclutado casi a todos los médicos americanos, incluso a mí. Muchos programas prestigiosos de residencia fueron cubiertos con esos médicos foráneos. También, debido a

nuevos programas de acción afirmativa instituidos, muchas escuelas de Medicina estaban graduando a más médicos de las minorías raciales, nacidos en este país. Algunos estaban interesados en venir a San Diego y empezar a practicar Medicina. Con este proyecto en mente, fui al Banco de América y nuevamente solicité la ayuda de la señora Mulosky. Ella no podía negar el éxito que tuve, y con un nuevo préstamo, procedí a ampliar el local, construyendo además una sala de radiografía y un laboratorio. Traje a un obstetra y a una pediatra, ambos mexicano-americanos. Después, traje a otros médicos, y aun otros más se unieron a mí, incluyendo uno de Cuba, el doctor Ramón Moncada. Éramos todos como una familia, y cada uno estaba ocupado tan pronto como colocaba su nombre en la puerta. Eran excelentes doctores y su conocimiento del español les ayudó en su meteórico éxito.

Una vez más, me entró el deseo por un viaje de regreso al Amazonas. Conocía Pucallpa y tenía muy buenas relaciones con el doctor Jim. Como lo hacía usualmente, no hice planes. Estaba cansado de la burocrática rutina en mi práctica de Medicina y dejé a otro pediatra para que me reemplazara en mi ausencia. Llené mi mochila con instrumentos médicos y medicinas. Arreglé mi viaje, como antes, durante las festividades de la Navidad y esta vez llevaba a mi hijo mayor, Roy. Salimos del aeropuerto de Los Angeles en traje de faena y sin artículos de valor que otros pasajeros generalmente llevan. Aterrizamos en Lima, y al día siguiente fuimos a Pucallpa, al Hospital

Amazónico. Para mi incredulidad, el complejo médico estaba cerrado, algunos trabajadores que yo conocía todavía estaban allí, se veían tristes y faltos de optimismo. El lugar estaba desierto, parecía como un cementerio; los gritos de los niños y el hedor de las enfermedades no se sentían más ahí. Las enfermeras, los doctores y los antropólogos se habían ido. Por razones políticas, el hospital estaba cerrado.

Empecé a darme cuenta, que cómo en muchas operaciones similares, el carisma de un individuo, hacía que tales instituciones funcionaran bien —una persona como el doctor Jim—, pero cuando el líder dejaba el lugar, con su ausencia todo terminaba. El entusiasmo, optimismo y dedicación al trabajo de esa persona eran contagiosos. Cerrar un lugar como éste, era destructivo y un detrimento para la comunidad, y no había continuidad o plan para hallar otro médico con la filosofía del doctor Jim.

Un empleado me recibió y me dijo que esperara y que el nuevo director del hospital, un doctor de la localidad, vendría a hablarme. Me senté con mi hijo, sintiéndome un poco avergonzado por este inesperado incidente. Roy creía que yo iba a ser recibido por mucha gente, y que iba a trabajar bastante. Quería darle la enseñanza de lo bien que uno se siente cuando se ayuda a otros.

Desafortunadamente, el hospital ya no era lo que fue.

El médico apareció, era más bajo de estatura que yo y de complexión más clara. Tenía el cabello perfectamente acicalado y vestía bien. Parecía descansado y sin ningún aparente problema. Le dijo

al guardián que nosotros esperáramos hasta que él terminara su desayuno y luego nos llevara a su oficina (el doctor Jim creo no tenía oficina). Pacientemente esperamos leyendo algunas revistas de los años 1930, mientras yo me esmeraba en darle excusas a mi hijo. Finalmente, fuimos conducidos a la oficina del director. Me sentía incómodo y “apocado” como si fuera a una importante entrevista. Por alguna razón me sentía inquieto con él. Le dije que era un médico de los Estados Unidos, un pediatra y estaba dispuesto a trabajar como voluntario, y que sólo ése era el propósito de mi viaje. Le mencioné que había trabajado con el doctor Jim y lamentaba su ausencia.

Él respondió: “Lo que se hacía en este hospital, no era la mejor solución para enfrentar el problema de la gente en esta región amazónica”. Él y el Gobierno estaban buscando un mejor método y estudiando la situación, una vez instituido sería más eficiente, porque cubriría áreas más extensas y el cuidado médico llegaría a más gente. Un plan grande que probablemente era lo que se debía hacer, pero todo estaba siendo estudiado en Lima. De todos modos, mis servicios no eran necesarios y allí no había pacientes. Yo entendía lo que él estaba hablando, pero el doctor Jim había hecho lo que sólo una persona podía hacer. ¿No era mejor ayudar a unos cuantos, mientras que un grandioso esquema estaba siendo diseñado? Estaba de acuerdo con el nuevo plan del Gobierno, pero en realidad, cerrar ese hospital era deplorable. Desde luego, lo que vi y oí era solamente lo superficial de la situación. Estoy

seguro que había justas e injustas razones que yo no podría explicar y es posible que pudiera estar equivocado. Otros médicos foráneos como yo, probablemente seamos ingenuos, pero estábamos tratando de hacer algo por unos cuantos seres humanos que cruzan nuestro camino. No pretendíamos resolver los problemas de una nación, ¡aunque me gustaría intentarlo, y hacerlo!

Le pedí al doctor si —por lo menos— podíamos pasar la noche, dado a que habíamos planeado estar allí por algunos días. Él nos asignó para esa noche la casa vacía en la que había vivido el doctor Jim. Roy y yo fuimos allí; una casa de selva, ahora cerrada por meses, y donde encontramos cada rincón del lugar lleno de tarántulas y toda clase de insectos. Pasamos el atardecer matando esos arácnidos para disponer de un lugar seguro para dormir. Cansados de la “matanza” decidimos dormir sobre una mesa en medio del cuarto, ya que estaba libre de arañas. Pernoctar en una casa plagada de tarántulas parecía imposible, pero sin embargo lo hicimos y a la mañana siguiente arreglamos nuestras mochilas y partimos de aquel lugar, que alguna vez fue un concurrido hospital. Tomamos un avión para Iquitos y desde allí fuimos por barco a Nauta donde los ríos Maraón y Ucayali se unen para formar el río Amazonas. El viaje por lancha fue una experiencia y me sentí tan joven como mi hijo. Gozamos la compañía de los viajeros ribereños del área y de un aventurero americano que se nos unió en el viaje. Llegamos a Nauta, una pequeña ciudad sin doctores en ese tiempo. Me dirigí

al alcalde de la ciudad y le dije que era médico y quería contar con su permiso para atender pacientes en la posta médica que estaba abandonada. El alcalde fue receptivo y me dio un papel en el que se leía: “En nombre del gobierno revolucionario, autorizo al doctor americano Carlos Sánchez para dar ayuda médica a la gente de Nauta”. Él fue el primero en traer a sus hijos para ser examinados. A partir de ese momento, trabajé sin descanso viendo filas de gente con dolencias mayores y menores. Este cambio de eventos fue quizás más satisfactorio para mí, que trabajar en el hospital, porque tenía que hacer uso de mi propia “astucia clínica” y “empresarial” para manejar los casos, conseguir las medicinas y también podía enseñar al sanitario cómo cuidar de los enfermos. Mi hijo estaba contento por mí, porque al fin estaba ayudando a la gente, que era lo que quería hacer. Él se entretenía con el turista americano, y ellos eran bien tratados en razón de mi celebridad.

Permanecimos allí pocos días y fuimos por el río a otra villa pequeña para hacer lo mismo. Nuestra ayuda fue bienvenida. Yo estaba entretejiendo ideas para hacer el mismo tipo de trabajo en el futuro, siendo mi propio agente y creando algunas improvisadas clínicas móviles donde fueran necesitadas. Sin embargo, mi mentalidad americana estaba consciente de posibles problemas médico-legales. Discutí mis preocupaciones legales con algunos médicos en el Amazonas y ellos negaron la posibilidad de juicios por inesperados malos resultados. Ahora, mis pensamientos eran construir o

formar un barco-hospital, navegando por el Amazonas y sus tributarios, y llevando ayuda médica a más gente en las remotas áreas de la selva. ¡Estaba lleno de planes, pero corto de dinero, y lo más importante, corto de tiempo! Dejé mis proyectos de lado para el futuro, con la esperanza de que algún día, tendría el tiempo y los recursos para hacer esto.

La idea de unirme con los gobernantes del Perú, siempre ha estado en mi mente para resolver estos problemas en cooperación con la población y el Gobierno, ¿por qué no? Mis intenciones eran sinceras y estaba deseoso de trabajar para este fin. Tenía una visión global y un conocimiento profundo de las necesidades del país, obtenidos en mis años de observación, vivencias y trabajo en los más recónditos lugares del Perú.

Pienso que la experiencia práctica es una mejor preparación para ayudar a un país en desarrollo, que la obtenida por alguien cuya experiencia esté rodeada por la confusión política del país, y además un buen gobierno vendrá de alguien que comprenda esto y también el pensamiento de los líderes de otras poderosas naciones que dominan la economía del mundo, especialmente los Estados Unidos y los países de Europa.

Este gran país, los Estados Unidos, ha sido forjado bajo los principios de derechos humanos, democracia y libertad. Esta nación usa el poder de “persuasión”, esa capacidad de discutir y llegar al corazón de la gente y las instituciones; aun de las más grandes y monopolizadoras empresas. Aquí los

líderes escuchan a sus electores, porque la mayoría de estos gobernantes son gente que ha llegado a la cima del poder por medio del arduo trabajo, independencia y honestidad; a pesar de que muchos de ellos provienen de humildes hogares, también saben jugar recio en el campo de la política. No descuentan a un individuo porque es negro, mestizo o pobre, a menos que esa persona sea incapaz de sentirse tan igual como ellos. Uno tiene que ser persistente para ser oído, y para poder llegar a un "consenso" por medio del "compromiso", tal como lo expresó en su libro "Prophiles in Courage", John F. Kennedy. En los países del tercer mundo, los líderes están predeterminados. En las naciones andinas, les sería inconcebible tener a un indígena o a un mestizo de tez oscura como presidente. La actitud de los mismos indígenas o mestizos es que ellos quisieran tener en el mando a una persona "de presencia", aunque esta idea ahora parece ser que está cambiando.

A través de los años, he visto a la mayoría de líderes de mi madre patria no ser dignos del pueblo, o si son buenos gobernantes; la gente no está unida para apoyarlos. La acumulación de problemas inherentes y antiguas injusticias sociales, pueden sofocar al líder más capaz y benevolente. Las multitudes son difíciles de satisfacer y con tanta pluralidad de orígenes y distinción de clases sociales, ¡un buen gobierno se hace aún más difícil de alcanzar!, ¡pero algún día tiene que hacerse!

Nuestro mundo se está haciendo más pequeño y muchos países están viendo la necesidad de hacer algo por el ambiente. La gente, a través de la información electrónica está llegando a ser más instruida —acerca de lo que se necesita hacer— no sólo en algunos países, sino también, en el mundo entero. Se necesita salvar este planeta, ¡que está decayendo y grandespasos! A unos países poderosos, son incapaces de controlar el hurto de la naturaleza y la desaparición de muchas especies en sus propias tierras, y nadie se propone discutir sobre la “superpoblación”.

Soy creyente, pero pienso que el paraíso donde la gente de bien va, es un lugar como el que habitamos y ese paraíso está aquí. Hemos explorado el espacio y hasta ahora todo lo que hemos visto en ese vacío del universo, son planetas que se están fundiendo o congelando en inimaginables temperaturas en las que sólo los átomos sobreviven en tremenda y catastrófica agitación. ¿Dónde más, sino en esta Tierra, uno puede encontrar lagos cristalinos, verdes florestas, inmensos océanos, majestuosas montañas y diversas especies de vida? ¡Si esto no es un paraíso, yo no sé qué es!, y nosotros estamos buscando en el espacio, por algo que ya tenemos aquí. Lo que necesitamos es paz espiritual para gozar de este diminuto punto azul en el espacio, creado por Dios para nosotros; y que necesitamos mantenerlo intacto y preservarlo tan naturalmente como sea posible. Desafortunadamente el hombre y las acciones, están continuamente ensandocómomo

ejorar sus destinos, pero en este proceso están destruyendo nuestro planeta. Estos son ensayos del pensamiento, pero volviendo a la realidad siento que mientras voy pasando por esta corta vida, lo que he hecho o hago, al fin y al cabo, no tendrá ninguna significativa contribución en el cambio de mi país de origen, o quizás en mí mismo!

Regresé a Lima, y la rutina era tan materialista, que me puse a meditar sobre la psicología de la nación y de la gente. Trataba de comprender qué sucedió en los años que estuve ausente del Perú. ¡Qué es lo que había perdido y qué es lo que había ganado!

Regresé a los Estados Unidos y a mi consultorio. Por ahora los nuevos médicos latinos estaban llegando en gran número. Recuerdo que en los inicios de los años 1970, cuando fui a la reunión de médicos de un hospital por primera vez, no había quién me presentara como nuevo miembro. Todos eran americanos y yo era el único "latino". Mi objetivo era ser considerado como uno de ellos, y me presenté yo mismo con algunos comentarios y así fui aceptado.

Los nuevos médicos hispanos formaron un pequeño grupo que estaba creciendo y yo era la persona que de algún modo daba un grado de confianza para algunos de ellos. No tenía problemas para conducirme con cualquier raza o segmento de gente. Estaba contento que muchos vinieran para dar cuidado médico a la comunidad hispana. Algunos de ellos provenían, supuestamente, de clases

privilegiadas y sus agendas eran diferentes a las mías.

Pero este país es tan diverso y magnánimo que hay espacio para toda idiosincrasia y tarde o temprano, todos llegarán a sentir la esencia de lo que es ser un “verdadero americano” y esto no es necesariamente ser rubio, de ojos azules o piel blanca, sino ser alguien que trabaje como parte de una sociedad homogénea y aún mantener su individualidad; una persona que pueda sentir orgullo de sus humildes orígenes y que se haya formado por sus propios esfuerzos, no por el nombre de la familia, dinero o estrato social.

Raras veces uno escucha a americanos vanagloriándose de sus riquezas heredadas o de sus posiciones privilegiadas. Ellos, muy por el contrario, se mortifican y se avergüenzan en sus situaciones exclusivas y precian a la gente que ha llegado a ser algo por sí misma, mientras que algunos foráneos en el legado, especialmente en el continente americano, traen consigo profundas ideas anticuadas y arraigadas en distinción de clases. Es así que en la mayoría de las estaciones de televisión de Hispanoamérica, se ve solamente un segmento de raza representado en sus locutores. Uno podría pensar que los países sudamericanos no tienen indios, negros, mulatos mestizos; mientras que en la televisión americana hay muchas razas representadas, aunque esto no fue tan fácil; la gente sin privilegio luchó y lucha por ello; uno podría decir que la igualdad racial está sucediendo,

probablemente no tan rápido en la mente de los discriminados, pero están curriéndose y se está generando. Soy testigo y he experimentado los cambios y la continua disminución de la discriminación racial desde que vine hace varios años a este país.

¿Qué es lo que tiene que hacer mi país de nacimiento con este problema de la desigualdad racial, que es psicosocial, cultural y ancestral? Ahora, la fragmentación de las clases sociales; son más divisorias y notorias. Las masas de indígenas y mestizos se están reproduciendo en un alto índice, en tanto que los criollos están dejando el país o reproduciéndose menos. Cada raza o clase es parte de este país, y todos deben trabajar juntos. Después de todo, los peruanos son “hechos” de la misma tierra, aunque con diferentes tonos de color; pero todos ellos aman al país que les dio el primer hálito de aire y sus rayos de luz. Los privilegiados, también tienen derecho a la tierra que los vio nacer. No es su culpa que hayan nacido en ese estrato social, pero el problema está en la aceptación del uno al otro por lo que son—Peruanos— que se han procreado y han vivido en mestizaje por siglos, desde la llegada de los conquistadores.

Estados Unidos es una gran nación y su grandeza no es aún sólida como una roca, pero lo está consiguiendo; no por su riqueza, sino por la “aceptación” de sus diversas gentes y el “respeto” por todos. Muchas veces estas metas están conseguidas

voluntariamente o por la institución de leyes estrictas y justas.“ Uncle Sam” es testarudo; el águila es más rapaz que el cóndor y su habilidad está vista en la bella faz del águila.

XIV

EL VIEJO MUNDO Y MIS HIJOS



En la década de los 1970, empecé a realizar extensos peregrinajes a Europa. Comencé a familiarizarme y tratar de comprender la relación histórica del viejo y el nuevo mundo, especialmente con aquella España que involucrara al Perú y las Américas indigenistas. Aunque esto podría haberlo hecho leyendo libros como también lo hice y hago, uno tiene que ver y conocer a la gente, su cultura, su historia y sus logros para tener un entendimiento mejor y llegar a sus conclusiones personales.

Mi primer viaje a Europa en 1972 fue con mi familia, aprovechando un programa de intercambio por tres meses entre la escuela médica de la Universidad de California en San Diego donde yo era residente y el Instituto Karolinska, división de Medicina pediátrica de Estocolmo, Suecia. Esta ciudad era tal como la había imaginado, con su historia de siglos por todos lados. La gente se veía robusta y sin aparentes problemas manifiestos o visibles en sus rostros. Su andar firme, su lenguaje

seguro, y un pasado carente de miseria que atestaba su conocida complacencia. Ellos están conscientes de sus derechos, tales como los estrictos códigos de trabajo de no más de cuarenta horas de labores por semana, y programas sociales, especialmente para la gente de edad y la niñez. Sus impuestos son altos, pero usados para beneficiar a aquellos que los pagan y a la nación que los une.

Llegué solo (mi familia se uniría a mí más tarde) al aeropuerto de Estocolmo y me dirigí al hotel en un taxi, pagando un precio algo caro. El taxista hablaba mejor inglés que yo. Entré al anticuado hotel y tomé una habitación en el tercer piso con vista a la calle. Mis pensamientos, me hacían recordar el deteriorado hotel de Saint Louis, pero éste estaba indescriptiblemente limpio. Las ventanas eran grandes y abiertas hacia afuera, donde todo era silencio; unos cuantos carros pasaban sin causar ruido. Me quedé fácilmente dormido en este lugar foráneo. Estas gentes no eran extrañas para mí, teniendo una esposa noruego-finlandesa, me sentía en casa porque había tratado con escandinavos en los Estados Unidos, aunque no precisamente en sus propios países.

Estaba aquí para estudiar con el gran pediatra, doctor John Lind, un espigado y gentil profesor conocido por sus estudios sobre diagnósticos de algunas enfermedades de la niñez, tan sólo escuchando la forma de sus llantos.

En el Instituto Karolinska asistía a reuniones para discutir o cambiar ideas médicas. Los americanos somos muy extrovertidos, quizás al extremo de parecer exhibicionistas, muy al contrario de la gente sueca, que es muy apaciguada. Ellos difícilmente, y a veces quizás, tenían que ser motivados para expresar sus emociones. ¡Yo quería llegar al alma de ellos, para saber qué es lo que los hacía como eran; y —a lo mejor— entender qué es lo que me hacía ser lo que soy yo!

El Instituto Karolinska es un antiguo hospital central; muy limpio y donde no se nota confusión, a pesar de que casi todos los casos severos de la nación son tratados aquí. Uno podría imaginar que estaba en una silenciosa catedral. Hacía rondas en las mañanas con todos los doctores. Los niños tenían enfermedades exóticas, pero generalmente no parecían sufrir. Sus cabellos rubios y sus hermosas caritas no mostraban signos de miseria, como aquellos a los que yo estaba acostumbrado a ver, aún en los Estados Unidos. Estos niños eran protegidos y respetados. Los doctores los trataban como pequeños adultos; sus problemas eran causados por dolencias, no por sus vidas sociales. Los niños con anomalías genéticas como el síndrome de Down y otros con retardo mental, se veían más lúcidos que en otros países. Ellos parecían comprender sus problemas, pero quizás conscientes de pertenecer a una sociedad organizada, con la seguridad de estar bien cuidados o haciendo sus infortunios más

tolerables para ellos mismos y el resto de los ciudadanos. Era asombroso para mí, ver que la estructura del Gobierno podía aliviar las vicisitudes de la vida, haciendo la existencia de algunos desafortunados más llevadera, especialmente, si la benevolencia de los ciudadanos contribuyentes, no es abusada.

Después de un tiempo en este hospital, me sentía un poco aburrido, porque no había signos de desesperación humana. Las mismas madres que iban a tener hijos enfermos, como infantes prematuros u otros posibles riesgos neonatales eran traídas a este centro antes del parto y sus vástagos eran tratados en forma serena, nunca con apuros o bajo situaciones de emergencia, como en los Estados Unidos u otros países.

En Norteamérica, a veces, aún practicamos Medicina sin coordinación. Nos gusta el exhibicionismo de la hazaña médica. Por ejemplo, cuando las madres con factores de riesgo en el embarazo dan a luz en distantes hospitales carentes de especialistas, éstos son llamados para venir a ayudar al infante con complicaciones como sucede en el nacimiento de prematuros. Así era el entrenamiento que yo recibía en medicina neonatal. En una de esas ocasiones, mientras estaba de servicio en el hospital de la universidad, tuvimos una llamada de una de las más calurosas áreas de los desiertos en Estados Unidos; El Centro, para estabilizar y traer a un infante prematuro de dos libras

de peso con problemas respiratorios. Llamamos a la Guardia Costera para que nos transportaran en un helicóptero; coordinamos con nuestros doctores neonatólogos y enfermeras para volar al desierto. Llegamos y logramos estabilizar al niño con toda la tecnología y los conocimientos de nuestro grupo. Trajimos al prematuro, después de un sacudido y exasperante viaje a nuestra unidad de cuidado intensivo neonatal (NICU) en la universidad. A las seis de la tarde estábamos en las noticias, en resplandecientes colores como instantáneos héroes. La gente quedaba asombrada por nuestro empeño, pero pocos sabían, que estos esfuerzos no eran beneficiosos, porque la madre con el niño en el vientre debía haber sido transportada a un centro médico con especialistas, como cuando llevan similares casos al Karolinska. En Suecia el público no está expuesto a noticieros extravagantes como éstos, debido a sus programas preventivos. No es una crítica; sólo es la descripción de cómo son hechas las cosas en diferentes partes del mundo.

En nuestras rondas en el Hospital Karolinska, llegamos a un pabellón con niños que tenían enfermedades infecciosas; lo que no era común en este hospital. Hacía tiempo, que no había visto un caso en el que yo pudiera poner mis manos y sentir su gravedad y destrucción. Pregunté a estos médicos suecos que eran casi el doble de mi estatura: ¿Cómo tratan ustedes a sus pacientes de meningitis tuberculosa? Debido a nuestra proximidad con la

frontera mexicana, había visto y tratado muchos casos en los Estados Unidos y estaba muy al día en esa materia. El médico escandinavo, con tranquilidad, respondió casi lacónicamente: “ Doctor Sánchez, nosotros no hemos tenido un solo caso de tuberculosis en este país en los últimos veinte años”.

Yo equivocadamente, había pensado que ellos estaban desprovistos de patología; pero entendí la razón, ellos habían dominado la mayoría de sus problemas sociales, mayormente a través de programas liberales y una consciente legislación para el beneficio de la nación.

En otra oportunidad, mientras hacíamos rondas en la unidad de neonatología, vi un niño prematuro que había estado gravemente enfermo, pero no había médicos ni enfermeras en su cuarto; solamente un sacerdote y los padres del paciente que sostenían una de las manos del niño mientras se le administraban los santos óleos. Tenía que resistir el deseo de ir a revivir al agonizante infante; hacerle respiración boca a boca, darle oxígeno, entubarlo, iniciar una línea intravenosa, y quizás prolongar su agonía. Pero estos excelentes y estoicos médicos, atendían a otros pacientes, siendo conscientes que hicieron lo mejor. Habían trabajado con este niño toda la noche y sabían cuándo parar. La relación entre la Medicina y la sociedad era de respeto mutuo y no adversarial como en los Estados Unidos, donde los abogados son parte esencial en la relación de los médicos con sus pacientes. Pero no con estos

médicos suecos, ¡ellos se sienten protegidos y seguros de sí mismos y sus vidas profesionales no estaban sujetas a dilemas legales!

A pesar de ser el hospital más grande en Estocolmo, ellos no hacían inserciones a la vejiga (inserción de una aguja en la vejiga a través del área púbica para obtener orina) en infantes para diagnosticar infecciones en el sistema génito-urinario. En aquel tiempo, esta práctica era más común en los Estados Unidos que hoy en día y querían ver cómo se hacía. Hicieron el anuncio para que todos los médicos residentes vinieran a observar el modo de hacerla. Trajeron un niño rubio, de ojos azules, llorando a todo pulmón. Les dije a las enfermeras que sostuvieran al niño, de manera que yo pudiera poner la aguja para aspirar. Cuando me disponía a explicar cómo hacerlo, este pequeño gigante sueco soltó un rápido e intenso chorro de orines, que casi alcanzó a mi cara. Finalmente, vi a los suecos reír a todo corazón, y el procedimiento no se llevó cabo.

Hice muchos amigos en el instituto y a menudo era invitado a sus casas de verano. Para ellos, yo era un aliento de aire fresco de América, con origen sudamericano. Mis tres meses pasaron, había aprendido mucho y ahora mi familia se me uniría. Con mi poco lenguaje sueco, bromeaba a mis hijos con las pocas palabras que había aprendido. Paseaba con ellos en las calles y los llamaba "Sverige", que es la palabra en sueco para Suecia. Mi esposa hablaba el idioma y conocía sus costumbres, lo cual era fácil

imitar: Si uno se comporta normalmente, sin aires de pretensión, ¡uno es un buen sueco!

Por alguna razón, perdía mi sentido de orientación en Estocolmo. Estaba acostumbrado a conocer la división de una ciudad por sus áreas de pobreza y decaimiento, como San Diego que tiene el sudeste; New York, su Bronx, y Lima, La Victoria. Pero en Suecia, todas las áreas parecen lo mismo; ni más ricas ni más pobres. Un chofer de autobús es tan igual como un doctor, y a veces más educado, ambos hablan inglés y reciben los mismos beneficios. Esto me hizo filosofar. Creo que a veces, necesitamos a los pobres para tomar orientación en nuestras vidas. Es extraño, pero, ¿podría ser que el pobre dé más humanidad a nuestra existencia?; como si en cierto modo, la pobreza de otros, nos diera un ideal para luchar. Tan es así que en Suecia sólo tenía que preocuparme por mí mismo. Es así que en este país, gozaba de mis hijos, y por esto: sus risas aún están en mi corazón y ¡siempre agradeceré a Suecia por esos momentos!

Partimos para las tierras de mi esposa, países de los ancestros de mis hijos: Finlandia y Noruega. Llegamos a Turku, Finlandia, lugar frígido con calles casi sin vida y como un desierto helado. Mi corazón sentía un vacío. La gente era reservada y difícil para establecer un diálogo. ¡Un mundo diferente! Aquí las únicas parientas de mi esposa eran dos tías, simpáticas, pero calladas por naturaleza y sus risas eran bien controladas. Mientras caminaba por las

desoladas calles, me sentía sombrío y meditabundo. Vi un viejo edificio que mostraba una placa de bronce. Era el lugar donde Lenin había planeado su revolución anticapitalista para Rusia, dándome así, una sensación viviente de aquellos días de la guerra fría.

Después de una semana con ellas, tomamos un barco para volver a Estocolmo. Las dos tías de mi esposa vinieron al puerto para darnos la despedida. Ellas eran dos seres humanos casi olvidados; nunca se habían casado y habían sufrido las privaciones de la Segunda Guerra Mundial. Sus vidas habían sido tan monótonas y mis hijos llenaron sus corazones con la renovación de la vida. Mi hija, Helene, con su abundante y gruesa cabellera de color castaño, piel oliva y grandes ojos oscuros les dio a estas tías; el lazo que conectaba el pasado de esta gente nórdica con el pasado de la civilización inca. Sus vidas quizás tuvieron un propósito en este mundo al ver a estas bellas criaturas con ancestros de ambos continentes. Cuando llegó el tiempo de partir y a medida que el barco estaba zarpando, mi pequeña hija lloraba como si supiera que nunca más las vería de nuevo. Ella amaba a estas tías abuelas por su dulzura. Mientras la nave se alejaba, podíamos ver a esas dos ancianas desaparecer en la frígida nieve de la triste ciudad hasta que de lejos se veían como “dos puntos helados” en el espacio. Mi corazón empezó a llorar por ellas y por mi hija, ya que desde esa vez; nunca más las volvimos a ver. Probablemente ésta fue una

de mis despedidas más tristes. Ellas eran gente que nunca conocí y ahora eran parte de mi familia; su sangre corría en las venas de mis hijos. ¡el mundo se hacía más pequeño y el vacío del alma más grande!

En Estocolmo abordamos un avión para Oslo. La capital de Noruega es fría, pero alegre y sentía como si su gente estuviera en paz con su pasado. Había serenidad en sus edificios y en su estructura política. No se sentía ese detrimento sentimentalista o la necesidad de instintos de protección, sus habitantes inspiraban confianza. No había necesidad de luchar contra las leyes de la injusticia, porque no la había. La vida y el espíritu de la gente gozan los débiles rayos de luz que entran en sus corazones, en este continente de más noches que días y donde el sol de verano brilla a medianoche.

Abordamos otro avión para el ártico en el rojizo ocaso del mediodía y nuevamente estaba en un asiento donde podía ver la naturaleza desde arriba. El escenario, de montañas cubiertas con pura blanca nieve y vegetación no era amenazante. Esta tierra, no parecía crear esa melancolía del corazón como en los Andes; a lo mejor porque su gente había conquistado el difícil pasado y esto les daba paz espiritual. Quizás percibimos el panorama de un pueblo, ¡por lo que ha tenido por historia!, ¡por lo que se ha olvidado! y ¡por lo que va a ser su futuro! Uno no puede disociar el escenario natural y la historia de una nación, porque son parte del contenido de sus gentes.

Llegamos a Kirkenes, una pequeña y frígida ciudad situada en la parte más septentrional (a 70° latitud norte) del Ártico Noruego. El Cóndor había volado a la cima del mundo donde nadie —o quién sabe si alguno— de sus ancestros tuvo alguna conexión con estos inhóspitos lugares dominados por gente enérgica y que podía vivir tantos meses del año en la semioscuridad que solamente era iluminada por el fuego de un corazón contento y un alma libre de problemas sociales. La vida sin luz del sol, aun por un solo día, sería intolerable para la gente donde la miseria y la injusticia son parte de la vida.

En el libro de mi vida, esos días en Europa serán de gratas memorias. Mis hijos, ahora estaban relacionados al pasado del pueblo vikingo. La ausencia de la miseria humana en esos países, me dejaba la conciencia libre y no sentía la necesidad de ayudar a los desvalidos, porque no los había. Aquí, podía gozar de aquellos momentos felices con mi familia. Los únicos relatos que podría contar, son los de mis encuentros con las bajas montañas nevadas, donde mis esquíes chirriaban silenciosamente al romper la endurecida y cristalina nieve al deslizarse sobre este frígido polvo blanco. Sentía como si el mundo y nosotros fuéramos tan puros como Dios nos creó. Esquiaba en las tundras por horas y días, y mi corazón se aliviaba de mi tormentoso pasado con la frescura de este apacible, aunque inclemente paraíso del frío.

Sólo una vez me sentí sombrío cuando al regresar de esquiar al mediodía —con un sol tan alejado como si fuera un temprano amanecer— yo pasaba por un cementerio; vi que unos hombres removían lentamente la tierra oscura y congelada por el frío, mientras abrían una fosa sepulcral. Yo pienso que las gentes deben ser sepultadas cuando brilla el sol, calentando así lo último de los restos mortales y también para levantar el ánimo de los corazones de los deudos y continuar otro día de vida. Mientras esquiaba al lado de la macabra escena, sentía el vapor frío emanado de mi nariz y escuchaba el sonido de la nieve. Me puse meditabundo, pero mi alma no había sido herida. ¡Cómo deseaba que el sol brillara una vez mas para esa persona muerta! Después de ese episodio, continué gozando del semioscuro paisaje, porque había luz en el espíritu de sus gentes.

Por medio de mi suegro, puedo conjeturar cómo habrían sido los vikingos del pasado: enérgicos, casi desafiantes a las leyes de la naturaleza ante el frío asesino y flexibles como conquistadores de estas altas latitudes, viviendo en paz con su propia insignificancia ante su desafiante naturaleza. Entré al taller de trabajo de mi suegro donde él construía botes de madera. El lugar era frío, olía a madera fresca recién cortada, y para él era como un lugar de veneración. Este hombre viejo había creado un santuario donde podía sentarse apaciblemente fumando y tomando su café, contemplando el fruto del trabajo hecho con sus propias manos. Sus largos

años no lo habían disminuido; él podía crear todavía, y él mismo quería poner los botes que había construido, en las frías aguas nórdicas y navegar sobre las olas, como si desafiara las leyes de los bravos mares nórdicos. Este fuerte y añejo hombre, era obstinado e intrépido como eran todos los vikingos. Años después, él murió desafiando los mares del Antártico cuando estaba navegando en su propia embarcación recién construida; fue éste un viaje de estreno para el bote, y el último viaje para él. Murió congelado por las frías aguas cuando el bote se volteó. Por medio de Anja, mi linaje lleva su sangre y mi pasado ha sido mitigado por esta orgullosa y serena herencia vikinga. Las turbulencias de mi historia incaica terminan conmigo. Mi progenie estará libre de estas cicatrices psicológicas. Mis hijos no sufrirán el dolor de mis ancestros, ¡no más! Las heridas han terminado conmigo.

Regresé a los Estados Unidos. Los días eran calurosos y brillantes como si dieran la bienvenida a la noche. La delincuencia y burocracia médica estaba en aumento; sentía como si se estuviera en un río torrencial donde uno se ahogaría, si no seguía la corriente para poder sobrevivir. La competencia era abrumadora. El deseo de sobrepasar lo que ya se había alcanzado, hacía que mi imaginación construyera más montañas para ser nuevamente trepadas, creando, así, mis propios obstáculos; tan sólo para sentir que estaba vivo. Me sentía como una hormiga, trabajando atareadamente, como si el

mundo se fuera a terminar. Ahora había más pacientes en mi edificio y estaba ampliando el local para más médicos latinos —o cualquier otro que deseara practicar donde yo lo hacía— y no había muchos de ellos.

Mientras el tiempo seguía su marcha, la monotonía de mi humilde éxito me hizo volar a otros mundos donde estaría en contacto con los perennes desamparados en necesidad de ayuda, y también siempre cerca de la naturaleza virgen que va desapareciendo.

SIN TIEMPO PARA ENOJOS



En la tarde de un caluroso verano, y con los ajetresos de una atareada labor en mi consultorio, sentí la urgencia de ir hacia el lugar donde el río Amazonas llega a su fin. Había vivido en la cuna de su nacimiento en los Andes del Perú y navegado desde el inicio de sus humildes aguas hasta su juventud en Iquitos. De los Estados Unidos iría a Manaus, Brasil, donde el río Negro se une al Amazonas ensanchando en su trayecto y pasando Santarém con su compañero de azules aguas, siguiendo su curso al borde del tiempo y al ocaso de su recorrido en Belém, desembocando en el océano Atlántico. Allí muere como un enorme gigante, desafiando al gran mar sin deseos de desaparecer y donde uno puede ver sus turbidas aguas, confluyendo en las profundidades del inmenso océano y dando vida al mundo de las aguas.

Así es mi descripción de este majestuoso río, tan ancho y caudaloso; sin embargo, la mórbida imaginación del inquieto homo sapiens trata de domesticarlo haciéndolo irrigar tierras sedientas para

producir y contribuir a la vida materialista y a la destrucción de la naturaleza, que Dios nos ha dado para gozar y venerar.

El avión llegó a Manaus. Sentí el familiar abrasamiento del aire caliente y húmedo, como si estuviera en un lugar de vacaciones eternas. Caminé por muy concurridas calles. La civilización había llegado con toda su fuerza a esta selva en el centro de la amazonia. Manaus inició su desarrollo desde los días de los barones del jebe, gracias a los productos naturales extraídos de un árbol; una savia blanca como la leche llamada “caucho”, que ahora ha sido reemplazada por productos sintéticos copiando la estructura química de esta sustancia. Manaus se formó en la opulencia y riquezas, que aún se pueden percibir en sus antiguos edificios de estilo europeo; incluyendo una casa de ópera donde cantó el gran Caruso. La ciudad aún sigue creciendo con el mismo vigor, pero ahora depende no solamente de un producto como el caucho, sino de todas las riquezas explotadas en esta, alguna vez prístina selva. Esta amazonia que da tantas riquezas naturales, es subestimada en su belleza. La gente alberga en su mente monstruosas ideas de cómo extraer sus riquezas y cómo hacer de la virgen floresta un gigantesco estacionamiento de autos, y queriendo convertir el salvaje Amazonas en un río como el Sena en Francia, donde tan sólo los cisnes nadan pacíficamente en sus inertes aguas.

Mientras me hallaba en la ciudad, me dirigí hacia la orilla del río, tal como una tortuga, guiado por una brújula biológica hacia la playa. Vi y puse mis manos en sus aguas turbias, las mismas que había tocado en mi juventud, y ahora traían el “quebrado” suelo de mi país y quizás en ellas, el “polvo” de mis ancestros. Me sentía en casa. Éste era el lugar al cual pertenecía. Vi las familiares embarcaciones de doble cubierta con sus hamacas colgando y a sus capitanes negociando por carga y pasajeros. Escogí mi bote por su parecido a los mismos en que viajaba en el pasado. Navegaría río abajo a Santarém, el lugar donde estaba la Clínica Esperança y donde trabajaría por las siguientes semanas y en futuros viajes. Una clínica, donde el espíritu de ayuda iluminaba las oscuras profundidades de mi corazón atormentado por la pobreza de algunas gentes de la amazonia brasileña.

En Manaus, el río Negro, el cual está formado por los tributarios que vienen de Colombia y Venezuela, se une al Amazonas para hacerlo más ancho y más caudaloso. Los dos grandes ríos empiezan juntos, pero no mezclan sus aguas, tal como si fueran una pareja: el Amazonas de color tierra y el río Negro de color azul cobalto, “juntos, pero separados” pasan por la ciudad de Manaus y transcurren

¡Este era el lugar adonde yo veía las familiares embarcaciones de doble cubierta con sus hamacas colgantes y a sus capitanes negociando con los pasajeros.



lado a lado en su interminable curso, hasta que se mezclan a lo largo de su trayectoria, antes de desaparecer en la vastedad del mar. Me embarqué en un pequeño bote. El olor de la comida y la carga me eran familiares y placenteras. Aquí el río es tan ancho, que la orilla opuesta es casi imperceptible, pero la corriente de las aguas no son tan peligrosas. El bote navegaba pacíficamente en sus calmadas aguas. No había esos gigantescos remolinos que podían tragarse a uno en cualquier momento, como en el Perú donde comienza el río. La gente brasilera en el bote era amigable y exuberantemente feliz, creaban música con cualquier cosa que hiciera sonido y todos cantaban al mismo tiempo. Me hacían recordar que estaba navegando en las mismas aguas

que alguna vez me dieron mis primeros sentimientos de tristeza y gozo. Esos ratos felices en el bote eran como aquellos momentos en que uno quisiera que la vida siempre fuera así; pero el viaje fue breve, sólo tres días. Estábamos llegando a Santarém, aún navegando en el lado “hembra” y terroso de “la Amazonas”, sin perturbar a la otra mitad “macho” y azul del río Negro. A medida que la embarcación se aproximaba a las orillas del río, las vagas y olvidadas vistas de mis tiempos idos volvían a revivir en este panorama. El litoral estaba lleno de árboles y pequeñas casas de madera, a la distancia se veía la ciudad con sus desteñidos azulejos y sus edificios de estilo europeo deteriorados por el tiempo y las tormentas, que me traían recuerdos de Iquitos...

La lancha ancló en el congestionado puerto entre cientos de botes grandes y pequeños. La gente caminaba de una embarcación a otra, como si estuviera en un parque de estacionamiento. El olor de los pescados y las frutas se mezclaba con el espíritu de la vida y yo gozaba del festivo ambiente.

Me despedí de todos los pasajeros en el bote. Ninguno era juzgado por nada, sino aceptado por lo que era. No había necesidad de competir en estos olvidados lugares. Sus vidas estaban empapadas con la vibrante naturaleza y la abundante capacidad de vivir sin quejarse de sus problemas.

Cogí mi mochila y mi hamaca y bajé por el entarimado de madera, que se movía con las suaves y pequeñas olas de este gran río. Subí al empinado

puerto, abriéndome camino entre los vendedores y el tumulto que buscaba gangas. Hacía contacto con los sudorosos cuerpos de los pescadores bañados por el sol, y sus sonrisas eran la bienvenida que me daba la gente de esta encantadora ciudad amazónica. Todos se conocían entre sí, y yo era un extraño, pero aún así en esos lugares, ¡una cara inca es siempre visible! Ellos se preguntarían de dónde vendría. Mi pipa, mi vestimenta de camuflaje y mi barba eran algo fuera de contexto. Y o no era uno de ellos, sino algo diferente. Gozaba de la intriga en sus miradas interrogantes.

Los niños, tan numerosos como los peces en el Amazonas, me rodeaban y les agradaba mi apariencia y el olor del tabaco. Instantáneamente fui del agrado de la chiquillada y me llamaban “Cachimbo” (fumador de pipa), que era el nombre que después tendría allí. (A veces fumo pipa en la selva, aunque no soy un fumador, es un hábito ocasional que aprendí de algunos compañeros de la Escuela de Medicina). El aroma del tabaco con esencia de manzana, refrescaba el olor del putrefacto y húmedo aire de la selva, manteniendo alejados a los mosquitos y también, atrayendo la atención, permitiéndome conseguir nuevos amigos.

Harry Owens, mi buen amigo y compañero de clases en la Escuela de Medicina, era también un doctor errante de los pobres. Él vivía para ayudar a otros y llevaba la existencia de un “samaritano solitario”, escribiendo poemas y sumergiéndose en la



Harry Owens, hijo del famoso director de orquesta, que condujo el notable grupo los "Hawaiians", en los años 1940, y que compuso " Sweet Leilani", una pieza musical que habla de la soledad de remotos lugares como las selvas del Brasil, África y los más fríos del premio de la Academia de Hollywood.

y alejados lugares de Alaska. Envié a un niño a decirle al doctor Haroldo (como era conocido por todos) que viniera y me recogiera. En corto tiempo y a la distancia, vi a un hombre calvo, barba gris y vestido de blanco, que venía en una motoneta. A medida que se acercaba nos reconocimos y una vez juntos abracé a Harry. Nuestras almas recordaban en silencio los años duros en la Escuela de Medicina y las mismas peripecias que nos hizo hermanos para siempre. Éste era el hombre que me dio apoyo moral en mis días más difíciles como estudiante. Éste era el amigo, que cuando yo necesitaba



Inicialmente, la clínica amazónica Esperança, era de un solo piso con estructura de madera y techo de hojalata, pintada de azul.

dinero, me lo ofrecía sin preguntar cuándo se lo pagaría. Aún ahora todavía le debía mil dólares y él se había olvidado de esa deuda, ¡pero yo no! Le debo mucho más que eso. Harry siempre me llamaba “Siiñor”. Nuestras caras estaban un poco envejecidas por el pasar del tiempo. La alegría de vernos era un deleite para los niños que nos rodeaban; dos hombres barbudos que parecían como el Amazonas en la mitad de su recorrido, uno claro y el otro oscuro.

Salté sobre su motoneta y nos alejamos por las accidentadas y empolvadas calles. Mi corazón estaba henchido de felicidad, como si hubiera encontrado a un hermano perdido por mucho tiempo. Llegamos a la clínica Esperança: de un solo piso, estructura de

cemento, techo de hojalata y pintada de azul; que se veía más limpia que el resto de las otras casas. El calor era insoportable, no había refugio. Entramos al edificio y toda la gente parecía que ya me conocía. Mi rostro expresaba todo lo que era, y querían saber mi nombre y desde ese momento era el “doctor Carlos”. Las mujeres de baja estatura, delgadas y de tez trigueña constantemente me ofrecían limonada helada. Todos los trabajadores me ayudaban. Los niños me tocaban. Sentía que yo era uno de ellos, como si fuera parte de su familia; ¡esto era lo que significaba la vida! Este lugar adonde doctores, enfermeras y otros que querían ayudar, podían venir y hacerlo; y si uno se hallaba en un estado de confusión, podía hallar más felicidad aquí, que en los lujosos hoteles en Francia o los Estados Unidos. No había necesidad de beber, ni de consumir costosas comidas, la gente de la clínica era la esencia que hacía a uno ayudar a los necesitados con gusto.

Mientras contábamos nuestros relatos y reíamos, en la puerta de al lado, podíamos ver las conocidas filas de la gente pobre y descalza; las madres anémicas y desnutridas, con sus bebés prendidos de sus pechos vacíos y con sus numerosos hijos de distintas edades, cogidos de los brazos maternos. La increíble desesperanza y tristeza de tener un hijo enfermo, estaba escrita en sus caras. Pero este lugar, llamado Esperança, era lo que nosotros representábamos, y esto hacía felices a todos los que trabajaban allí. ¡El objetivo, era dar a esa gente un

pedazo de nuestros corazones, tal como los frondosos árboles de la selva ofrecen sombra del agobiante sol!

El “ doctor Haroldo”, como llamaban a Harry estaba muy ocupado con muchos pacientes, pero me presentó a todos los trabajadores americanos: al doctor Fred Hartman, director de la clínica; su esposa, la enfermera Mary y otros voluntarios, como Patty Payton, quienes estaban muy atareados y tenían muchas anécdotas que contar. Ellos estaban muy entusiasmados cuando supieron que practicaba pediatría. El cuidado pediátrico era un problema serio y la clínica estaba repleta de niños que estaban muy enfermos. Permanecí allí por el resto de la mañana para familiarizarme con mi nuevo ambiente.

Al mediodía estábamos agotados, y toda actividad cesaba en total; la clínica cerraba sus puertas y todos íbamos a almorzar y tomar una siesta.

Harry me dio una motoneta para mi uso de transporte personal, y yo me sentía feliz, como un niño con un juguete nuevo. Recibí mi primera lección de manejo en el patio de la clínica, mientras los niños se reían de mi poca destreza. Nos dirigimos a almorzar. La cocinera era una encantadora mujer, y su comida, aunque liviana era agradable, y me satisfizo como si hubiera tenido un gran banquete. La compañía y la conversación hicieron el almuerzo mucho más placentero. Después, Harry y yo manejamos nuestras motonetas por las polvorientas

calles y llegamos a la casa donde permanecería con él. Mi cuarto estaba vacío; la cama era una hamaca, el piso de cemento, y el lugar era fresco. Tomé el consabido baño de agua caliente, que caía a gotas de una ducha de aluminio, que parecía una regadera. ¡Increíble! ¡Estábamos al lado del río más caudaloso del mundo, con el veinte por ciento del agua fresca del planeta y no había suficiente agua para tomar un baño! Tal es la contradicción en estos lugares, que se aprenden las costumbres de la población, y por eso, uno es aceptado por su gente, y no por las críticas que se puedan hacer.

Vestidos solamente con ropa interior, nos echamos en nuestras hamacas para una pequeña siesta de mediodía, que es tan obligatoria en estos lugares calurosos de la selva, porque el cuerpo se debilita tanto, que uno no puede continuar el día entero trabajando, o ni siquiera mantenerse despierto.

Harry y yo despertamos una hora más tarde y tomamos otro baño. Nos vestimos con blancas y livianas ropas y nos dirigimos a trabajar en nuestras motonetas. La clínica, estaba llena de pacientes y todos estábamos listos para trabajar, como si fuera la mañana de un nuevo día.

Fui asignado a la sección de pediatría, la más atareada de todos los servicios. Vi de nuevo las familiares caras de las madres y sus niños agarrados de la mano. El idioma era portugués y mi español, con acento americano de treinta años, era suficientemente distorsionado, para sonar como si

fuera portugués. Aprendí la entonación“ cantante” del idioma, y mi“ portugués brasileño” llegó a ser tan bueno como si hubiera vivido allí. Las quejas de los pacientes podían haber sido dichas en griego, pero yo ya sabía cuáles eran los problemas: diarrea, vómitos, falta de apetito...

Algunas caras de los niños mostraban apatía, y sus cuerpos de color cobre, cabellos rojizos, piernas hinchadas, abdómenes protuberantes; todos los signos típicos de desnutrición y falta de proteínas.

La clínica estaba bien organizada y contaba con un buen laboratorio, con jóvenes técnicos brasileños que eran entrenados en el lugar y que identificarían en esos microscopios binoculares un nuevo universo de microorganismos, tales como la ameba, giarda y el protozoo que transmite el paludismo, visto en todas sus etapas. Un estudiante podía aprender medicina tropical en pocos días en este laboratorio. Los técnicos, siempre ansiosos por mostrarme los ejemplares microscópicos de mis pacientes, pero después de un tiempo, no necesitaba verlos, para diagnosticar las enfermedades parasitarias, y cuando estaba clínicamente seguro, entregaba los paquetes de medicinas y trataba de recomendarles a las madres que hirvieran el agua como les habíamos dicho ¡ya mil veces!

Cualquiera de estos niños, sería un candidato para admisión en cualquier hospital de los Estados Unidos, pero en estos lugares, solamente los muy enfermos eran internados y sólo si había posibilidad

de salvar sus vidas. Algunas veces teníamos que enviar niños a la lóbreguez y miseria de sus casas, donde morirían en paz, o muy frecuentemente los padres los llevaban, de nuevo, a los llenos hospitales que —ya— antes habían visitado.

La clínica no era un hospital, pero los niños que allí atendíamos, generalmente; los malnutridos y las víctimas de kwashiorkor (falta de proteínas) se quedaban internados para tratarlos con una dieta elevada en proteínas, haciéndolo lenta y pacientemente. Al mismo tiempo, las enfermeras enseñaban a los padres y a la gente, la importancia de este básico elemento nutritivo. Las costumbres de los padres, era la de hervir la carne de res o de pescado y darle a los niños el líquido y la parte sólida a los adultos, porque pensaban que la sopa era lo más nutritivo de ese alimento.

Todos trabajábamos con diligencia. ¡No había tiempo para enojos ni para las críticas! Hacíamos lo mejor que podíamos y tratábamos de mantener buenas relaciones con la comunidad médica de la ciudad.

La Clínica Esperança fue fundada por un ex-médico naval y veterano de Vietnam, el doctor Luke Tupper, que posteriormente entró al sacerdocio y viajó al Amazonas como médico franciscano para ayudar a la gente pobre. Era tan emprendedor y lleno de ambiciones por este empeño, que vino a San Diego a comprar y restaurar un viejo y desechado transbordador, conocido anteriormente como el “Point

Loma". Yo usaba esta embarcación como taxi entre Coronado y San Diego, cuando estaba en la Marina y su conductor era el padre de uno de mis pacientes, a quien diagnosticué y traté de meningitis tuberculosa cuando recién iniciaba mi consultorio en San Diego. ¡Qué coincidencia! Ahora esta nave estaba en el Amazonas sirviendo como un barco hospital donde se hacían todos los casos de cirugía.

Los días llegaron a ser rutinarios, no había tiempo más que para la Medicina. Al llegar la tarde, se cerraba la clínica y la gente seguía su actividad. Nosotros, quedábamos libres en las cálidas y frescas noches en esta ciudad de la selva amazónica. Podíamos ir al bar " Mascote" a las orillas del Amazonas y saborear las bebidas heladas que refrescaban nuestros espíritus. En aquellos años iniciales de la década de los 1970, Santarém no tenía televisión, las calles estaban repletas de gente gozando de la música samba, charlando y bailando. El hotel de turistas era otro lugar popular de reunión, debido a su limpia piscina y sus cómodos precios. Los días eran inclementes, pero las noches eran las mejores vacaciones que haya tenido. La compañía era interesante y valía la pena escuchar los relatos de cada uno.

En ese tiempo, la clínica estaba a punto de cerrarse por la pérdida del Padre Tupper, quien había fallecido recientemente. La situación era similar a la del Hospital Amazónico en el Perú, después que partió el doctor Jim. El espíritu ardiente de un médico

o un individuo, mantenía prosperidad en esas misiones, pero cuando esa persona se iba o fallecía, los ideales de toda la empresa y el altruismo terminaban con sus iniciadores. Lo que es problemático y en cierta manera una gran pérdida, es que a veces no se hacen previsiones para que esas clínicas lleguen a ser independientes de modo que haya continuidad de cuidado médico, a pesar de la ausencia de su fundador. Esta clínica era lo que el Padre Tupper empezó y probablemente tenían planes en mente para el futuro; en caso de esta eventualidad. Desafortunadamente, él murió en un accidente de motocicleta en los Estados Unidos, mientras entrenaba para oftalmología, y cuando estaba lleno de ideas y planes para el beneficio de los pobres en Santarém.

Sin embargo después de su muerte, se formó una fundación con la finalidad de perpetuar los anhelos y deseos del Padre Tupper. Gracias a su familia, especialmente su hermano, Jerry Tupper y otra gente devota, la clínica se mantiene operando. La organización, ahora “Fundación Esperança” creció significativamente. Yo mismo me asombré cuando volví, porque había crecido bajo la nueva directiva del director Chuck Post y el padre Bill Dolan, doctor en Medicina. Algo del romanticismo de la antigua clínica y el viejo barco hospital (que fue sustituido por un bote más pequeño) se había perdido, pero todo fue por el bien de la gente y eso era lo que más importaba.

Los doctores Fred Hartman y Harry Owens fueron las estrellas más brillantes de la clínica en esos difíciles días y mantuvieron la clínica y el barco a flote. Voluntarios y continuos grupos quirúrgicos que venían, daban un impulso moral a estos agotados, humanitarios y abnegados trabajadores, y eran los lazos de la pobreza con el mundo de la abundancia.

La clínica tomó la iniciativa de retener nativos para trabajar y aprender las diferentes actividades y dar a la gente cuidado médico. Eran los llamados “doctores descalzos”, generalmente ex pacientes, cuyas vidas habían sido salvadas en la clínica, y eran los mejores mensajeros de educación en salud.

Fue aquí, que conocí al doctor José García, médico boliviano de porte esbelto, nariz aguileña, y el semblante con la mixtura de menos indio y más español. Lo apodé como “Almagro” por el parecido con el delgado conquistador español en las épocas de la conquista del Perú. El “doctor José”, como se le conoce, es un hombre con un gran corazón y un dedicado médico, que ha estado trabajando en la clínica por muchos años.

El doctor García vino de Sao Paulo para ser entrevistado y asimilado al grupo. Sus credenciales estaban en orden, pero como sucede con todos los médicos que son nuevos, él era monitoreado. Hice inmediata amistad con él que se encontraba solo. Su familia y sus hijos estaban lejos, su situación económica era un poco precaria y había sido un médico del ejército boliviano que buscaba asilo

político de las revoluciones en su país. Podía simpatizar con él. Era filosófico, altruista y bien leído.

Se alojó en el mismo lugar con Harry y yo. Al día siguiente fuimos a la clínica a trabajar. Todos lo observaban, hasta yo quería saber de su experiencia médica, su manera de tratar a los pacientes, y especialmente su compasión.

Este doctor conocía todas las enfermedades tropicales y era un veterano de muchas clínicas en la amazonia, era recatado y no presumido. Su primera paciente, una mujer joven que estaba algo demacrada y respirando con dificultad, presentaba lo que parecía un cuadro de asma agudo, o una tuberculosis avanzada. El doctor García hizo el diagnóstico, le dio medicinas y la envió a casa. El doctor Fred, estaba muy consternado acerca de cómo se había manejado este caso, y pensó que la paciente debió haber sido hospitalizada. Harry, Fred y yo nos reunimos con el doctor José para que expusiera la presentación clínica de la paciente. Presentó el caso en forma tan erudita, usando incluso latín para precisar algunos signos de la enfermedad diagnosticada por él. Nosotros quedamos asombrados y vimos que su manejo clínico de la paciente era lo adecuado para el área, y lo que es más, él sabía que ya nada se podía hacer, estaba consciente que no había un hospital adónde llevarla; y que ella había venido de un nosocomio de la ciudad que previamente había visitado. La lección que aprendimos fue que este doctor conocía su

“Medicina” y tomó las cosas como eran. No había necesidad de oír la letanía de cuán triste e inhumano era el sistema, lo cual era supuestamente una señal de ser un médico consciente y con compasión. Este doctor nos ahorra esos expresivos sentimientos y luego continuaba con su próximo paciente. Todos nosotros habríamos hecho lo mismo, después de agotar todas las otras posibilidades.

El doctor José llegó a ser bien respetado y sus conocimientos y su compasión eran indiscutibles. Él ha trabajado por años sin fanfarrias ni glorias como un médico dedicado. Yo lo aprecio y añoro su filosófico acercamiento a la vida, en medio de la calurosa ciudad, en plena selva del Amazonas.

El tiempo pasó rápido, el trabajo fue arduo y las amistades tan duraderas, que cuando llegó el momento de partir, sentí que estaba dejando mi alma y sabía que regresaría a este lugar muchas veces más. Mis pensamientos han estado siempre con esta bella ciudad de Santarém y sus amigables y sonrientes gentes.

XVI

DONDE EL CÓNDOR VUELA LIBRE



Regresé a los Estados Unidos. Al día siguiente estaba en el hospital como si nada hubiera sucedido, mi cuerpo aún sentía el calor del Amazonas. Desayuné en el comedor de médicos del hospital. Todos me saludaban “¡hola, Carlos!, ¿dónde has estado?”. Y simplemente respondía: “En el Amazonas”. Ellos pensarían que a lo mejor estuve en un crucero de lujo, a pesar de que algunos sabían que yo iba a menudo en viajes de misiones médicas. Rápidamente mi vida se ajustaba a los rigores de la competencia y a las recientes imposiciones burocráticas de llevar mi labor médica. Los días eran rutinarios, mi consultorio estaba ocupadísimo, mi trabajo era arduo. Aunque yo tenía de todo en este país, ya estaba mirando adelante para regresar a la selva o a los Andes.

Como si fuera un ritual, empecé a hacer misiones médicas con más frecuencia, a veces dos viajes por año o tantas veces como podía ausentarme de mi consultorio médico, y si mis finanzas me lo permitían. Decidí ir al Cuzco, para ayudar, al lugar del nacimiento de mi madre, Andahuaylillas, situado a

pocas millas al sur de la que fue capital incaica y un poblado andino descrito al inicio de esta narración.

Llegué a Lima, luego viajé al Cuzco tal como lo hacía usualmente: con mi mochila, simple vestimenta, mi pipa, una armónica, y además, mi estetoscopio, otoscopio y algunas medicinas. Me dirigí al jefe regional de salud del Cuzco, para solicitar permiso y permitirme realizar mi trabajo médico, debido a que no tenía licencia para practicar Medicina en el Perú. Ingresé al patio del antiguo hospital donde la gente hacía arreglos fúnebres, como parte de las actividades de hospitalización. Pedí ver al director, que estaba muy ocupado, y que obviamente no quería verme debido a la inesperada solicitud para trabajar en una pequeña ciudad, y sin pago. ¡Se suponía que se trataba de un médico americano! Él pensó, posiblemente, que yo era otro agente funerario y que sólo perdería su tiempo conmigo. Pero, insistí con su secretaria y finalmente entré a su oficina.

En este país como en otros, algunos médicos en altas posiciones, a veces son dictatoriales y difíciles de convencer. Quizás, por ahorrar tiempo, él dictó una carta manifestando que “ me otorgaba permiso para realizar trabajos médicos en Andahuaylillas”. Creo que le sorprendió que le pidiera permiso, pero mi “mentalidad legal” de los frívolos juicios médicos en los Estados Unidos, hacía que tomara precauciones. No podía arriesgarme a ninguna ilegalidad, más aún en un lugar tan remoto como Andahuaylillas, que no tenía un solo médico. Feliz y

contento, tomé el papel sellado y firmado, al igual como cuando recibí mi carta de aceptación a la Escuela de Medicina.

Fui a visitar a algunos parientes por mi lado materno. Les expliqué las razones de mi inesperada presencia y ellos se quedaron perplejos por la naturaleza de mi viaje. Se rascaban la cabeza en su incredulidad: ¡Ir a ayudar a la gente! Ellos pensaban que yo no estaba en mi “uso de razón” y cuestionaban mis motivos. Pensaban que “si yo era un médico americano, debía estar derrochando mis dólares en el lujoso hotel de turistas del Cuzco”. Era obvio, no había ánimo en este proyecto mío, especialmente ahora que las festividades del Año Nuevo estaban tan cerca. Incluso los hospitales, lentamente admitían nuevos pacientes; y algunos convalecientes, no muy enfermos, eran dados de alta.

Fui solo a Andahuaylillas, en un camión lleno de gente que llevaba sus aves, ovejas y otros animales. Hice amistad con todos los pasajeros como lo hacía usualmente y les gustó el olor del tabaco de mi pipa, que fumaba a propósito para aromatizar el ambiente.

Bajé del camión en Andahuaylillas, un lugar que latía profundamente en mi corazón. ¡Un sentimiento del pasado vino a mi ser, sentía como si hubiese estado allí toda mi vida, y una terrible sensación de nostalgia me golpeaba. Mi alma no se sentía tan feliz como en la selva. Los Andes me hacían consciente de mi pasado. En estos históricos lugares, uno siempre siente esa interminable e indescriptible melancolía, que solamente al término de nuestra vida

puede olvidar! ¡Mi corazón gemía como la triste música andina del huayno, y sangraba como el llorar de un yaraví! Esta es la tierra donde el cóndor vuela tan libre como las nubes y donde el vacío del cielo se llena con sus anchas alas, deslizándose — incesantemente— desde las cumbres hasta los valles, como si desafiara al tormentoso pasado de esta gente y su tierra. Solamente él se ha salvado de la tiranía y el despotismo, y sólo él sabe que nada ha cambiado en estos lugares.

Este pueblo, estaba tal como yo lo había dejado años atrás: La antigua iglesia de adobe, la vieja pileta de agua en el centro de la plaza, la casa de dos pisos de los Ballena con sus antiguos y despintados murales españoles. Todo estaba como entonces, hasta los mismos viejos árboles. ¡Solamente yo había cambiado!

Visité a algunos parientes, a quienes conocí cuando eran pequeños, y ellos me llevaron a la posta sanitaria, dudosos de mis intenciones, pero deseosos de ayudarme. La posta médica era el único lugar donde la gente podía ir para el cuidado de sus enfermedades. Estaba atendida por un señor de edad, quien aunque técnicamente enfermero, era para todos, el doctor.

Me presenté a este enfermero, como médico peruano-americano que deseaba ayudar y le mostré la carta de recomendación del Cuzco, mis diplomas y mi licencia médica de los Estados Unidos. Él se mostró escéptico, pero aceptó mi explicación y me mostró la posta. El lugar era una casa de un piso

hecha de adobe, tenía suelo de tierra y la sala de espera al aire libre. En el cuarto de exámenes había algunos medicamentos esparcidos y viejos instrumentos quirúrgicos sin ningún propósito especial y quizás sólo para impresionar a los pacientes. El señor enfermero parecía dedicado a su trabajo; la gente venía a verlo desde distantes lugares, bien a pie o por otros medios. Los trataba de acuerdo a su criterio y los instruía a dónde ir si los pacientes tenían algo grave. Sabía la forma en que se practicaba la Medicina en esos lugares.

Eran vísperas del Año Nuevo, pero le sugerí al enfermero: ¡Empecemos a trabajar!,“ avise a la gente que venga a vernos y aún mejor, iremos a ver a los que están enfermos en casa”.Asombrado, porque él mismo estaba preparándose para celebrar la fiesta del Año Nuevo, me dijo que “no había pacientes que tratar”. Sin embargo, me dio a saber de unos mellizos que fueron dados de alta del hospital pocos días antes, pero que se habían enfermado de nuevo con diarrea y estaban extremadamente deshidratados y probablemente iban a morir. El hospital estaba a varias millas por carro y con las festividades era difícil obtener transporte.

De inmediato le pedí que me acompañara, y fuimos a ver a aquellos niños. Entramos a una choza construida en el patio de una casa grande. El pequeño cuarto con piso de tierra, servía de cocina y dormitorio. En la semioscuridad de esta vivienda vi a dos infantes, moderadamente deshidratados que yacían en sus lechos en un charco de excrementos

aguados, sus pequeños brazos aún mostraban las marcas de previas agujas intravenosas. Los padres, una humilde pareja joven, estaban prestos a aceptar cualquiera que fuera la suerte de los niños mellizos, e incluso, lo inesperado.

Inmediatamente, le pedí al enfermero “si podía” llevarlos a su posta médica y tratarlos. Él respondió que no era lo usual y de nada serviría. No tenía agujas o soluciones intravenosas para niños. Le dije: “Lo que tenga trataremos de usar”. Recogimos a los pequeños pacientes en nuestros brazos. La tarde se acercaba con un frío que se sentía en nuestros huesos, mientras que apresuradamente nos dirigíamos a la vacía estación sanitaria. Encendimos algunos velas y empecé a buscar material hipodérmico y soluciones. Por suerte, encontré algunas agujas grandes para adultos y soluciones de “salina normal” y “Ringers Lactato” que aún estaban selladas, pero había sólo dos botellas. Aquí no se tenía laboratorios para ordenar electrolitos u otros estudios. Estos niños mostraban un cuadro de ocho a diez por ciento de deshidratación y cualquier fluido les haría bien.

¡Es increíble, a veces, en pediatría, la vida de un infante depende de un simple procedimiento, tal como poner una aguja en una vena tan delgada como el grosor de un cabello! Como todo pediatra, era bueno en esto. Usando la luz de los candiles, pude insertar las agujas intravenosas en las débiles pero gruesas venas de sus cabezas, que previamente les había rapado para una mejor visión. ¡Es así, como ellos

fueron coronados con las agujas de la vida, insertadas en las imperceptibles venas de sus pequeños cráneos! Sus llantos de miseria y la



Los mellizos fueron coronados con las agujas introducidas en las débiles venas de sus pequeños cráneos.

atmósfera del lugar, dejaban mi espíritu triste, pero mi alma se sentía feliz porque estaba haciendo algo que quería hacer y esperaba salvar a estos mellizos. Las horas previas del Año Nuevo y la noche entera, amanecí chequeando que las agujas no se salieran de las venas y celoso de que esto no pasara, ¡como si mi propia vida dependiera del flujo de las soluciones! Horas después, las demacradas caras de los niños empezaron a tomar color; sus bocas secas, a humedecerse, sus nublados ojos sin lágrimas a llorar y brillar como el fulgor de las piedras de ámbar,

y sus hundidas fosas orbitales a llenarse. Sus moribundos quejidos dejaron de ser como los de los gatos y ahora sus gritos se escuchaban como rugidos de pequeños pumas.

La mañana empezó a deshacerse del frío y los dorados rayos iluminaban el polvoriento y oscuro cuarto, gracias al dios de los Incas: el Sol. Mis ojos estaban cansados, mi cuerpo agobiado, pero mis temores empezaron a desaparecer. Podía ver el éxito de tan simple procedimiento, como el insertar una aguja hipodérmica y darles el líquido de la vida que podría hacer milagros. Al tiempo en que la gente se dirigía a sus camas después de las fiestas, yo ya estaba listo para alimentar a los niños y llevarlos a su casa, donde la leche de su madre haría la maravilla de la naturaleza y daría vida a estos pequeños para que sobrevivieran, quién sabe, y quizás, para sufrir las mismas injusticias de sus padres.

La noticia se difundió por toda la ciudad y fui invitado a un banquete de “cuyes” preparado por la madre de los pequeños pacientes. El padre de los niños me pidió que fuera el padrino de bautizo de los dos. Los mellizos recibieron los sacramentos en la antigua iglesia, donde muchos de mis antepasados, probablemente, también fueron bautizados. La iglesia, grande y llena de pinturas, es considerada como la Capilla Sixtina de América. Como padrino, y como es costumbre, una vez afuera de la iglesia, tiraba monedas que los niños recogían tan rápido como yo las echaba al aire. ¡Éste fue el día más glorioso! ¡Y el más gratificante momento de mi vida

profesional! Fue éste el momento de “la coronación de mi profesión”. El salvar esas vidas valió todo el precio de mi tenacidad para llegar a ser médico.

El alcalde de la ciudad me nombró “alcalde honorario” y con todo el protocolo del cabildo recibí el agradecimiento de todos los vecinos del pueblo por mi asistencia. En mi euforia, prometí más ayuda, pocos sabían que yo estaba lleno de deseos, pero corto de medios. Estas misiones humanitarias requieren dinero y toman bastante trabajo en prepararlas. A pesar de que trataba de hablar a organizaciones o personas, solicitando ayuda para esas misiones; raramente conseguía apoyo financiero. Sólo usaba mis propios fondos, que nunca serán suficientes. Llegó el día de decir adiós. Doné a la posta médica mi estetoscopio, otoscopio y otras reliquias de mis días de estudiante de Medicina. Estaba satisfecho de haber enseñado al señor enfermero conocimientos de Medicina, especialmente pediatría. “Profesionalmente” él aceptaba mis consejos mientras trabajábamos los días siguientes viendo pacientes.

Dejé Andahuaylillas, y como siempre, con grandes esperanzas de regresar con más ayuda. Mientras volaba del Cuzco a Lima y luego para Los Angeles, mi mente vagaba en reminiscencias, recordando mis aventuras en el campo de la Medicina y mi insignificante contribución, que me desconcertaba, y que en cierto modo me avergonzaba por el poco impacto que hacía.

De regreso a San Diego, trataba de trabajar con la nueva burocracia y pacientes más demandantes. La Medicina estaba siendo erosionada por la confrontación legal, y aunque yo no estaba involucrado en litigios, estaba en un ambiente no muy llevadero.

Cuando comencé a trabajar en mi consultorio, pensé: ¿Qué habría pasado si esos dos niños hubieran muerto, mientras estaban bajo mi cuidado? ¿Qué habría sucedido? ¿Habría entendido la gente, mi error en ayudar en esas circunstancias tan difíciles, o apreciado mis esfuerzos? Aún ahora tiemblo al pensar de las posibles consecuencias, porque había mucha gente celebrando lo que hice. Estoy seguro que en los Estados Unidos, probablemente habría sido cuestionado y posiblemente considerado responsable, si algo catastrófico hubiera sucedido, y quizás, con “justa razón”, ya que no tenía una “real razón” de estar allí, y pocos entenderían mi “única razón”: la de ayudar. La mentalidad legal aquí en los Estados Unidos nos acecha continuamente, pero —por el momento— la gente en el Tercer Mundo está agradecida a pesar de los posibles resultados. Ellos saben que uno trata de hacer lo mejor.

Tal como me lo imaginaba y temía, cinco meses más tarde, cuando ya había olvidado todos esos sucesos, recibí una carta de Andahuaylillas, que enviaba el mismo enfermero que trabajó conmigo ayudando a la gente y salvando la vida de aquellos mellizos. Sus comentarios eran increíbles. ¡No lo

podía creer! Casi destruí la carta pensando que no podía ser real. Él denunciaba que yo era un médico impostor. Me cobraba ocho mil soles, en moneda peruana, por las agujas, las soluciones intravenosas y otras cosas que había usado en su enfermería. También me acusaba de haberle robado los mismos instrumentos que había dejado anteriormente como un presente a la posta médica, tales como entre otros, el pantoscopio, que era muy caro allá y del cual sentía haberme separado, porque era recuerdo de mis días de estudiante en la Escuela de Medicina.

Obviamente, estas acusaciones eran falsas. El monto de dinero que él estaba solicitando no era muy alto, cuarenta o cincuenta dólares, pero sus pensamientos mal intencionados me impresionaron y representaban la crueldad de lo que algunas gentes son capaces. Acciones como ésta crean desconfianza. Es así cuando casi me congelé de miedo y me di cuenta“ ¿qué habría pasado si los mellizos hubiesen muerto?”. La carta de este hombre

podría haber sido más intimidante. Aún ahora, mi alma algunas veces, se oscurece con los hechos negativos de algunos de mis compatriotas y creo que este tipo de actitud, muy de la gente de hacer el mal el uno al otro, y en diferentes formas”.

Recibí noticias de mi familia en Lima, que los padres y los mellizos habían ido a casa a pedir ayuda. Mi familia los ayudó y yo también envié dinero. El padre de los niños no encontró trabajo en Lima y

El curarlos fue en vano; quizás hice más daño en prolongar sus miserias.



prevaliente, en mi país de nacimiento es casi insoluble:“ la

regresó a Andahuaylillas. Meses más tarde, recibí dudosas noticias de que los mellizos habían fallecido, probablemente del mismo mal del cual los curé. Quedé muy consternado. Sentía que pude haber hecho mucho más por ellos, pero era dificultoso debido a la distancia, la falta de comunicaciones y esto sucedió cuando no había modo de ayudarlos. ¡La acción de curarlos fue en vano; quizás hice más daño al prolongar sus miserias. Sus pequeños e inocentes rostros están aún en mi mente y siempre los recordaré. Estoy seguro que ahora ellos son mis ángeles guardianes y quizás agradecidos porque prolongué sus vidas, al menos para gozar un día más de este gran paraíso, la Tierra!

La rutina de mi labor médica es llevadera, tanto por, sus fines humanitarios, también porque estoy haciendo algo que he estudiado con sacrificio para obtenerlo y porque me gusta la medicina caritativa. Percibo el conflicto social de la gente que tiene que hacer trabajos manuales o repetitivos, con remuneración mínima y con jefes que actúan como dictadores, y lo soportan tan sólo para sobrevivir. Años de una existencia así deben ser intolerables. A menudo me imagino ¿qué sería de mí? si en los últimos cuarenta años, hubiera estado lavando platos o trabajando en el campo, sin posibilidad de mejorar mi futuro. Este pensamiento en sí me asusta. Para la mayor parte de la gente en los países del Tercer Mundo, este modo de vivir es parte de su existencia, y la gente da gracias de conseguir cualquier trabajo con tal que pueda alimentar a sus familias. En los

Estados Unidos tratamos de conseguir trabajos que recompensen nuestro bienestar psicológico y si lo encontramos, buscamos por más acrecentamiento moral en nuestras vidas ¡pero no todo el mundo tiene esa suerte!

XVII

SUMERGIDO EN UN MUNDO DE POBREZA



En 1978, volví a la Clínica Esperança en Santarém. En aquellos viajes, actuaba como “courier” llevando artículos médicos y dinero que portaba en mi cinturón. Algunas noches cuando dormía en mi hamaca al aire libre, en estos barcos del Amazonas, muchas veces me encontraba en una situación peligrosa protegiendo este encargo y pasaba la noche en vela. Los doctores y la clínica estaban agradecidos por la ayuda americana y por mis viajes, especialmente durante los días festivos.

La Navidad, a pesar de la abundancia en que vivía, no significaba mucho para mí. Mis pascuas más memorables habían ocurrido cuando no tenía dinero y estaba en la Escuela de Medicina. Un árbol desechado —fue mi decoración navideña— con sus punzantes hojas secas que caían de sus ramas, y esos despojos marchitados eran los únicos regalos que había en el suelo. De algún modo, estas fiestas me causaban ansiedad y un remordimiento de tener más que otros, y me daban el deseo de ayudar, especialmente, en lugares alejados como la selva.

Pero ahora que mis hijos han crecido, siento no haber estado con ellos en esos preciosos momentos.

Para mí, el río Amazonas es como un imán. A través de los años he viajado en casi toda su extensión. Esta vez, fui a Belém, Brasil, donde está la boca del río más caudaloso del mundo. Ver el ocaso en esa infinidad de agua es “intoxicante”. Belém es una metrópoli con edificios antiguos que le dan a la ciudad un sabor colonial. Caminar por sus calles, aun en los días húmedos y calurosos, es para ser cautivado por el ruido y la alegría de la gente. Pasé allí el carnaval de Año Nuevo; bailando en las calles con miles de brasileños, hasta que mis pies quedaron hinchados.

Después de una visita turística a la ciudad, fui a la orilla del río para conseguir un bote y navegar río arriba por el Amazonas hasta Santarém, a cinco días de viaje. Las calles del puerto se parecían a las de aquellos días de mi niñez en la amazonia peruana. Las tiendas tenían artículos que la gente compraba para entrar en la soledad de la selva. Allí veía las mismas cosas que mi padre solía comprar años atrás en las selvas del Perú para comerciar con las tribus: lámparas Coleman, rifles viejos, comida enlatada, machetes, medicinas y hamacas. La atmósfera del puerto era una fiesta para la vista y la imaginación. Las mercancías no eran de lujo ni caras, pero necesarias para la gente de la floresta. Pasé el día entero, curioseando por los alrededores y gozando del sabor festivo del puerto y del mercado. Al

atardecer, fui a buscar el bote que me transportaría a Santarém, y esperaba que me recordara las lanchas del Perú en mi niñez. También estaba consciente de sus precios, tan sólo, porque me traerían reminiscencias de la costumbre de regatear para lograr tarifas más bajas.

Encontré un barco a vapor de tres cubiertas, color blanco, que parecía un crucero transatlántico, incluso el capitán usaba uniforme. Compré un boleto, no de primera ni de segunda categoría, sino de tercera clase donde los pasajeros eran pobres y la gente nativa de la selva viajaba más por necesidad que por turismo.

El costo del boleto para un viaje de cinco días, era alrededor de cinco dólares. Yo podía comprar un boleto de primera clase, pero quería estar con la gente de la amazonia y sumergirme en su mundo de pobreza y alegría. Muchos brasileños pueden ser pobres o tener muy poco, pero su actitud en la vida es alegre. No hay signos de tristeza en sus caras, y la samba siempre está alegrando sus espíritus. Yo los admiro por eso. Es el modo de ser de ellos, que he estado tratando de emular para agobiar mi "inherente" melancolía.

La cubierta inferior de tercera clase estaba llena de carga y aquí se encontraba la cocina, y más abajo el ruidoso y enorme motor a vapor cuyo sonido y olor de aceite estaban siempre presentes aun durante mi sueño. Toda la gente de tercera clase abordó, casi empujándose y corriendo para escoger un buen lugar

donde colgar sus hamacas y hacer su propio pequeño mundo entre el tumulto de pasajeros. Encontré un sitio en el estrecho pasaje, junto a la baranda, donde podía ver y oír el río todo el tiempo. ¡Esa era la esencia de mi viaje! Quería escuchar los rugidos de la selva; mientras el bote surcaba sobre las aguas, deseaba ver las lejanas verdes orillas y las islas y esperaba oír y ver a los ya olvidados animales de mi niñez, en las profundas selvas.

Nunca había estado tan cómodo como en este reducido lugar que escogí, con mi mochila como almohada y suficiente espacio para menear mi hamaca cuando quería sentir la brisa para atenuar el calor o alejar a los mosquitos. La gente estaba por doquier, mis vecinos estaban a medio brazo de mi alcance. Establecíamos conversación y aún aquí, ayudaba a las madres con sus numerosos hijos. No sabían que yo era un médico americano, pero seguían mis consejos y los ayudaba con algunos de sus niños enfermos. Para relatar este viaje, uno tendría que estar allí para sentir la naturaleza y aún así, sería increíble describir el continuo sonido del propulsor y el lento avance del bote contra el gigantesco río plateado en la noche por una luna tan cerca y tan clara. Esto era lo que la vida en este bote y la selva significaban. Y eso es lo más importante en nuestra vida terrestre: ¡La naturaleza viviente!

Muy a menudo, la monotonía del viaje era interrumpida por las torrenciales lluvias que hacían el calor más tolerable y que eran siempre bienvenidas. V

er caer las gruesas gotas sobre esta vasta extensión de selva, me hacía sentir parte del renacimiento de la vida, como si estuviera en el bíblico diluvio, donde uno era una criatura en el arca de Noé. El bote parecía como si fuera la única embarcación sobre este imparable río de lluvia.

Cometí el error de no comprar mis propios abastecimientos de subsistencia. No tenía utensilios para comer y mucho menos un plato. En tercera clase nada se proveía al pasajero. Al llegar el momento de almorzar, todos corrían a la fila por sus raciones, con su plato hondo y su cuchara que no los tenía, y nadie contaba con éstos para prestármelos: Sólo contaba con la mitad de un pequeño artesanal“ mate” de calabaza que lo usaba como plato y no era lo suficientemente grande. Para usar como cuchara, corté una botella plástica de medicina en la mitad. La comida era una mixtura de arroz, frijoles, carne y yuca. Mientras comía, noté en el arroz algo que parecía peculiar. En un minucioso examen, vi que lo que parecían raros granos de arroz, eran gusanos blancos de la carne descompuesta. Empecé a removerlos, pero me cansé de separarlos y como estaban hervidos no eran una amenaza para mi salud. Es más, ¡fui por un segundo plato! ¡La lluvia en el Amazonas puede aumentar el apetito!

Cuando el bote pasaba cerca a las olvidadas villas, los niños remaban en sus pequeñas canoas rápidamente hacia nuestro barco, pidiendo desde abajo que se les lanzara cualquier objeto flotante para

recogerlo del agua. Los pasajeros tiraban cualquier cosa al agua y todo era bien recibido por estos niños en aquellas aisladas áreas de la selva. Me sentí abrumado por esta vista, que empecé a tirar todas las cosas de las que podía deshacerme, incluso lancé la camisa que tenía puesta. Era divertido y triste a la vez, ver a esos pequeños de piel morena conduciendo diestramente sus canoas hasta donde estaban los artículos flotando para recuperarlos. Si el objeto tenía un valor más alto, como una camisa, ellos levantaban el dedo pulgar en señal de agradecimiento. ¡Mi corazón latía más rápido de felicidad y a la vez sentía tristeza por su feliz pobreza!

Los días pasaron rápido. A medida que llegábamos a Santarém, se podía ver el perfil de la ciudad y el gran río de dos distintos colores. Navegábamos por el lado marrón todo el tiempo. Atracamos en el puerto comercial donde había menos botes. Desembarqué con otros pasajeros y me despedí de todos. El barco continuaría a Manaus surcando río arriba. Había sido un gran viaje, estaba de nuevo en la Clínica Esperança, listo para trabajar y renovar mis amistades. Muchos voluntarios se habían ido, pero algunas caras conocidas estaban presentes. La clínica estaba siempre en continuo estado de cambio. Los equipos de cirugía permanecían por dos semanas y los voluntarios por meses, pero raramente, algunos estaban allí dos o tres años, de manera que el lugar era el mismo, pero no el personal. Esta vez Harry Owens no estaba allí, y el

doctor Fred Hartman, director de la clínica, estaba empacando para volver a los Estados Unidos, después de tres años de servicio. Solamente el doctor García y yo, éramos los veteranos de tiempos pasados, junto con algunos ayudantes brasileños.

En este viaje encontré al doctor Pylon, un cirujano ortopédico de los Estados Unidos, que venía a la Clínica Esperança frecuentemente y estaba de nuevo aquí operando a los niños que tenían problemas serios. Él trabajaba día y noche a bordo del bote donde se realizaban todas las cirugías, era un cirujano sin tiempo para filosofar en el romanticismo de la Medicina en esas lejanas áreas de la amazonia.

Mientras todas las enfermeras ayudaban a los cirujanos en sus labores, el resto del personal médico nos encargábamos de los pacientes externos de la clínica, algunas veces yo solo y otras veces con el doctor García. Hacíamos el trabajo rutinario; viendo casos de diarreas, desnutrición, paludismo, muchas veces, enviando a los pacientes a sus hogares para continuar sus sufrimientos, porque no podíamos hacer mucho, y nuestra compensación moral era mínima. Especialistas como los cirujanos plásticos, oftalmólogos, ortopedistas o cualquier equipo de cirugía eran los más apreciados, y aquí formaban la columna vertebral de la fundación. Pero, todos trabajábamos arduamente y nos ayudábamos el uno al otro si había necesidad de consultas.

Usualmente, un equipo de cirugía permanecía dos semanas. En esos catorce días, el trabajo era

intenso y agotador, se tenían que hacer las complicadas cirugías que se acumulaban en el transcurso de un año y se debía terminar con todos los casos programados. Una vez que los equipos quirúrgicos acababan con su misión, la tranquilidad de la clínica volvía y podíamos trabajar sin darnos cuenta de la falta de comodidades, de las cuales los voluntarios estaban en conocimiento, aunque raramente se quejaban ¡eran, verdaderamente, misioneros de la Medicina!

Entre más iba a Santarém, más me entusiasmaba con la idea de instalar un barco-hospital similar en el Perú. Especialmente ahora que el bote Esperança estaba llegando al término de su misión y su posible decomiso. Incluso, discutimos la posibilidad de remolcar el barco Esperança río arriba en el Amazonas, desde Santarém hasta Iquitos, un sueño muy factible. Después de algunas semanas de trabajo en esta clínica, viajé en un pequeño bote río abajo hasta Belém, donde tomé un avión para Los Angeles. Ahora era un veterano de muchos viajes y estas travesías fluviales, eran ya, una rutina.

A lo largo de los años me he dado cuenta que la selva ha perdido su virginidad. Se ve más civilizada y eso, en sí, la hace más salvaje. Los carros y la televisión son un anacronismo en esta hermosa región forestal. La gente misma ha perdido su originalidad. Recuerdo que en mis primeros viajes a la amazonia peruana y brasileña todavía no había televisión. Pero cuando regresé en viajes posteriores,

este medio de comunicación, había llegado con toda su influencia, especialmente en Santarém. En previas misiones, cuando visitaba a las familias pobres en sus casas, los niños, sus padres y yo, solíamos pasar momentos agradables; charlando, cantando, comiendo y hasta bailando. Con la llegada de la televisión y cuando visitaba esas mismas casas donde ya tenían este artefacto, la gente tan sólo podía decir “cómo vai”. Todos estaban pegados al miserable televisor —que estaba sobre el piso de tierra— mirando programas sin ningún valor educativo. Caminaba por las calles, ahora desiertas, toda la población tenía los ojos clavados al televisor viendo sus telenovelas favoritas. La gente iba perdiendo su inocencia, su habilidad para vivir en la selva, y ahora debido a la deforestación habitaban, en gran número, en ciudades hechas de cartón, ¡ya no son los amos de la selva! Antes, ellos sólo obedecían las leyes de este gigantesco arácnido que se está desapareciendo. A hora se busca a alguien para que cuide de ellos y esa actitud agobia al Gobierno con problemas sociales difíciles de aliviar, a menos que el país destruya su selva para un beneficio cuestionable y no necesariamente útil para el pueblo de la selva. ¡Es así cómo percibo los lugares que he visitado año tras año!

De vuelta en los Estados Unidos, fui a la reunión de la junta directiva de la Fundación Esperança, en Phoenix, Arizona, para discutir la posibilidad de poner un buque-hospital en algún río de la amazonia

peruana. Los directores de la fundación me trataron muy bien, y llegué a conocer a Jerry, el hermano del Padre Tupper. Me encontré con viejas amistades que había conocido en el Amazonas, como: Win Stewart, el director saliente; Chuck Post, el nuevo director, y desde luego, Harry Owens. Me dieron unos minutos para proponer el plan del barco-hospital en el Amazonas del Perú, preferencialmente en Iquitos. Estaban entusiasmados, pero a la vez veían con escepticismo el proyecto debido al clima político y a los rechazos, que ya en años atrás tuvieron cuando quisieron hacer lo mismo en el Perú.

Pude lograr apoyo y asignación de dólares como presupuesto inicial para explorar las posibilidades de traer o construir este barco-hospital. El resto de la empresa sería convencer a la estructura política del Perú acerca de este proyecto, estableciendo conexiones con las autoridades peruanas para conseguir el respaldo del Gobierno, lo cual era crucial para este tipo de empresas.

Con optimismo y espíritu de persuasión, semanas después volví al Perú para presentar la factibilidad de este proyecto. Llegué a Lima con la sensación de una misión que cumplir. Mis padres tenían conexiones indirectas con algunos congresistas, por lo que les pedí ayuda, debido a que no tenía ninguna relación política, porque había vivido tanto tiempo en los Estados Unidos. No había mantenido comunicación con mis amistades del Colegio Militar, quienes podían estar en importantes posiciones dentro del sistema

gubernamental. Mis padres no estaban entusiasmados acerca de este proyecto; sabían que la gente y la burocracia no mostrarían interés, y en cierto modo, se apenaron por mí porque estaban seguros de mi posible decepción.

Me reuní con dos parlamentarios peruanos. Primero fue una dama que me prometió el mundo, pero en realidad, no había hecho mucho por alcanzar algo concreto. El segundo, un congresista que me recibió en su oficina del Parlamento y escuchó la propuesta del barco-hospital en el Amazonas. ¡Todo lo que yo solicitaba era un permiso y nada de dinero! Finalmente un vecino bien relacionado y el congresista me consiguieron una entrevista con el Ministro de Salud del Perú, la máxima autoridad en asuntos de salubridad, me imagino equivalente al Surgeon General en los Estados Unidos.

El día de mi cita en el Ministerio de Salud sería la culminación de mis esfuerzos. El hecho de haber conseguido una audiencia —ya— era un éxito en sí. El vecino que era ingeniero y el parlamentario no podían asistir a la reunión, de manera que tuve que ir solo. Me vestí con el mejor de mis ternos y me dirigí al ministerio e hice lustrar mis zapatos con un muchacho lustrabotas que estaba afuera. Entré al enorme y moderno edificio, el cual me parecía un lugar impenetrable en mis tiempos cuando era niño. Caminaba ahora dentro de sus corredores para ver a su más alta autoridad. El lugar estaba bien resguardado y se veían a extranjeros que entraban y

salían. Subí al piso más alto donde era mi cita y me acerqué a la recepcionista que encontró mi nombre en la lista de visitantes.

Me invitó a tomar asiento, pero preferí esperar en los enlosados pasadizos de esta elegante institución, mientras mi mente pensaba en cómo llegar al alma de este gran personaje y convencer a esta eminencia política, que era también un reconocido médico en Lima. Caminaba por los pasillos mientras esperaba mi turno y recordaba las posturas autoritarias de algunos doctores de posición elevada y no me sentía demasiado optimista.

Un joven elegante y de buena “presencia”, su agregado, salió a recibirme a la puerta; me entrevistó y me inquirió la razón de mi visita en forma detallada. Le entregué la carta de intención de la Fundación Esperança, que él tomó, supongo, con el propósito de dar a conocer al ministro, acerca de quién era y cuál era mi intención. Estaba seguro que su superior, era un hombre muy ocupado con tan monumental tarea de resolver los problemas de salud en el Perú y mi visita probablemente, era una pérdida de su tiempo.

Después de un rato, fui conducido por el agregado a la inmensa oficina del ministro y me pidió que me sentara en un segundo salón de espera con alfombrado verde al igual que los edificios oficiales en los Estados Unidos, a pesar de que en el Perú, los pisos son de mosaicos y mármol, especialmente en los edificios antiguos como éste. La vista de la ciudad desde este lugar era espectacular, y Lima se veía

hermosa. Luego se acercó un hombre de corta estatura, trigueño, grueso, aunque no obeso, era el señor Ministro quien venía a entrevistarme, mientras se despedía de dos alemanes que había atendido en su oficina privada adyacente (a la que yo no fui

invitado). Cortésmente y con renovada reverencia por los representantes gubernamentales en altas posiciones, me presenté como un médico graduado en Estados Unidos, nacido en el Perú, que quería ayudar a mi madre patria. Sentí cierta actitud de “aislamiento”. Le expliqué la idea de traer o construir un barco-hospital en el Amazonas al igual de lo que se había hecho en Santarém. Le mostré fotografías y describí el trabajo que hacía Esperança, la organización americana. Él escuchaba seriamente, aunque se veía un algo exasperado, pero suficientemente atento y parecía estar listo a darme el golpe final. Su agregado estaba al lado de él y a ratos me mostraba una forzada sonrisa de aprobación, pero creo que él estaba muy consciente de su jefe. Terminé mi presentación, que la hice con humildad y en cierta manera suplicando, teniendo cuidado de no ofender a esta alta autoridad o al menos no actuar como un arrogante americano.

Llegó el momento de su respuesta. Cruzó las piernas y me enseñó fotografías de buques de guerra de la Marina peruana actuando como barcos hospitales en el Amazonas incluso con insignias de la Cruz Roja al costado de sus cascos. Me dijo que la región de la amazonia no necesitaba más hospitales flotantes y que el país estaba tomando buen cuidado de estos problemas. Mencionó también, que la pequeña cantidad de dinero que proponía no haría ningún impacto y que precisamente, los dos alemanes que habían salido momentos antes, traían ayuda financiera por millones

de dólares para el mismo objetivo, aunque no necesariamente, barcos-hospitales.

Lo escuché como un hijo lo hace con su padre; él era mayor que yo, y acepté su explicación, aunque me sentía algo disminuido por el rechazo de este proyecto. Yo estaba escéptico, pero también algo optimista por su aire de confianza. Pensaba que las cosas estaban mejorando y este representante lo estaba haciendo y no necesitaba de un “pediatra” para ayudarlo en sus esfuerzos. ¡Mi alma quería unirse a mis compatriotas en un espíritu de hermandad y arrojar todos aquellos actos de “arrogancia”, los cuales siempre han causado tanto daño al Perú como nación!

Dejé la oficina. El ayudante me despidió estrechándome la mano cordialmente. Me dirigí a los pasillos un poco pensativo con la cabeza baja y sin mis papeles del proyecto. Mientras saboreaba el conocido camino del rechazo, recordaba la frase que mi padre siempre me decía: “Nadie es profeta en su tierra”.

Mis pensamientos volvieron a los Estados Unidos y yo extrañaba ese espíritu de compasión y el ingenuo “acercamiento” para este tipo de empresas caritativas.

En este viaje al Perú, volví al Amazonas para ayudar en mi acostumbrada forma de hacerlo y no tuve oportunidad de ver el barco-hospital en esta visita. Después de algunas semanas, regresé a los Estados Unidos, casi vencido y triste por no haberse llevado a cabo el proyecto de Esperança.

Una noche de febrero de 1985, cinco días después de mi regreso de este viaje al Perú, sufrí un grave

accidente cuyo relato se encuentra al principio de este libro. Irónicamente, un reconocido cirujano cardio-torácico español en los Estados Unidos, el conde Juan Suros XII, se encargó de mi cuidado. Siglos antes, sus antepasados habían diezmado a la población inca, quinientos años más tarde, este descendiente aristocrático salvaba mi vida. Gracias a los doctores Argoud, Ríos, Aguirre, Gale, Cohen y muchos otros, mi consultorio proseguía y mi familia contribuía a mantenerlo.

Después de meses y varias cirugías, regresé a trabajar. Entré a mi oficina y me arrodillé en la más recóndita de sus esquinas para dar gracias a Dios. Empecé a ver a mis pacientes con el máximo respeto y reverencia por sus enfermedades, porque ahora había sentido, una vez más, el olor de la muerte. Quería ser un médico más caritativo, pero también más compasivo conmigo mismo. Quería borrar todos los fantasmas de mi pasado y tratar de vivir en paz y en el presente.

Algunos meses después, un devastador terremoto sacudió México D.F. Decidí que debía ir a ayudar, no podía permanecer sin hacer nada mientras escuchaba las noticias, además, había estado en un terremoto más violento en el Perú. Las noticias indicaban un esfuerzo más coordinado de ayuda a México, que provenía de todo el mundo.

Salí para la capital de esta nación con un equipo de cuatro médicos y varias enfermeras, incluyendo a Phil Mattson, un interno de pediatría en mis días de residente en el Hospital de la Universidad de California.

Todos íbamos bajo los auspicios del Salvation Army. Mis pacientes en mi consultorio eran atendidos por dos pediatras a quienes tenía que remunerar en mi ausencia.

Llegamos a la zona afectada, donde la confusión que sigue a estas catástrofes y también la camaradería que se establecen, son tan universales en estas circunstancias. Era como una festividad, aunque naturalmente triste. El trabajo y el sentido de ayudar opacan el espíritu de angustia y las amistades formadas duran eternamente. ¡El objetivo común de auspiciar a nuestros semejantes es una poderosa cadena que une a todos. Los sentimientos de arrogancia o desconfianza son descartados, o por lo menos, mantenidos en reserva!

Comparado con el terremoto del Perú en 1970, el de la Ciudad de México fue menos devastador. La gente estaba bajo control después de la destrucción inicial, la cual fue muy severa, pero se tomó cuidado rápidamente. Nosotros llegamos varios días después, de modo que no puedo decir que estuve durante la furia de ese momento fatal. Los muertos y los seriamente heridos habían sido ya atendidos. En las carpas médicas del Ejército de Salvación en Tepito (un área con muchos pobres), empecé a atender a muchos niños y me quedé asombrado de su estado de nutrición: todos robustos y raramente encontré niños anémicos o malnutridos.

Este país tiene un clima templado y no muchas enfermedades raras como en el Perú, aunque la

polución del aire está llegando a ser más peligrosa para la salud, que los parásitos o las infecciones tropicales. El deterioro del ambiente es un problema de salud muy difícil de controlar. Esta situación que es mundial, va a requerir tecnología y no humanidad, pero debe hacerse por el bien de nuestras generaciones y por el ambiente y por la preservación de nuestros recursos naturales, que es lo que más apura y presiona al mundo de hoy.

Los males que veíamos eran principalmente por los efectos de la destrucción y se manifestaban con dolores de cabeza, falta de apetito y un espíritu sombrío, presentándose como un nuevo cuadro médico y quizás diagnosticado como un “síndrome de terremoto”. Nuestro grupo de enfermeras era excelente, porque ellas elevaban el estado de ánimo de los pacientes. Y o no era muy bueno en esta faceta, me interesaba más la gente gravemente afectada, de modo que podía profundizarme en sus problemas médicos. Hicimos buen trabajo, y la gente estaba agradecida por nuestros esfuerzos. De regreso, volamos sobre una capa oscura de humo que cubría toda la gran metrópoli. Una vez en los Estados Unidos, me sentí más entusiasmado y deseoso de estar listo para otros viajes a países en necesidad, quizás porque esta vez todo había sido tan bien organizado por el Salvation Army.

Nuevamente, mi clínica resurgía y empezó a llenarse de pacientes. Traté de formar un grupo médico. El ambiente profesional de la Medicina en los Estados Unidos estaba cambiando, e incluso, ahora, no

me permitía tener tiempo y dinero para hacer las misiones que realizaba.

Para liberarme de la presión en el trabajo, empecé a hacer viajes para aprender la forma de vida en otros continentes. Viajaba con bastante frecuencia a Europa como si fuera un estudiante. Visité España más de tres veces, para aprender su historia y sus conexiones con mi pasado, a veces sintiendo una extraña sensación de déjà vu en algunas ocasiones.

Un encuentro de este raro fenómeno me ocurrió en Córdoba, donde mi apellido es muy común, y quizás de donde proviene la parte española de mi raza mixta, que es, probablemente una combinación de español y árabe, ¡pero, por cierto que yo soy más indio que español!

Hice viajes a Rusia durante la guerra fría y vi ciudades modernas y limpias, pero también lugares descuidados. Creo que cualquier sociedad es buena si uno no ve miseria, especialmente niños pobres pidiendo limosna en las calles. En Rusia no veía nada de esto, y en cierto modo estaba prohibido dar propinas. Visité sus hospitales y aunque otros podrían criticarlos, esto no vendría de mi parte. La decadencia en una nación es más notoria en el modo en que trata a su juventud. En esta tierra los menores de edad estaban bien nutridos y parecían contentos. Los niños no tienen idea de sistemas políticos, pero ellos deben, bajo cualquier sistema político, ser bien cuidados para crecer sanos, y luego, ya adultos, hacer sus propios juicios, con un

cerebro que no haya sufrido por el hambre, el despotismo y el descuido del país que les dio la vida.

REFLEXIONES DEL ALMA DEL CÓNDOR



El original de este libro, por razones apremiantes fue manuscrito en un corto período. Por años mi conciencia me urgía por escribir sobre mi vida y mi gente como una forma de contar la historia y las experiencias de ser un descendiente mestizo de los incas. Pero, cada vez que cogía una pluma y empezaba a escribir algunas líneas, sólo encontraba que el fluir de mis pensamientos se perdía en la niebla de la incertidumbre. Era, como si mi mano fuera hecha de piedra, y no podía escribir. Las fuerzas de mi imaginación estaban como una madeja enredada, inútil para el tejido de mis pensamientos.

Pero ahora que esta narración ha sido escrita para mostrar que los indígenas son marginados por la conciencia de la historia, y que siguen viviendo en la oscuridad del pasado, sin poder redimir su raza a la comunidad de la tierra; siento que un gran peso se ha levantado de mi alma. Con la experiencia de mi vida, intentaré confrontar serenamente las vicisitudes de nuestra existencia y extender la mano —esperando que sea sin influencias negativas de mi pasado— a las jóvenes generaciones, y llegar a ser parte de una cadena de buenos eslabones. Espero que mi progenie y la juventud, al leer este libro, se beneficien

de mi fugaz estadía en esta tierra y que la misión de las próximas generaciones sea salvar nuestra naturaleza y las especies que la habitan; darse cuenta que nosotros mismos necesitamos reproducirnos menos, porque la superpoblación crea un sentido de poco valor en nuestros seres, haciendo que nuestras existencias no sean vividas de acuerdo a nuestras habilidades y en muchos países, estemos libres del horroroso pasado.

Al llegar a la etapa de mis años más fértiles, veo retrospectivamente que gran parte de mi vida la he pasado tratando de llegar a ser ¡alguien!, a pesar de las fuerzas contrarias del destino: discriminación, dudas de mí mismo y autoexilio de mi tierra. Pero nada superará la turbulenta confusión creada por las fuerzas de la historia, las iniquidades por las que nuestros ancestros pasaron, especialmente cuando el tiempo —tan infinito como es— no ha tenido los suficientes años galácticos para borrarlas.

Quizás estos últimos siglos son cruciales para nuestra existencia porque podemos registrar toda información humana, debido a la imprenta y ahora al embrionario desarrollo de la cibernética. Algún día, nuestras emociones serán codificadas en electrones y nuestros recuerdos, no serán —más— registrados en nuestros cromosomas. Entonces nos convertiremos en “humanoides” sin historias que nos atormenten, y tendremos sólo un futuro y no el pasado; tal como la luz y el tiempo que, tan sólo, tienen una trayectoria: ¡siempre adelante! ¡sin volver jamás atrás! Para entonces, llegaremos a ser sobrehumanos, todos agarrados de las manos y

llevando a nuestros hijos hacia ese venidero tiempo,
con nuestras

Reflexiones del Alma del Cóndor 339

ondulantes y oscuras togas ancestrales — deslizándonos en el espacio— sin heridas que destrocen nuestras almas, y con los ojos fijos solamente en el distante futuro.

Cada nación está moldeada de acuerdo a su historia, y su gente refleja ese espíritu creando cambios en los instintos básicos de la humanidad, ya sea, para el bien o para el mal de las futuras generaciones. El pasado de una nación es la ornamentación o las llagas en las almas de sus gentes, y como en un ramo de rosas, el arreglo reflejará la imaginación de su creador; poniendo tallos llenos de espinas del horrible pasado para proteger la delicada flor del futuro.

Antes que las naciones fueran creadas en el viejo mundo las tierras eran conquistadas y reconquistadas entre gente de igual ascendencia. Pero los habitantes en el nuevo mundo evolucionaron por las fuerzas del tiempo. La “desigualdad” se debía a las leyes de la naturaleza, y el hombre del antiguo continente con su imperfecta imaginación confundió esta gente como una abominación de la creación de Dios. El conquistador fue visto como un superhombre en los ojos de los nativos, por el simple hecho de la reflexión de la luz sobre el pigmento de su piel. La aberrante historia de su pasado fue traída a este “nuevo” continente, destruyendo jóvenes y crecientes

civilizaciones para siempre, dejándolos en siglos de servidumbre humana que sólo el tiempo la cambiará, y el producto de su “evolución final” nos llevará a la especulación: ¿llegarán a ser hombres inferiores o superiores?

Mientras el mundo evoluciona y el tiempo pasa, quién sabe, una nueva humanidad emergerá cuando esa gente vaya a conquistar otros planetas en el espacio, ojalá, entonces, no sometan el espíritu de esos extraterrestres —ya— concedores de los errores de nuestro pasado, y quizás esta vez a conquistar por el bien del universo. Pero aún, hay muchas injusticias por erradicar en nuestro planeta, y probablemente, todavía tenemos tiempo para salvar todo lo que Dios y la naturaleza nos dieron.

Es así como este Cóndor, volando al ocaso de su vida, podrá reflexionar sobre el futuro, bajo el dorado resplandor del sol que va desapareciendo en el horizonte. La oscuridad de la desvaneciente tarde vendrá y él volará a las más altas cumbres, como si buscara los últimos rayos del sol poniente, para coger los reflejos de un último crepúsculo de esa brillante estrella. En sus noches de soledad, él pensará en las formas cómo su espíritu se podría superar; quizás, exaltándose a sí mismo y llegando a ser una fuente de inspiración para aquellos que “han” sufrido, que “ahora” sufren y que “continuarán” sufriendo.

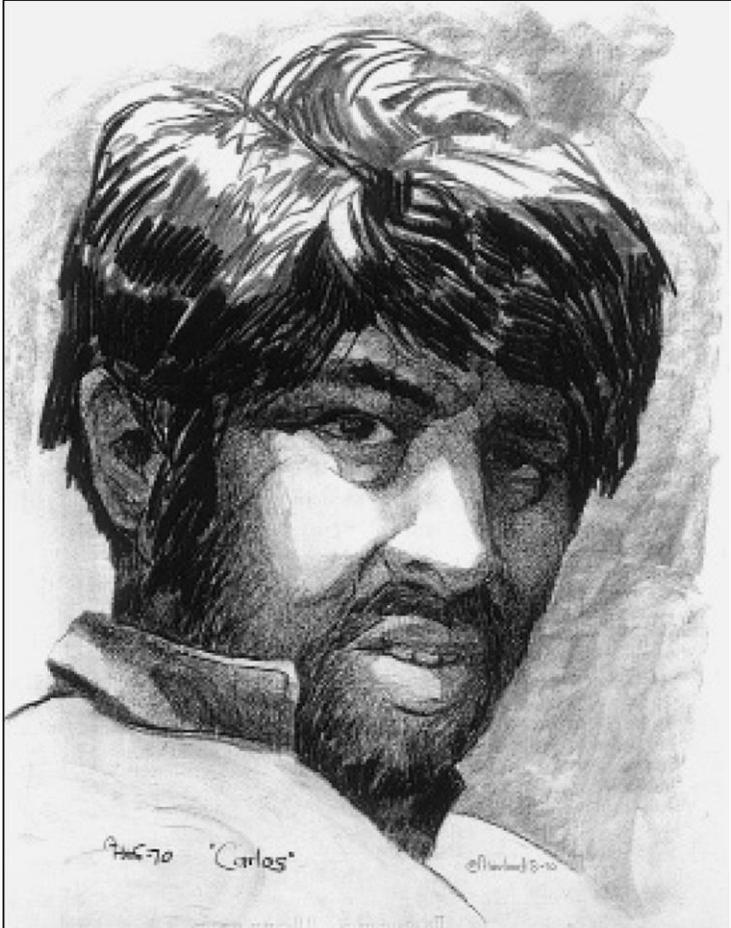
Al alborear el día, el alma de este Cóndor esperará ver el primer destello de la mañana, que se levanta tenuemente en los remotos e inhóspitos Andes, irradiados por un viviente dios Inca que para los “Hijos del Sol” fue el creador de todas las cosas y

que ahora viene a dar calor a nuestros corazones y a alumbrar nuestras desoladas almas. Entonces este Cóndor extenderá lentamente sus grandes alas, y no sabiendo a dónde volar, mirará al norte, sur, este y oeste de nuestras vidas, pero “decisiones” son difíciles de tomar y así él se elevará hacia el ascendente sol, de donde y a la distancia verá montañas tras montañas que tratará de volar sobre esas inciertas cumbres porque siempre estarán allí. Pero, con el cansancio de su vuelo, se deslizará en el vacío de introspección espiritual y verá que la humanidad tiene un futuro; si cada uno de nosotros hace un acto de bondad, estas acciones serán granos de buena arena que sepultarán las dunas de las injusticias del pasado. Esas playas de preciosa arena blanca en los mares azules de

Reflexiones del Alma del Cóndor 341

nuestras esperanzas serán bañados por olas de optimismo, y este gran Cóndor habrá volado a los lejanos océanos buscando ese “levantamiento” del sol, y sintiendo el “crepúsculo” de su caída.

Anja Hovland



Los años pasarán, y así como el tiempo nivela la cima de las cumbres
el alma de los hombres; mi espíritu se regocijará en las
últimas moléculas de mis restos, al sentir el bailar y oír el
cantar de los niños indígenas, unidos con todos los niños del
mundo; y mientras mis cenizas estén cubriendo sus
pequeños cuerpos —entonces— yo sabré, que el daño de lo
que ha sucedido ha llegado al fin del universo; donde en la
nada del espacio, ya no —más— sentiré el dolor de ese
horroroso pasado.

Apéndice ¿QUÉ LES

PASÓ A LOS INCAS?



En tiempos distantes los antiguos peruanos eran recolectores de vegetales así como cazadores, hasta que adquirieron el conocimiento de la agricultura. Es probable, que vinieran de América del Norte y continuaran a la América del Sur, a través del Istmo de Panamá, llegando así a la región de los Andes.

Poco a poco formaron grupos que giraban alrededor de líderes guerreros, sobreponiéndose a un ambiente hostil como las sierras, junglas y desiertos. Una vez que algunos grupos se establecían en un lugar, empezaban a cultivar y desarrollar genéticamente plantas nativas como la papa, maíz y otros. Posteriormente hicieron objetos para uso personal destacándose en cerámica y metalurgia.

La geografía del Perú posee grandes barreras naturales para sus habitantes en todas sus regiones y elementos. El océano Pacífico tiene dos corrientes marinas en opuesta dirección: la Corriente de Humboldt, que viene del Polo Sur, es fría y en su curso hacia el norte atraviesa toda la costa peruana y toma rumbo hacia el oeste, encontrándose con la corriente ecuatorial del Niño, que sigue un curso

hacia el sur, calentando la de Humboldt, y consecuentemente, cambiando en forma negativa el clima de la costa. Las frías aguas de Humboldt minimizan la evaporación del Pacífico peruano evitando, completamente, precipitaciones sobre la costa creando inmensos desiertos de arena tan fina en la que se puede esquiar como si fuera nieve. La Corriente del Niño, cuando se desvía de su curso en la zona norte del Perú, crea grandes tempestades y catástrofes. Paradójicamente, estos cambios naturales producen abundancia de peces y como no hay lluvia, el guano de las aves marinas no es arrasado a las aguas, y así, forma cerros de este natural fertilizante.

Los antiguos habitantes de la costa lucharon para compensar la falta de lluvias y con su titánica habilidad hicieron que los pocos ríos que vienen de los Andes fueran desviados a sus áreas de cultivo, pero es en la región andina donde los primitivos peruanos dominaron el ambiente, en el cual los actuales descendientes de los incas continúan esforzándose por el futuro de su suelo. Los impenetrables Andes cruzan la región longitudinalmente en forma escalonada y a grandes altitudes, creando una naturaleza abismal. Así, los pueblos y aldeas de las serranías ven truncado su progreso por la dificultad del terreno con excesivas lluvias y heladas, las cuales, dañan las magras cosechas sobre las pequeñas parcelas de tierras formadas para cultivar. Sumada a esta caótica geografía, la región andina está situada justamente en el Círculo de Fuego del Pacífico, el área sísmica más activa de la tierra,

donde continuos terremotos destruyen lo que tomó años de esforzada acción para su formación; pero aún así, como hormigas y a un tremendo costo, la labor de reconstrucción es siempre el continuo proceso para el progreso, que a veces, no es evidente y parece ser estático en su desarrollo.

La selva está al otro lado de la cordillera oriental de los Andes. De sus inclinaciones empieza la vasta región forestal atravesada por innumerables ríos, que zigzagueadamente forman el gran Amazonas. Esta área, está siendo ahora matricidamente explotada y con el tiempo nada quedará de la madre selva, porque ella es tan susceptible y puede ser fácilmente destruida por el hombre. Muy al contrario, los Andes no dejarán a nadie aplanar ni siquiera un solo pico. Pero dócilmente estas pétreas acumulaciones del cosmos permitieron que los nativos indígenas cultivaran, cuidadosamente, en sus ascendentes faldas lo suficiente para sostener a los pocos habitantes, y así, empujándolos a unirse para formar un gran imperio nacido por la necesidad del bien común.

El primitivo hombre del Perú puede todavía ser reconocido en la selva donde las gentes aún viven preservando sus organizaciones y costumbres similares a aquellas de sus antecesores, formando tribus, muchas de las cuales he tenido el privilegio de conocer y de vivir con ellas cuando era niño, como los aguarunas, huambisas y jíbaros.

El desarrollo de la civilización andina se realizó a lo largo de toda la extensión de los Andes, desde Ecuador hasta Chile y parte de Colombia y Argentina. Fue en el antiguo Perú, o Tahuantinsuyo, donde su esplendor llegó a su más alto grado de importancia, igualando, y en algunos aspectos superando a otras culturas del mundo. La civilización antes de los incas

tuvo grandes centros culturales: Chavín, Paracas, Tiahuanaco, Mochica, Chimú y Nasca.

Chavín la cultura preíncá más antigua se desarrolló en las nacientes del río Marañón que vierte en el Amazonas. Esta cultura dejó un gran templo, donde se pueden ver colosales esculturas talladas en piedra del dios Wiracocha, figuras humanas y de animales como el cóndor.

La cultura Paracas fue conocida por su habilidad médica en la trepanación craneal y la momificación.

La cultura Tiahuanaco floreció en la meseta del Collao al lado del lago más alto del mundo: Titicaca. Dejaron las chulpas (tumbas hechas con piedras hábilmente trabajadas en forma de pequeñas torres redondas). Más al sur del lago se puede apreciar la entrada o Portada del Sol, de piedra esculpida en alto y bajo relieve representando a Wiracocha, creador de la tierra y del hombre. Tenían un sistema de organización social, el “ayllu”, que era un conglomerado de familias del mismo origen cuya estructura social más tarde fue adoptada por los incas. Esta cultura Tiahuanaco fue tan antiquísima que ya estaba en ruinas en tiempos del incanato.

Las culturas Mochica y Chimú se desarrollaron más recientemente en el norte de la costa peruana. Debido a la escasez de agua en los grandes desiertos, ellos construyeron canales de irrigación y pozos para el almacenamiento del agua, también usaban guano para la fertilización de los estériles desiertos. Fueron hábiles en trabajos de alfarería, creando los llamados huaco-retratos, mostrando

todos los sentimientos humanos. En metalurgia hicieron fino trabajo en oro de veinte kilates.

Los últimos chimús, pudieron haber comunicado sus pensamientos por medio de símbolos grabados en pallares, los cuales, aún no han sido descifrados. También construyeron una inmensa pared como la gran Muralla China para defenderse de los incas que venían del sur. Chanchán, la capital del Gran Chimú, aún parcialmente intacta, y más grande que la ciudad de Trujillo de hoy, fue fundada por Francisco Pizarro, quien visitó sus grandes templos, almacenes de granos, y reservorios de agua.

La cultura Nasca se desarrolló cerca a lo que es hoy la ciudad de Lima, y se le atribuyen las figuras y líneas topográficas que a vista aérea sugieren grandes pistas de aterrizaje.

El imperio inca gradualmente llegó a ser un estado multinacional cuando estos centros culturales fueron conquistados y unificados, reteniendo cada cual sus propias costumbres regionales. Es posible que cada cultura preinca pudiera haber llegado a mayor esplendor y superado a la civilización inca; pero una vez consolidado el imperio inca llegó a ser un poderoso Estado, comparable al de los aztecas y otras nacientes civilizaciones del mundo. Esta gran civilización era vasta y la población se estimaba en doce millones.

Tal como los antiguos europeos, los incas también tenían sus leyendas para explicar su origen. La leyenda del lago Titicaca cuenta que el Sol, padre de todo, se percató de la pobreza de los hombres y

envió a Manco Cápac y a su esposa y hermana, Mama Ocllo, haciéndolos aparecer en medio del lago Titicaca. Manco Cápac salió con una vara de oro con la cual fundaría una ciudad, donde la vara se hundiera fácilmente en la tierra, como un signo de fertilidad. Y así se fundó la capital del imperio, que fue llamada Qosqo, y posteriormente castellanizada a Cuzco. Manco Cápac enseñó a los hombres los deberes cívicos y el trabajo en el campo y Mama Ocllo a las mujeres, sus deberes familiares.

El imperio era dirigido por un soberano, llamado “Inca” quien usaba un atavío simbólico para su alta investidura. Hubo dos dinastías, con doce incas (Atahualpa, el último, nunca fue coronado como soberano) que gobernaron aproximadamente de 1250 a 1532. Así como todos los líderes en el mundo, cada uno es recordado por sus grandes hechos y múltiples hazañas.

Manco Cápac, fundador del Cuzco, construyó el inicial templo al Sol, Inticancha, aún existente y que fue base para venideros templos.

Sinchi Roca, “guerrero y prudente”, hijo de Manco Cápac, proclamó ser descendiente y líder supremo de la religión inca, creando un gobierno teocrático.

Lloque Yupanqui quizás inició incursiones a la tierra de los Collas, a las orillas del lago Titicaca.

Mayta Cápac posiblemente dirigió la construcción del primer puente colgante sobre el río Apurímac.

Cápac Yupanqui causó gran inquietud entre la gente quechua, casi al punto de la anarquía.

Inca Roca fundó la primera escuela en el Cuzco, y dispuso que sus amautas, hombres del saber enseñaran en ella. Él propuso la palabra “inca”.

Yahuar Huaca, llamado así porque lloró sangre cuando de niño fue raptado por los ayarmacas, lo que desanimó a sus captores y lo devolvieron a su padre, Inca Roca, quien lo preparó para gobernar.

Wiracocha nombró a su hijo favorito, Urco, como su sucesor a despecho del más capaz, Inca Yupanqui. Pero cuando un sorpresivo ataque de los Chancas forzó a Wiracocha y a Urco a huir del Cuzco, Yupanqui asumió el liderazgo; rechazó y venció a los invasores, se autodesignó soberano, cambiando su nombre a Pachacútec, y comenzó la expansión del imperio incaico.

Pachacútec fue el inca más brillante. Su nombre en el idioma quechua significa “el que cambia el mundo”. Como guerrero conquistó a los Collas y al Gran Chimú, extendiendo el territorio con la ayuda de su hijo, Tupac Yupanqui. Como administrador estableció supervisores para evaluar las necesidades del imperio. Empezó una vasta cadena de caminos con tambos que eran usados como lugares de descanso para los viajeros. Creó los chasquis, un sistema postal, usando a los corredores más veloces. Dividió el imperio inca en cuatro regiones que formaban el Tahuantinsuyo. Reconstruyó el original Templo del Sol: Inticancha, usando tanto oro que fue conocido como Koricancha, casa de oro. Empezó la famosa fortaleza de Sacsayhuaman. Estableció los mitimaes, comunidades que viajaban a lugares

distantes para mantener intacto el imperio. Reconoció como dios supremo a Ticci-WiracochaPacha-Yachachic, “creador del mundo y el comienzo de todo lo creado”.

Túpac Yupanqui correinó gran parte de su vida con Pachacútec y tomó parte en las conquistas atribuidas a su padre, pero también hizo conquistas en el norte hasta Quito y en el sur hasta Chile. Navegó los océanos posiblemente llegando a las islas Galápagos. Este inca formó un servicio de inteligencia para evitar subversiones y mantener todo lo conquistado bajo su poder.

Huayna Cápac fue quizás el último legítimo soberano. En su reinado comenzó la declinación del imperio. Luchó contra las rebeliones y sublevaciones en las fronteras del norte y del sur, limitando y demarcando así la extensión de su imperio. Vivió mayormente en Quito, Ecuador, y murió probablemente de manera repentina en 1525, dejando en duda la sucesión entre sus dos hijos: Huáscar, legítimo, y Atahualpa, ilegítimo, este último se autoproclamó como gobernador de Quito y comenzó a luchar contra su hermano desatándose una guerra civil que produjo la anarquía del imperio inca, y con la llegada de los españoles, la conquista del Tahuantinsuyo...

Sucintamente, la guerra civil empezó cuando Huáscar envió un ejército a Ecuador, que fue repelido por Atahualpa, quien en represalia envió tropas al Cuzco bajo el mando de dos famosos generales: Quisquis y Calcuchímac, quienes rápidamente

marcharon al sur y lucharon contra Huáscar, vencéndolo y tomándolo prisionero. El triunfante general Quisquis ordenó una horrible matanza en la capital del imperio. Huáscar fue asesinado a raíz de una intriga entre Atahualpa y los conquistadores que ya habían tomado preso a este último inca, poniendo fin a la guerra civil. Atahualpa, antes de ser coronado soberano fue ejecutado por los conquistadores.

Así se inició el fin del gran imperio y la humillación de su gentepor los españoles, dejando a los descendientes de los incas hasta estos días, en un estado sombrío, y quién sabe por cuánto tiempo. Esa humillante conquista que aún perdura en el alma de los peruanos, es una de las razones por las que escribo este libro con el subtítulo de Un Holocausto Olvidado. Yo soy el producto de esos siglos sin fin, de esta perpetua e insidiosa forma de “holocausto” que necesita ser expuesta por alguien que siente el dolor de ese cáustico pasado y abrumador presente, tratando de divulgar y enmendar este “genocidio”. América ha apaciguado mi alma y gracias a mi patria adoptiva, mi progenie no sentirá mi doloroso pasado, pero el sufrimiento de mis hermanos peruanos, allá en las punas y desiertos de sus almas, nunca dejará mi conciencia en paz.

Describiré la organización del imperio inca y su incipiente apogeo, quizás tratando de entender, por qué los descendientes andinos en días actuales, están aún en un estado de confusión. Esto posiblemente es debido a que la cultura europea fue

implantada y no era compatible con la gente del nuevo mundo.

La estructura social incaica era jerárquica, con tres clases sociales diferentes: el inca, la nobleza y el pueblo, colaborando entre ellas para dominar un terreno dificultoso y tener un mejor futuro.

La base de la organización incaica, el aillu, era un conglomerado de familias con el mismo linaje, lenguaje y religión. Los aillus eran dirigidos por un “curaca” que usualmente era la persona de mayor edad y se encargaba de realizar los casamientos y reunía gente para las guerras.

La organización política del imperio estaba dirigida por el Inca, cuyo poder era absoluto y teocrático. Como hijo del Sol su mandato era divino.

Para la colosal tarea de gobernar, el inca tenía asesores que residían en el Cuzco, representando cada región. A pesar de ser un extenso territorio, el imperio estaba unido porque tenía una suprema autoridad, un solo culto, un lenguaje oficial, y finalmente, una magnífica red de caminos.

Aunque no tuvieron escritura, los incas registraban sus estadísticas y hechos históricos por medio de “quipus”, que eran un manojo de cordones de lana de diferentes colores y con nudos que podían ser descifrados por especialistas llamados “quipucamayocs”.

Para supervisar a los curacas en diferentes lugares, el inca tenía los “tucuyricuy” (el que lo ve todo) que visitaban a lo largo del imperio y tenían la autoridad para imponer la ley.

La grandeza del imperio inca se basó en tres factores: fuerza política, organización económica y poder militar. La tierra pertenecía al Estado tal como en los Estados socialistas y no había propiedad privada.

El trabajo era obligatorio y tenían un lema: “el que no trabaja, no come”, maximizando así la producción que era colectiva y estaba dividida: para el Inca, el Sol y el pueblo. La laboriosidad de la gente se podía apreciar por su habilidad en textiles, cerámicas y metalurgia. Trabajaban el bronce, la plata y el oro, aunque no conocieron el hierro.

La religión era politeísta. Encima de todos estaba el “Inti” o el Sol, y subsecuentemente el todopoderoso W iracocha, el dios de la nobleza y dioses secundarios como el trueno y la Pachamamala madre tierra.

El culto a los muertos tenía similar idea al de los egipcios. Grandes fortunas y trabajo fueron invertidos para mantener la inmortalidad.

La Iglesia estaba bajo un sacerdote supremo: el Villac-Umu, algo así como el Papa. Los templos fueron grandes trabajos de arquitectura; sus cimientos eran tan sólidos que los españoles los usaron como bases sobre las cuales construyeron sus santuarios cristianos.

Los días festivos eran y aún lo son, grandes acontecimientos que revelaban el sentimiento espiritual de la gente. Entre ellos, el Inti Raymi, celebrado en junio y dedicado al dios Sol, agradeciéndole por la abundante cosecha.

El arte de los incas, del cual se conservan vestigios en museos, es estéticamente comparable al de otras civilizaciones.

Su música era pentafónica, razón por la cual la música indígena de hoy, suena triste y monótona. Usaban instrumentos de viento y percusión, como la quena y el tambor.

Permítaseme expandirme en lo más inexplicable de nuestros sentimientos: la música. Aquellos que han escuchado “El cóndor pasa”, obra del compositor peruano, Daniel Alomía Robles, sentirán en lo más profundo de su corazón: la soledad y el vacío de los Andes, pero aún así, sus almas serán elevadas por los vientos de esperanza, dejando sus espíritus en consternada introspección, porque somos la misma gente —en esta tierra— y todos nuestros sentimientos son los mismos. Robles es nuestro Beethoven, y “El cóndor pasa” es nuestra “Quinta sinfonía”; la diferencia es que esta obra peruana, de comienzo a fin, es una experiencia téread el osa bismosd en uestrosv alleds ed esesperación, donde sólo y por sí mismo uno tiene que elevar su espíritu para llegar a las alturas de la esperanza. Para esto, uno tiene que volar como un cóndory r emontarsea lv aciód el osf rígidose spacioss obrel asm ontañasy lasn ubes,d eslizándoses obree sosi nterminablesv alleso scurosd en uestras vidas y así, reflexionando en lo que uno ha tenido que hacer para llegar a estas cimas. En tanto que Beethoven, nos lleva a través de verdes valles de esperanza, sin cumbres que escalar,

elevando y cautivando nuestras almas con cierta paz interna.

En educación tenían escuelas llamadas “Yachayhuasi”, donde sólo los miembros de la familia real eran instruidos por los “amautas”, quienes tenían un rudimentario conocimiento de astronomía, incluyendo referencias de los doce meses del año y los treinta días de cada mes. También enseñaban materias como el quechua, religión, leyes y el significado de las festividades con relación a la agricultura. En el campo de la Medicina, conocían el embalsamamiento y tenían conocimientos quirúrgicos, usaban hierbas medicinales, como la coca para usos anestésicos y la corteza de la quinina contra el paludismo.

El lema “ama sua, ama llulla, ama quella” (no robar, no mentir, no ser perezoso) era el principio moral adoptado por todas las clases sociales, desde el soberano hasta el último yanacona o servidumbre.

Los curacas administraban justicia en sus ayllus, castigando por robo, asesinato y adulterio. El inca y sus consejeros eran los únicos que podían dictar leyes. La justicia era rápida, severa y desproporcionada al crimen cometido, extendiéndose a los familiares de los acusados.

Los recién nacidos eran criados en su totalidad por sus madres, quienes siempre cargaban a sus infantes en la espalda dejando las manos libres para poder trabajar en el campo. Los niños ayudaban y seguían la ocupación de sus padres.

El Estado cuidaba de los ancianos, inválidos, viudas y huérfanos, a diferencia de la actualidad en que se pueden ver ancianos abandonados por sus hijos que quieren vivir en superpobladas ciudades.

La milicia estaba bien estructurada. El Inca era el comandante en jefe del ejército. Las tropas estaban integradas por divisiones bajo el comando de un pariente cercano al Inca para mayor lealtad. Tenían un estandarte con los siete colores del arco iris ubicados en franjas horizontales.

Cuando se trataba de anexar una nación o aillu, el Inca previamente enviaba mensajeros para persuadir al enemigo a que se rindiera sin necesidad de guerra, y por lo general recurría al soborno para incorporarlos al imperio. Si eran anexados pacíficamente, les otorgaban toda clase de consideraciones, incluso mantener sus ídolos y sus títulos de nobleza. Si la violencia era necesaria, los ejércitos penetraban las fronteras, habiendo inicialmente comprobado la fuerza del enemigo mediante espías y el conflicto se llevaba hasta diezmar al enemigo y arrasar sus ciudades. No había compasión con los prisioneros. El objeto de conquista era para expandir su territorio y diseminar la cultura inca siguiendo los mandatos del Sol. Esto último no fue diferente a lo de los españoles que trajeron la religión católica para imponer a sus vasallos, excepto que los incas, generalmente, respetaban las creencias, dioses y costumbres en aquellos que se sometían pacíficamente.

Es así que llegamos al término de esta joven y floreciente civilización que estaba alcanzando un apogeo sin precedente en el espacio de tiempo de más o menos cien años. ¿Uno podría imaginarse cuál habría sido su futuro, si las circunstancias hubieran sido diferentes?

Después de los grandes adelantos del Renacimiento europeo, comenzaron el descubrimiento, la conquista y colonización de las tierras del nuevo mundo. España fue la primera en esa empresa, un país que recién se había liberado después de setecientos años de ocupación árabe.

Los españoles, inicialmente condujeron expediciones a naciones no muy desarrolladas, pero luego, poderosos imperios fueron conquistados. Empezando con Hernán Cortés en México y terminando con Francisco Pizarro en el Perú, la más codiciada de todas las conquistas. ¿Qué hizo posible la conquista del Perú? La caída del imperio inca, no fue sólo debido al indiscutible coraje y habilidad militar de los conquistadores como causas externas, sino que también hubo causas internas.

Las causas internas fueron debido al descontento de los pueblos vencidos por los guerreros del Cuzco para formar el imperio incaico, la rigurosa autoridad del soberano, el sistema de "mitimaes", forzando la transferencia de grupos íntegros de gente a lugares desconocidos. La guerra civil entre los hermanos Huáscar y Atahualpa después de la muerte de su padre, Huayna Cápac, fue la causa interna principal, la cual disminuyó las fuerzas de defensa del imperio.

Algo anecdótico y de mínima importancia como causa externa, fue la sorpresa de los guerreros incas ante la presencia de hombres barbudos con espadas, armas de fuego y caballos, creando un caos psicológico. Pero ese temor inicial no duró mucho y con el tiempo el deseo de luchar contra los intrusos, culminó con el levantamiento de Manco Inca.

La más obvia causa externa de la ruina del Perú incaico fue el implacable deseo de los conquistadores de adquirir oro y consiguientemente de obtener riquezas de las naciones dominadas con el trabajo forzado y finalmente la esclavitud.

Estos sinópticos factores explican la facilidad con que Pizarro tomó Cajamarca, capturó a Atahualpa, obtuvo oro bajo promesa de darle libertad, luego asesinándolo y así dejando al imperio sin liderazgo espiritual.

Después de la conquista, no hubo intercambio de culturas: una reemplazó a la otra. Desde una perspectiva económica, esto tuvo tremendas consecuencias en civilizaciones como México y Perú, que tenían una manejable economía para sus tiempos. Estas civilizaciones y sus descendientes fueron y actualmente son, “discretamente explotados”. El Nuevo Mundo se convertía en la fuente de riquezas y de materias primas destinadas a satisfacer las necesidades de las ya avanzadas industrias manufactureras de Europa. ¿Qué pasó con los indígenas, una vez disipado el inicial choque con los mitológicos caballos y hombres extraños? Ellos aprendieron a pelear como los españoles para luego

tratar de recuperar el imperio inca; sin embargo, muchos pueblos alejados del Cuzco permanecieron rencorosos contra los incas y dieron ayuda a los conquistadores, haciendo imposible la rápida expulsión de esos nuevos inmigrantes.

Cuando Francisco Pizarro inició su marcha al Cuzco en 1533, ya había algunos levantamientos indígenas. Pero Pizarro como un astuto político pidió y siguió el consejo de los “orejones”, que reconociera como sucesor del inca difunto a Toparpa, joven hermano de Atahualpa. Diplomáticamente, una táctica sin efecto, porque Toparpa fue reconocido como un inca títere y el viaje de Pizarro al Cuzco fue hostil en muchos lugares. Mientras llevaban al nuevo inca a la capital imperial para ser coronado, éste murió por causas misteriosas. Guiado por el general Calcuchímac, Pizarro siguió su viaje al Cuzco. Este valiente y sanguinario general inca de Atahualpa, fue acusado de la muerte de Toparpa y fue quemado vivo. Después de escaramuzas con unos cuantos defensores, Pizarro con la ayuda de otras naciones indígenas entró al Cuzco el 25 de noviembre de 1533 e inmediatamente tomó los santuarios y palacios despojándolos de todo su oro y gloria.

Después de ser asesinado el legítimo sucesor Huáscar, y muerto Toparpa, el poder imperial debía pasar a Manco, descendiente e hijo legítimo de Huayna Cápac. Para pacificar a las masas indias, Pizarro proclamó a este verdadero pretendiente como Manco II, que estaba sujeto como vasallo a la corona de España. Manco II trataba de gobernar el imperio

inca en armonía con los españoles, sin embargo, los conquistadores continuaban saqueando los templos y raptando a las vírgenes del sol, sin respeto a los mitos y costumbres de los vencidos.

Cuando Manco II se dio cuenta de que él era un instrumento político para los españoles y un títere de una monarquía inca no existente, él vio precisa esta situación para el levantamiento general. Sabiendo que los españoles eran codiciosos, Manco II les prometió traer una estatua grande de oro de un lugar cerca del Cuzco. Hernando Pizarro lo dejó ir para que trajera el precioso metal, pero Manco II usó este pretexto con el propósito de organizar un ejército. En 1536, una multitud de masas de guerreros incas marcharon a las cercanías del Cuzco tomando la fortaleza de Sacsayhuaman bajo su liderazgo.

La lucha parecía —nuevamente— desigual: doscientos españoles, contra miles de “indios”, pero en realidad los conquistadores tuvieron mucha ayuda de naciones indígenas que querían liberarse de la dinastía inca. No se puede dejar de mencionar, el valor y heroísmo de los españoles, especialmente de los hermanos de Francisco Pizarro: Hernando, Gonzalo y Juan, este último murió en esa batalla. Los incas incendiaron la ciudad del Cuzco obligando a que los españoles se refugiaran en la plaza de armas y desde allí se defendieron valerosamente con ayuda de los aliados indígenas. Los líderes incas estaban optimistas porque había otros levantamientos en diversos lugares y la expulsión de los españoles parecía inminente.

Francisco Pizarro, que fundó Lima y vivía en esa ciudad, —alarmado por la rebelión del Cuzco— solicitó ayuda a México y a Panamá, al mismo tiempo que enviaba tropas al Cuzco.

Después de un tiempo de haber estado sitiados, los españoles con sus caballos y su astucia militar, tomaron la fortaleza de Sacsayhuaman.

La rebelión de Manco II falló debido a la ayuda de Lima y al propicio regreso de Chile al Cuzco de Diego de Almagro y en especial porque Manco II no aniquiló en un principio a los sitiados españoles en la Plaza de Armas del Cuzco. Vencido el Inca, escapó a la selva. Sus sucesores, los incas de Vilcabamba, continuaron más tarde una desorganizada resistencia contra los españoles.

Después que Manco II perdió la oportunidad de erradicar a los españoles en 1536, y luego por las injusticias cometidas durante dos siglos y medio por los españoles, el nacionalismo indígena despertó para confrontar y erradicar al invasor. Los “caciques” (una palabra creada en América Central), suplantaban a los curacas del decadente sistema incaico, estos nuevos designados caciques trabajaban para el beneficio de España y cometían horribles abusos contragente indígena de su misma sangre, ganando así poder personal. Estos abusos dieron origen al movimiento de Túpac Amaru en 1780.

El dominio español que transformó la estructura social de los incas esclavizaba a los indios y explotaba todos los recursos con el objetivo de

mandar riquezas para el viejo mundo. La transferencia de las tierras fue drástica; los incas estaban acostumbrados al sistema agrario colectivo y no al de la propiedad privada. Ahora la producción ya no era para el bien común sino para el mercantilismo del viejo mundo, que en sí salía de la edad oscura y su decadente feudalismo. El trabajo obligatorio, que era aceptado dócilmente durante el imperio incaico, ahora era impuesto para beneficio de los conquistadores que practicaban una explotación, abiertamente genocida.

La estructura económica inca, estrictamente agrícola se transformó en una economía basada completamente en la minería. Los indígenas eran desplazados de sus valles de producción a las inhóspitas cordilleras de los Andes ¡para trabajar en las minas bajo las más insoportables condiciones, donde mueren millones de personas en situaciones andinos esperantes no descritas hasta hoy, y que representan el “holocausto olvidado!”.

Los nuevos colonizadores que llegaban en gran número, querían saquear el oro fácil que ya no había y empezaron a extraer este metal de cualquier lugar, a cualquier costo, sin importarles si era por medio de la esclavitud y aniquilando a millares de indígenas, ¡casi al grado de su extinción!

Los primeros conquistadores tenían “Repartimientos”, dividiendo a los “indios” para la agricultura, cría de ganado, y la mayor parte para la minería, causando una gran exterminación que si no se hubiera detenido hubiese sido el fin de los antiguos

peruanos. Para enmendar esta práctica, la corona de España creó las “Encomiendas”, que consistían en confiar el cuidado de los “indios” que vivían en un área, a un “encomendero”, generalmente un conquistador que debía proteger a los “indios” y enseñarles la fe católica. Con este nuevo sistema los “indios” eran más explotados, pero ahora con el respaldo de la fe cristiana y la monarquía española. Los abusos eran tan atroces que la encomienda fue abolida por la misma corona.

Para corregir estos sistemas de explotación, España estableció la “Mita”, lo cual hacía obligatorio que todos los indios trabajaran en las minas por un año, pero los caciques y sus familiares eran excluidos y algunos indios podían pagar por su libertad. La Mita produjo el total abandono de las tierras de agricultura; este movimiento forzaba a un gran número de “indios” a excavar día y noche en el corazón de los Andes, sin seguridad, alimento, u otras necesidades básicas y donde miles perdían sus vidas al ser sepultados en túneles y avalanchas. Peor que los esclavos negros que eran dotados de todas sus necesidades, los indios tenían que pagar sumas exorbitantes por su ropa (traída de España, y a veces no necesaria); por su alimentación y vivienda. ¡Una vez endeudado, el indio estaba obligado a trabajar más del año estipulado por la ley, haciendo de él un esclavo perpetuo, muriendo en una miseria no existente hasta estos días!

La realidad social de los indígenas en esa época (y aún hoy), era y es la explotación del hombre por el

hombre. Los explotadores tenían diferentes nombres: el repartidor, el encomendero, el corregidor, el sacerdote y finalmente el indio cacique.

En diferentes modos y formas, los indios eran abusados por todas las clases sociales, y aún peor, por sus propios hermanos de la misma sangre. Pero los “indios” eran y son pacientes en todas las áreas de trabajo y laboraban sin quejarse. Lo único que tenían en común era la tierra para uso colectivo de la que los conquistadores, colonizadores, y —después de la independencia— la república, los despojaron. Estas acciones dejaron a esta raza indígena en un estado de completo desconcierto y que continúa hasta estas fechas. El estado de destrucción moral y desconfianza, ha creado en ellos una personalidad especial con sus propias características que hace al indio, mestizo o blanco de este país “lo que es”, ¡y del cual ningún peruano puede escapar de su influencia! Históricamente, este problema psicológico de sumisión ya existía antes que vinieran los españoles. Los incas y sus súbditos eran entre ellos mismos muy duros y sabe Dios, nuestra subconciencia indígena esté afectada no sólo de años, sino de siglos de despotismo. ¡Estas son fuerzas psicológicas que moldean una nación, y en los países predominantemente indígenas, los indios no se han definido como una raza existente del planeta; con derecho a vivir sin culpa de su horroroso pasado! Es posible —y a medida que las sangres y las culturas se entremezclen y mientras el mundo se

empequeñece con los tiempos modernos— ¡que la situación de los indios cambie!

Las clases sociales que se desarrollaron inicialmente, fueron el producto de extremos opuestos: el imperio inca en donde la actividad del hombre era el mandato institucional del trabajo de acuerdo a la capacidad de cada grupo, y la Colonia donde la actividad laboral era ordenada por poderosos intrusos cuyo único interés fue hacerse ricos. Varias y no bien definidas clases sociales fueron formadas: los conquistadores a quienes les entregaron títulos de nobleza por sus esfuerzos; los criollos hijos de los conquistadores nacidos en el Perú, pero sin nobleza; la clase privilegiada, que incluía a los nuevos inmigrantes que se enriquecían por sus propios medios y compraban títulos de nobleza; y finalmente el clero.

La clase media en el Perú colonial consistía de españoles sin nobleza o títulos, criollos y aun mestizos, que eran profesionales como abogados y doctores. Esta clase buscaba más beneficios para ellos y fueron los principales instigadores de la emancipación del Perú, concluyendo en la independencia del yugo de España con Simón Bolívar y José de San Martín.

Los “indios” a pesar de ser los herederos del Tahuantinsuyo llegaron a formar la clase esclavizada y fueron tratados como seres infrahumanos. Aunque ellos eran considerados súbditos de la corona y se dieron leyes para prevenir el abuso, pero esos decretos sólo eran en teoría. Esta clase que incluía a

todos los indios y algunos mestizos fue la que sufrió más por la explotación, el despotismo y el trato inhumano, a tal extremo que hasta hoy día, sus efectos son visibles en sus espíritus debido a esa cruel historia que tomará mucho tiempo en erradicarse; ¡y aún esto no se sabe cuándo sucederá!

Sin ninguna razón política, terminaré esta breve historia con la descripción de la rebelión de Túpac Amaru II, en 1780. Este cruel evento, sin paralelo, resumía la situación de los indios en el Perú. Túpac Amaru II, o José Gabriel Condorcanqui, descendía de la nobleza inca por el lado materno. Los abusos de los españoles eran tan intolerables, que llegaron a encender en los naturales, el deseo de libertad a cualquier costo.

La rebelión pedía justicia social no solamente para los indios sino también para los mestizos, los negros e incluso algunos españoles. Así empieza una lucha por la independencia del dominio español.

El levantamiento tuvo lugar al sur del Cuzco, capturando al abusivo corregidor don Antonio de Arriaga, quien fue ejecutado. Después de esta represalia, muchos indios se adhirieron a la causa de Túpac Amaru, armados con instrumentos de labranza y unas cuantas armas de fuego. Ganaban pocas batallas, más por el número de combatientes que por una verdadera táctica militar. En vez de tomar el Cuzco, cuando pudo hacerlo, Túpac Amaru se dirigió a su lugar de nacimiento: Tinta, y escribió un manifiesto explicando las motivaciones de su rebelión, y luego viajó extensamente, explicando las

razones de su causa y ganando más adeptos. Después de casi un año, el virrey del Perú, don Agustín de Jáuregui, envió tropas al Cuzco bajo el comando del “visitador” José Antonio de Areche otorgándole poderes máximos para acabar con la insurrección. Desafortunadamente Túpac Amaru en esta situación de desventaja decidió tomar la ciudad imperial, pero para entonces ya era demasiado tarde. Los españoles se dirigieron a Tinta buscando a Túpac Amaru y allí lo derrotaron y arrasaron la ciudad. El futuro inca libertador, su esposa y sus tres hijos, escaparon a la ciudad de Langui donde fueron tomados prisioneros con la ayuda de traidores de su propio bando y raza. Lo que pasó después es importante describir para exponer las crueldades de los tiempos y para dar a entender al lector el “sentir”, y quizás por qué los indios, mestizos y criollos somos lo que somos.

Lo que sigue es una recopilación de la historia clásica de este suplicio:

Túpac Amaru fue arrestado con su familia y con sus leales colaboradores quienes fueron enviados al Cuzco. Túpac Amaru entró a la ciudad imperial en pesadas cadenas montado sobre una mula y luego encerrado en un viejo seminario jesuita. Inmediatamente empezó el proceso de “justicia” con el oídor Matalinares, mientras tanto el visitador Areche, humillaba al sometido rebelde con torturas, interrogándolo para que diera el nombre de otros colaboradores. Túpac Amaru se mantenía callado, a pesar de los castigos que recibía, pero él quebró su silencio, respondiéndole a Areche, en forma

desafiante: “aquí no hay más colaboradores que tú y yo. Tú, porque eres un opresor y yo porque soy un liberador, y ambos merecemos morir”. Por este estoicismo y actitud heroica, le quebraron un brazo. Pero él “aun así” se mantuvo en silencio como cualquier indio que “había tolerado” por siglos las forzadas labores de las minas. Con tanto abuso corporal, este inca héroe estaba debilitado y a punto de morir. Los españoles para evitar su prematura muerte, apresuraron el proceso de justicia para ser sentenciado a la pena de muerte.

La ejecución se llevaría a cabo tres días después (el viernes dieciocho de mayo de 1781) en la forma más cruel posible.

Este suplicio debe ser descrito, especialmente para aquellos que no tienen noción de lo que les sucedió a los descendientes de los incas. ¡Es imperativo que holocaustos como éstos sean divulgados y dados a conocer a la gente americana, al mundo entero, y en especial a mis hermanos peruanos; para que comprendan la insólita condición de nuestra historia y de cómo actualmente se encuentran los indígenas!

El martirio final de Túpac Amaru ocurrió en la plaza principal del Cuzco —donde se armó un cadalso— que estaba rodeada por soldados con armas y con bayonetas. Los prisioneros con pesadas cadenas, caminaban detrás de los caballos de los oficiales y autoridades eclesiásticas. En macabra sucesión los prisioneros subían al patíbulo donde se les cortaba la lengua y luego eran colgados del cuello. Entre ellos un hombre de raza negra, Oblitas. Luego siguieron el hijo mayor de Túpac Amaru, Hipólito y su anciano tío

Francisco. Mientras tanto, todo este cruel suplicio era presenciado por Túpac Amaru. Había mujeres peruanas unidas a su causa, cuyo coraje fue también castigado con la muerte. Primero la cacica Conde Mayta, quien fue agarrotada. Luego siguió doña Micaela Bastidas, la esposa del líder, quien lo ayudó en su gesta de libertad hasta el último sacrificio de la muerte. Ella subió al cadalso y rehusó a que se le cortara la lengua, como lo hacían con los otros, y el verdugo tuvo que cortársela después que murió. Debido a su delicado cuello, el garrote no le causó la muerte inmediatamente, y mientras estaba con vida los ejecutores le daban horribles golpes en el vientre y en el pecho hasta quitarle el último suspiro de vida a la heroína.

Después de haber presenciado estoicamente todo esto, le tocó el turno a Túpac Amaru. Él había sufrido quizás el más atroz de los castigos, al ver que sus propios seres amados eran ejecutados tan violentamente. Ahora su momento de angustia terminaría para siempre. Fue conducido al centro de la plaza, le cortaron la lengua y luego fue colocado al centro de cuatro caballos para ser atado de cada extremidad de estos inocentes animales y ser jalados con sus poderosos galopes ecuestres. Uno podría imaginarse los ruidos y el tiempo que tomó preparar esta increíble forma de sacrificio. Finalmente vino la señal del jefe español que con su mano extendida apuntaba al cielo infinito para que los jinetes empezaran a jalar en cuatro direccionesopuestas. Pero este cuarteto de apocalípticos caballos no lograron descuartizarlo. Por un momento Túpac Amaru resistió sacudiendo su cuerpo con las últimas fuerzas de su ser, mientras oía al menor de sus hijos, Fernando, quien era forzado a presenciar la muerte de su padre, y que gritaba con tal angustia que quizás, esos llantos continuarán oyéndose muchos años después en los ecos de los Andes hoy

silenciados con el olvido de sus descendientes. Ante este doloroso cuadro, el visitador Areche, quizá con un minúsculo sentimiento de humanidad ordenó que Túpac Amaru fuera decapitado. Luego la mayor parte de los mutilados cuerpos fueron quemados y sus cenizas lanzadas al río Huatanay (donde yo solía jugar cuando niño, sin saber que este río fuera consagrado con los restos de tan cruenta muerte). Sumada a esta infamia, las cabezas y las extremidades de ambos, Túpac Amaru y su esposa, fueron atravesadas con estacas y llevadas a los portales de diferentes iglesias del Cuzco para escarmentar a los rebeldes de futuros levantamientos.

Es así, que con mi mano cansada de escribir estos pasajes y con lágrimas en mis ojos después de leer y traducir estos eventos, he tratado de explicar por qué esta historia está en mis venas. Aunque América, tierra magnánima, ha sido buena conmigo, no puedo borrar este dolor que siento por mi gente; peor aún, no hay mucho que yo pueda hacer para ayudarlos, pero por lo menos, quiero hacer saber al mundo que los “indios” están aún en cadenas de esclavitud psicológica, y lo estarán por mucho tiempo. Con el pasar de los años y las nuevas generaciones, quizás ese dolor cesará, pero mientras tanto, tratemos de comprenderlos. Pero, ¿cómo?, ¡yo no sé! Ellos son tan humanos como cualquier raza y tienen las mismas fallas que todos tenemos... y llegar a sus endurecidos corazones, ¡quizás sea mucho más difícil de lo que nos imaginamos! ¡Pero tratemos de hacerlo!

Con mis años vividos, aún soy lo suficientemente joven para hacer algo por mi gente y por el Perú. Espero llegar a ser el decimocuarto inca, o como Harry Owens solía llamarme, “el último inca”. Veremos; ¡quizás pase! Ustedes oirán de mí...

Reconocimientos

Estados Unidos

Quiero agradecer a mi hija, Anja Helene Sánchez-Lasthaus, por su intuición espiritual en descifrar mi caligrafía galena, haciendo posible este libro y a su madre Anja Hovland, por su talento artístico demostrado en la carátula e ilustraciones de este libro.

Aprecio y agradezco a mi esposa, Dorothy, por su comprensión y apoyo.

Quiero también agradecer a aquellas personas que me dieron apoyo moral para seguir con este libro mostrándome el maravilloso mundo de escribir y publicar: Mary Huntley-Kaufman, Vigi Wagner, Jeff Paris, Beverly Trainer, Lynn Hovland, Norma Sierra, Robert Martin y Los Angeles Peruvian TimesMr. Mesones, Enrique Noriega del Valle, Florida USA.

Perú

Doctora María Rostworowski-Historiadora,
Stigma-Anibal Zamora, Óscar Changa Guerrero, Irma
Alcázar, Bernardo Medina-Correctores.

Para las adquisiciones de este libro diríjase al editor en los Estados Unidos CARLOS J. SÁNCHEZ M.D., INC.

1635 THIRD AVE., Ste. J
Phone (619) 426-8121
Fax (619) 426-5950 e-
mail condorsoul@aol.com

www.CondorSoul.com

Los beneficios de este libro servirán para la ejecución de misiones médicas en lugares pobres del Perú, ayuda en la posta médica de Andahuaylillas y mi sueño de construir —algún día— un barco-hospital en el río Amazonas.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editorial San
Marcos situados en av. Las Lomas 1600, urb. Mangamarca, S. J. L., Lima,
Perú.
RUC 10090984344